
LA PASARELA
[I] MIDORI: RABIA Y NEÓN

CAPÍTULO 1

El aire apesta a pescado y metal. Metal frío, limpio. Puedo saborear con cada fragmento de mi lengua el hielo que parece bañar las calles. Un hielo cromado, desinfectado, completamente adherido a mi paladar; y aunque sé que es una ilusión, aunque sé que la única humedad real es la del sudor de todas las personas con las que nos hemos cruzado mientras veníamos hacía aquí, la atmósfera no deja de estar cargada de vapor, escarcha y sal.

Y calor. Mucho calor. Demasiado calor.

Lo cual, ahora mismo, me molesta especialmente porque tengo un dolor de estómago horrible.

Puede que haya sido por el oniguiri que he devorado hace media hora y que casi vomito cuarenta y cinco segundos después de que entrase en mi estómago - *que alguien me vuelva a recordar que odio el sabor del arroz de grillo. Demasiado amargo. Demasiado grumoso* -, o puede que haya sido a causa de soportar otra noche de bochorno agrio y espeso, una más en una interminable época de noches bochornosas, agrias y espesas. O, tal vez, se deba a los nervios que, inevitablemente, me roen las tripas justo antes de cada robo, recordándome amablemente que existen tantas posibilidades de que todo salga bien como de que mañana por la mañana mi cuerpo aparezca troceado y repartido en cuatro o cinco contenedores en el callejón trasero de uno de los muchos depósitos de cadáveres que salpican la ciudad. Incluso - *¿por qué no?* - exhibida en algún maravilloso y antihigiénico puesto de comida dentro del Mercado de Dientes y Huesos.

Y no, ya nadie lo llama Mercado Niku, ni Mercado de la Carne. Todos sabemos por qué.

(*Céntrate, Midori. Céntrate*)

O, quien sabe, puede que el agujero en mis intestinos no tenga nada que ver ni con el oniguiri, ni con el calor, ni con los nervios; puede que, simplemente, este sea otro de esos días espantosos en los que Bushida no tendría que haber llegado a ningún trato con nadie, y así nosotras no estaríamos aquí, tensas, masticando este irritante aroma a (*¿lo he dicho ya?)* pescado y metal, endulzado levemente con el perfume de los jazmines artificiales y el incienso de las tiendas cercanas al edificio Noboru, uno de los últimos baluartes para aquellas personas lo suficientemente ricas como para despreciar al resto, pero no tanto como para poder vivir dentro de la Torre.

El edificio Noboru. Símbolo de prestigio y conexiones de alta velocidad. Pero, sobre todo, residencia habitual de nuestro objetivo. Un tipo con algún cargo relativamente importante en uno de los muchos tentáculos corporativos que componen el sector biotecnológico. Si está relacionado con los implantes de última generación, o si se trata de un avance que permite inyectarse genomas modificados, eso ni lo sé ni me importa. Un tipo que apenas abandona su hermoso hogar en el vigésimo cuarto piso y que, según nos han informado, suele pasar la mayor parte del tiempo enlazado a la Net, en un estado semicomatoso, o dando vueltas como una cucaracha sin cabeza por su hermoso jardín techado, olisqueando sus exclusivas - y absurdamente caras - flores traídas directamente desde alguna granja hidropónica.

- *Hoy no es el día. No. Hoy me siento rara, y eso son malas noticias.*

Me sorprendo a mi misma susurrando. Nadie me escucha. De hecho, apenas me escucho a mí misma. Joder. Necesito dormir tres noches seguidas sin más pesadillas, ni parálisis ni peleas de borrachos despertándome de madrugada.

(*En serio, céntrate*)

Vigésimo cuarto piso.

Cierro los ojos. Intento visualizar su apartamento. Probablemente se trate de un ático insultantemente grande e insultantemente obsceno, sin vecinos. Con cerraduras biométricas. Con seguridad privada. Puede que, incluso, aderezado con detectores de movimiento, aunque éstos consumen demasiada electricidad, y posiblemente nuestro objetivo querrá destinar el principal flujo de energía a su conexión múltiple a la Net; no tanto por necesidad como por demostrar que puede malgastar lo que casi nadie más tiene. Y puede. Y lo gasta.

Y no dejo de llamarle '*nuestro objetivo*', pero realmente él no es más que un montón de carroña saturada de implantes y ropa cara que se interpone entre un módulo de almacenamiento de datos - ese *si* es nuestro objetivo - y nosotras. Lo único que pido es que ese módulo no lo tenga incrustado en su lóbulo frontal. Tener que abrirle el cráneo y engancharle un lector a través del hueso dificultaría mucho las cosas, y no ayudaría en absoluto a mi dolor de estómago.

(*No tienes ni la más remota idea de qué plan han elaborado para conseguir robar esa información, ¿no? Incluso dudas de que exista un plan como tal*)

(*Cerrad la boca. O lo que sea que uséis para hablar)*

Me masajeo las sienes con fuerza. Necesito silencio, y dudo que mi cabeza quiera dármelo.

- *Ki-Sung no aparece* - la voz de Kalea me saca de mis pensamientos. O, al menos, me aleja un poco de ellos - *Te prometo que, si tarda diez minutos más, me arrancaré el brazo que él mismo me fabricó y lo usaré para romperle las costillas.*
- *Relájate, aparecerá. Siempre aparece. O, bueno, no siempre, pero esta vez lo hará* - Reconozco que, si bien adoro la manía que tiene Ka de juguetear con los cables externos de su implante cada vez que se pone nerviosa, hoy no soporto nada que no sea una cama en la que desmayarme y entrar en un coma profundo. Me siento como una mierda, y tengo razones para ello - *Además, te prometo que, si tarda más de diez minutos, seré yo misma la que le partiré las costillas.*
- *No tenía que haber venido. Os he dado toda la información sobre el domicilio, sobre la identidad de... como se llame el idiota al que vamos a robar, y he logrado que nuestro comprador acepte un día más de espera, pese a las malas caras de Bushida por saltarme el protocolo* - se para de golpe, observando atentamente el edificio Noboru - *en serio, Midori ¿qué coño le pasa al tu tío? ¿Alguna vez está contento con algo? Parece que le gusta ponernos a prueba.*

- *Olvídate de mi tío. Es un gilipollas* - un pinchazo tibio y afilado en el lagrimal me provoca un tic nervioso en el ojo izquierdo - *sinceramente, Taka, ahora mismo no me apetece mucho seguir hablando. Me duele demasiado el estómago.*

Unos dedos aceitosos me retuercen los intestinos. Tengo el paladar empapado en jugos gástricos y algo parecido a ácido de baterías. Está siendo una gran noche.

- *¿Taka? ¿Nos ponemos tiernas de repente?*

Mierda. ¿He dicho Taka? He dicho Taka. Nunca, jamás, utilizo apelativos cariñosos mientras trabajamos, y menos aún cuando Kalea está demasiado estresada como para digerirlos. Me mira de reojo y vuelve a caminar. Sin comentarios irónicos. Sin respuestas tontas. Solo silencio y el traqueteo de sus botas.

Si, efectivamente, está siendo una gran noche.

- *Odio robar a una altura superior a un quinto piso* - cambio de tema. Poco sutil, pero en estos momentos mi cráneo no da para elegantes juegos de palabras ni largas conversaciones personales - *en serio, no lo soporto. Todo es mucho más complicado, y con cada nuevo nivel los problemas y el peligro se multiplican. Se multiplican que da gusto. Además, siendo sincera, hoy preferiría llegar a casa sin haber tenido que saltar desde una altura de cincuenta metros o sin haberme roto ningún hueso.*
- *Si todo sale bien, no tendrás que saltar. Además, para algo llevas el traje* - me mira. Frunce el ceño. Puedo percibir como me perfora en silencio - *porque… lo llevas, ¿no?*
- *Si, lo llevo, aunque aún no me habéis explicado para qué va a hacer falta.*

Vuelve a otear el vacío, como si fuese la primera vez que estudia las calles, como si fuese la primera vez que calcula mentalmente las rutas por las que nos vamos a mover. Su voz finge serenarse, pero no deja de ser una ilusión. No sé si intenta tranquilizarme a mí o a ella.

- *Por cierto… si te sirve de consuelo, te he visto precipitarte desde una cuarta planta sin recibir apenas rasguños, algo que el resto de mortales no podemos permitirnos. Así que al menos disfruta de esa especie de maldita inmortalidad que tienes. Taka.*

Golpe bajo. Claro que, en cierto modo, su comentario mordaz deja ver que sigue aquí conmigo, lo cual me alegra lo suficiente como para que mis músculos se relajen un poco y, durante unos segundos, pueda dejar de sentirme sola. Sola y cabreada. Sola y agobiada. Sola y furiosa. Claro que ese sentimiento dura poco. Como una nube de moscas aburridas, el dolor de estómago regresa, acompañado de arcadas y sudores fríos.

El onigiri. Estoy segura de que ha sido el maldito onigiri.

Pienso quemar el puesto en el que lo he comprado.

Cierro la boca con fuerza. A lo lejos, el parpadeo errático y desesperante de varios árboles holográficos averiados - incluso aquí las cosas fallan, por lo visto - no deja de clavarse en mi retina a modo de aguja hipodérmica. Una aguja fea, gruesa y brillante. De golpe, el

transmisor alojado en uno de mis bolsillos comienza a vibrar. Es tosco y daba la impresión de estar oxidado incluso antes de salir del taller de Ki-Sung, pero funciona hasta debajo de una charca de agua estancada, así que para este tipo de trabajos es perfecto.

Es Kailani. Joder, casi me olvido de ella. Nos está esperando junto al aparcamiento vertical más cercano al edificio Noboru, una fortaleza pensada para almacenar vehículos caros que nadie, nunca, va a utilizar. Una fortaleza en la que, probablemente, nuestro objetivo tenga almacenados dos o tres rikshas triruedas de nanotubos de carbono, piel sintética y vete a saber qué más materiales caros e innecesarios.

Una fortaleza a la que, no sé cómo, hemos conseguido acceso.

Presiono el dispositivo. Una pequeña luz verdosa me indica la distancia de separación entre ambos receptores. Fantástico. Me encantan las cosas que brillan más de lo necesario.

- *Sí, lo sé, llegamos tarde, pero es que seguimos esperando al idiota de Ki-Sung, que no s...*
- *Lo tengo aquí conmigo* - la voz de Kailani suena seca y lacónica, como tierra arrastrándose sobre una plancha de aluminio - *no deja de decirme que os ha avisado de que venía directamente al aparcamiento, sin pasar por vuestra posición. No me lo creo, pero aquí os esperamos.*

De fondo, puedo escuchar el gemido indignado, seguido de una risa entrecortada, del idiota al que llevamos esperando veinticinco minutos. Parece ser el único que se lo pasa bien cada vez que nos jugamos la vida. Pero también se lo pasa bien carbonizándose las cejas y las puntas de los dedos en su pequeño paraíso de circuitos integrados, cables y placas de interfaz neuronal.

- *Vale, vamos para allá.*

Desconecto el transmisor. Me giro hacía Kalea, que me mira con ganas de golpear algo, mientras araña nerviosa su antebrazo cromado. Apoyo mi mano sobre la suya, intentando calmarla un poco.

- *Si, yo también pienso lo mismo.*

Sonríe. Me da un beso en la cabeza al mismo tiempo que insulta a todos los antepasados de Ki-Sung. Nos ponemos en movimiento.

Me duele un poco menos el estómago. Pero sigo sintiéndome como una cucaracha partida en dos.

CAPÍTULO 2

Callejeamos. Perfil bajo. Convertimos la isla y media de distancia entre el edificio Noboru y el aparcamiento vertical en casi veinte minutos de vagabundeos. Vagabundeos y turismo improvisado a través de clínicas, restaurantes empapados en luces leds y casas de juego a veintitrés Kwŏk el cóctel de fresa en polvo, un tercio de lo que cuesta una habitación con cama, baño y acceso mediocre a la red de energía en la Sección -2.

El doble de lo que valen los órganos de un niño de diez años en la Sección -3.

Atravesamos varias callejuelas estrechas, embutidas en un laberinto de cables, tuberías, jardines artificiales y pequeños santuarios con pantallas táctiles que exponen los distintos tipos de ofrendas digitales disponibles. El aroma de la comida y la humedad da paso al hedor de los residuos que se ocultan junto a las puertas de servicio de docenas de locales. Me gusta observar las tripas de la Pasarela. Los intestinos de esta ciudad atrapada en sus propios tumores y sus propios fantasmas. Me gusta pasar por delante de los hipnóticos carteles de neón, sabiendo que esas mismas tiendas que venden ropa de diseño o ampliaciones neurales ocultan, a la vuelta de la esquina, una particular y vergonzosa montaña de basura con olor a ácido, plástico quemado y gelatina agria.

Esta es la Pasarela Wian que me gusta. O, más bien, la que no me resulta tan incómoda. La ciudad grotesca, sucia y silenciosa en la que aún puedo sentirme - un poco - como en casa. La ciudad grotesca, sucia y silenciosa en la que no soy una extraña, una intrusa incapaz de dormir más de dos horas cada noche, a la espera del próximo grito al otro lado de la calle o del próximo ataque de ansiedad.

(*Joder, mi estómago me va a matar*)

Las palabras de Kalea interrumpen mis pensamientos. Lo agradezco.

- *Ya estamos cerca. Solo queda atravesar Nueva Aorta.*

Me resulta extraño verla en plena acción. No. Miento. No es exactamente eso. No me resulta inusual en sí, y no es que no la vea habitualmente en acción; de hecho, es rara la semana en la que no acabamos metidas en el baño de un local retrosimulado de mala muerte, ocultándonos de algún programador cabreado al que le hemos hackeado su cuenta corporativa - eso, más Kalea que yo -, o huyendo de una banda de byōtō a los que les hemos robado sus tabletas de dextroanfetamina modificadas - vale, esto sí es más cosa mía - únicamente para cabrearles. Y para revenderlas.

Así que no, no es *extraño* verla paseándose por las callejuelas de esta ciudad; lo realmente inusual es que lo haga cuando se trata de un robo. Podría contar con los dedos de una mano mutilada las ocasiones en las que nos ha acompañado a los trabajos de campo. Tal vez sea cosa de Bushida, o tal vez se trate de algo tan simple como que prefiere echarnos un cable desde la distancia, pero lo cierto es que, cuando se trata de un trabajo, (casi) siempre acaba metida en la sede de la Familia, dándonos indicaciones y soporte, salvándonos el culo desde el interior de una diminuta habitación fantasma, rodeada de consolas de control, servidores refrigerados y restos de comida basura. Supongo que por eso ahora no puedo dejar de observarla mientras caminamos. Su forma de sujetar la

barandilla de unas escaleras que conducen hasta un parque solitario. Tensa, inquieta. Olfateando en busca de cámaras de registro biométrico. Estudiando cada salida de cada avenida, cada rincón oscuro en el que agazaparse si fuera necesario, cada persona con la que nos cruzamos. Calculando a quién le puede clavar las pupilas directamente o ante quien debe desviar la mirada, para así poder evitar un choque frontal con un borracho baboso o, incluso, con un posible Rondador - tipos con demasiados antecedente por violencia y robo a mano armada que contratan las empresas que no pueden permitirse, legal o económicamente, el uso de hana-bi entrenados. Encantadores.

(*Céntrate, querida. Céntrate y deja de esbozar esa sonrisa ridícula mientras miras a Kalea*)

(*Iros a la mierda*)

Atravesamos un par de calles llenas de locales de buffet libre, completamente inmersas en un estado de paranoia propio de quien está intentando despistar a alguien que no deja de seguirnos, alguien que quizás ni siquiera exista. De vez en cuando miro de reojo la mochila que le cuelga del hombro. O, más bien, el cómo la sujeta con ambas manos, con los nudillos rígidos como pequeños grilletes de carne y uñas.

- *¿Me vas a decir qué llevas ahí dentro? Me da la impresión de que soy la única idiota que no tiene claro el plan.*

A nuestro alrededor, un amplio bulevar salpicado de microbazares de apenas un metro cuadrado se llena de trabajadores - ingenieros, la mayoría - que acaban de salir del turno de noche de un edificio situado en las inmediaciones. Todos tienen la mirada perdida y la ropa arrugada y sucia. Varios llevan gafas con los cristales ahumados. Tres de ellos beben cerveza a pequeños sorbos, sin apenas mover un solo músculo de la cara.

No responde. No insisto. Decido cambiar de tema - otra vez más - aun sabiendo que, a estas alturas, ella prefiere que me calle.

- *Se nota que se acerca la Lotería* - una pequeña gota de sudor repta a través de mi ceja izquierda. Puedo escuchar como Kalea contiene una exhalación. Debería cerrar la boca pero, obviamente, sigo hablando - *todo el mundo tiene las pupilas completamente empañadas y la mirada perdida.*
- *Como siempre, no es nada nuevo* - no me mira. Sigue estudiando el entorno, desconfiando de cada persona que nos rodea - *céntrate, ¿quieres? Ahora mismo nos importa bien poco lo que haga o deje de hacer la gente. Si se quieren enlazar hasta que les sangre la nariz, por mi genial.*

Una mujer con la mandíbula llena de injertos arañados y quemaduras en la mitad de la cara nos observa desde la puerta de un casino; se trata de un pequeño local con aroma a incienso de frutas y alcohol barato situado en el sótano de un edificio de oficinas. No me fío. Kalea tampoco. Me coge del brazo y tira de mí.

- *Ya, supongo que tampoco puedes esperar mucho de esta ciudad* - estoy cansada. Supongo que por eso insisto en seguir hablando como si no hubiera sabido interpretar las frases cortantes y la mueca de preocupación de mi querida Ka. Por algún motivo que desconozco, lo único que quiero es seguir despotricando contra el

mundo. Eso o detenerme, tirarme en el suelo y patalear como una niña hambrienta y cabreada - *Trabajar y enlazarse. Trabajar y enlazarse. Una y otra vez. Es lo que hacen todo el día. Podríamos pasar delante de cualquier idiota y ni nos vería. Sus córneas ahora mismo son una orgía de ego y estupi…*

- *Midori, basta* - sin dejar de moverse, suelta un bufido agotado. Un bufido que se me clava en el estómago, junto a un bloque de cemento que no deja de mordisquearme por dentro - *déjalo ya, ¿quieres?*

Le ha cambiado el gesto. Se aparta violentamente un par de rizos de la cara y mira a nuestro alrededor. Sigue sujetando con fuerza la mochila.

Si, debería dejarlo ya. Callarme.

Lo consigo durante siete segundos.

- *¿Qué te pasa?*

Se toma su tiempo antes de regurgitar lenta y sosegadamente sus palabras.

- *Nada, olvídalo. Tenemos que llegar. Mi hermana y Ki-Sung nos están esperando.*
- *Siento si te ha molestado algo que he dicho. Llevo varias horas deseando morir por culpa de un dolor insoportable y supongo que ahora no soy la mejor de las compañías. Ya sabes que cuando me agujerean las tripas me pongo muy gilipollas.*

Nos detenemos junto a una clínica situada en el borde de la larga avenida que atraviesa toda la ciudad. O atravesaba. Solo aquí la llaman Nueva Aorta. Los más viejos la siguen conociendo como el Largo Jomiaku, y en la Sección -3 hace ya mucho que esta calle directamente dejó de existir. Posiblemente, en algún momento, cruzó la Pasarela de norte a sur, pero de eso ya nadie se acuerda.

(Tengo calor. Mucho calor. El bochorno parece no querer irse nunca. No parece querer rendirse nunca)

Sé que he metido la pata. Otra vez. Intento serenarme. Intento no escuchar esa voz en mi cabeza ahogada por el ruido y el humo. Intento respirar.

- *De verdad, no es eso* - suspira profundamente. No me gusta - *Mira, no me molesta que, una y otra vez, cada vez que alguien menciona cualquier mínima cosa de la Net, saques toda la bilis y el desprecio. Pero ahora mismo estamos metidas en algo importante, y no tengo ni las ganas ni la paciencia para escuchar otro de tus discursos en los que todo el mundo, menos tú, es estúpido. Es simplemente eso.*

Pese al coro de sirenas desafinadas que insiste en interrumpir la conversación, puedo notar ese pequeño y triste regusto a hastío en su voz. Tardo un rato en fabricar palabras en mi cerebro, y otro rato aún más largo en usarlas para responder.

- *Ya* - el resto del mundo es estúpido, sí, pero yo también. Obviamente, evito expresar esto en voz alta - *lo siento. ¿Es por lo que he dicho de los Neuros? ¿Por lo de la gente enlazándose?*

- *Joder, Midori, de verdad, déjalo* - vuelve a suspirar. No, definitivamente no me gusta - *… y no, no es por los Neuros. Ni por la gente enlazándose. Es por…* - su pecho se dilata y se contrae, como un pulmón mecánico que intenta regular la entrada y salida de oxígeno - *a ver, este trabajo que nos han encargado es bastante serio, ¿vale? y hoy, no sé por qué, no las tengo todas conmigo. No puedo explicarlo, pero siento que algo falla. Que algo no va bien. Y si, vale, de acuerdo, ya me ha quedado claro que has comido algo que te ha sentado como un disparo a bocajarro, pero…*
- *Un oniguiri.*

Me mira fijamente. Omito más detalles gastronómicos. Tal vez - solo tal vez - haya repetido durante la última hora demasiadas veces el concepto *'arroz de grillo'*. Soy capaz de percibir como, durante dos segundos, se contiene las ganas de romperle la nariz de un puñetazo. Lentamente, sus facciones comienzan a relajarse. Un poco. Lo justo. Lo necesario.

- *Mira, déjalo. A veces resultas agotadora, perdona que te lo diga. Y bastante tengo con tu tío dándonos instrucciones con cuentagotas y mi hermana metiéndome prisa como para lidiar ahora con tu dolor de estómago y tu ira contra el horrible y espantoso mundo que te rodea.*

Cojo aire como si fuese gratis por última vez.

- *Tienes razón. Lo siento.*

Sí. Soy agotadora. La entiendo. Evito decirle que a mí también me drena escuchar día y noche mi propia cabeza. Evito decirle que me gustaría golpearme una y otra vez contra una pared hasta que toda esa basura que me ciega, que me ahoga, desaparezca. Evito decir nada de eso, y en su lugar le cojo muy suavemente la mano, como si se fuese a romper. Esta noche todo es complicado. Esta noche todo es una mierda.

Lo que no sé es por qué. Qué sucede exactamente. De qué nos están avisando nuestras cabezas.

Una pareja atraviesa la puerta automática de la clínica junto a la que hemos parado; puedo ver unos pequeños destellos plateados en la nuca de él. O quiere ampliarse, o van para que ella se inicie. El aséptico aroma a gasas, alcohol y cromo que sale del interior nos golpea en la nariz.

Seguimos andando. La voz de Ka suena algo más templada y sedosa.

- *Y ya sé que se acerca la Lotería, no soy estúpida ni vivo debajo de una piedra. Hace un par de días fui a ver a mis tutores*.

Aprieta la mandíbula, como si tuviese una semilla clavada en sus muelas que, poco a poco, se hunde dolorosamente en sus encías. Solo lo hace de esa manera exacta cuando habla de su familia. O la que, según el registro, lo es.

- *Llevaba sin visitarles más de diez meses. Mi… padre* - puedo notar la vergüenza y el asco que acompaña a cada sílaba de esa palabra - *estaba metido en su estudio, comentando compulsivamente un directo de, no sé, @Kik.nōkami, o alguno de esos que hablan de armas y negocios. Ni se enteró de mi visita. Y mi madre se pasó toda*

la tarde preguntándome mierdas sobre la Lotería, dándome consejos sobre lo que ella consideraba que sería el mejor contenido para mi canal si al final salía elegida. Recordé por qué nunca voy a verles.

- *Lo siento...*
- *Da igual. Pero, por eso, hoy no tengo la cabeza para más discursos sobre lo horrible y gilipollas que es la gente.*

Un grupo de cuatro niños de apenas diez años pasean por la avenida con un altavoz encastrado en una de sus mochilas, emitiendo algún canal musical. Voces modulares que van mutando hasta convertirse en un taladro mecánico, con una amalgama de sintetizadores y secuenciadores de ritmos que suenan como el taller de Ki-Sung a las tres de la madrugada. Es abrasivo. Incómodo. Me gusta. Pero me asquea que lo lleven tan alto. Escupen en el suelo y se ríen patéticamente; observo su ropa, así como los dispositivos que sujetan caprichosamente, sin miedo a que se revienten contra el suelo con alguno de los absurdos empujones que se dan. Estoy segura de que viven a un paso de la Torre. Lo sé porque, si les robase, podría pagar mi habitación durante los próximos seis meses únicamente con lo que sacase de vender sus zapatillas. Pero, antes de cumplir esos seis meses, sus padres ya habrían enviado a alguien para hacerme desaparecer.

Se alejan, elevando innecesariamente la voz. Insultándose entre ellos, creyendo que al resto nos impresiona su actitud. Son adorables y ridículos, y me recuerdan a una manada de hienas que aún no tienen cicatrices ni mordiscos en el lomo. Joder, me encantaban las hienas. De cría me volvían loca, me podía pasar horas y horas observando hologramas de ellas, y ni tan siquiera recuerdo de donde salieron esos mismos hologramas, o que fue de ellos años después; pero lo que sí recuerdo es que no quise volver a mirarlos cuando mi tío me dijo, sin alterar apenas su voz ni levantar la vista, que esos animales, igual que todos los demás, se habían extinguido, y que tenía que dejar de perder el tiempo con estupideces infantiles que no servían para nada. Tampoco ayudó que me dejase claro que esas - *¿cómo los llamó? ¿criaturas inútiles?* - habían muerto porque eran débiles, porque eso es lo que le sucede a todos los que no saben defenderse ni adaptarse. Que se extinguen.

Joder, eran hienas. Simplemente me gustaban. Y yo apenas llegaba al medio metro, ni siquiera entendía el significado de ‘extinguirse’.

(*¿En serio es necesario este momento de bellos recuerdos infantiles? ¿Ahora? ¿Justo ahora?)*

(*De verdad, dejarme. Por favor. Me gustaría pensar que sigo teniendo yo el control de mi cabeza, no vosotras*)

(*Ya…)*

Poco a poco, el dolor de estómago comienza a amainar, como si quisiera darme una tregua de la que no me termino de fiar. Aún así, cojo aire y disfruto de este pequeño instante de paz antes de que vuelvan a lanzarme ácido al intestino grueso. Realmente me encantaría no acabar muerta esta noche.

- *Por cierto, antes de que sigas preguntando o mirando obsesivamente la mochila como si yo no me diese cuenta…* - abre la bolsa y extrae de dentro, con mucho

cuidado, un dron completamente nuevo, brillante, pulido - *lleva incorporada una cámara térmica de alta sensibilidad que me permitirá saber cuántas cosas vivas hay dentro de ese edificio una vez estéis dentro. Así podréis moveros con mucha más facilidad.*

Me doy cuenta de que no me lo está enseñando porque forme parte del plan, si no porque quiere compartirlo conmigo. Y me encanta: es diminuto, ligeramente esférico y está cubierto por un cromado negro que parece devorar cada mínimo reflejo de luz a su alrededor. Precioso. Me recuerda a los drones de reparto que sobrevuelan los edificios de la -1. Elegantes. Precisos. Y tan caros que me caerían menos años de cárcel por matar a un rider humano que por romper uno de esos sin querer.

- *¿Lo ha fabricado Ki-Sung?*
- *¿Algo tan impecable y limpio? Sería la primera vez. Ki-Sung es bueno, pero no tanto. Y odia las cosas que no parecen usadas, no me preguntes por qué.*

Cierra la mochila. Su mandíbula parece más relajada y su mirada menos tensa, menos afilada.

- *Vamos, nos están esperando.*

Atravesamos un pequeño pasadizo cercado por hileras e hileras de luces rojas. Las paredes aún tienen restos de pintura fluorescente, y detecto diminutos orificios del tamaño de una bala cerca de un rincón, junto a un reguero de sangre seca que se olvidaron de limpiar. Supongo que ni en los mejores barrios estás a salvo. El suelo vomita el vapor de las cocinas subterráneas, y la estrechez del callejón contrasta con el excesivo - y casi siempre falso - lujo de Nueva Aorta. Miro hacia arriba, tratando de distinguir el final de los edificios que nos envuelven. Cuando estás tan cerca, todo parece más grande, más grotesco, más sucio. Aun así, el brillo de los paneles holográficos que coronan los inmensos bloques de viviendas nos sigue acompañando, incluso a la espalda del mundo civilizado, entre residuos y charcos de algo demasiado denso como para ser agua. No sé por qué, sonrío. Me gusta estar aquí. Lo detesto, sí, pero me encanta. Al menos ahora.

Mañana ya veré.

Al torcer una esquina, aparece ante nosotras otra de las arterias principales. Regresamos al tumulto de las tiendas, a los aromas de comida especiada y a los clubs plagados de prostitutas que fingen ser secretarias indefensas para satisfacer a sus principales clientes, los sararīman. Los sararīman y sus jefes. Y los jefes de sus jefes. Y los jefes de todos ellos. Neuróticos y frustrados tumores encadenados a terminales llenas de datos, soñando con tener dos días seguidos libres. Todos agotados. Todos viviendo y trabajando a la sombra de la Torre.

Como el resto de la Pasarela, supongo.

A unos cien metros vemos el aparcamiento vertical. En la puerta puedo distinguir el cráneo rasurado y completamente tatuado de Kailani, sobresaliendo por encima de la multitud que pasea a su alrededor. A su lado, más camuflado entre el torrente de compradores y vendedores, vislumbro el pelo decolorado de Ki-Sung, que se pasea nervioso mientras -

muy probablemente - fuma algo diseñado por algún amigo suyo en algún insalubre laboratorio subterráneo.

Cuando nos acercamos, a través del rabillo del ojo me da la impresión de ver de nuevo a la mujer de los injertos en la mandíbula, acompañada esta vez de otro hombre que lleva un visor de RA, un corte militar y una fisonomía moldeada que base de anabolizantes. Sospecho que no nos han visto, pero apestan a Rondadores en plena patrulla de vigilancia, así que opto por acelerar el paso. Ese tipo de personas son perfectas para dos cosas: retener caras de gente de las que no se fían y buscar la forma más práctica y lenta de romperte partes del cuerpo sin que te desmayes. Kalea también los ha visto, así que también se apresura, mientras me agarra del codo.

- *¿Dónde coño os habíais metido?* - la voz seca y áspera de Kailani parece estar acompañada de un pequeño deje metalizado, tal vez debido a las placas de seguridad que le atraviesan la piel de la garganta, excesivamente cerca de sus cuerdas vocales - *mis contactos nos están esperando, y ya me han dicho que, si nos retrasamos media hora más, nos podemos ir olvidando de que nos deje pasar a la Cámara de Alimentación del aparcamiento.*
- *¿Alguien me va a contar el plan?* - apoyo mi mano en el brazo de Kailani, que apenas se percata de mi presencia. Está nerviosa. Como todas - *Llamadme caprichosa, pero si me voy a jugar la vida metiendo mi trasero en un piso de lujo para juguetear con el terminal de un empresario adicto al polvo de Shin-yo, me gustaría saber cómo voy a hacerlo.*
- *¿No le has explicado nada?* - durante un par de segundos, las dos hermanas se miran como si aún fueran niñas pequeñas, acusándose mutuamente de una mentira ante la cual su padre les ha pillado - *¿y qué habéis estado haciendo todo este tiempo?*
- *Le he enseñado el dron y hemos echado un ojo al edificio. El resto prefería que se lo explicases tú.*

Sin dejar de moverse a causa de la excitación (y de lo que llevase lo que ha fumado), Ki-Sung se acerca al grupo y tira con fuerza de la mochila de Kalea, arrancándosela de las manos al tiempo que se aleja, como una rata que acaba de robar un pedazo de comida.

- *¿Tienes aquí el juguetito nuevo que has decidido comprar a espaldas de tu buen amigo y mejor ingeniero?*

Siento el impulso de lanzarme sobre él y recuperar la bolsa. En parte por un inconsciente y estúpido instinto de protección, y en parte porque la ansiedad que insiste en acompañarme cada anochecer sigue alojada junto a mis intestinos, apretando, recordándome que está ahí, dispuesta a paralizarme por completo, dispuesta a clavarse detrás de mis ojos.

- *Ni la he comprado a tus espaldas, ni eres mi buen amigo* - el tono de Kalea deja claro que no tiene muchas ganas de aguantar bromas ni fingir que está relajada - *Y deja de llamarte ingeniero; te he visto trabajar y aún sigo sorprendida de que mi brazo funcione.*
- *Pero funciona, ¿verdad?*

Ki-Sung estira la mano, acercándole suavemente la mochila. Quizás no sabe cuándo un comentario puede molestar, e incluso es capaz de ofrecerte el mejor de los argumentos para que quieras sacarle los dientes a puñetazos, pero la realidad es que agoniza cuando ve que nos enfadamos con él.

- *Y bien, ¿qué hacemos aquí?*

vuelvo a preguntar. Empiezo a dudar de que nadie me vaya a explicar nada. Empiezo a dudar incluso de que nadie sepa cuál es el plan.

Kailani nos mira y se gira bruscamente.

- *Seguidme.*

Junto a la puerta del aparcamiento vertical - cuatro plantas si lo ves desde fuera, quince si también cuentas las que están ocultas bajo tierra - nos espera una figura consumida, pero con la mirada extrañamente despierta. Mucho más despierta de lo que cabría esperar trabajando dieciséis horas al día sin ver la luz del sol. Lleva un uniforme morado de policarbonato y sujeta unas gafas de seguridad en la mano; además, tiene la mitad de la cabeza afeitada, al igual que las cejas, y posiblemente su heterocromía sea operada. Un iris amarillo y el otro verde suele ser uno de los símbolos internos que utiliza el colectivo Fukusū, así que ya imagino donde ha podido conocer a Kailani. La Sección -2 está plagada de locales que sirven de refugio para múltiples, híbridos y protosintéticos, por lo que probablemente haya sido en uno de esos clubs, tras una acalorada charla sobre lo necesario que es sustituir tus órganos internos por un elegante motor industrial o lo absurdo que es seguir teniendo aún sólo cuatro géneros.

- *Bueno, Masaru, ya estamos todos aquí.*
- *¿Sabes que nos la estamos jugando haciendo esto?*
- *Lo siento, de verdad. Un pequeño fallo de comunicación, nada más.*

Apenas abren la boca cuando hablan, pero puedo vislumbrar que llevan la lengua tatuada con una serie de glifos diminutos. Y hablan en plural de sí mismas. Si, definitivamente están dentro del colectivo Fukusū. Me resulta extraño que los empresarios de esta Sección no se pongan nerviosos con alguien del movimiento rupturista tan cerca de sus amados vehículos, pero supongo que mientras se limite a supervisar los motores y el funcionamiento del aparcamiento, el resto les da igual. Un pequeño murmullo sale del interior de sus gafas de seguridad, y caigo en la cuenta de que ha debido instalar un visor de Net externo en el interior de éstas. Posiblemente también estén pendientes de la Lotería, y tal vez estén obligadas por contrato a silenciar las notificaciones de su CIR intracraneal mientras trabajan, así que lo habrán hecho para estar al tanto de todo lo que suceda en la red.

Sin mediar más palabras, les seguimos y bajamos unas pequeñas escaleras situadas en un rincón, lejos de la zona de espera de vehículos. Puedo notar la adrenalina deslizándose por todo mi cuerpo, como una corriente eléctrica que nace en mis talones y se precipita a lo largo de toda mi anatomía sin ningún tipo de freno. No puedo dejar de mirar a mi alrededor mientras caminamos por un estrecho pasillo húmedo, plagado de cables que nadie ha intentado ocultar, salidas de emergencia atascadas y tubos de ventilación. Llegamos a una angosta y asfixiante salita en la que un cúmulo de pantallas con aspecto de tener más años

que yo comparten espacio con varios paneles eléctricos atestados de puertos polvorientos. En cuanto lo veo, me doy cuenta de que - con toda seguridad - parte del plan implica manipular esos mismos puertos con un DapaP pirata, y doy gracias a los dioses por no ser yo quien tenga que hacerlo. Aunque, viendo el estado del sistema eléctrico que nos rodea, me doy cuenta de que probablemente estalle en cuanto empecemos a toquetear lo más mínimo, así que da igual quien manipule el dispositivo. Todas vamos a acabar carbonizadas por jugar con las entrañas de la Pasarela.

Estoy emocionada.

(*Y sigues sin saber el plan*)

(*Efectivamente. Y sigo sin saber el plan*)

Kailani señala el conjunto de paneles que se exhiben frente a nosotras, tristes y bañados en grasa.

- *Por uno de esos maravillosos errores causados por la División de Energía y Redes, o quizás debido a que un grupo de burócratas tuvieron un mal día y no les apetecía complicarse, el acceso a todo el sistema eléctrico de este cuadrante pasa por justo por aquí* - mientras nos describe la situación, Masaru sacuden la cabeza, mordiéndose los labios con intranquilidad. Estoy demasiado acostumbrada a ver cómo la gente se siente muy incómoda y comprometida cuando tiene que hacernos favores. Empiezo a pensar que involucramos a demasiadas personas en demasiadas mierdas, pero supongo que así es como funciona esta ciudad - *lo cual quiere decir que tenemos acceso directo a la red que alimenta el edificio Noboru. La idea es controlar desde aquí su sistema energético, estropeando lo justo y necesario como para reducir sus defensas, mientras dos de nosotras nos acercamos y fingimos que somos el equipo de mantenimiento automático. La idea es coordinarnos para poder pasar por el área de seguridad sin levantar sospechas.*
- *Perdona que te interrumpa* - me sorprendo hablando, sin controlar mis propias palabras. Siempre me pasa cuando estoy nerviosa: destilo sarcasmo, sea o no mi intención - *quizás es porque soy un poco escéptica, o quizás es porque soy la idiota encargada de colarse en la casa e incrustar un dispositivo en un terminal bastante inaccesible, pero… ¿eso va a funcionar? ¿estropeamos la luz, sin más? ¿Y nos colamos con unos disfraces? En cuanto hagan acto de presencia los tipos que realmente trabajan para la compañía eléctrica estamos vendidas, y aunque no aparezcan, el sistema eléctrico estará en la planta baja, no en la vigésimo cuarta, que es donde vive nuestro objetivo.*

Kailani me mira. Guarda silencio. Podría despellejarme sin apenas moverse, pero quiere que note que aún quedan cosas por decir. Que me dé cuenta de que me he adelantado. Se me da muy bien adelantarme. Supongo que es uno de los beneficios de la ansiedad. Eso y el insomnio.

- *Perdona, sigue.*
- *Aquí nuestros amigos Masaru, junto con la ayuda de, me temo, Ki-Sung…*
- *Eso duele. ¿Por qué siempre pones en duda mis habilidades?*

Ki-Sung sonríe. Necesitan no tomarse esto muy en serio. Jugarse una bala en el estómago por un robo de información es ya bastante serio como para añadir más dramatismo.

- *Como iba diciendo, ellos se encargarán de perfilar al máximo el desactivado. No queremos dejar todo el edificio, o toda la isla, sin luz. Un corte energético de intensidad media no solo nos da un margen de treinta minutos antes de que aparezca el auténtico personal de mantenimiento, si no que además sirve para interrumpir el flujo de electricidad que mantiene encendidos todos los aparatos que nos puedan suponer un auténtico peligro: lectores de CIR, sistemas de seguridad primarios, cámaras biométricas… no se trata únicamente de dejar el edificio a oscuras, si no de anular todo aquello que nos dificulte la entrada. Lo que vamos a hacer desde aquí es abrirnos camino, o al menos facilitarlo.*
- *¿Y qué vamos a hacer una vez entremos? ¿colarnos tal cual en el piso donde está el terminal, aprovechando que se habrá desactivado la alarma?*

Bien, Midori. Bien. Preguntas cortas, concretas y sin escupir ironía. Vas mejorando.

- *Bueno, aquí viene una de las putadas de este plan: por seguridad, las últimas cuatro plantas tienen un sistema paralelo de energía. Uno que no depende ni siquiera de los módulos de reserva que hay en todos estos bloques de viviendas caros. Así que, aunque tumbemos todo el edificio, incluyendo sus luces de emergencia, a efectos prácticos esas últimas cuatro casas poseen su propia red eléctrica independiente.*
- *Por lo que el apagón nos permite colarnos en el edificio Noboru, pero no en el apartamento de nuestro objetivo, ¿no?*

(esto tiene cada vez mejor pinta. Si. Puedo notar como mis jugos gástricos me roen las paredes del estómago de pura felicidad)

- *Exacto, ni habrá notado la pérdida de energía. Y lo peor de todo es que tiene una puerta de entrada con un sistema de sellado tan potente que ni con un jodido cortador térmico industrial podríamos abrirla, algo que tampoco nos vendría bien hacer por aquello de no llamar la atención. Por absurdo que suene, la mejor forma de entrar es… a través de la ventana exterior.*
- *¿La ventana exterior?*
- *Sí. Lo sé, suena peligroso y excesivamente arriesgado.*
- *Y estúpido. ¿Qué nos asegura que, teniendo una puerta tan blindada, su terraza no tendrá un sistema de seguridad similar? ¿Por qué arriesgarnos a una caída de veinticuatro pisos? Y por 'ahorrarnos' me refiero a 'ahorrarme', ya que doy por hecho que eso me toca a mí.*
- *Claraboya de LCD, probablemente diseñada para recrear paisajes virtuales los días que no le apetece seguir viendo a través de su ventana el aburrido y sucio cielo de la ciudad* - Kailani abre las palmas de sus manos mientras habla. Suele hacerlo cuando necesita dejar las cosas muy claras. O cuando está cansada de que le hagan preguntas. Y se cansa muy rápido - *Lo hemos comprobado. Así que, sí, te va a costar menos agujerear el vidrio de su terraza que intentar forzar una puerta que no solo no se va a abrir por mucho que lo intentes, si no que además haría saltar las alarmas internas. Y te recuerdo que dentro hay vigilantes privados.*
- *¿Hana - bi?*

- *Hana-bi.*
- *Maravilloso* - ¿soy la única que hace preguntas? ¿Nadie más teme por su integridad física? ¿Por qué me siento tan idiota preocupándome por algo tan importante como recibir dos tiros en el estómago o acabar con la cabeza convertida en pulpa sobre el asfalto? - *¿Y qué pretendes que hagamos con eso? ¿Pedirles amablemente que nos abran la ventana de un piso para acceder al superior?*

Ahí está de nuevo. La hiel. La bilis. La arrogancia. El miedo. Las corrientes eléctricas que alimentan mis arterias se están descontrolando. Respiro con calma. Siento que las cosas no van bien. Sigo cogiendo aire. Me cuesta.

No, las cosas no van bien. Nada de esto tiene sentido. ¿Soy la única que lo ve?

- *Nosotras nos encargamos de entretenerlos. Lo importante es que les mantengamos en vilo en el subsuelo tratando de arreglar el entuerto mientras tú te cuelas en la planta diecinueve o veinte, y desde allí subes.*
- *Espera, espera, ¿nosotras? ¿Quién más viene? Kalea no suele hacer trabajo de campo, no es seguro.*
- *No, yo no voy. Pero gracias por tu confianza en mis capacidades, Taka.*

Me he ganado el puñetazo sarcástico en la mandíbula. Duele, pero me lo he ganado.

- *Joder, no me malinterpretes. Tu trabajo es genial, y nos salvas el cuello siempre, pero los hana-bi son tan delicados como una patada en las costillas, y están entrenados. Incluso los de menor rango pueden arrancarnos las cuerdas vocales con sus propios dedos si detectan que algo no les encaja.*
- *Con 'nosotras' me refiero a Ki-Sung y a mí. Él, desde aquí, se encargará de que el sistema permanezca defectuoso, mientras yo, en la zona de mantenimiento del edificio Noboru intentaré arreglarlo. O lo fingiré. Sé cómo hacerlo, no es el primer cuadro de energía con el que trato. Así lo único que verán esos tipos armados es a una técnico de oficio desesperada ante una avería que no se soluciona. Ahí es donde tú alegarás que necesitas subir a una inspección piso a piso, para ver si algún error está sobrecargando el sistema interno.*
- *Y deduzco que ni siquiera sabemos en cual de esos apartamentos me tengo que colar*

Examino de reojo a Kalea. No quiere reconocerlo, pero le molestan todos estos huecos en el plan tanto como a mí. Aún así, guarda silencio. Me sorprende lo elegante que puede resultar cuando está tensa.

- *Para eso nos hacía falta el dron. Nos irá indicando en qué pisos hay señales térmicas y donde están. No es infalible, y posiblemente haya un margen de error del, no sé, treinta y cinco por ciento.*
- *Genial, treinta y cinco. Así que quizás fuerzo una casa y me encuentro con una familia asustada en el salón.*
- *No, entrarás en un apartamento donde no haya nadie* - la voz de Kalea sale de sus labios con un tono uniforme, casi monotonal, como si repitiera una idea de la que se ha autoconvencido, o en la que necesita creer - *En cuanto detectemos una ausencia, te metes ahí. Estuve investigando los horarios de los sararīman de alto*

rango que viven en esas plantas, y la mayoría salen bastante tarde del trabajo. Muchos ni siquiera vuelven de su oficina en toda la noche.

Demasiados puntos ciegos. Demasiados errores agazapados tras una esquina, esperando a que nos tropecemos para saltar sobre nosotras y arrancarnos la piel con sus afilados dientes sucios. Le dije a Bushida que esto no estaba bien organizado, que necesitábamos más tiempo y más gente. Pero insistió. El cliente lo quería así.

Me prometo a mí misma partirle las rótulas en cuanto regresemos, si es que regresamos.

- *Vale. A ver si lo he entendido* - me duele la nuca, llevo un rato tensando la espalda. Posiblemente mañana me levante con la mandíbula convertida en un montón de basura desencajada e inservible - *me cuelo en un piso vacío cuya cerradura de última generación, esperemos, estará desactivada gracias al apagón que nosotras mismas vamos a provocar. Después salgo por la ventana, escalo por el exterior, rezando para que mi maldito traje mimético no me falle como la última vez, agujereo la cristalera del apartamento de un tipo con suficiente dinero como para disponer de armas automatizadas apuntando a la terraza, busco su terminal, introduzco el dispositivo, espero unos minutos a que hagáis el trabajo desde aquí, bien lejos de los Hana-bi, y luego me largo de allí como si no hubiese pasado nada.*

Silencio. Durante diez segundos, todos nos callamos. Lo único que escucho es la respiración pesada de cinco personas más asustadas de lo que se atreven a reconocer.

- *Genial. Hay tantas cosas que pueden salir mal que, probablemente, todo saldrá bien. O eso quiero pensar.*
- *Saldrá bien* - Kailani me pasa una pequeña bolsa llena de ropa - *aquí tienes un uniforme de técnico recién comprado. Incluye un número de Códice. Ambos reales, obviamente, así no levantaremos sospechas.*
- *¿Realmente lo has comprado?*
- *Yo sí. Posiblemente quien me lo vendió no. El cómo lo haya conseguido no es cosa mía.*

Sin decir nada más, nos envolvemos en esos trajes con aroma a formol y carne seca, y subimos las escaleras en dirección a la calle. Antes de abandonar la sala, me giro y le lanzo una mirada seca a Ki-Sung. Necesito ver que confía en lo que hace. Saber que no está histérico, pasándose las manos por su elegante pelo decolorado mientras le tiemblan los dedos de un modo que solo él y yo podemos apreciar, mientras trata de reprimir el pánico.

"*Saldrá bien*". Una voz insiste en decirme eso. Una voz dentro de mi cabeza. Pero me cuesta creérmelo. Esa voz dice demasiadas cosas y la mayoría no tienen sentido.

- *Intenta no dejar a toda la ciudad sin luz, inútil.*
- *No prometo nada. Hasta los genios nos equivocamos.*

Fuerza un gesto tranquilizador, pero está asustado. Le guiño el ojo, intentando hacerle ver que no pasa nada, que todo irá bien. Necesita pensarlo, ambos lo necesitamos. Noto la mano de Kalea en el hombro. Me indica con la cabeza que debemos seguir.

Salimos a la calle. Observo el cielo, pero incluso aquí, tan cerca de la Torre, lo único que veo son nubes de gas y metano chocando contra el cristal de la cúpula que se alza sobre nuestras cabezas, extendiéndose más allá de los muros de la Pasarela.

Sonrío. No es una mala noche para caerse desde un vigésimo cuarto piso.

CAPÍTULO 3

- *Pensé que habías dicho que tú no venías.*

No más desvíos innecesarios ni paseos erráticos. Atajamos a través de un túnel subterráneo que cruza la base del aparcamiento de este a oeste; el suelo, teñido por un mantillo de envoltorios de plástico y charcos con aroma a desinfectante, refracta la luz ultravioleta de docenas de máquinas expendedoras apiladas en filas, como cadáveres olvidados que se niegan a morir. Mientras caminamos en silencio, observo como, bajo esa misma luz, los tatuajes UV que recorren la piel cobriza de Kalea parecen retorcerse y palpitar, llegando incluso a mutar su brillo y su color. Me encanta.

- *Y no voy con vosotras*
- *¿Entonces? ¿No te quedas con Masaru y Ki-Sung?*
- *Tengo mejores planes.*

Pasamos junto a una máquina de vending llena de mascarillas quirúrgicas que no deja de vomitar una melodía repetitiva y estúpida. Una melodía que me taladra el cerebro y me obliga a mirar en su dirección. Bien jugado. Sobre las pantallas de cristal líquido de todas ellas reconozco muchos de los logotipos que adornan los puestos, tiendas y bazares de Nueva Aorta. Comercios que luchan entre sí para expandirse lo máximo posible en busca de nuevos clientes, sea mediante el parpadeo epiléptico de sus neones, sus agresivos carteles holográficos o las máquinas de autoservicio que cubren gran parte de las Secciones -1 y -2.

- *Ella se va a uno de nuestros pisos francos* - mientras habla, Kailani reduce la velocidad de sus pasos, al tiempo que se desprende agresivamente de la parte superior del mono de trabajo en el que vamos embutidas. Su camiseta interior, empapada en sudor, se adhiere a las placas de metal y silicio de los implantes que recorren su espalda - *desde allí dirigirá el dron y nos irá informando de cuándo y dónde podemos colarnos.*

No puedo dejar de observar la nitidez con la que los músculos de sus hombros se marcan bajo la carne, todos ellos conectados al geolocalizador que lleva insertado en el antebrazo mediante una pequeña y robusta tira de cables grisáceos. Me resulta hipnótico, extraño. Perturbadoramente natural. Mucha gente se modifica, sí, pero observarla a ella siempre me resulta incómodo y reconfortante a la vez. Como contemplar tu propio reflejo sobre la superficie de una pantalla, una vez se apaga del todo y ya no hay más estímulos sonoros o imágenes aceleradas golpeándote las córneas. Únicamente el negro absoluto del vidrio y tú.

El silencio.

Y te gusta lo que ves. Y te da miedo lo que ves.

Y yo debería estar pendiente de lo que me dicen. Maldito déficit de atención.

- *Además, la ubicación es muy buena; hemos conseguido un lugar seguro a un par de islas de distancia del edificio Noboru. El bicho ese tiene un alcance de entre cuatro y seis kilómetros, pero…*

- *… prefiero estar cerca, por si las interferencias comienzan a afectar a la conexión* - Kalea interrumpe a su hermana. Da la impresión de que, ahora mismo, no es capaz de controlar las palabras. De repente, la tensión con la que comenzó la noche parece haber evolucionado hacia una energía combativa, hacia una seguridad en sí misma que me recuerda a la de una niña pequeña e impulsiva que necesita llevar el control de una situación en la que, creo, nadie lo tiene del todo - *no me apetece perder la señal, o que uno de los constantes drones de publicidad que no dejan de flotar de aquí para allá me la líe. Además, con el tema de la Lotería, está el cielo de toda esta zona plagado de esos putos Mosquitos mecánicos.*

Un picor horrible me recorre la espalda, y todo cuanto quiero hacer es chasquear los dedos y que hayan transcurrido ya veinticuatro horas. Sé que debería responder, mostrar que aún estoy - ligeramente - atenta a lo que me están contando, pero ahora mismo lo único de lo que soy capaz es de gesticular con desgana, como si acabase de despertar de un profundo y desagradable sueño criogénico.

Decido, pues, seguir caminando. Inquieta. Convencida de que algo no va a salir bien.

Tras quince minutos de silencio y respiraciones pesadas, llegamos a un edificio de hormigón resquebrajado, un edificio completamente cubierto por lonas digitales con los rostros de varios de los NeuroReps más populares proyectados sobre ellas - *¡y no te olvides de suscribirte a mi canal y sumar tus puntos de reputación!* -, así como multitud de andamios que, sospecho, llevan demasiado tiempo cogiendo polvo. Me río por dentro. Risa nerviosa. Risa irascible. Si no soy la única que piensa que este plan está cogido con pinzas, sí soy la única única parece querer expresarlo. Me siento idiota.

Me vuelvo a reír por dentro.

- *Tomad. Uno para cada una. Ki-Sung ya tiene el suyo.*

Kailani extiende la mano, sujetando en su palma tres transmisores. Pequeños. Gomosos. Sorprendentemente cómodos. Me encajo el mío dentro del oído, presionándolo con la insistencia de quien, pese a llevar años usándolos, sigue convencida de que en algún momento se caerá.

- *Eh…* - Los dedos finos y metálicos de Kalea toquetean el pequeño dispositivo de comunicación con una mezcla de delicadeza y desdén. El mismo desdén que destilan sus palabras - *¿No sería mejor comunicarnos utilizando un canal encriptado dentro de la Net?*

Mierda. No. No contaba con esto. Dejo de respirar brevemente durante unos segundos. Si Ka no acepta este pequeño cambio de última hora, las cosas se van a complicar. Quizás no para el robo, pero si para mi - ya de por sí frágil - equilibrio mental. Miro a su hermana, quién ya se ha insertado el diminuto pedazo de plástico en su conducto auditivo.

- *Podrían detectarlo. La Net está más vigilada que el propio edificio.*
- *Por eso he dicho 'encriptado'*
- *No me fío.*

- *¿Sabes que con estos aparatitos es más fácil que tengamos bloqueos en la comunicación? Muchos de estos pisos tienen pared…*
- *Vamos a usar los transmisores, y punto.*

La voz de Kailani reverbera levemente, de un modo casi inaudible. Le sucede siempre que eleva el tono, como si sus cuerdas vocales chocasen contra las paredes de una tubería, tiñéndose de un pequeño eco metalizado. Dándole un aura prácticamente irreal. Normalmente nadie lo nota, pero son demasiados días de mierda compartidos como para no conocer perfectamente su forma de hablar, de moverse, de estar inquieta, de alterarse. Tras una pausa y un par de gestos de desaprobación, Kalea se introduce su dispositivo en la oreja, y yo suspiro aliviada.

Cojo aire.

Sí, algún día tendré que contárselo. Con más calma, paciencia y, a ser posible, no mientras estemos llevamos a cabo un trabajo en el que nos estamos jugando que nos maten o, lo que es peor, que nos envíen al Centro de Control Gamsa. Joder, si todo esto sale bien, le propondré celebrarlo en uno de esos bares de oxígeno que tanto le gustan.

Y, entonces, se lo diré.

Porque necesita saberlo. O, más bien, yo necesito vomitarlo. Gritarlo. Confesarlo. Decir en voz alta que soy una desconectada, la mayor basura a ojos de la ciudad. Una ilegal que, además, carece de acceso a la Net.

Y sé que, cuando lo haga, cuando por fin lo reconozca, me preguntará por qué no se lo comenté antes. Me hará sentir idiota - quiera o no - por darle tanta importancia, y me recordará que hemos tenido conversaciones mucho más complicadas, incluyendo la primera vez que me dijo que me quería, mientras yo le pedía que se callase porque la herida en su esternón no dejaba de sangrar y me era difícil sujetar la gasa con las dos muñecas prácticamente rotas. Sin embargo, se me congela la tráquea cada vez que pienso en confesarle que no tengo un CIR incrustado en la base del cráneo. Que no tengo acceso neurológico a la Net. Que no estoy identificada. Que no existo a ojos de esta ciudad bañada en metano y goma quemada.

Lo cual, incluso para nosotras, incluso para la Familia, es grave.

Y sé que me preguntará por qué no me implanto uno. Me insistirá en que me puedo comprar una Pastilla - una forma rápida y sincera de llamar a los Códices de Identidad y Registro - en cualquier local Hoshounin; me repetirá, una y otra vez, que en esos sitios venden de todo, siempre que puedas pagarlo. Y tendrá razón al decírmelo, por supuesto, así que tendré que explicarle - si es que eso es algún tipo de explicación - que Bushida me lo ha prohibido. Que antes prefiere que me sustituya los dos brazos y las dos piernas a que alguien me abra la cabeza y hurgue dentro. Le tendré que contar que llevo años preguntándole el por qué, y que él lleva años respondiendo con evasivas, con irascibilidad, como si supiera algo de mi que ni siquiera yo sé.

(*Mierda. Mejor volvamos a la realidad. A la actual, al menos)*

(Si, mucho mejor, querida)

(Dejadme en paz)

Kalea nos da la espalda y entra en el edificio. El eco de sus pasos se propaga por unas escaleras por las que nadie se ha preocupado desde hace bastante tiempo; bajo capas de polvo de extintor y manchas de humedad se vislumbra una elegante decoración tradicional, salpicada de pequeños ornamentos con el aspecto de viejos dioses a los que ya nadie presta atención, salvo que algún Neuro lo mencione en un directo.

- *Vamos* - Kailani me sacude el hombro con fuerza - *Ki-Sung está esperando nuestra señal para comenzar la fiesta. Y si se impacienta, es capaz de empezarla sin nosotras.*
- *Claro* - por alguna razón, soy incapaz de elevar la mirada - *Gracias*

Me observa. Sabe por qué le doy las gracias, pero durante unas décimas de segundo finge no entenderme.

- *En algún momento tendrás que decírselo.*
- *Suponía que tú estabas al tanto, pero no estaba segura.*

Aceleramos el paso, al tiempo que se vuelve a cubrir con la parte superior del cuerpo con el mono de trabajo. Apenas mueve los músculos de la cara, pero bajo la capa de tatuajes e implantes subdérmicos, puedo percibir una preocupación casi instintiva, casi primitiva.

- *Me lo dijo Bushida cuando le pregunté por qué nunca usábamos canales ocultos enterrados en la Net.*
- *Es raro que te lo contara, no es la persona más comunicativa.*
- *Sabe que nunca hago preguntas, y eso le gusta.*
- *Ya. Supongo que yo hago demasiadas.*

Frente a nosotras, casi como una aparición, se alza el edificio Noboru. A su manera, sigue siendo un gigante lejano y distante, oculto tras un muro de ostentación y exceso. Incluso los comercios situados a su alrededor actúan como una jaula dorada, una valla recargada que exhibe productos que pocos pueden permitirse. Comida con ingredientes que se creían ya extintos. Perros y gatos biomecánicos programados con inteligencia artificial adaptativa. Rehabilitadores de riego sanguíneo. Lo que sea. Aquí comienza la auténtica frontera entre las Secciones y la Torre. Entre los que miran hacia arriba y los que miran desde arriba.

- *Es lógico, es tu cráneo y tu vida. Pero yo evitaría insistir. No te va a responder, ya le conoces.*
- *Sí, supongo…* - observamos el lujoso bloque de apartamentos por última vez antes de convertirlo en un tablero de juego. O, más bien, en un campo de minas. Sus terrazas acristaladas. Sus ideogramas de aspecto artesanal, adornando la fachada, escupiendo su brillo elegante y cálido al resto de la ciudad, una ciudad que, al contrario que este edificio, no ha querido ponerles nombres a sus distintos niveles y barrios, convertidos con el tiempo en poco más que baldas de una tienda llenas de productos desechables - *Y no te enfades con tu hermana, ya sabes que es un poco*

orgullosa. Joder, ni yo misma entiendo la mitad del plan que estamos llevando a cabo.

- *No estoy enfadada con ella. Estoy preocupada. Siempre lo estoy* - apoyándose el dedo índice en el oído, cambia el tono de voz a uno mucho más neutro - *Cuando quieras, Ki-Sung. Estamos aquí.*

Un grupo de personas salen de un restaurante, entre risas, gritos y bromas. La mitad llevan una ropa absurdamente elegante. La otra mitad, con toda probabilidad, han ido directamente desde el trabajo. El aroma de unos Jiaozi picantes les acompaña, así como una bocanada de vapor que parece teñirse de un modo efímero con las luces flúor que emanan del letrero del propio local. Durante un breve instante, logro destensar ligeramente mis cervicales. Caigo en la cuenta de que, desde hace un rato, apenas noto el dolor de estómago, e incluso vuelvo a tener algo de hambre.

- *Oído, chica de metal* - La voz de nuestro querido ingeniero resuena en el interior de mi oreja, aunque no esté hablando directamente conmigo. Doy por hecho que es un sistema multicanal - *Cinco minutos y veréis como se apagan las luces principales del hall. A partir de ahí, tenéis diez más para aparecer por la puerta y otros veinte o treinta como máximo para salir de allí corriendo sin dejar rastro. Una vez pase la media hora, volveré a conectar la energía, antes de que lleguen los auténticos técnicos y rastreen el origen del problema. Os quiero mucho, pero no me apetece que me localicen por culpa de vuestra lentitud.*
- *Entendido. Tú haz tu trabajo, nosotras el nuestro. Y recuerda, una vez dentro no podré hablar mientras esté frente a los de seguridad.*
- *Perfecto, así no tengo que soportarte. Además, nunca me ha convencido tu voz, me recuerda al sonido de mi nevera cuando se estropea. Me pongo a ello. Corto.*

Lentamente, aleja el dedo de su oreja mientras susurra un tenue y complaciente '*gilipollas*'. La observo de reojo. Ahora toca esperar. Podríamos repasar el inexistente plan, un plan cuyo pilar se sostiene en la idea de que voy a poder entrar en una vivienda de lujo vacía sin que nadie me lo impida y, de ahí, escalar hasta lo más alto de un edificio habitado por ricos empresarios paranoicos. Todo perfecto. Todo limpio. Todo impecable.

Pero no, no vamos a repasar el plan. Nunca lo hacemos, no cuando la función está a punto de empezar. Una ola de combustible corrosivo me sube a través del pecho, y vuelvo a tener las entrañas llenas de chinches que se agitan histéricos. Se acabó la paz. Ha vuelto el calor húmedo y pegajoso, un calor que me ahoga.

- *Mejor ni pregunto por qué es mejor escalar desde la ventana de la decimonovena o de la vigésima planta, en vez de subir directamente desde la parte trasera, en la base del edificio, ¿no?*
- *Es una zona muchísimo más controlada* - me responde, como si llevase un rato esperando mi sarta de dudas e inquietudes - *cada cinco o diez minutos pasa una patrulla de vigilancia muy cerca del edificio. Por lo visto es algo que viene incluído con los alquileres de esta clase de viviendas de lujo.*
- *Yo solo digo que cuantos más pasos tiene un plan, más puede fallar.*

Una moto plateada pasa a toda velocidad frente a nosotras. Me doy cuenta que, desde hace un buen rato, apenas veo tráfico. Me resulta extraño no estar envuelta en una red

ensordecedora de vehículos y vendedores ambulantes. No estar encajonada entre familias que chillan, entre comerciantes que se deslizan a través de un laberinto sin orden, evitando ser atropellados, tratando de venderle sus productos a conductores apáticos que aún no han podido saltarse un semáforo.

- *Tú deja de darle vueltas y céntrate en entrar en esa casa.*
- *Vale, vale, lo que tú digas.*

De repente, como si parte de la calle se estuviera atragantando, las luces comienzan a parpadear. No solo las de la zona inferior del edificio, si no también las de todos los escaparates que adornan las calles adyacentes; varias parejas que pasean con bolsas elevan sus ojos levemente, extrañadas. Deduzco que por aquí no son habituales los cortes energéticos.

- *Espero que ese idiota no tumbe la corriente de toda esta isla* - escucho los murmullos de Kailani, quién habla más consigo que conmigo - *Si los negocios se quedan a oscuras, vamos a tener aquí un ejército de técnicos y hana-bi en diez minutos, todos ellos convencidos de que ha sido cosa de los Ludd. Joder.*

No digo nada. Simplemente observo, masticando la bola de saliva agria que da vueltas dentro de mi boca. Apretando las muelas, notando el sabor terroso y metálico de la sangre. Susurrando una retahíla de pequeños, viscerales y ahogados insultos que me ayudan a lidiar con el ataque de ansiedad que insiste en asomarse cada vez que no puedo controlar la situación.

Tiene que salir bien. Al menos los primeros pasos. El resto, se verá.

Tiene que salir bien. Por favor.

Una raider de comida rápida abandona un bloque de oficinas ubicado en una de las calles perpendiculares, cerca de nuestra posición. Sujeta una mochila térmica con el brazo derecho, mientras que con su mano izquierda toma nota en su dispositivo de pedidos. Me sorprendo fijando mi mirada en ella, analizándola. Su pelo rizado y espeso, el tono de su piel, incluso sus gestos distantes, un poco ásperos, me recuerdan a Kalea. Podría ser un duplicado de ella.

- *Esa chica podría ser perfectamente tu hermana* - miro a Kailani, mientras hago un gesto sutil con la barbilla.
- *No* - apenas ha girado el rostro. Lógico. Puede que el golpe salga mal por culpa de un apagón mal controlado. Puede que tengamos que improvisar (aún más) un plan que ya tiene el aspecto de que va a terminar con alguien muy malherido. Puede que ni siquiera consigamos extraer los datos y nos quedemos sin dinero. Pero yo, por alguna razón, decido centrar mi atención en algo irrelevante y absurdo. Supongo que necesito tener control sobre alguna situación, sea la que sea - *tiene los ojos rasgados, como tú. Y es bastante alta, también como tú. En serio, necesito que te enfoques. Los hana-bi se están poniendo nerviosos, y si el inútil de…*

Como si de una refinada coreografía se tratase - una coreografía que ha necesitado de un torpe entrenamiento previo - las luces de la calle y de las tiendas regresan a su estado

natural prácticamente al unísono, al tiempo que un elegante fundido a negro empaña gran parte de las veinte primeras plantas del edificio Noboru. Aún se pueden discernir pequeños resplandores, diminutos brillos aislados, salpicando algunas áreas. Luces de seguridad que, tímidas, sobreviven al colapso, tratando de mantener la compostura en el hall principal, así como en varías de las zonas exteriores del edificio. Posiblemente todas ellas pertenezcan a un sistema energético secundario, creado para evitar un eclipse absoluto en caso de error. Nada con lo que no contásemos.

Ambas respiramos, aliviadas.

- *No vamos a esperar diez minutos. Seguro que han dado el aviso de error en cuanto empezaron los fallos eléctricos, así que es mejor que nos vayamos adelantando.*

Asiento. La sangre, acumulada detrás de mis ojos hierve y se agita. Lo que haya que hacer, hay que hacerlo bien y rápido. Comenzamos a caminar en dirección a la puerta principal, y noto como mis pies toman la delantera sin que yo tenga nada que ver en esa decisión. La mano de Kailani me sujeta con fuerza del antebrazo. Me entrega la bolsa en la que llevamos las herramientas - legales e ilegales - de las que dependemos esta noche; no me mira, pero sé que tengo que dejar que sea ella la primera cara visible, así que reduzco el ritmo.

Pero no mucho.

Presiono brevemente el intercomunicador situado en mi oreja.

- *Vamos para allá. Kalea, espero que ese bicho que has comprado funcione, porque dentro de poco voy a necesitar saber qué puerta forzar.*
- *Ya está volando. Nos va a venir bien que esta noche haya tanta gente con las pupilas empañadas, pendientes de las actualizaciones de la Lotería. Eso va a hacer que el dron pase más desapercibido aún.*
- *Perfecto.*
- *Oye, Midori* - al escuchar mi nombre, un pequeño reguero de agua fresca y confortable me atraviesa la columna vertebral, al tiempo que me pongo extrañamente nerviosa - *Saldrá bien.*
- *Lo sé.*

Su voz intenta decirme que cuento con ella. Sin palabras cariñosas. Sin frases largas. Lo agradezco.

Nos acercamos a la puerta, donde nos espera un vigilante corpulento, parapetado bajo un uniforme de kevlar y un subfusil que se conecta a una hombrera de titanio del tamaño de mi cabeza. No puedo ver sus ojos a través de sus gafas ahumadas, pero sé perfectamente que sus pupilas nos están escaneando y mapeando.

También sé que ya ha calculado cómo hacernos estallar la cabeza utilizando una única bala para las dos sin que nos dé tiempo a reaccionar. Me sudan las palmas de las manos. De hecho, me suda todo el cuerpo. Intento evitar que lo note.

- *Alto.*

- *Venimos por el aviso* - Kailani apenas desvía la mirada de su interlocutor. Sabe que no puede torcerla. No ahora. No frente a él - *por lo visto estáis teniendo problemas con el suministro de energía en el edificio.*
- *Desde aquí no hemos dado el aviso.*
- *Lo sé, eso lo hace el sistema automatizado. Lo tienen programado todos los edificios inteligentes.*

Nos mira. Nos estudia. Nos eviscera. Su piel, blanquecina y cubierta de diminutas pústulas, contrasta con su pelo, de un negro casi mate. Podría pasar por un tatuaje craneal, pero se percibe una fina línea que se une tímidamente a una barba recién afeitada. No tiene cicatrices, y me sorprende ver que, más allá de su piel deteriorada y un pequeño bulto en la mandíbula, su agresividad reside más en su actitud que en su aspecto físico. Podría resultar hasta agradable, a su manera. Es una lástima saber que, con toda probabilidad, su lóbulo frontal ha sido bañado una y otra vez en lejía y consignas hasta crear un soldado perfecto. Una parte de mí se pregunta qué hace controlando las entradas y salidas en un edificio como este, y no patrullando más cerca de la Torre o en la zona exterior.

Luego recuerdo qué clase de personas viven en este edificio y lo comprendo.

- *De acuerdo* - no se fía, pero sabe que estamos en sus manos - *pasad al control y que mis compañeros os registren*

Durante un breve instante de pánico caigo en la cuenta de que, tal vez, haya un registro biométrico para poder cruzar al interior, y que este no haya sucumbido al apagón. Un absurdo e incontrolado torrente de imágenes desquiciantes se abalanza sobre mi cabeza, y trato de encontrar la mejor frase para justificar que no tengo CIR, pero no existe. Esa frase suele ir acompañada de, en el mejor de los casos, una detención. Y este, posiblemente, no sea el mejor de los casos.

Sigo caminando. Pienso en Kalea diciéndome que saldrá bien, y dejo que esa sensación me atraviese.

Saldrá bien.

Saldrá bien.

- *Venimos por el fallo eléctrico, nos ha llegado un parte urgente a través del sistema de seguridad del edificio. Por lo visto lleváis un rato con problemas con la corriente, ¿no?*
- *Nombres y números de identificación.*

Las cuerdas vocales del segundo hana-bi parecen estar fabricadas con tuberías de titanio corroídas. No viste ningún tipo de visor, y apenas ha necesitado una ojeada rápida para examinarnos de arriba abajo. Lleva el mismo uniforme que su compañero, pero, en este caso, forrado con una cantidad insultante de ribetes termoplásticos. Muchos soldados lo hacen, dicen que mantienen los músculos activos y que protegen más. La verdad, tiene aspecto de ser incómodo.

- *Hae-rin. Códice número 55891273.77* - cada palabra que sale de la boca de mi compañera destila la seguridad necesaria de quien ha tenido que robar identidades y fingir ser otra persona en demasiadas ocasiones - *ella es Seohyun. Su códice es el 23235089.31. Nos envían de Taeyangatt, y si podéis indicarnos donde está el área de mantenimiento del edificio, iremos encantadas a echar un vistazo.*
- *Espera un momento* - la figura, más baja y consumida de lo que parece bajo las densas capas de ropa militar, observa atentamente su terminal portátil - *joder, que lenta va esta máquina. Le ha debido afectar el apagón*.

Dirige su mirada hacía su compañera, la más alta y voluminosa de los tres, que se acerca con indiferencia hacía nosotras. Lleva una camiseta de manga corta negra, completamente ceñida, de la cual emergen unos antebrazos llenos de cicatrices apenas visibles y perfectamente delineadas, causadas - muy probablemente - por alguna operación de mejora muscular. Incluso bajo el peto de kevlar que cubre su pecho puedo distinguir una masa de carne compacta y rígida, labrada a base de anabolizantes y entrenamiento paramilitar. Y mejoras biomecánicas.

- *Sabes que eso es imposible. El lector es autónomo* - su voz grave, marcada por un particular acento casi gutural, resulta, a su vez, inusualmente cálida - *solo que tú eres un impaciente y ese aparato nos lo tendrían que haber cambiado hace meses.*

Miro a mi alrededor. La entrada al edificio está revestida de tapices holográficos que emulan grabados antiguos, probablemente de la época previa a la guerra. A la gente con mucho dinero le encanta rememorar esos tiempos. Yo lo único que conozco es lo poco que estudié en la escuela pública, antes de que la cerraran por falta de fondos y Bushida decidiese que, antes que ingresarme en otra, mejor se encargaba él de enseñarme todo cuanto necesitaba saber. Supongo que tenía razón. Resultaba aburrido pasarse el día leyendo en pantallas de baja resolución datos que ni los profesores parecían comprender - la mayoría ni fingían que les interesaban - o ver una y otra vez los canales de los mismos NeuroReps educativos.

Creo que ahí empecé a odiarles. Quién sabe.

- *Vale, confirmado. Taeyangatt Corp.* - advierto como Kailani relaja los hombros; un leve y apenas perceptible movimiento con el que me queda claro que no estaba segura de que los CIR que le habían vendido aún siguieran en el registro legal. Me alegra saberlo ahora - *podéis pasar. Seguid a mi compañera, ella os llevará hasta abajo.*

La mujer nos mira, indicándonos con un gesto seco y brusco que la sigamos. Sujeto la bolsa con fuerza, regalándole una educada mueca de agradecimiento al vigilante al que acabamos de engañar. Voltea la cabeza, ignorándome, mientras masculla una hilada de insultos dedicados, muy probablemente, al panel de control que tiene frente a él. Antes de irnos, vislumbro de reojo parte del sistema de vigilancia ubicado tras el mostrador de recepción. Bajo una refinada mesa de madera sintética se agolpan hileras de monitores táctiles e indicadores de pulso con, probablemente, toda clase de datos sobre los residentes y sus prohibitivos hogares, todas ellos controlados y vigilados hasta lo enfermizo. Temperatura. Control bacteriológico. Medición de partículas. Cámaras de seguridad. Índice de toxicidad. Posiblemente hasta dispongan de una línea directa con algún servicio de venta de órganos recién cosechados.

Por suerte, la mitad están llevando a cabo *backups* y procesos de recuperación de datos, así que el plan, de momento, está saliendo bien.

- *Por aquí.*

Sin separar los dedos de su arma - sorprendentemente limpia, con un elegante baño de cromo blanquecino, casi níveo, sobre el que destacan unas hipnóticas luces púrpura - la hana-bi saca su tarjeta de identificación y abre frente a nosotras un estrecho portón reforzado.

- *Veo que el sistema paralelo de energía también está conectado a esta puerta*

Las palabras de Kailani rebotan sobre el cemento frío y aséptico del corredor que conduce hasta la sala de mantenimiento. La vigilante no responde. No nos mira. Para ella, no somos más que diminutos insectos laboriosos que han venido a solucionar un problema. Y su único interés en nosotras es que lo hagamos bien y lo hagamos rápido. Un zumbido monótono, como ruido blanco vomitado por cientos de máquinas cansadas, nos acompaña durante los eternos cuarenta y cinco segundos que dura el trayecto.

Llegamos hasta una angosta sala mal iluminada, dentro de la cual se acumulan indicadores atestados de cables, circuitos integrados y pantallas revestidas de aislamiento electromagnético. Resulta bello, casi armonioso. Monolítico. Una perfecta - y anómala - combinación de pulcritud y caos. Como un pequeño y acogedor templo salpicado por miles de motas de locura, electricidad y suciedad.

Espero que mi querida compañera tenga idea de lo que hace. Bushida me enseñó a burlar y manipular cualquier clase de apertura eléctrica, bien sea con mis dedos, bien con la ayuda de algún maravilloso aparatito, como el que ahora mismo se aloja en nuestra bolsa y gracias al cual podríamos recibir un disparo en las rodillas si la vigilante lo viese. Pero en lo que respecta a recomponer un sistema energético completo, poco puedo hacer. Y menos de un edificio de esta clase.

Como si me leyese la mente, la voz de Ki-Sung resuena en el interior de nuestros conductos auditivos.

- *Vale, tenéis unos quince o veinte minutos como máximo. Nosotros nos encargamos desde aquí de poner las cosas difíciles, pero necesito que hagáis una buena representación para que realmente se traguen que estáis arreglando ese montón de chatarra.*

Me sitúo junto a mi compañera. Ella me ignora. Sabe que este es su papel, y sabe que el público que nos observa es escaso, pero dispone de un arma entre las manos. Puedo notar minúsculas e imperfectas gotas de sudor deslizándose por su cráneo tatuado, zigzagueando entre los implantes que se asoman por detrás de sus orejas y en su nuca, todos ellos conectados internamente a las mejoras ilegales que tanto adora y que algún día infectarán sus órganos vitales. Durante un par de minutos, ofrece la mejor de las interpretaciones.

- *Vale, creo que ya sé lo que pasa. Es bastante posible que parte del problema resida en una avería procedente de uno de los pisos superiores. Algo ha debido fallar y le ha pegado un viaje a todo el edificio, llegando hasta aquí. Una bonita infección que se ha desplazado desde alguna de las plantas hasta el corazón del edificio.*

Necesitamos un nombre. Una planta. Un lugar. Kalea guarda silencio, y yo acumulo chillidos en mi tráquea. Kailani sigue trasteando entre interfaces, jugueteando con los botones. Si no la conociera, creería que sabe lo que hace. O quizás sí que lo sabe.

- *¿Puedes arreglarlo?*

Cada sílaba que la hana-bi excreta a través de su boca se nos clava en los intestinos. Su tono cálido ha mutado hacia una indiferencia hostil. No parece ser una persona paciente, y, desde luego, no creo que le paguen por serlo.

Por lo visto, la noche aún puede mejorar. Genial.

- *Si, puedo* - noto como mi compañera articula cada palabra como si la hubiese estado ensayando durante meses - *dame unos minutos más y detectaré el origen del fallo.*

Unos minutos más. No tenemos unos minutos más.

Y Kalea sigue sin dar señales de vida.

CAPÍTULO 4

El tiempo se congela. Se dilata. Se corroe, como el cartílago de unas rodillas empapadas en toxinas.

- *Dadme treinta segundos. Un minuto como máximo. Las paredes del edificio deben de estar revestidas con aislante térmico y el escáner del dron se está volviendo loco* - la voz de Kalea resuena clara y nítida en el interior de mi conducto auditivo, pero llega hasta mi cerebro distorsionada, diluida. Una ola de ansiedad me embiste, inundándome el paladar con un regusto a pánico y ácidos estomacales - *a veces me detecta veinte personas en un mismo piso y al instante siguiente no reconoce signo de vida en todo el edificio. Treinta segundos. No más.*

Las pupilas de la hana-bi - *¿cómo se llama? De golpe siento la ridícula necesidad de saber todo de ella, de abrazarla, de coserle la cara a puñaladas, de entender su vida* - se agitan epilépticamente de izquierda a derecha; posiblemente sus córneas estén recubiertas con alguna clase de PMMA conectado a un terminal, el cual le permite no solo acceder a la Net, sino también al registro privado de nuestros CIR. O, más bien, al de los que ella cree que tenemos insertados. Muy probablemente se esté bañando en información y datos mientras nos observa. Y yo no debería ser consciente de nada de esto, ni debería ser capaz de percatarme de esas vibraciones imperceptibles en sus globos oculares, pero puedo. Del mismo modo que también puedo percibir cada insignificante detalle de esta sala como si me hubieran insertado una cámara de alta resolución y ahora oliese los colores, tocase los sonidos y esnifase las corrientes eléctricas. Incluso el paso del tiempo parece haber perdido bastante sentido. Lo cual, en sí mismo, no tiene sentido.

(*Si sus pupilas han sido mejoradas quirúrgicamente para escanear códices, estáis muertas*)

Pese a que cada vez me cuesta más silenciar las voces que me taladran el cráneo, intento ignorarla mientras me centro en estudiar las posibles maneras de huir de aquí.

- *Veinte segundos. Sólo veinte* - dudo que tengamos veinte segundos extra, pero no nos queda otra que esperar a que el dron recupere la cordura en una ciudad donde hasta las máquinas la pierden - *Casi lo tengo. Esto se ha empezado a llenar con una plaga de interferencias y notificaciones que no dejan de volar entre antenas y conexiones flotantes. La Lotería está dando más guerra de lo que esperaba.*

Quizás se trate de mi cerebro, de su forma de actuar cuando entra en modo supervivencia. O quizás toda esta oleada de estímulos no sea más que un efecto secundario provocado por el estado de alerta en el que llevo sumergida desde hace un par de horas. Creo seriamente que deberían abrirme la cabeza y golpear con una llave inglesa ahí dentro hasta que todo esté arreglado. Noto como una arcada insiste en avanzar a lo largo y ancho de mi tráquea. La hana-bi respira con más fuerza. Estoy convencida de que intenta hacernos notar su impaciencia, su malestar. Posiblemente le paguen para que no se fíe de nosotras.

- *Vale, creo que ya casi lo tengo. Un par de minutos y sabremos donde se ha originado el fallo. Estoy completamente segura de que procede de la decimonovena… o quizás de la vigésima planta.*

Amo a Kailani. Todo el mundo debería amarla. Mantiene la calma con cada una de sus palabras, pero sé que, ahora mismo, está calculando cómo usar sus ciento cuarenta kilos de carne y metal para empujar a la vigilante si las cosas se ponen feas. Y yo, mientras tanto, no dejo de plantearme el por qué hago lo que hago. Por qué sigo aquí. Por qué no he mandado todo a la mierda y he convencido a algún grupo de rastreadores para que me saquen de esta ciudad, para que me lleven a ese lugar del que tanto se habla, donde - según dicen - todo te puede matar, contagiar o infectar. Ese mundo exterior, tan maldito y temido, que parece dispuesto a desmenuzarte y jugar con tus pedazos, dándote el tiempo justo para arrepentirte por haber salido de los muros de la Pasarela. Un lugar adorable, por lo visto.

- *[¿qué pasa por ahí abajo? Seguimos únicamente con la energía de emergencia, y necesitamos que la avería se arregle YA]*

A través del auricular de la vigilante nos llega la voz áspera e irritada de su compañero, un tipo simpático y agradable. Extraigo sutilmente de mi bolsillo un terminal desechable y, tras borrar las múltiples notificaciones y ads que llegan a través de las antenas circundantes - *esas cabronas emiten en frecuencias que no necesitan estar vinculadas a la Net, lo cual explica que puedan acceder a mi cacharrito ilegal y modificado* - miro la hora, tratando de calcular cuánto tiempo nos queda antes de que aparezca los auténticos técnicos.

Llevamos apenas cinco minutos. Algo menos. Cuatro minutos y treinta y tres segundos. ¿En qué momento han transcurrido entre dos horas y dos días dentro de mi cabeza?

- *Seguimos aquí. Dicen que el problema se ha iniciado en uno de los pisos superiores. Están intentando averiguar en cual.*
- *[Pues les damos dos minutos, o avisamos a Taeyangatt para que envíen otro equipo que sepa mejor lo que hacen]*
- *Entendido* - nuestra acompañante, clavando su mirada en la nuca de Kailani (y, con cierto desdén, mirándome a mí de reojo) nos comunica lo que ya hemos escuchado. Ella sabe que lo hemos oído. Nosotros sabemos que ella sabe que lo hemos oído. Pero da igual, porque podría pisarnos con su bota y nadie notaría la diferencia - *tenéis dos minutos. No podemos permitirnos tener este edificio con un sistema de energía reducido.*
- *En menos de uno lo tendré localizado* - el chasquido metalizado que emerge de las cuerdas vocales de mi compañera es tan tranquilizador como la voz de un médico sin licencia y una sierra en la mano, y aun así logra calmarme - *no hará falta que aviséis a nadie más.*

La hana-bi farfulla dos o tres palabras, probablemente insultos hacia mi compañera, mientras camina en círculos alrededor del panel principal. El parpadeo de las pantallas comienza a adquirir tonos verdosos, y un aroma a cable calcinado se asoma a través de los paneles mal sellados del suelo, un aroma que se mezcla con el olor gélido - pero, al mismo tiempo, sorprendentemente sofocante - de las paredes.

- *Vigésimo* - Kalea. Por fin. Joder. Por fin - *El vigésimo piso está vacío. Confirmado. He rastreado toda la planta, envolviendo el edificio, y ninguna masa de calor se corresponde a la de un cuerpo humano. Mando el dron a la azotea, a ver si detecto la posición de nuestro objetivo.*

La pasta agria que se había fijado a mi esternón y que apenas me dejaba respirar desciende varios centímetros, dándome un breve momento de alivio. Tengo la boca seca y el cerebro me chilla como un reciclador de chatarra enganchado al TMPU en medio de una pelea. Vigésima planta. Parece que, de momento, no van a detenernos y pegarnos una paliza.

- *¿Quién vive en el nivel número veinte?* - el espectáculo debe continuar, así que Kailani mantiene su papel, evitando perder las formas pese a que su uniforme empapado en sudor y sus dedos agarrotados parecen suplicar lo contrario - *según veo aquí, algún tipo de anomalía en la tensión de esa casa ha reventado el sistema del edificio. La verdad es que las distorsiones armónicas totales en este tipo de sitios son raras, siempre hay docenas de sistemas paralelos y cableados de último modelo, bastante resistentes, pero supongo que alguien quiso ahorrarse algo de dinero en la instalación.*

Sin mediar palabra, la vigilante - o, para ser honestas, paramilitar subcontratada por el gobierno para mantener el orden. Y quien dice el gobierno, dice la Torre - lanza una sutil y humillante mirada hacía mi querida amiga, al tiempo que, con un pequeño gesto de su cuello, acerca sus labios hacia un micrófono que se aloja en su hombrera de titanio.

- *Tömör, comprueba si el Señor Mitarai está en casa. Necesitamos subir, por lo visto ha sucedido algo en su piso que ha tumbado toda la corriente del edificio.*
- *[¿El Señor Mitarai? No creo que esté. Apenas pisa su apartamento, tengo entendido que se pasa el día en su despacho.]*
- *Pues tenemos que revisar su instalación.*

Tenemos. En plural. Ella también viene. Si pudiera, me golpearía la mandíbula contra el suelo, se la golpearía a todo mi querido equipo y, por supuesto, se la aplastaría a Bushida. ¿En qué momento dimos por hecho que nos dejarían entrar a solas en una casa en la que la pintura termocromática del baño vale más que nuestras cuatro vidas juntas? Hemos confiado en nuestra capacidad para salir con vida de los planes más erráticos e improvisados, y nos hemos olvidado de que ahora estamos jugando en un patio de recreo que nos supera.

Somos idiotas. Eso, o algo ha fallado, algo que no debería haber fallado.

Una serie de pequeños crujidos burbujean al otro lado del transistor de la hana-bi, probablemente a causa del solapamiento de frecuencias provocado por la estática de la sala en el que llevamos seis minutos. Seis minutos y veinte segundos, más concretamente. Y aún tengo que escalar cuatro pisos por una pared vertical con un traje mimético que casi me lanza al vacío la última vez que lo usé, porque decidió que el material al que tenía que adherirse no le convencía.

- *Vale, sube con ellas. Encárgate de abrir la puerta y vigilar que todo vaya bien. Pero que no toquen nada; como el Señor Mitarai note que alguien ha estado allí sin su consentimiento, este mes nos rebajan la retribución extra. No les gustan estas mierdas. Ya nos han dado un toque de atención los de la quinta y la octava por tardar tanto en arreglarlo, y no quiero que me sigan rebajando el bono salarial.*

La voz se corta bruscamente, como si alguien hubiera golpeado el micrófono con rabia. Notamos la mirada recelosa de nuestra vigilante. Su trabajo no consiste en confiar en los demás, y creo que no le estamos dando las mejores razones para que cambie su actitud con nosotras. Nos guía, señalando la salida con su arma.

- *Vamos, rápido.*

Notamos claramente cómo oculta cada palabras entre sus muelas, presionando la mandíbula. Evita excretar todo lo que realmente piensa. No puede. No sabe. No fue educada para ello.

(*Pero tú puedes escucharlo, ¿verdad? Como nosotras. Puedes oír su miedo, su asco, su odio*)

(...)

Pasamos de nuevo por el hall del edificio. Sin apenas buscarlo, sin tan siquiera planteármelo, comienzo a analizar la atmósfera que nos rodea, descomponiéndola en miles de pequeñas partes que puedo palpar, agarrar. Sentir. Los asientos de cuero (*¿real?*) situados junto a una cristalera holográfica, ofreciéndoles a las visitas un lugar en el que esperar cómodamente a sus anfitriones, mientras éstos bajan de sus apartamentos en ascensores silenciosos y perfumados. Los dispensadores de bebidas, tanto relajantes como energéticas. Las pantallas con - obviamente - acceso a docenas de retransmisiones de NeuroReps las veinticuatro horas, para no tener que verlos únicamente a través de sus pupilas. Las cámaras de vigilancia, espiando desde los rincones más insospechados, camufladas tras una decoración dorada, ocre y blanca.

Dirijo mi mirada a los soldados - *porque, si, eso es lo que realmente son* - que aguardan en la entrada. Siguen ofreciendo el aspecto de rígidas estatuas de carne y exoesqueletos fabricados con titanio; sin embargo, bajo los visores que ocultan sus ojos, puedo vislumbrar la rabia, el hastío, el tedio. El rencor. Si sucediese algo fuera de lo normal, si supiesen quiénes somos realmente, nos romperían varios huesos y - en el mejor de los casos - nos enviarían al Centro de Control Gamsa sin dudarlo ni un segundo. Acto seguido, se sentarían tranquilamente en sus barracones de descanso, enlazándose durante seis o siete horas seguidas a la Net, repartiendo alegremente puntos de reputación entre los nuevos clips de sus Neuros favoritos, olvidándose completamente de nosotras. Sin plantearse - ni importarles - que, al enviarnos allí, muy probablemente nos habrían condenado a acabar convertidas en mercancía empaquetada. En órganos nuevos y sanos para los gestores de las empresas a los que se les ha prometido un trasplante semestral como parte de su seguro sanitario. O, simplemente, como nueva mercancía para el Mercado de Dientes y Huesos.

Subimos por las escaleras. Las paredes están recubiertas por una fina impresión tridimensional, casi imperceptible, que recrea algunas de las escenas que se pueden ver también en los templos y santuarios desperdigados por la ciudad. Observo a Kailani. Sé que está cronometrando el tiempo que nos queda antes de que aparezcan las personas a las que estamos suplantando, a la vez que sigue soltando pequeñas e inocuas frases con el único fin de seguir representando su papel frente a nuestro exigente público. Yo, mientras tanto, me mantengo en silencio, preguntándome por qué tardan tanto en aparecer,

preguntándome si Ki-Sung está interfiriendo en las comunicaciones internas entre el edificio y los sistemas de emergencia, provocando su retraso. Suplicando mentalmente para que lo esté haciendo.

Alguien, o algo, me patea la boca del estómago. Y no, esta vez no es el oniguiri. Esta vez es el miedo.

(*Y sigues sin tener muy claro el plan*)

(*Cierto. Sigo sin tener para nada claro el plan. Algo no me huele bien*)

La puerta de la vigésima planta está situada al fondo de un pequeño recibidor. No lo necesitan, ya que cada vivienda ocupa un piso completo, pero es una buena forma de impresionar a las visitas antes de que éstas llamen a esa puerta plagada de sensores biométricos y vigilancia. A ambos lados, dos pequeños maceteros exhiben diminutos arces de hoja roja, sintetizados en laboratorio. Más baratos que un auténtico árbol recién salido de un invernadero privado, pero indudablemente más caro - mucho más caro - que flores fabricadas con PVC.

- *Nuestro querido amigo de la planta veinticuatro apenas se mueve* - la voz de Kalea me golpea en el oído y, aunque sé que no puede escucharse desde fuera, instintivamente me apoyo el dedo índice en el oído, taponándolo - *así que está claro que, o está dormido, o está muerto, o lleva un buen rato enlazado. Eso te da margen de movimiento, Midori. Debe tener las pupilas tan empañadas que podrías pasar a su lado y ni se enteraría.*
- *Me apuesto todas mis ganancias de este robo a que ni siquiera usa su Pastilla para enlazarse. Fijo que ese cabrón se ha comprado alguna clase de aparato exclusivo para acceder a donde quiera sin tener que quemar su propio cerebro. Seguro que está conectado a alguno de esos cacharros que te permiten sentir que estás físicamente dentro de la retransmisión, y en estos momentos ese cabrón arrugado está acostándose virtualmente con alguna Neuro de lujo con aspecto de menor de edad.*

El tono agudo y casi infantil de Ki-Sung se cuela como una rata ciega en la conversación y, de paso, en mis pensamientos. Una parte de mi decide odiarle por su capacidad para sacarme de mi propia cabeza cuando más concentrada estoy; sin embargo, agradezco - más de lo que quiero reconocer - que sus frases fuera de lugar me ayuden a rebajar el nivel de ansiedad al que me someten estos trabajos. Por otra parte, potencian mi odio, pero para eso tampoco necesito demasiada ayuda.

- *Joder, me encantaría ver los perfiles personales de esa gente, todos con acceso privado a los canales corporativos* - Miro a Kailani, que se ha parado frente a la puerta y habla con la hana-bi. Aprieta los dientes, hasta el punto de que el metal de su implante maxilofacial rechina. Sé que, si pudiera, ahora mismo estaría gritándonos, diciéndonos que nos tomemos esto en serio - *Seguro que tienen redes encriptadas donde comparten sus secretitos, sin anuncios vendiéndote chorradas ni interrupciones pidiendo puntos de reputación; únicamente datos e información fuera del alcance del resto de mortales.*

Las luces de emergencia parpadean, escondidas bajo un falso techo de madera. Las sombras se retuercen. Fabrican figuras grotescas que bailan entre los rincones de esa elegante entrada, una entrada que parece, por momentos, convertirse en una mandíbula dispuesta a engullirnos.

- *Aquí es* - la vigilante abre el apartamento utilizando una tarjeta de plástico *- quiero que esté arreglado en menos de diez minutos.*
- *¿Te avisamos si necesitamos algo?*

La confianza de mi socia comienza a erosionarse. Pero no son dudas o temor lo que se asoma, sino una amalgama de cólera e impaciencia. Yo soy buena logrando que el mundo me ignore y me deje en paz. Ella es buena rompiéndole el tabique nasal a ese mismo mundo.

- *¿Avisarme? No, yo me quedo aquí con vosotras. Diez minutos.*

Al abrir la puerta, un microcosmos perfectamente diseñado nos escupe en la cara. Las paredes, probablemente compuestas de vidrio inteligente, dejan entrever un elegante laberinto de pequeñas salas sin apenas muebles. Con una ojeada rápida logro distinguir una colección de esferas de cristal decorativas colgadas del techo; en el interior de cada una de ellas luce una pequeña figura de tonos brillantes e hipnóticos. Tiene aspecto de caro. De muy caro. Caminamos lentamente, sin un rumbo fijo, tratando de encontrar el panel eléctrico en un lugar en el que algo así nunca estaría visible. Instintivamente pienso en mi casa, y se me ocurre rastrear en la cocina. Kailani le pregunta a nuestra querida hana-bi si tiene idea de dónde puede estar el cuadro de control energético. Claramente, no espera que responda, pero tiene que preguntarlo. La vigilante nos mira arqueando una ceja, probablemente convencida de que es algo que ya deberíamos saber.

Una imagen fugaz cruza mi cerebro. Una imagen en la que puedo ver cómo alguien nos apunta con un fusil y nos pregunta quienes somos realmente. Intento no prestarle atención, y sigo buscando.

Me doy cuenta de que el apartamento parece estar fundido en una única masa de polímeros y colores cremosos, y que cada mueble da la impresión de nacer del suelo, como hongos que emergen de un cadáver contaminado. Nada tiene patas o extremidades, son todo abscesos que brotan con formas orgánicas: una chimenea virtual, varios futones que imitan - *¿por qué?* - a distintas y variadas rocas, así como joyas, una mesa central insultantemente grande y un monitor flexible, aún más grande, que cubre toda la pared de la sala central. Cada elemento brota del propio piso. Me recuerda a una impresión 3D en la que cada parte del conjunto ha sido modelada sin separarla del resto. Como una única pieza. Como un único bloque.

Por alguna razón, todo eso me hace pensar en un animal despellejado y agonizante al que alguien ha maquillado para que parezca más hermoso de lo que realmente es.

- *[¿Estás ahí, Jiwoo?]* - a través del transistor de la militar escuchamos los gruñidos de su compañero? - *[¿habéis detectado ya el problema?]*

Con un movimiento lento y calculado, la hana-bi sujeta su receptor y murmura un brusco '*espera*', sin dejar de clavarnos la mirada. Sin dejar de examinarnos ni acecharnos. Me empiezo a preguntar hasta qué punto hemos conseguido engañarla. Sus compañeros, quizás por hastío, quizás por pereza, no parecen habernos prestado tanta atención una vez confirmada nuestra identidad, algo que - como ellos mismos saben, como todo el mundo sabe en la Pasarela - podría ser perfectamente falso. Pero ella no. Ella registra cada movimiento que llevamos a cabo. Ella nos está siguiendo el juego, viendo hasta dónde queremos llegar. Me doy la vuelta, en dirección al salón, mientras me planteo si el honrado vendedor al que le hemos comprado unos CIR ilegales ha sido capaz de quemar todo el rastro que nuestros códices hayan podido dejar a su paso. De repente soy consciente de que ni tan siquiera me he planteado si los nombres que hemos dado pertenecen a alguien real y, en caso de que así sea, si siguen vivos.

(*Sabe que nos sois quienes decís ser. Se puede oler en su ritmo cardíaco, en la dilatación de sus pupilas. En su sudoración*)

- *Normalmente, los sistemas energéticos de las casas suelen estar alojados en las entradas, pero en estas casas de diseño a veces lo esconden tanto que es casi imposible detectarlos*

Escucho mi propia voz como un eco lejano. Me da la impresión de que hablo desde lo más profundo de una tubería de metal. Esto me resulta extraño, anómalo. Normalmente, no suelo fingir ser otra persona; simplemente me dedico a entrar en sitios en los que no debería entrar, para coger cosas que no debería coger, y largarme de allí. Soy más hábil esquivando a la gente y a sus armas que inventándome frases para cumplir un papel estúpido que ni yo misma me creo.

Y, sin embargo, aquí estoy.

- *¿Y no tenéis ningún dispositivo para encontrar esos… paneles eléctricos?*

No me está preguntando. En absoluto. Está tanteándome. Apenas alza la voz, y cada palabra, cada sílaba, está calculada. Está sumando dos y dos en su cabeza, mientras su dedo índice se mantiene pegado al gatillo de su arma. Presiente que no soy lo que digo ser, pero quiere asegurarse. No puedo dejar que vea como me tiemblan las manos.

Me siento estúpida. Llevo robando casi siete años, desde los doce, y sigo siendo esa pequeña niña asustada y novata que aún teme recibir un disparo en el estómago.

- *Eso sirve en los bloques de construcción estándar, no en los pisos de diseño. Estos están personalizados, son más complicados.*
- *Ya…*

Me impresionan mis propias palabras. No pienso rendirme. No pienso caer por culpa de un plan de mierda, lleno de fallos e ideas sin pies ni cabeza. Y, desde luego, no voy a acoger con los brazos abiertos ninguna ráfaga de balas. Hundo mis pupilas en la mujer que está a un paso de detenerme. Eso si decide ir por la vía legal, algo a lo que no está obligada. Los muertos son más baratos de gestionar que los vivos.

- *Vamos a avisar a Taeyangatt para que envíen otro equipo que sepa mejor lo que hace...*

Escupe las palabras como si quisiera arañarme con ellas.

- *No* - alzo el tono. Evito gritar. O eso creo. Apenas puedo escucharme a mí misma - *no es necesario, en seguida lo terminaremos. No hace falta que les avises.*

Frunce el ceño. Todo comienza a derrumbarse. Bastante ha tardado.

(*Corre, Midori*)

- *¿Qué está pasando aquí?*

No quiere respuestas. Solo quiere una reacción, un movimiento mal calculado, una réplica que no le cuadre. Podría intentar convencerla, mentir, alegando que no queremos que nos reduzcan la cuota semanal de trabajos. O directamente pedirle que no diga nada, que nos podrían despedir. A esta ciudad le encantan los perdedores, les hace sentir que son ellos los que, realmente, están logrando el éxito.

Pero hacer eso sería estúpido. Muy estúpido.

Porque ya sabe que algo falla, y lo único que me queda es alargar lo suficiente este instante como para que se me ocurra una idea genial que - claramente - no se me va a ocurrir. Algo que me saque de aquí. Un puto milagro.

- *¿De qué va esto? ¿Quiénes sois?*

(CORRE)

El mundo estalla en pedazos. El tiempo se ralentiza, como un chicle masticado y sin sabor que se estira y se estira y se estira hasta que se rompe. ¿Es posible que en menos de diez minutos hayamos pasado de engañar a tres hana-bi a que nos detecten por algo tan absurdo y ridículo como no encontrar un cuadro eléctrico?

Y entonces me doy cuenta.

En ningún momento se ha creído nuestra mentira. Simplemente estaba dejando que se nos cayese el disfraz, o, al menos, que se vieran los pliegues falsos que esconden nuestra verdadera identidad. Se me nubla la vista. Vuelvo a tener diez años y un nudo en la garganta.

- *Aquí pasa algo raro, lo noto desde que hemos bajado a la sala de mantenimiento. No sé quiénes sois, ni qué coño queréis, pero vais a estar quietecitas hasta que llevemos a cabo una doble comprobación de vuestros códices.*

Levanta el arma y me apunta con ella. Pienso en saltar y arrancársela de las manos. Pienso en vaciarle el cargador sobre sus músculos operados hasta que apenas se distinga la carne del metal. Una gran bolsa de basura se abre dentro de mi esternón, desparramando estiércol e ira.

Pero no hago nada de eso.

Simplemente me quedo quieta, desechando todas y cada una de las propuestas que mi cerebro, empapado en adrenalina, me lanza. Si no me muevo, estoy jodida. Si me muevo, estoy jodida. Acerca los labios en dirección al micrófono de su hombro, sin dejar de mirarme. Sin pensarlo mucho abro la boca, en un último y patético intento de engañarla, aun sabiendo que ya no hay nada que hacer.

Pero no puedo. Enmudezco. No por no saber qué decir, si no por querer aullar tantas cosas al mismo tiempo, tantas, que ninguna logra atravesar mis cuerdas vocales. Veo, casi a cámara lenta, como avisa a su compañero.

- *Atenc…*

Súbitamente, su cuerpo se convulsiona. Me sobresalto, ahogando un grito. Su cuello se convierte en una cañería oxidada a la que alguien está pateando violentamente. Se le agarrotan las extremidades, que dejan caer el arma. Con su brazo izquierdo trata de alcanzar su nuca, mientras un rugido bañado en espuma y saliva escapa de su garganta.

Su nuca. Algo se asoma por detrás.

Es Kailani.

Está liberando una descarga eléctrica en el cuello de la hana-bi, una descarga que ha convertido los casi dos metros de entrenamiento militar en un amasijo de tendones y ligamentos retorcidos que luchan por mantenerse en pie, sin mucho éxito. Todo sucede en apenas unos segundos, pero, de alguna forma, soy capaz de percibirlo y diseccionarlo como si estuviera pasando muy, muy lentamente. Puedo ver el aturdidor eléctrico liberando entre uno y dos millones de voltios sobre la carne y la piel de la vigilante. Puedo ver los nudillos rígidos de mi amiga apretando el arma contra su cuerpo, como si pretendiese clavárselo entre las clavículas. Puedo ver el resplandor de la luz blanquecina y azulada volando desde el cartucho situado en la punta del taser, alumbrando a ráfagas el salón. Puedo ver el sistema nervioso muscular de Jiwoo *(¿así es como la ha llamado su compañero antes?*) agitándose a espasmos, sacudiéndose agresivamente.

Y, de repente, el silencio. El largo y horrible silencio, a la espera de que algo suceda.

El tenue aroma a humo y carne quemada y caos.

Kailani respira profundamente.

- *Joder. JODER. Sabía que esto no iba a salir bien. Lo sabía* - alza la mirada y me señala la puerta del balcón, mientras escupe las palabras con velocidad y nerviosismo, pese a que todo su lenguaje corporal trata desesperadamente de mantener la calma - *en cuanto sus compañeros no puedan contactar con ella van a subir aquí, y no vendrán con buenas intenciones, así que sube ya. Rápido.*
- *¿Por qué has traído un…?*
- *¡RÁPIDO!*

Recorro diez metros en poco más de dos zancadas, mientras me arranco toda la ropa hasta quedarme enfundada en el traje mimético que llevo adherido a la piel. Activo el sistema de agarre magnético, olvidándome de si afectará o no al camuflaje óptico. Ahora eso da igual. No necesito ser discreta. Lo que necesito es no reventarme la cabeza contra el suelo por una caída estúpida.

Salgo fuera. El aire nocturno, pastoso, se me clava en lo más profundo de las fosas nasales.

Cuatro pisos. Solo tengo que escalar cuatro pisos. Y estaré en el vigésimo cuarto.

Lo cual implica una caída de veinticuatro plantas.

Mierda.

CAPÍTULO 5

El oxígeno apenas me llega a los pulmones.

Puedo escuchar un coro de sirenas. Sirenas lejanas. Sirenas que gimen y chillan como bebés hambrientos. Alguien ha sufrido un accidente, o alguien va a ser detenido. O, tal vez, ambas cosas. Los silbidos, lejanos, ahogados por el zumbido de los extractores de los múltiples edificios que me rodean, me dan una pista de la altura a la que me encuentro. El aire húmedo y caliente me asfixia.

(No mires abajo, Midori. Ni se te ocurra)

Presiono la palma de mis manos contra las fibras de carbono que forman gran parte de la pared del edificio. Tanto que apenas noto la sangre regando el interior de mis palmas, de mis dedos. Ignoro el dolor de cabeza incipiente y los calambres que amenazan con diseccionarme los muslos y los antebrazos, y sigo. Es lo único que puedo hacer. Seguir. Pese a que no consigo desprenderme de mi cabeza la imagen de la hana-bi desplomándose en el suelo. Pese al miedo. Solo puedo seguir.

Cada movimiento, por insignificante que resulte, comprime todos los músculos de mi espalda. Un metro menos. Dos. Tres. Aplasto mi frente contra una cristalera sólida, fría. Creo que forma parte de la terraza del vigésimo segundo piso. Vidrio de doble cara. Puedo notar mis propios labios murmurando súplicas, pidiendo por favor que nadie decida salir al balcón con la intención de disfrutar de otra noche de mierda. Pero, realmente, no puedo oírme a mí misma; únicamente puedo escuchar el murmullo distante de la ciudad.

Sigo subiendo.

Me arde el pecho. Apenas puedo respirar. Durante una décima de segundo, ese mismo cristal me escupe una luz que me ciega el ojo izquierdo. Una luz azul, púrpura, hipnótica. Tardo un instante en darme cuenta de que se trata del reflejo de los neones que forran la ciudad, como si de un cadáver maquillado y cubierto de leds se tratase.

(he dicho que no mires abajo, estúpida.)

Un poco más. Solo. Un poco. Más.

El traje funciona, pero eso no logra calmar mínimamente los latidos histéricos de mi corazón, que parecen querer fracturarme el esternón desde dentro. He dejado de notar gran parte de mi cuerpo. Pero me da igual, no lo necesito.

Me hierve el cuero cabelludo.

(*Mierda. Mierda. Mierda*)

Otro metro más. Otro piso más. El sudor me nubla la vista. Puedo sentir como mis extremidades actúan solas, siguiendo una inercia instintiva en busca del mejor lugar para acoplarse, para adherirse mediante el sistema de imantado del traje y las fibras de vidrio microscópicas que me permiten perforar la pared y escalar. La boca me sabe a metal agrio.

A sangre. Sangre fresca, fea, ruidosa. En algún momento he apretado tanto los dientes que me he atravesado el labio inferior. Trago una bola de saliva rojiza y sigo.

Vigésimo tercer piso. Estoy llegando.

La migraña, alojada detrás de mis cuencas oculares, se dedica a sacudirme el cerebro desde dentro. No puedo sentir las yemas de mis dedos. Un metro más. Otro. Pienso en el fusil apuntándome. Pienso en trepar otros treinta centímetros. Pienso en Kailani gritándome, excitada, tensa. Asustada. Pienso en los otros dos militares subiendo a toda prisa, entrando en el apartamento, cosiéndola a balazos hasta partirla por la mitad. Pienso en el lujoso salón teñido de injertos biomecánicos troceados y órganos internos irreconocibles. Quiero gritar. Necesito gritar. Pienso en llegar al la planta veinticuatro. Sólo en eso.

Ya queda menos.

Otro impulso.

Necesito otro impulso.

Solo uno más. Y luego otro. Y otro. Y otro.

(*Cariño, estás mirando hacia abajo. ¿Por qué estás mirando hacia abajo*)

(Joder. Joder. Joder. Dejarme en paz. No ahora. No aquí.)

Me mareo, pero logro mantenerme aferrada al edificio. Soy ágil. Soy rápida. Siempre lo he sido, y más me vale seguir siéndolo. Me insulto a mí misma, al mismo tiempo que me rio como una maniaca. Me vuelvo a insultar. Entonces la veo: la claraboya del jardín de nuestro objetivo. Otra sirena lejana. No, una no, dos. Dos sirenas. La ciudad vomita gritos y gimoteos. Una pelea, posiblemente una muy desagradable. Incluso desde esta altura puedo escucharla, sentirla.

Por lo visto tampoco en la Sección -1 se libran de ellas.

Lentamente, evitando que el pánico me domine, separo la mano derecha de la superficie sólida a la que estoy enganchada y trato de coger la sierra de diamante, oculta en todo momento en una doble funda del traje mimético. La aferro con fuerza, combatiendo contra los pequeños y estúpidos espasmos musculares que recorren mi brazo. Estoy cansada. Y nerviosa. Y algo va a detonar dentro de mí, pero aún no sé si será mi cabeza, mi estómago o mis pulmones.

(*Respira. Estamos aquí. Tú, simplemente, intenta sobrevivir. Nosotras nos encargamos del resto*)

(*... ¿vosotras?*)

Ignoro las voces y comienzo a trabajar en el vidrio. Evito pensar en si seré capaz. Evito pensar en si se resquebrajará por donde no tiene que hacerlo. Evito pensar en si todo fallará y me sentiré estúpida y perdida. Oprimo mis yemas contra el instrumento, impidiendo

que se caiga, observando cada milímetro de cristal que logro perforar sin que nada falle. Debo seguir.

Debo. Seguir.

Debo.

Seguir.

Me arden los ojos. Todo parece desenfocarse frente a mí. No, no lo parece: se desenfoca. Me cuesta mantener la precisión. Demasiados temblores, demasiada dopamina golpeándose contra las paredes internas de mi cráneo sin saber por dónde salir. Ya llevo la mitad. ¿Será el agujero lo suficientemente grande? Me da igual. Tengo que seguir. Pase lo que pase.

Ya casi está. Me suda la mano, y los nudillos me piden tregua. Puedo notar como algo aguijonea mi índice y mi pulgar, pero posiblemente solo sea la tensión y la falta de riego sanguíneo.

(*Quiero gritar, y no puedo. Y eso hace que quiera gritar más. Lo necesito*)

Un. Poco. Más.

El fragmento de la claraboya cae hacía el interior. Contengo la respiración. Mis dientes rechinan y mi mandíbula se tensa como un muelle gastado a punto de saltar. Un segundo. Dos. Cinco. Siete. No parece que pase nada. Todo va bien. Todo va bien. Respira, Midori.

Entro al apartamento.

Lo primero que me invade es un intenso aroma a desinfectante y bambú fresco, lo cual me sorprende. Me agacho, buscando un rincón en el que ocultarme, mientras experimento como una ola de electricidad estática y luces azules me envuelven. Me siento cómoda, peligrosamente cómoda. Resulta demasiado acogedor. Me recuerdo a mí misma que no es mi casa, que no he sido invitada. Que no puedo bajar las defensas. Caigo en la cuenta de que un ronroneo casi imperceptible, un murmullo sintético, se desplaza por toda la estancia, acariciando cada una de mis terminaciones nerviosas.

Entonces me percato. Más allá de las voces de mi cabeza, hay otras. Otras que no han dejado de agolparse y pelearse durante toda mi escalada. Otras vomitadas por el auricular oculto en el interior de mi oído, y que mi cerebro ha evitado mientras ha podido, pero, ahora que he vuelto a tierra firme, ya no puede seguir ignorando. Kailani gruñe y ladra. Ki-Sung, más alterado de lo que suele estar habitualmente, no deja de preguntar a gritos por qué hemos tumbado a la soldado y de dónde ha salido el aturdidor eléctrico.

Y, entre tanto nerviosismo, entre tanto rugido, distingo a Kalea. Está tratando de contactar conmigo.

- *Midori, escúchame. Midori. Por favor* - conozco ese tono. Quiere enfadarse conmigo, pero está demasiado preocupada como para hacerlo - *Joder, Midori, en serio,*

responde. Puedo detectar tu calor corporal, sé que has llegado, necesito que me prestes atención.

Acerco el dedo a mi oído y susurro, convencida de que algo o alguien aparecerá tras una esquina y me arrancará la piel a tiras si me escucha.

- *Estoy dentro. Voy a buscar el terminal y conectar el bicho que me habéis dado. Robad toda la mierda que tengáis que robar lo más rápido posible.*
- *Vale, si, no te preocupes. El dispositivo también hará una copia de seguridad, por si falla algo durante la transmisión. Pero necesito que mantengas el contacto en todo momento, por si algo sale mal, ¿entiendes?*
- *¿No te has enterado? ya ha salido todo mal* - me pesan los párpados. No sé por qué, pero quiero dormir. Quiero dejar que las luces flúor que bañan la estancia me arropen y me lleven lejos. Estoy cansada, muy cansada. Esta casa tiene algo que me seda, que me aplaca - *esto es una mierda. Pero la verdad es que ni me importa, así que terminemos de una vez.*

Desconecto el auricular, sin esperar respuesta. Necesito silencio.

Me levanto. Técnicamente sigo en la terraza, aunque ésta parece ser una extensión del propio piso, un piso constituido, en su mayoría, por una única estancia. Un amplio rectángulo horizontal *(¿o es más bien un tubo? ¿Tiene una forma definida?*) lleno de paredes interactivas que no dejan de exhibir en bucle una sucesión de proyecciones, la mayoría de ellas tridimensionales. Decoración virtual, texturizada. Apoyadas sobre unas baldas que flotan a varios metros del suelo, varias hiedras dejan caer sus ramas tupidas, creando así la ilusión de un falso muro orgánico tras el que se oculta una pequeña salita salpicada por una serie de muebles de aspecto incómodo. Al igual que en el otro apartamento, éstos emergen directamente del suelo, el cual está integrado por miles de diminutos mosaicos térmicos, algo que puedo notar al pisarlo lenta y silenciosamente.

Es peligrosamente agradable caminar por aquí.

- *¿Dónde estás?* - dudo de si estoy murmurando en voz baja o si estoy escuchando mis palabras únicamente en el interior de mi cabeza. No debería hablar en alto. Claro que tampoco debería estar aquí. Me empieza a dar absolutamente igual todo - *¿Sigues enlazado a la Net, cariño? ¿Me vas a molestar mientras busco tu maldito ordenador personal?*

Evitando cualquier movimiento brusco, camino a lo largo de la sala, empapándome en las sutiles y analgésicas luces de neón que emergen a través de una preciosa maraña de leds apenas visibles que recorren toda la casa, o al menos hasta donde me alcanza la vista. Los techos son más altos de lo que podría parecer desde fuera, y únicamente cuando mis pupilas se adaptan a la atmósfera puedo distinguir al fondo un pasillo estrecho con varias puertas situadas a ambos lados. Algunas están abiertas, otras cerradas. Otras, directamente, fundidas en la pared.

Una corriente cruza todo mi sistema nervioso. De golpe, ya no soy esa cría asustada. No. Ahora podría incinerar a cualquiera con solo tocarlo. Podría desconectar las sinapsis que comunican sus neuronas y convertirlo en poco más que una botella de plástico arrugada.

(*Midori, céntrate. Deja de imaginar estupideces.*)

Pienso en Kailani. Quiero saber si sigue viva, pero me niego a conectar de nuevo el transmisor. No podría soportar escuchar como la convierten en pulpa y sangre a balazos.

(*No. Olvida eso. Olvida esa imagen. Céntrate. Has logrado llegar hasta aquí. Sigue.*)

Avanzo en dirección al corredor que hay al fondo, sin dejar de examinar cada rincón de la estancia, que hace - o eso creo - las veces de salón. Me recuerda a los locales de oxígeno situados al este de la Sección -2, pero sin todas las bebidas adulteradas ni los respiradores de aire puro a seis Kwŏk la hora.

Al pasar junto a un sofá situado en el centro de la estancia no puedo evitar acercar mis dedos a una manta que lo cubre casi por completo. Parece pelo real, pelo de animal. Nunca había visto algo así, no físicamente. Justo antes de rozarla, un calambre en la pierna me recuerda que el tiempo se agota. Vuelvo a visualizar a los hana-bi subiendo por las escaleras.

Basta. Debo continuar.

Saco el DataP de la misma doble funda en la que tenía escondida la sierra de diamante y lo observo detenidamente, comprobando que esté bien, que no haya sufrido ningún golpe durante el ascenso. Es un modelo extractor de última generación. Llevo demasiadas cosas caras encima, lo cual me indica que lo que vamos a robar es muchísimo más valioso aún.

(*Y, sin embargo, la planificación ha sido horrible. ¿No te parece extraño?*)

(¿No tenéis nada mejor que hacer que embutirme vuestras inseguridades justo en este momento?)

(*No decimos nada que no pienses tú, y lo sabes*)

Escucho un ruido. Alzo la vista de golpe. No, no es solo un ruido: es alguien tosiendo. Sale de una de las habitaciones que están abiertas. Me sorprendo a mí misma suplicando, pidiendo (*por favor*) que ese sonido no proceda del mismo lugar en el que está la terminal a la que necesito acceder.

Pero si algo ha quedado clara esta noche es que, si algo puede torcerse, se torcerá.

Me aproximo a la primera sala situada en el largo pasillo. Conforme avanzo, voy percibiendo un murmullo hostil. Una sucesión de melodías y graznidos que parecen emerger, ahogados, del interior de unos auriculares con el volumen excesivamente alto, como si cientos de hilos sonoros compitiesen entre sí, tratando de ganarse la atención de la persona que les está escuchando.

Huele a incienso. Un aroma intenso, especiado. Dulce. Me resulta incómodo, demasiado puro. Contengo las ganas de estornudar.

Otro ruido. Alguien se revuelve. Alguien se mueve - *¿se está restregando?* - sobre una superficie de cuero sintético. Me deslizo silenciosamente, dispuesta a saltar sobre quién

sea. Estoy cansada, y posiblemente me fallen las fuerzas, pero ahora mismo me vendría muy bien partir algún que otro tabique nasal. O, directamente, hundirlo hasta que quede irreconocible, impregnado de sus propias mucosidades.

(*Respira, idiota. Respira. Relájate. Te prometiste no dejarte llevar por la ira. Te lo prometiste.*)

Una sucesión de crujidos me da a entender que, efectivamente, hay alguien moviéndose y zarandeándose en el interior de esa habitación, pero que no va a salir. Me acerco al marco de la puerta. Hace más calor. Mucho más calor. Casi se puede masticar. El olor comienza a ser denso e insoportable; almizcle y goma quemada supurando a través de una piel sudorosa. Fluidos corporales agrios. Exactamente el mismo hedor que baña los dormitorios de los prostíbulos sin límite de edad. *Salones Temáticos*, se hacen llamar. Locales en los que se paga el doble por las vírgenes, y el triple por los menores de catorce. Imitadores orgullosos del Almacén Rojo.

No volveré a robar en un sitio así. No pude comer en una semana.

Me apoyo en el marco de la puerta, asomándome, olvidándome temporalmente de por qué estoy aquí. Tratando de controlar mi necesidad de desollar vivo a la primera persona que se me ponga delante. Una masa de aire viscoso me pega un puñetazo en la cara, al mismo tiempo que un reguero de luces parpadeantes me ofrece una incómoda bienvenida. En el centro de la habitación - pequeña, estrecha, asfixiante - una figura ríe y balbucea, recostada sobre un amplio sillón de fibras de carbono *(¿bioluminiscente? ¿o simplemente refleja los destellos que vomitan las diversas pantallas a su alrededor?*).

Es nuestro objetivo.

Tiene toda la zona central de su cabeza cubierta por un visor sináptico. Uno caro. Muy caro. Uno por el que probablemente Ki-Sung vendería alguno de sus órganos, y aún le faltaría dinero. Parece estar conectado de alguna forma a los monitores situados a su alrededor, monitores cuyo contenido está codificado para mi - para cualquiera sin un modelo de CIR premium, de hecho - y que, sospecho, le están regalando un festival de estímulos sensitivos que va mucho más allá de, simplemente, escuchar a sus Neuros favoritos.

Entro en el cuarto, casi reptando. No me ve. No puede. Ni tampoco escucharme. Lleva una yukata - *demasiado* - abierta, y su torso es una masa de secreciones y piel pálida, una masa de la que emergen cuatro o cinco electrodos que van a dar a una máquina que monitoriza sus funciones vitales. Me sitúo a su espalda, y en ese momento me doy cuenta de que no solo está viendo clips de pago, inaccesibles para la mayoría de mortales de esta ciudad con una Pastilla intracraneal básica. No. Está enlazado, al mismo tiempo, a seis o siete canales de alguna SubNet. Todos ellos encriptados, todos ellos emitiendo mierda (probablemente ilegal) simultáneamente, y todos ellos visibles únicamente a través de su VS, que los decodifica directamente en su cerebro, regalándole una orgía de impulsos sensoriales y retransmisiones capaces de masajearte el sistema límbico hasta que vomite dopamina y orgasmos.

- *Qué fácil sería ahogarte ahora mismo, cielo*

Una vez más, me sorprendo a mí misma susurrando. Y, una vez más, me obligo a cerrar la boca.

(*Ahora no toca pararse a observar cada detalle. Céntrate, Midori. Olfatea. Escucha la electricidad estática. Busca el terminal*)

(*¿Nunca os calláis?)*

Mientras inspecciono cada rincón de la sala, no puedo evitar fijarme en él. Tiene la piel rosada y el cabello cobrizo, casi blanco. Es un Dorado. Su cuerpo, sorprendentemente delgado, ofrece un aspecto arcilloso, flácido, como si se le hubieran reblandecido los huesos y su carne se estuviera fundiendo con su estructura ósea. Pero lo más llamativo es su rostro. Bajo una escasa y ridícula mata de pelo rizado, su cara parece estar cubierta por un manto de pústulas y pequeñas manchas púrpuras. Me resulta extraño. Podría operarse prácticamente a diario. Podría pagar para tener treinta años durante el resto de su vida. Joder, podría - incluso - estar hecho a medida. Y, sin embargo, lo que veo me recuerda a un tumor a punto de secarse.

Pero no estoy aquí para fijarme en este tipo que se ríe estúpidamente con un montón de cables meciéndole el cráneo. Estoy aquí para robarle información.

Me acerco a una zona poco iluminada, en el rincón más alejado del cuarto; al contrario que el resto de la estancia, aquí todo parece tener cierto orden. Una mesa de madera (no, esta no es real, pero la imita muy bien) con una amplia colección de blisters, la mitad vacíos y la otra mitad llenos de pastillas blancas y rojas. A su lado, dos touchpads apagados; se me pasa por la cabeza robarle uno, pero sería estúpida si creyese que no tiene un localizador interno. Antes de que me diese tiempo a llevarlo a algún taller, ya habría aparecido un Rondador en la puerta de mi piso.

(*Aquí hace demasiado calor, y no tiene pinta de que vayas a encontrar lo que necesitas)*

Antes de darme la vuelta y seguir rebuscando, algo me llama la atención. Junto a la mesa, en una pequeña estantería, veo libros. Libros de papel. Y no están metidos en vitrinas, ni expuestos en un museo. Ignorando esa voz (voces, una mía, el resto no sé de quien) que me chilla y me insulta por estar entreteniéndome más de la cuenta, me acerco y los miro. "*La Coalición del Pacífico antes de la adhesión de Nueva Corea*", "*Economía y población de la República de Japón del Norte*", "*El Corredor de…*". Ag. Joder. Basura antigua. Basura de la que nos embutían a través de la garganta en clase. La Sagrada Historia, lo llamaban. Se me esfuman las ganas incluso de llevarme dos o tres y empeñarlos en algún local de hoshounin.

- *Si bajas y te encuentras la sangre de Kailani tapizando el salón del vigésimo piso, te vas a sentir muy culpable y muy estúpida* - insisto en hablar en voz alta. Si el tipo se desenlaza, me ve y tengo que salir corriendo sin haber terminado el trabajo, será la guinda perfecta para un plan de mierda - *céntrate, ¿vale? Nada de esto te importa ahora mismo. Ni él, ni los libros, ni tus traumas en clase. Así que cierra la puta boca.*

Un gruñido casi gutural me saca de mis pensamientos. El tipo debe estar recibiendo una dosis de violencia intravenosa, por lo que ha sustituido las risas y los espasmos por la rabia.

Casi mecánicamente, mis piernas vuelven al pasillo, dejando a mi espalda el ambiente seco y el aroma a secreciones. Clavo mi mirada en una puerta situada justo en la mitad de la galería. Como si las corrientes eléctricas del apartamento me estuvieran susurrando al oído - *sí, sé cómo suena* - percibo que ahí es donde se esconde el terminal. Siempre repito que mi instinto es más inteligente que yo, y nadie me cree. Pero me ha salvado la vida en demasiadas ocasiones, así que opto por hacer caso a esa nube de estática que se agolpa a mi alrededor.

Apoyo la mano en la cerradura electrónica - *¿por qué todas las habitaciones tienen una?* - pero, por alguna razón, está abierta. La puerta se desliza emitiendo un silbido sutil, e incluso parece flotar a escasos milímetros del suelo. Dentro, el aire es tibio, sorprendentemente agradable. El zumbido adormecedor que baña todo el apartamento aquí resulta menos intenso, convirtiéndose en poco más que un suave siseo relajante.

Introduzco todo mi cuerpo en la habitación. Vuelvo a notar el cansancio.

Una cama con sábanas plateadas, casi brillantes, ocupa la zona central; apenas puedo distinguir los detalles, ya que la única fuente de luz que ilumina la estancia procede de una enorme pecera que ocupa casi por completo una de las paredes laterales. En su interior, un banco de carpas Koi - de laboratorio, imagino - nadan alrededor de una escultura de piedra. Resulta relajante. Demasiado relajante.

Y entonces lo veo. Un terminal de tipo GoLM, modelo dieciséis, con aislante de estaneno. Exactamente la que nos dijo Bushida que probablemente usaría nuestro objetivo para guardar la información. Hubiera estado genial que también nos hubiera avisado de los tres hana-bi cabreados, o de los - mil - problemas a la hora de acceder.

Me acerco, mientras vuelvo a conectar el transmisor encastrado en mi oído.

- *Lo he encontrado. Voy a meter el bicho este, así que preparaos para coger toda la información que necesitéis lo más rápido que podáis.*

Las voces estallan en mi oído. Era de esperar.

- *¿Dónde coño te habías metido?* - Kalea ruge. Ahora sí que le he dado todas las razones del mundo para enfadarse conmigo - *¿Cóm… por qué te ha parecido una buena idea apagar la comunicación? ¿Estás tonta o qué?*
- *Yo también te he echado de menos, pero ya tendremos tiempo más tarde para los gritos o para que me pegues una paliza en condiciones. Ahora necesito que extraigáis datos de esta terminal como si nuestra vida dependiera de ello. Porque la mía sí que depende de ello, curiosamente.*

Sé que quiere seguir insultándome. Yo querría. Pero también sabe cuándo priorizar su rabia. Supongo que yo debería aprender un poco de ella; se me da demasiado bien distraerme con estupideces o jugarme el cuello innecesariamente.

- *Vale. Insértalo. Da igual que esté encendido o no, el flujo de energía en esos aparatos es constante, necesitan tener parte de sus módulos siempre activos. ¿Preparado, Ki?*

- *Dame un segundo* - la voz de Ki-Sung suena cansada y tensa, pero asombrosamente centrada. Como si estuviese tan inmerso en su trabajo que se hubiera olvidado de todas las asquerosas consecuencias que implicaría el que todo saliese mal. Si es que no ha salido todo mal ya - *llevo un rato volviendo loco el sistema eléctrico del edificio y dándole indicaciones a Kailani para que altere el transmisor de la hana-bi. Son tan estúpidos que hemos conseguido que crean que está fallándole la comunicación, pero yo no daría más de dos o tres minutos antes de que suban corriendo.*

Clavo el DataP en uno de los múltiples puertos de salida que veo. Sigue viva. Kailani sigue viva. Se me agarrota la boca del estómago. Aprieto la mandíbula. Quiero llorar. Quizás de rabia, quizás de alegría, quizás de simple y básica tensión acumulada.

No. Aún no puedo permitírmelo. Aún no puedo relajarme.

El pequeño trozo de plástico comienza a parpadear con una secuencia de tonos verdosos. Cojo aire, como si fuese la primera vez que lo hago en meses. Con cautela, me acerco de nuevo a la puerta y me asomo al pasillo. Parece ser que nuestro querido amigo sigue en su cuarto, disfrutando de la inyección de estímulos. Todo bien. Todo tranquilo.

- *Treinta segundos. Prepárate para salir de allí.*

La voz de mi querido ingeniero me provoca una pequeña sonrisa. Los nervios me siguen devorando las entrañas, y alguien dentro de mi cerebro insiste en repetirme una y otra vez que aún puede salir todo mal, que aún pueden sacarnos de este edificio metidas en bolsas. Pero, durante un breve instante, me concedo a mí misma esa sonrisa.

Vuelvo a acercarme a la terminal. Veinte segundos. Quince. Diez. Kailani sigue viva. Puede que, al final, el plan no haya sido tan horrible. Cutre, sí, pero no horrible. Cinco. Dos. Uno.

El DataP se apaga. Lo hemos conseguido.

- *¿Ya?*
- *Ya. Baja rápido, he perdido la comunicación con mi hermana.*

Las palabras de Kalea detonan en mi cerebro. Dejo de respirar durante un instante.

- *Joder. Mierda. Joder. Voy para allá. Que se largue sin mí. Dile que se vaya. Yo puedo escaparme desde aquí.*
- *¿No me has escuchado? No consigo localizarla, necesito que bajes.*
- *¿Y no hay forma de enviarle un mensaje? ¿Algo a través de la Net, de su Pastilla? Necesita salir de ahí. Como sea. Yo bajaré por la pared. Me da igual el sistema de seguridad que haya a nivel de calle, si los hana-bi suben será peor…*

Me callo de golpe. Algo se ha movido detrás de mí.

- *¿Ho.. hola? ¿Quién… eres? ¿Qué está pasando aquí?*

Me doy la vuelta. Una mujer absurdamente joven y absurdamente operada me mira desde la cama. No la había visto. Está asustada y sujeta las sábanas como si de un muro de seda

sintética se tratase. Le tiemblan demasiado las manos. Sus ojos azulados se clavan en la unidad de almacenamiento que sujeto entre mis dedos. Quizás está haciéndose una idea de lo que sucede, o quizás cree, simplemente, que voy a matarla a sangre fría. Tiene sentido que lo piense. Lo que no sabe es que yo estoy tan sobresaltada como ella.

Salgo corriendo sin decir nada. A mitad del pasillo escucho un grito que parte la atmósfera por la mitad. Todo se desmorona. Me precipito sobre el salón, empujando una pequeña mesita durante mi huida, una mesita que ni me acordaba que estaba ahí. Escucho como algo se rompe a mi espalda. Chillidos. Súplicas. La voz de la chica pidiendo auxilio. El mundo parece tambalearse, y yo solo pienso en salir de allí, en lanzarme al vacío. En correr y no mirar atrás. Creo escuchar la voz de Kalea resonando en mi oído interno, pero no tengo tiempo para responder.

Llego a la terraza. Sin mirar atrás, salgo por el agujero y me arrojo sobre la pared, deseando con todas mis fuerzas que el traje se adhiera. No pienso. No puedo pensar. No quiero pensar. Me arrastro a través del metal y las fibras de carbono. Me arde el antebrazo derecho y un dolor sordo, casi insoportable, me recorre ambas piernas. Instintivamente me aplasto contra el muro, tratando de mantener la mayor cantidad de cuerpo pegada al edificio, mientras desciendo con toda la velocidad que mis músculos inflamados y la tecnología de agarre magnético me permiten.

El aire calcina el interior de mis pulmones.

Un metro. Dos. Cuatro. Tengo miedo. Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

Aún puedo escuchar los alaridos detrás de mí. No puedo girarme. Quizás se han asomado, quizás están llamando a los hana-bi. Me da igual. Tengo que llegar al vigésimo piso.

Tengo que llegar. Tengo que llegar. Tengo que…

Golpes secos. Pese al silbido insoportable del viento chocando contra los bloques de oficinas y el bullicio de los drones dando vueltas como moscas - *¿por qué hay tantos de repente?* - puedo escucharlos. Varios impactos. Sólidos, cercanos.

Disparos. Son disparos.

Kailani.

Sigo descendiendo. Tengo que hacerlo. Quizás me caiga o quizás no. Me da igual.

Un poco más. Solo un poco más.

Pierdo la noción del tiempo, del espacio, de la gravedad y de las emociones. Me convierto en una masa fea, un revuelto de ansiedad, tendones hinchados, quemazones y rabia. No puedo dejar que le pase nada. No puedo. No. Las docenas de metros que me separan del suelo parecen haber desaparecido, y lo único que noto es la hiel llenándome la boca y el deseo incontrolado de golpear con mis puños desnudos la cara de los hana-bi hasta despellejarme los nudillos.

Otras tres detonaciones. Más cerca.

- *Ya llego, Kai, ya llego. Ni se te ocurra morirte, ni se te ocurra hacerme eso.*

Justo delante de mí veo cómo estalla una ventana, escupiendo miles de cristales al vacío.

No, no ha reventado por sí sola. Ha sido la ráfaga de un fusil. Ya estoy aquí. Me agarro al marco del tragaluz, ahora poco más que un agujero fracturado y grotesco, y sin hacer el más mínimo caso a los vidrios incrustados en mis dedos, salto al interior. Gritando. Gritando como si acabase de nacer y quisiese dejar claro que estoy muy, muy cabreada.

Apenas dispongo de dos segundos para hacerme una idea de la situación. Al fondo distingo al primer vigilante que salió a nuestro encuentro, agazapado junto a la puerta de la entrada, sujetando su arma con rabia y - esto me sorprende - miedo. A su lado puedo ver un cuerpo, un cuerpo apoyado contra la pared, un cuerpo que parece sujetarse la cabeza con las manos. Creo que es Jiwoo, su compañera. Está herida. Las esferas decorativas del techo son poco más que chatarra desperdigada por el suelo, junto con miles de esquirlas de vidrio, casquillos de bala y polvo. Giro la cabeza - *¿es posible que el tiempo esté estirándose una vez más, convirtiéndose en una broma, en algo absurdo y sin sentido? ¿Es posible que el mundo esté perdiendo velocidad, y únicamente yo pueda notarlo?* - y descubro una chimenea virtual. Perfecta. Impecable. Todo me resulta extraño, absurdo. Como si éste fuera otro apartamento, no el mismo desde el que salí hace un rato.

- *Me cago en todos los viejos dioses* - la voz de Kailani retumba a mi lado. Veo cómo se levanta, como emerge de entre unos muebles destrozados, que le estaban sirviendo de barricada, al tiempo que me agarra con fuerza. Sus brazos son dos pistones de los que no puedo liberarme - *¡Sujétate!*

Y entonces me abraza.

Y corre conmigo en volandas el metro y medio que nos separa del vacío.

Y saltamos.

Y el mundo entero se aleja de nosotras vertiginosamente.

El edificio Noboru pasa a ser una sucesión de imágenes entrecortadas que se aceleran cada vez más, una silueta borrosa que se agita más rápido de lo que debería. Las nubes de metano que cubren el cielo están cada vez más lejos. Puedo notar como el cuerpo de mi amiga se mueve, tratando de interponerse entre el inevitable suelo y yo.

Ya no tengo miedo. Debería, pero no soy capaz. Me siento libre, como si - *por fin* - todo hubiera acabado. Como si ya pudiera llorar y pedir disculpas y descansar. Sobre todo, descansar. Los segundos se ralentizan, convirtiendo la caída en una zambullida perfecta. Hermosa. Sé que alguien está gritándome al oído, sé que la velocidad está convirtiendo el viento en un silbido insoportable.

Pero estoy en paz.

O lo estaba.

El impacto contra un cartel luminoso nos recuerda que hemos llegado a nuestro destino. O casi. De golpe, atravesamos una amalgama de cables y tubos de neón, provocando que docenas de pequeñas esquirlas de PVC salten a nuestro alrededor. Una sacudida recorre mis costillas y parte de mi brazo derecho. Puedo sentir como casi todos mis ligamentos se retuercen, mientras chocamos violéntamente contra la pared que sujeta - *sujetaba, más bien* - el rótulo que acabamos de derribar con nuestros cuerpos. Finalmente caemos al suelo, envueltas en un manto de plástico, polímeros y chispazos eléctricos.

Envueltas en el sonido de la carne desgarrándose.

No puedo moverme. Algo presiona mi pecho, me impide respirar. Toso, tratando de regurgitar el polvo y la sangre que me taponan la garganta, pero cada vez que lo hago, una punzada de dolor me atraviesa el esternón. Intento chillar. Intento moverme. Intento girarme. Mi cuerpo es poco más que un montón de pulpa, y la cabeza me da vueltas.

Logro voltearme. Un grupo de personas cargadas de bolsas de la compra nos miran, extrañados, alarmados. Una mujer embarazada adopta una mueca de horror y suelta el carrito de bebé situado frente a ella. Quiere gritar, quiere salir corriendo. Pero eso a mí me da igual. Ahora mismo mi cuello es una tubería carbonizada. Escucho un gemido a mi derecha, por lo que decido voltearme; al hacerlo, noto un latigazo, un latigazo caliente y seco. Trato de ahogar un rugido de dolor, sin mucho éxito.

Es Kailani. La que gime. Tiene la cara repleta de cortes. Se le ha levantado la piel en demasiados lugares, y puedo distinguir varios de sus injertos sobresaliendo a través de sus pómulos y junto a su mandíbula. Aún respira. Intento incorporarme, pero mi antebrazo derecho cede y me golpeo la frente contra la acera. Entonces me doy cuenta: se me ha salido un hueso a la altura del codo. Puedo ver un bulto grotesco y tembloroso tratando de atravesar mi piel. Maravilloso.

Duele.

Todo duele. Muchísimo.

Pero tenemos que largarnos de aquí.

Agito a mi compañera. Está cubierta de los pies a la cabeza por cientos de diminutas astillas de plástico. Su cuerpo rezuma toda clase de fluidos; la mayoría, de colores rojizos y grisáceos. Posiblemente sea hemoglobina mezclada con el líquido de mantenimiento de sus muchas y maravillosas partes mecánicas.

Joder, nunca me había alegrado tanto de que esta maldita idiota esté llena de metal y titanio. Nos ha salvado la vida.

- *Kailani. Kailani* - cada palabra que escupo me patea los órganos internos - *tenemos que irnos. La gente va a llamar a los hana-bi. Kailani, levántate, joder.*

No responde. Apenas puedo escuchar el aire saliendo de su boca. Dirijo la mirada hacía el edificio del que acabamos de tirarnos, y me doy cuenta de que el impulso previo al salto ha sido tan absurdamente grande que hemos logrado pasar por encima de una pequeña

avenida arbolada para acabar aterrizando en la calle contigua, en una avenida comercial. Eso nos da unos minutos de margen.

Pero tenemos que salir corriendo. Ya.

- *Vamos, por favor. Hay que largarse de aquí* - todo se retuerce a mi alrededor. Mi cerebro es un puré sucio y amoratado, y yo solo quiero vomitar. Vomitar y desmayarme. Pero lo ignoro y sigo zarandeando a mi amiga - *tenemos que encontrar un sitio donde escondernos. ¡Levántate!*

Abre los ojos. Me regala un par de gruñidos de dolor, al tiempo que intenta levantar la cabeza.

- *Dime que pudiste robar la información.*

Quiero reír. Y gemir. Y patalear. Y darle un abrazo. Pero, sobre todo, quiero huir lo más lejos posible.

- *Si, lo hice. Pero vámonos.*

A duras penas nos levantamos. Ella cojea, y yo me mantengo en pie por alguna razón que aún no logro comprender. La gente nos mira asustada, pero nos dejan en paz. Esta ciudad no está acostumbrada a ofrecer ayuda, algo que ahora nos viene muy bien. Podemos escuchar a lo lejos los gritos ásperos de los hana-bi, por lo que, olvidándonos de los huesos rotos, los moratones y los cortes, salimos corriendo - o, al menos, andando lo más rápido posible - en dirección al primer callejón que vemos.

No puedo dejar de tiritar. Demasiadas cosas dañadas dando vueltas dentro de mí.

- *(…)sponded, joder! ¡Midori! ¡Kai! ¡Responded de una puta vez!*

Por lo visto, mi auricular está en mejor estado que mi brazo y mis costillas. Puedo escuchar como la voz de Kalea me llega desde algún lugar lejano, amortiguada por las punzadas de dolor que recorren mi oído interno. Y la sien. Y prácticamente toda la cabeza. Cruzamos una esquina y aceleramos el paso a través de un bulevar estrecho y elegante, un lugar completamente cubierto por un manto de linternas de papel reciclado rojizo.

Huele a barbacoa y perfume.

- *¡Midori! ¡Habla! ¡Di algo! ¡Decidme si estáis vivas!*

Debería responder, pero lo único que pienso es en cómo y dónde ocultarnos. Kailani me agarra del traje y tira de mí en dirección a un callejón lateral. Distingo una placa de metal y silicio brotando de su hombro derecho, así como una lámina oscura cubierta de alambres diminutos que ocupa gran parte de su escápula. Me empuja con fuerza contra una pared, detrás de un contenedor de bioreciclaje. Apesta a carne de laboratorio podrida. Nos acurrucamos.

- *Responde tú, mi comunicador se hizo polvo en medio del tiroteo.*

Mientras me habla, su mirada rastrea todas las callejuelas y portales a nuestro alrededor en busca de algún lugar mejor para camuflarnos. Las luces son más tenues y los comercios han dado paso a pequeños restaurantes para sararīmans. No vemos a nadie. Apoyo mi frente contra el frío fibrocemento del muro que nos cobija y oculta y cojo aire. Puedo notar como alguien frota las paredes de mis pulmones con vidrio molido.

- *¿Me… me has echado de menos, Taka?*
- *¿Midori? ¿Eres tú? Joder, ¿estáis… estáis bien?*
- *Bueno, yo no diría que bien, pero seguimos vivas.*

Silencio. Puedo escuchar como su respiración acelerada comienza a calmarse. Me da la impresión de que se le escapa un sollozo, pero también podría estar escuchando mi propio cerebro licuándose dentro de mi conducto auditivo, así que lo ignoro.

- *¿Qué co… qué ha pasado ahí arriba?* - Está enfadada. Y preocupada. Así que necesita culpar a algo o a alguien. La última vez que se puso así me dio un puñetazo, después me abrazó, me besó, y luego me dijo que se cabrearía mucho conmigo si me pasaba algo - *¿Habéis saltado por la ventana? ¿Sin sistema de seguridad? ¿Estáis locas?* - No digo nada. Noto como exhalada profundamente, intentando apaciguarse - *¿Cómo está mi hermana?*
- *Tu hermana está genial…*
- *¿En serio?*
- *No, está hecha una mierda. Y sí, hemos saltado por la ventana, pero era eso o morir acribilladas* - lo último que recuerdo es salir volando desde un vigésimo piso mientras escuchaba disparos justo detrás de mí, así que aún sigo sin saber qué ha pasado exactamente - *Ka… Kaela, escúchame. Aún no sé cuántas cosas me he roto con la caída, pero me siento como una cucaracha aplastada. Est… estamos intentando escabullirnos* - cojo aire. Cuesta. Cuesta demasiado - *Y, sinceramente, seguimos vivas por un puto milagro. Bueno, por eso y por un cartel que ha conseguido frenarnos un poco antes de tocar el suelo. Así que deja las preguntas para luego y dime si sabes alguna forma de salir de aquí antes de que nos encuentren los hana-bi.*

Sirenas y rugidos a lo lejos. Mi compañera mira de un lado para otro, mientras hurga en uno de sus bolsillos. Veo que saca varios viales, la mayoría rotos. Se guarda uno y le coloca un par de pequeñas agujas a los otros dos, que parecen contener un líquido ámbar, casi transparente.

- *Junto al centro comercial Gādenpureisu 28 tenéis uno de los Tubos que conectan con el tren subterráneo. No está muy lejos de donde habéis aterrizado.*
- *Vale, gracias* - una contracción muscular me atraviesa todo el brazo derecho. Logro contener un aullido, no me apetece delatar nuestra posición - *te quiero.*

Apago el transistor. Kailani me mira. Le cuesta mantener abierto el párpado izquierdo.

- *Qué bonito* - escupe una bola de espuma y sangre. Me ofrece uno de los viales - *inyéctate esto. Es para el dolor. Bueno, y para más cosas. Te sentará bien.*

No pregunto a qué se refiere con '*más cosas*'. Tampoco es que me importe. Imagino que se trata de alguno de los medicamentos que utiliza para lograr que su cuerpo asimile todas sus partes mecánicas. Me lo clavo en el bíceps. Me observa mientras lo hago.

- *¿Qué te ha dicho mi hermanita?*

Me sujeto al contenedor mientras trato de levantarme.

- *Que tenemos que coger el metro.*

Suspira. Le ofrezco la mano para que pueda erguirse.

- *Genial. Me sentará bien viajar.*

CAPÍTULO 6

Me baña una luz cálida.

Cálida y espesa.

Intento abrir los párpados, pero éstos me arden como si me los estuvieran frotando con vidrio molido. Opto por mantenerlos cerrados. En algún lugar, o muy cercano o extremadamente lejano, puedo escuchar el zumbido de un viejo generador eléctrico, acompañado de unos pasos cansados. Alguien camina arrastrando los pies. Alguien tose y murmura, pero no logro entender lo que dice. Alguien se para. Distingo el sonido - *entumecido, distante* - de unos dedos pulsando teclas de plástico, probablemente cubiertas por una gruesa capa de polvo y grasa.

Intento mover un brazo, pero lo único que consigo es provocarme a mí misma una punzada de dolor, acompañada de un gemido sordo que se escapa a través de la boca sin que yo tenga control sobre ello.

- *Tú relájate, niña. Yo te he drogado mucho. ¡Mucho! Tú, ahora, envidia de todos mis apestosos pacientes. No vas a poder levantarte, ¿entiendes, tú? Descansa, Ojos Verdes. Tu cuerpo ahora no sirve, no sirve nada*.

Una voz áspera y paternal me grita desde algún punto de la sala. Una voz fabricada a trozos que parece no tomarse las cosas demasiado en serio. O que se lo toma todo excesivamente en serio. Una voz, un acento, que podría reconocer en cualquier parte de la Pasarela.

Yaropolk.

El aroma a perfume acre, plástico caliente y gasas viejas me termina de dejar claro que estoy en su clínica, si es que al cúmulo de cables coaxiales, cajas atestadas de medicamentos a punto de caducar - o ya caducados - y herramientas desperdigadas alrededor de una camilla se le puede llamar clínica. Respiro profundamente. Intento que la adrenalina haga caso a los calmantes. Aspiro. Inspiro. Todo va bien.

Estoy en un lugar seguro. Nadie va a venir a por mí.

(Si tan solo dejasen de apuñalarme los órganos internos y masticarme los huesos. Necesito más analgésicos. O uno más fuerte. O que alguien me remate. Yo que sé)

No recuerdo nada de las últimas dos horas - *¿Dos? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Doce? No lo tengo claro* -. Lo único que me viene a la cabeza es el silbido insoportable de un vagón abarrotado de gente, todos ellos con las pupilas empañadas, mientras yo trataba de no desmayarme. Un vagón sofocante, ruidoso y húmedo. Un vagón lleno de niños que no dejaban de chillar y madres frustradas por una mala conexión subterránea a la Net.

¿Les insulté? ¿Les dije que se callasen? ¿O fue Kailani?

Joder, Kailani.

Trato de hablar, pero una oleada de aguijonazos me recorre el diafragma cada vez que respiro.

- *¿K… Kai está bien?*

Una sombra estilizada y oscura se desplaza a lo largo del habitáculo hasta situarse a mi lado.

- *¡Ah, la buena de Kailania! Demasiados implantes reventados, llenos de pus. ¿Su espalda? Una mierda como cabeza de rata mutada. ¡Apenas podía distinguir carne del titanio! Yo he mandado a la clínica de Baatar*. *Licencia no tiene, y odia a casi todo el mundo, pero, ¡maldito sea! no hay nadie que sabe de cyberware más que bueno de Baatar* - noto como la palma de su mano recorre mi brazo, en busca de algo que quizás no debería estar ahí. La apoya cerca de mi antebrazo. Aprieta con fuerza. Quiero vomitar un grito, pero lo único que puedo hacer es flotar en un vacío espeso y lechoso - *Ahora… ahora le deberé yo favor. Pero era eso o yo dejo a nuestra buena amiga rota, rota toda la vida* - su tono muta hasta convertirse en un susurro áspero. Un susurro que se olvida de que estoy aquí, y se dirige únicamente hacia sí mismo - *… rota. Demasiada gente rota aquí. Yo no quiero más gente rota.*

Escupe las últimas sílabas con un tono corrosivo, apagado. El mismo tono que usa cuando cuenta anécdotas estúpidas sobre cómo la muerte de su abuelo le dio tan solo media hora de felicidad, antes de descubrir la absurda y espantosa deuda que iba a tener que pagarle al seguro médico por un par de días en un hospital patrocinado.

Tenía ocho años y no conocía a sus padres.

- *Tú, niña, yo no sé qué estupidez vosotras habéis hecho, pero tú descansa. Descansa más. Ya hablarás con tío Yaropolk más tarde. Aún sigues dando asco, necesitas recuperarte, tú. Yo te arreglo.*

Intento esbozar una sonrisa, pero me da la impresión de que lo único que estoy consiguiendo es dibujar una mueca estúpida en mi cara. No importa. Ya tendré tiempo de ser expresiva, simpática y elocuente. Ahora mismo soy un pedazo de pulpa aplastada contra una pared, así que me conformo con no haber muerto sobre una mesa de operaciones o a manos de un grupo de hana-bi puestos hasta las cejas de dopamina e ira homicida.

Murmurando - rumiando, más bien -, Yaropolk se da media vuelta y se dirige a un rincón en el que parpadean unas luces verdosas. Sigo ciega, aislada en el interior de esta nebulosa blanquecina, pero puedo percibir cada movimiento, cada crujido. La sangre pastosa cubriendo parte del suelo de cemento, pegándose a la suela de sus botas de goma. El titileo de una bombilla a la que apenas le llega suministro energético. El estrépito de unas pinzas de disección cayendo sobre una bandeja repleta de instrumentos quirúrgicos metálicos. No consigo librarme del incómodo y constante pitido amortiguado que se clava en mis oídos. Me falta la respiración, pero sé que no es únicamente por los daños internos ni por las posibles costillas astilladas clavándose en mis pulmones. Quiero… no, *necesito* dormir durante días y que nadie me despierte con un grito o una emergencia. Quiero correr hasta

vomitar y que nadie me persiga. Quiero que alguien me rompa los labios de un puñetazo y después me de un abrazo. Quiero sentir algo. O dejar de sentir. Yo que sé. ¿Qué hora es?

- *También he cosido todo lo que he podido coser. ¿Tu lóbulo de oreja izquierda? ¡Puff! casi amputado. Y la cara… la cara mucho llena de cortes. Estabas hecha una mierda, tú* - el acento melódico y extravagante de Yaropolk convierte cada uno de sus insultos en una broma. Si no le conociera, diría que le molesta mi presencia, pero la realidad es que está mucho más preocupado de lo que deja entrever. Simplemente no quiere que yo lo note - *y yo sé seguro que tú tienes desgarros internos, huesos rotos que el bueno de Yaropolk aún no ha podido arreglar. Pero no te voy a abrir, no aún.*

Saber que no van a juguetear con mis órganos internos debería aliviarme y, sin embargo, ahí sigue esa pequeña - *¿pequeña?* - bola de miedo y tristeza que acude puntualmente cada vez que el mundo se paraliza. Cada vez que he tocado fondo. Cada vez que dejo de sentirme viva, de sangrar, de saltar, de comer, de follar. Cada vez que me despierto, sin haber encontrado, aún, una buena razón para levantarme. Cada vez que me siento en un bordillo, tras horas y horas dando vueltas sin rumbo entre calles atestadas de cables y botellas de plástico quemadas que han servido para fumar TMPU adulterado, intentando no enfrentarme a mis propios pensamientos. Al vacío.

Ahí está, tranquilo, impasible, sonriente, ese fantasma que me recuerda día tras día que algo falla. Que algo no está en su sitio.

Que algo falta.

Y quizás sea cosa mía. O quizás sea cosa del mundo que gira a mi alrededor. O, tal vez, sea cosa de ambas. Pero estoy agotada.

- *Y tu tío viene.*

Abro los párpados de golpe. Viene Bushida. Joder. Se acabaron los lamentos y las divagaciones existenciales. Mis arterias dejan de hacer caso a los sedantes y se centran en distribuir toda la sangre posible hasta cada pequeño rincón de mi cuerpo. Alzo la cabeza, ignorando los chasquidos que acompañan a cada movimiento de mis vértebras; la bruma etérea deja paso a un lugar mucho más tangible. Más feo. Más real. Ahora soy - *realmente* - consciente de donde estoy. Miro a mi alrededor: una habitación tibia, húmeda, plagada de tuberías que entran y salen de las paredes, instrumental médico, monitores de tubo apoyados unos encima de otros - *una vez le dije que ya nadie los utilizaba. Él me respondió que cerrase la boca. Que no le gustaba que le hablase mientras me extirpaba pedazos de metal afilados de la espalda. Decía que le desconcentraba* - y una considerable y enfermiza colección de maquinaria apilada en los rincones. Maquinaria que bien podría servir para conservar muestras de sangre en buen estado o para cocer arroz. No lo sé, y no voy a preguntar.

Intento incorporarme. Una descarga, acompañada de varios escalofríos, recorre mi espalda, pateándome los riñones y la columna con especial cariño. Decido tumbarme de nuevo. Yaropolk me mira; detrás de su gesto mudo y su ceño fruncido sé que esconde una sonrisa estúpida, infantil. Le entiendo, yo también me reiría de mí misma.

- *En… en cuanto llegue l… le voy a pegar un puñetazo.*

Soy consciente de que la mitad de las palabras que salen de mi boca resultan incomprensibles. Un reguero de farfullos, saliva espesa y aroma a barbitúricos.

- *¿Puñetazo? ¡Ja! No podrás ni levantar brazo. Demasiado roto, Ojos Verdes.*
- *He hecho cosas peores* - estoy cansada. Muy cansada. Demasiado cansada - *en un par de días sabes que estaré d… de nuevo recorriéndome las calles de esta maravillosa ciudad llena de oportunidades.*

Intento reírme de mi propia frase. Otra coz en las costillas, atenuada por las drogas. Instintivamente, mis pupilas se clavan en el rostro del Carnicero - me sigue costando llamarle así, aunque creo que soy la única. A veces pienso que hasta él prefiere ese apodo antes que su nombre real - y no puedo evitar fijarme en el hueco que ocupa el centro de su cara. Un hueco anguloso, casi cincelado, rodeado por una red de cicatrices rojizas y verdosas. Un hueco situado en el lugar en el que debería estar su nariz. Un hueco que llevo viendo desde que era niña, pero que me sigue produciendo la misma sensación triste y desafiante. Como si contase una historia dolorosa, llena de rabia, pero que reniega de la pena o la compasión. Una historia de mierda. Una historia que nunca ha querido compartir conmigo.

- *Tú no fuerces, ¿entiendes?. Si… tu recuperas mucho, mucho, ¡mucho! más rápido que demás, eso es cierto, eso lo sabe todo, todo, todo el mundo* - ¿está siendo irónico? Alarga las palabras, como si bailasen dentro de su boca. Sin embargo, rara vez dice algo que no sea real de una u otra forma - *pero esta vez, ¡esta vez la chica inmortal la ha jodido de bien! Además, no quiero yo que se abran los puntos, no voy a trabajar el doble, no. Lo siento.*

Una voz cuajada y rota procedente del exterior me interrumpe antes de que pueda responderle. Apenas puedo distinguir lo que dice; al escucharla, en mi cabeza se forma la imagen mental de una irascible masa carnosa chillando como un aborto asustado. Una masa tumorosa que no deja de gritar el nombre de Yaropolk desde el otro lado de la calle. Por el gesto que éste pone cuando lo escucha, deduzco que es uno de sus pacientes habituales. Se limpia las manos con un trapo empapado en sangre seca y algo que parece carburante y abre la puerta con un movimiento brusco, cerrándola tras de sí; no sé si quiere evitar que alguien entre o lo hace para que yo no intente salir. Sea lo que sea, funciona.

Cierro los ojos. Tal vez se deba a la fea y asquerosa pelea que se está llevando a cabo dentro de mi sistema nervioso - por un lado, sedantes baratos y probablemente caducados, por el otro, ira a duras penas contenida hacia a Bushida -, pero mi respiración ha logrado encontrar un ritmo perfecto. Tranquilo. Sosegado. Abro de nuevo los ojos y dirijo mi atención al techo, donde tres filas de neones parpadeantes emiten una luz pálida, casi lechosa. El brillo me ciega levemente, pero, por alguna razón, me tranquiliza. Me evade - *o, al menos, lo intenta* - de los sonidos que llegan desde el exterior. Voces enfadadas. Voces alegres. Voces que parecen enfadadas y alegres a la vez. Motores gripados que agonizan. Música vomitada por algún canal en abierto de la Net, cuya pista de audio ha sido pirateada y conectada a un altavoz, y que es interrumpida cada dos minutos por los anuncios patrocinados de la Torre.

No, aquí apenas existe el silencio. De día y de noche, los intestinos de la Sección -3 hierven como sí el mundo fuese a acabarse en cualquier momento. Lo cual, para muchos de sus habitantes, es algo más que una simple metáfora.

Lenta y pegajosamente acuden a mi cabeza retazos del plan de mierda en el que casi me muero por una caída de veinte pisos. Las miradas hostiles de los hana-bi. El sonido de las detonaciones. Los muebles, astillados y convertidos en un parapeto despedazado frente a las balas. La mirada de Kailani. El impacto de sus brazos contra mi cuerpo antes de caer al vacío.

(alguien ofrece caldo de setas desde su puesto móvil. Su voz sacude la clínica al pasar junto a la ventana; sus gritos prometen auténticas shitake cultivadas por él mismo. Las mejores del mercado, asegura. Si dice la verdad, las habrá sacado de las plantaciones ilegales situadas en los alrededores de las estaciones depuradoras, junto a las Piscinas. Es el único sitio en el que existen sembrados orgánicos libres que aún no ha privatizado nadie. Yo evitaría esa sopa.)

(...)

(A quién quiero engañar, alguna vez he pedido alguna cuando iba con prisa. Sabe a lejía y tierra húmeda, pero llena el estómago cuando apenas puedes permitirte otra cosa)

Dejo de sentir mis extremidades. Un hormigueo recorre la punta de mis dedos, extendiéndose a través de brazos y piernas. Mi cuerpo se quiere rendir. Se me nubla la vista, y el mundo vuelve a ser una esfera vaporosa en la que poder flotar, en paz. Pienso en el hombre que vi en la habitación del apartamento. Nuestro objetivo - si es que realmente lo era -, y una vocecilla dentro de mi cráneo me susurra que algo falla, que han jugado con nosotras. Que alguien sabía que íbamos. Que ese tipo no era más que un cebo, o algún tipo de excusa. Pero, fuera un cebo o no, no logro quitármelo de la cabeza. Su piel arrugada, consumida. Su pelo rubio - *debe ser el tercer o cuarto dorado que he visto en mi vida. Y el segundo al que le he robado información valiosa* -. Sus huesos, tratando de perforar la fina capa de piel pálida que cubría su esternón, sus clavículas. Las perlas de sudor sobre su pecho hundido. El aroma agrio. Y, sobre todo, su rostro. Un rostro - lo poco que dejaba entrever el visor que llevaba puesto - bañado en llagas y pústulas. Un rostro rugoso y decolorado. ¿Por qué alguien que puede permitirse vivir en el edificio Noboru, alguien con acceso al exclusivo mercado legal de órganos, dejaría que el paso del tiempo convirtiese su cuerpo en… eso?

La silueta de un tumor reluciente como una perla - *sé lo que son, incluso he visto hologramas de moluscos. O creo recordar que vi alguno de pequeña* - ondea sobre mí, junto al techo. No soy capaz de ver nada más a mi alrededor, únicamente esa masa plateada y grotesca, envuelta en cables, hipnotizada ante una sobredosis de estímulos. Carcajeándose. Llorando. Vociferando.

Genial, estoy empezando a alucinar.

(*Y, por cierto, ¿dónde están las Voces? ¿Por qué no han hecho acto de presencia, capturando mi cerebro sin mi permiso y hablándome como si supieras más de mí que yo misma, con sus habituales crujidos y chasquidos?)*

(¿Dónde coño estáis?)

(¿Hola?)

No sé cuánto tiempo llevo sola. Creo que veinte minutos. Quizás solo diez. Aunque también podrían ser una o dos horas. Cada vez me cuesta más controlar el paso del tiempo. Demasiadas noches de insomnio. Demasiada automedicación.

El zumbido de la maquinaria anticuada que me rodea ha mutado. Ahora es un susurro. Un suave gemido biomecánico que intenta comunicarse conmigo. O tal vez se trate únicamente de un montón de metal, cables gomosos y teclas raspadas tratando de sobrevivir un día más. Sin apenas darme cuenta, un torbellino de nuevos olores de los que no había sido consciente hasta ahora comienzan a acorralarme. Aroma a plástico tibio. A isopropanol y desinfectante barato. A carne sintética recalentada en el interior de un envase de rPet reciclado. A aluminio frío. A neumático quemado. A lubricante agrio.

Todo da vueltas. El dolor se está disipando lentamente - *por fin* -, pero mi cerebro no es más que una pelota flácida y estúpida que gira ininterrumpidamente sobre sí misma, buscando algún lugar por el que salir corriendo.

(*Respira, Midori. Respira. Lo habías conseguido, tus pulmones estaban haciendo un gran trabajo. No se lo pongas más difícil*)

Repentinamente, la puerta de la clínica se vuelve a abrir. El calor de la calle, algo más seco y menos pegajoso que el del interior, me acaricia las mejillas. El Carnicero entra, musitando palabras apenas distinguibles - sospecho que insultos en ese idioma que a veces utiliza y que nadie comprende -, seguido de Bushida. Éste lleva su habitual conjunto de ropa negra, prácticamente opaca. Parece (o intenta parecer) una sombra elegante, noble. Sobria. A veces me recuerda a los tipos que salen en los libros de Sagrada Historia que nos enseñaban en clase, esos tan absurdamente serios, todos con katanas y ropa holgada. Cada vez que se lo digo, se limita a responderme con gruñidos graves, pero puedo distinguir una diminuta y orgullosa sonrisa en su rostro.

Sin apenas cambiar el gesto, se acerca a la camilla en la que llevo tumbada desde que llegué aquí. Vuelvo la cara hacía él, tratando de dejarle claro con mi mirada que tengo intención de arrancarle la piel a navajazos y luego hacérsela tragar. Si lo entiende, no cambia ni un ápice su expresión. Nunca lo hace. Sus pupilas son dos pequeños fosos sin fondo, distantes. Impenetrables. Yo sé - *y él sabe que yo lo sé* - que, bajo el moño ridículo que corona su cabeza, lo que hay es un cúmulo reprimido de brasas ardientes. De rabia matemáticamente controlada. Pero hace mucho que decidí seguirle el juego, fingir que me creo su falsa serenidad.

Sus pensamientos son cosa suya, y los míos son cosa mía.

Yaropolk entra en un pequeño dormitorio situado al fondo de la sala. A veces olvido que, además de su clínica, ésta es también su casa. Su pequeño y destartalado hogar, situado en pleno intestino grueso de la Pasarela; podría vivir en la Sección -2, pero se niega. Es de los pocos temas de conversación en los que olvida su ironía y, sencillamente, deja de responder.

- *¿Cómo estás?*

Mi tío apoya tenuemente un dedo sobre la superficie de la camilla, sin rozarme. No se permite expresar emociones, ni física ni verbalmente. Nunca lo hace. Cuando era pequeña, su tono de voz neutro y severo me intimidaba. Ahora me resulta ridículo. Triste.

- *Yo ya he dicho, mi querido Azumi, rata enfadada* - La voz de Yaropolk sale del dormitorio como una bandada de drones erráticos - *Ojos Verdes no es Ojos Verdes ahora. Demasiadas drogas, no puede responder.*

Insiste en llamarme así. Me gusta. Pero, a la vez, me hace sentir expuesta, no sé por qué.

- *V.vete… a la mierda*.

Consigo articular cuatro palabras sin que vayan acompañadas de espuma pastosa, sin expectorar un pedazo de mi pulmón en el proceso. Ya es algo. Millones de diminutas y furiosas descargas eléctricas parecen haberse movilizado dentro de mi reventado y agotado cuerpo y, de repente, lo único que quiero es meterme en una pelea de la que nadie pueda salir vivo. El robo no tenía que haber terminado tan rematadamente mal, y alguien va a pagar por ello. Más de lo que hemos pagado ya nosotras.

Bushida no responde. O no directamente. Incluso en mi adorable estado (semi) comatoso, puedo distinguir como su rostro se tensa y sus pupilas se dilatan. Sus dedos se alejan de mi brazo astillado. Ahora mismo, mi masa encefálica son sedimentos de ira y esquirlas de acero, pero aún así logro amontonarla lo suficiente como para girarme y obligarle a mirarme.

- *S… si Kai pierde una sola extremidad* - coge aire, Midori. Coge aire. Joder. Me tiemblan las manos. Puedo saborear mis propios jugos gástricos - *se… será tu culpa. ¿Entiendes? tu puta culpa* - Me duelen demasiadas partes del cuerpo como para que estos sedantes caducados sirvan de algo. Pero da igual. Prometí reventarle la cabeza - *tú deberías estar en una camilla, no ella*.

(*Respira, estúpida. Respira. No sirve de nada tener los pulmones llenos de rabia si no metes un poco de oxígeno también.*)

La fiebre alarga sus dedos alrededor de mi garganta. Comienza a apretar. Me resulta agotador mantener los párpados abiertos o vomitar dos frases coherentes unidas, pero son demasiados los pensamientos - *¿pensamientos? no, más bien cañonazos. Cañonazos feos, marchitos, sin ningún tipo de filtro ni orden* - que se me apilan en la cabeza. No puedo ignorarlos. No quiero ignorarlos. Me mantienen despierta. Viva. O, al menos, lo suficientemente viva. Mi tío se da la vuelta, evitando responderme. Sé que quiere hacerlo. Claro que quiere. Del mismo modo que quiere lanzarme al suelo y patearme el estómago. Disciplina. Orden. Obediencia. No puede permitirse dejar que sus emociones le traicionen. Años de resentimiento convertidos en una forma de vida; quizás él quiera autoengañarse, quizás todos quieran, pero yo estoy cansada. Sé que sus padres - *¿mis abuelos? Nunca me contó nada de mi familia. Antes me importaba, ahora ya me da igual* - le educaron abriéndole una y otra vez el cráneo cuando aún lo tenía demasiado blando. Criado, educado y moldeado a base de contusiones; quizás, por eso, a veces pienso en darle un abrazo - un

abrazo que él me negaría -, pero, al final, lo que realmente deseo es partirle los dedos de la mano uno a uno. Aceptó el mundo como un lugar lleno de estiércol, brutalidad y cicatrices, y decidió aceptarlo hasta hacerse parte de él. Hasta controlarlo.

Pero no puedes controlar nada. No puedes controlar una mierda. Nadie puede. Todo es caos, azar y basura.

Y yo solo puedo pensar en Kailani, en sus implantes supurando bilis blanquecina. En sus músculos desmenuzados. En el metal, el cromo y el plástico asomando a través de la carne. En su gesto, teñido de un miedo que pocas veces había visto en ella. Pero ahora sé que no temía por su vida - *si, bueno, también. ¿Quién no lo haría cuando te intentan coser a balazos?* - si no por la mía. Por la de todas nosotras. Por su hermana. Por el equipo.

- *¿T…te da miedo responder?*

Me incorporo. Apenas unos centímetros, pero lo suficiente como para demostrarle que una caída de veinte pisos no van a impedir que me calle. Puedo ver de reojo como Yaropolk sale de la habitación contigua. Suspira. Suspira profundamente. Es demasiado expresivo como para ocultar su hastío ante nuestras constantes peleas. Tampoco creo que quiera disimularlo. Se acerca lentamente hacía mí, meneando levemente la cabeza, farfullando algo que únicamente él puede comprender.

- *Si tú vienes, no hay pelea. Mi paciente, mis normas, Azumi* - prácticamente nadie le llama así. Únicamente el Carnicero. Supongo que tiene claro que le necesitamos más nosotras a él, que él a nosotras - *me dan igual misiones o trabajos o contratos, no importan. Eso no importa. No importa quien mata a quien o si eres, ¡oh, sí! el gran jefe, el gran líder. Mi casa, mi paciente. Eso siempre así.*

Resulta reconfortante que un nikuya desfigurado te apoye en una discusión, especialmente cuando apenas puedes moverte. Sé que Bushida esconde una Makarov de 9 mm. debajo de su camisa. Y sé que no siempre la ha usado del modo más limpio y honorable posible, a pesar de su hipócrita fijación con ese código guerrero del que tanto habla. Pero Yaropolk tiene razón: su clínica, sus normas. Y si hay algo que todos los charcuteros biomecánicos y cirujanos de esta ciudad tienen claro es que, bajo su techo, nadie levanta un arma sin su permiso. O habrá consecuencias.

- *Fallaste. Todas fallasteis. Teníais que haber salido de allí por la puerta principal, no por la ventana* - La voz de Bushida se desliza a través de su boca como vapor tóxico. Cada pausa está calculada. Cada inflexión. Su tono, grave y cavernoso, busca ser escuchado, quieras o no - *pero si, tienes razón. Ha sido mi error. He enviado a un grupo de niñas caprichosas e inestables a llevar a cabo un trabajo importante, esperando algo de ellas que, claramente, no pueden darme.*

Pienso en quitarle el arma. Pienso en apuntarle a la cabeza con ella y chillarle hasta que pida perdón. Pienso en partir en pedazos a todo el que se me ponga por delante. Yaropolk alza la mirada. Me conoce, y conoce a mi tío. Y sabe que hemos traído una tormenta de mierda y casquillos de bala a su hogar. Los tendones de mis brazos y piernas se endurecen. Ahora están hechos de cemento. Me elevo un poco más, al tiempo que alzo la voz.

- *¿Fallamos? ¡¿Fallamos?!* - Apoyo la palma de mi mano en la camilla, y si bien soy consciente del latigazo que me recorre desde el codo hasta la mitad de mi espalda, me da igual. Mi corazón está bombeando demasiado carburante como para detenerme ahora - *te conseguí toda la puta información que querías. Ki - Sung extrajo toda la mierda de esa terminal, y yo cuidé del DataP mejor que de mis propios huesos. ¿Y dices que te fallamos? Es qu… yo… joder, debería levantarme ahora mismo y echarte de aquí a patadas.*

Demasiados insultos. No me suele gustar, es síntoma de que estoy perdiendo el control. Pero, ¿a quién quiero engañar? lo estoy perdiendo.

- *¡Tú no mueves! ¡Tú vas a estropear mi trabajo! ¡y aquí no hay peleas! Última vez que yo aviso a los dos. ¡Si queréis matar uno a otro, matar fuera de mi clínica! Dentro, las cosas se arreglan, no estropean.*

Yaropolk podría clavarnos su escalpelo eléctrico en la laringe antes de que nos diese tiempo a reaccionar y, sin embargo, tengo claro que nunca haría algo así. Su gesto excreta cansancio. Hastío. Fragilidad. Me siento culpable. No deja de ponerle parches a un mundo que insiste, una y otra vez, en matarse entre sí, un mundo que no cesa en su empeño de invadir su pequeño y destartalado espacio. Y, con todo, se mantiene despierto. En pie. En lucha constante. Con sus cicatrices. Con esas quemaduras que nunca ha querido explicar de dónde vienen. Con su rostro desfigurado.

Mi tío esboza una sonrisa. Una de las personas más áridas e impasibles que conozco, y se permite una ligera, breve e insultante risa justo en este momento. Cualquiera pensaría que está tratando de echarme sal en la herida, pero le conozco. Sé que sigue viéndome como un bebé caprichoso al que no se le puede sacar de casa. Así nos ve a todas. Así ve el mundo.

- *Los hana-bi están entrando a patadas en la mayoría de locales y casas de la ciudad, buscando a dos chicas que robaron ‘documentación de alta importancia’. Si te pagan por hacer un trabajo, lo haces bien de principio a fin. De nada me sirve ese DataP si habéis llamado la atención como dos borrachos chillando en medio de la calle.*

Intenta desmontarme. Culparme. Culparnos a todas. Cree que es distinto, especial. Cree que tiene poder y autoridad sobre su pequeño universo. Pero no deja de ser otra ficha de casino barata que la Pasarela usa para pagar sus deudas. Otra pieza más. Como yo. Como todas.

- *Claro. Es mi culpa. Mi puta culpa. Es cosa mía que me hayan intentado matar. Es cosa mía que hayamos tenido que saltar desde un rascacielos. Somos débiles, inútiles, frágiles. ¡Por supuesto! ¿Sabes? Hablas como un Neuro, uno de esos cutres y ridículos que se hinchan los músculos a base de pinchazos y creen que por madrugar mucho y darse duchas frías por la mañana son mejores que el resto* - una voz lacerada dentro de mi cabeza me dice que estoy pinchando en hueso. Odia especialmente cuando le comparo con la Torre. Me alegra saber que le duele. Quiero que saque su pistola y me apunte. Que demuestre cómo es realmente - D*a igual que el plan fuera una basura desde el principio, o que nos hayas mandado a un matadero sin avisarnos. No. Por lo visto es TODO cosa nuestra, y únicamente*

nuestra. Deberías presentarte a la Lotería, seguro que a la Torre le encantan tus frasecitas sobre el sacrificio, el honor, el éxito, el esfuerzo. *Por lo visto, sabes mejor que nadie cómo no ser un fracasado.*

Estoy de pie. No sé cómo, pero estoy de pie, encañonándole con mi dedo índice. Mi aplastado y horrible dedo índice. Sé que debería calmarme. Sé que debería escupir sobre sus elegantes botines impolutos y largarme. Olvidarme de todo. Huir lejos. Y, sin embargo, aquí estoy. Poniendo voces ridículas, a la espera de que me aplaste la nariz de un puñetazo. Lo único que impide que ahora mismo esté tirada en el suelo, resbalándome sobre mi propio vómito, es la presencia del Carnicero. La verdad, me extraña que no nos haya echado ya a la calle. Nos quiere demasiado, especialmente a mi tío.

Bushida me regala otra de sus infinitas muecas de asco. Sorprendentemente, ésta no parece ensayada. No forma parte de su repertorio de gestos fabricados para hacerte sentir como un chicle pisado, pegado en el suelo. No. Puedo ver el desprecio genuino, la ira. He golpeado en algún órgano blando.

- *¿Neuro? ¿Qué sabes tú de los Neuros?* - Así que es eso. Ese picor detrás de los ojos, en lo más profundo de su cráneo, provocado por no ser único y especial - *tú no tienes ni idea de cómo funciona esta ciudad. Crees que conoces todo sobre la Torre, sobre las bandas, sobre los mercados ilegales, sobre los NeuroReps, sobre cada maldito rincón de la Pasarela, pero no eres más que una cría que se toma la vida como un juego. Y mira cómo acabas siempre.*
- *¡Azumi, basta! Ojos Verdes muy drogada, no sabe ella bien que dice.*
- *Bueno, pues si no sabe lo que dice, tal vez debería callarse y aceptar que no está preparada. Aceptar que aún sigue siendo débil e impulsiva, y que por eso ahora mismo ha acabado en tu clínica, con un montón de huesos rotos* - se detiene. Traga saliva. Sus cuerdas vocales vuelven a teñirse de aceite de motor y seda. Desaparecen las venas de su frente. He conseguido alterarlo durante unos segundos; me lo tomaré como un logro - *y deja de hablar de la Torre, de los Neuros y de toda esa mierda para adolescentes. Tú ni siquiera tienes un CIR injertado. ¿Sabes acaso lo que significa eso? Tú no te despiertas rodeada de pantallas clavadas directamente sobre tu retina. Vives ciega, en las sombras, en tu pequeña burbuja rosa. Así que deja de ser un pequeño gusano desagradecido y no hables de algo que no entiendes.*

La habitación comienza a tambalearse. Se me nubla la vista. Sujeto con fuerza la camilla, evitando que se note que ahora mismo alguien ha metido mi cerebro en una batidora. Calor y frío. Mucho calor y mucho frío. Quiero dormir. Únicamente eso. Noto como las descargas eléctricas continúan recorriendome el cuerpo, y casi puedo percibir como mis costillas se sueldan solas, mis heridas se cierran automáticamente y mis pulmones se grapan a sí mismos. De nuevo, mi asqueroso y extraño y prodigioso organismo haciendo de las suyas. ¿Cómo? Ni idea. Posiblemente esté perdiendo la cabeza. O quizás la perdí hace tiempo. O, tal vez, solo tal vez, todos la hemos perdido ya, y únicamente nos queda esperar a que, un día, la cúpula estalle y los vapores tóxicos del exterior nos mastiquen los intestinos. A mi me vale.

- *Yo…* - la fiebre regresa con fuerza. Genial - *no te importamos una mierda. Cogiste el dinero y… nos m… mandaste al puto matadero.*

Pienso en mi madre. En mi padre. O en quienes pudieron ser, nunca los conocí. Y, la verdad, no es que me importe mucho. Sin embargo, no puedo quitármelos de la cabeza. Otro de los muchos secretos sobre mi vida que Bushida ha enterrado y se ha negado a revelarme.

- *Y s… si no tengo una Pastilla metida en la cabeza es por ti. Solo por ti* - me siento de nuevo. Mi brazo está casi como nuevo, pero yo estoy agotada. Agotada y mareada. Es absurdo, debería estar cayéndome a pedazos - *Tú eres quien me… mantiene en las sombras, ¡y encima crees que me estás haciendo un favor! Me da pánico decirle a mi novia que no estoy conectada, y n… ni siquiera es porque se vaya a enfadar o juzgar. Es porque tú me has tratado como un puto secreto toda mi vida. ¡Me da pánico contarle cualquier cosa real y auténtica de mi porque ni siquiera yo sé quién soy!*

Si mis palabras tienen algún efecto sobre él, desde luego no lo muestra. No esperaba lo contrario.

- *¿Sigues con eso? ¿Qué quieres saber?* - me mira como si estuviera observando a un perro bioartificial, una de esas mascotas creadas en un laboratorio, al que ya has alimentado y no sabes qué más hacer con él - *te he dicho todo lo que necesitas. Deja de comportarte como una niña y madura de una vez.*

Trato de apretar los nudillos, pero lo único que consigo es un aguijonazo en mi muñeca que flota hasta alojarse en la base de mi hueso occipital. Algo presiona y golpea mi cuerpo desde dentro. Quiero vomitar, y dormir, y llorar, y rendirme. Me miro el antebrazo. Varios de los cortes han cicatrizado ya. Las voces de mi cabeza - *por fin, ahí están* - me susurran que pare, que voy a consumirme. Y yo quiero hacerles caso, pero no sé cómo.

- *Y ni se te ocurra volver a decir que no me importais. He mantenido viva a la Familia durante más años de los que tienes. Es mi obligación, mi deber. Cuido de todos y cada uno de los miembros de los Kurai, no solo de ti. ¿Entiendes? No eres la única, y no eres tan especial* - sé que, si abro la boca, una bola de saliva densa y amarga caerá sobre el suelo, y yo detrás. Necesito tumbarme, pero sé que si lo hago, él gana. Claro que, si me suelto de la camilla, él gana igualmente. Escojo quedarme con una poco digna pose, a medio camino entre el desmayo y la escucha atenta - *Pero con cada estupidez que haces, con cada chapuza como la de anoche, ponéis en peligro a todos. Así que sí, si tengo que sacrificar a dos o tres personas para salvar al resto, lo haré. Sea quien sea, incluida tú. Quiero que eso te quede bien claro.*

Con un movimiento suave, casi estudiado, Yaropolk le acerca una silla a Bushida, una silla con el respaldo cubierto de quemaduras de cigarrillos, al tiempo que le coge cariñosamente del brazo y le acaricia suavemente el reverso de la mano. Quizás quiere calmar la situación. Quizás ya se ha rendido. Quizás le importamos demasiado y se odia a sí mismo por ello. Se mantiene en silencio, apretando los labios. Me siento estúpida y culpable por aparecer siempre en su puerta, cargada de mareas tóxicas.

- *Tú no… no velas por la Familia. Velas por ti. Coges el dinero sin mirar quién te ha dado el encargo.*

Se da la vuelta. No quiere seguir hablando. Nunca quiere. Vuelvo a abrir la boca. Ni siquiera pienso las palabras, lo único que quiero es que le duela. Quiero dejarle claro que no soy tan estúpida como lleva años diciéndome.

- *¿Sabes? Me das pena. Con… con tus trajes caros* - apenas me llega oxígeno a los pulmones. Mi tráquea se dilata y se contrae de formas que no tienen el más mínimo sentido - *con tus grandes frases. Te crees dueño de esta ciudad. Pero eres igual de miserable que el resto.*

Se para junto a la puerta. Es ahora o nunca. Yaropolk me susurra. Me está pidiendo que me calle. Sabe que quiero hacer estallar todo, sin mirar a quien me llevo por el camino. Me duele ser así con él. Podría haberme dejado morir en esa camilla, y se lo estoy pagando con bocanadas de estiércol; nos ha salvado la vida a todos en algún momento. A Kailani, a mi tío, a mí. Y lo único que nos pide es que no nos hundamos más en el fango. Y aquí estamos, lanzándole ese mismo lodo a la cara.

Pero no puedo evitarlo. No puedo y no quiero. No soy mejor que los demás. Ni peor. Soy el mismo montón de basura. Pero ya no puedo más.

- *Y nos han timado. ¿Crees* - Aire. Necesito aire - *que no me he dado cuenta? Te la han jugado. Nos la han jugado. Y eres tan* - Más. Aire. Necesito. Más. Aire - *orgulloso, tan asquerosamente orgulloso, que pref…* - me ahogo. Se me nubla la vista - *…que prefieres que te odie y te culpe a reconocer que era todo una trampa. Que este plan no tenía sentido. Que te han timado, que alguien va a por nosotras, a por tí* - los hana-bi. Trepar el muro. El corte de electricidad. Apesta a improvisación, a engaño. A no tener ni idea de donde nos metemos. A que mi tío sabía que esto pasaría y no quiso pararlo - *Joder, no sé que te hicieron tus padres, pero estás bien jodido.*

Vale, eso último ha sido innecesario. Pero empiezo a estar cansada de tipos serios y honorables que me aplastan con sus miedos y sus silencios y sus lecciones, para después irse sin mirar atrás. Demasiados tendones rotos, demasiados cardenales, cortes y quemaduras.

Gira la cabeza. No quiere mirarme. O, más bien, no quiere que le mire yo a él. Que vea ese pequeño resquicio que he conseguido arañar.

- *Recibirás tu parte del trabajo, si es lo que te preocupa* - No. No. No, joder, no es eso lo que me preocupa. Si no estuviera a un paso de desplomarme sobre un suelo lleno de fluidos e insecticida en polvo, saltaría sobre su espalda y le golpearía hasta que se rindiera o hasta que me aplastase la cabeza, opción que tiene muchas más probabilidades - *¿Sabes? Hace dos días rechacé un trabajo de los Ludd. Era mucho dinero, créeme. Y lo hice para evitar que la Torre pudiera relacionarnos con ellos si algo fallaba o si había alguna filtración. Así que no, no hago esto solo por el beneficio, lo hago por todos vosotros. Y ahora descansa. Tómate un par de días libres.*

‘*Tómate un par de días libres*’. ‘*Tómate un puto par de días libres, niñata*’. Tiene el trasero tan clavado en su trono de jade y Kwŏks que le da igual lo que le diga, para él sigo siendo una cría asustada y herida que necesita reposar porque delira. Fantástico. Y me habla de los Ludd. De los malditos Ludd. Porque, por lo visto, comprar armas modificadas ilegalmente o ayudar a los traficantes de CIRs a que pasen cuerpos aún calientes entre zonas no es tan malo, pero aceptar el trabajo de unos terroristas sí.

Tengo que dejar esta ciudad. Irme lejos, más allá de la Cúpula. Sea como sea.

Un pitido anestésico e insoportable se aloja en el oído izquierdo. A decir verdad, lleva un buen rato ahí. Ha comenzado como un suave lamento, como un gemido taponado, pero ha comenzado a crecer, y crecer, y crecer hasta ser un chirrido agudo e inaguantable. De golpe, el mundo vuelve a ser un manto lechoso, bañado en una luz que me quema los ojos.

He dejado de tener piernas y brazos. Soy una amalgama entumecida, llena de trocitos de Midori mal pegados.

Mi tío desaparece. Yaropolk desaparece. La clínica desaparece. La luz da paso a una gigantesca boca oscura y espesa que me traga. Noto un golpe seco en la cabeza.

Espero no quedarme en coma, sinceramente.

CAPÍTULO 7

calc_buf.data/seg

*‘Ey, taka, ¿qué… tal estás? te echo mucho de menos, perra, y, bueno, tu terminal solo acepta audiotransferencias, nada de llamadas, así que… oye, hablé ayer con el Carnicero y me dijo que te desmayaste mientras tenias una buena pelea con Bus###****recup_buf.data/seg*13%***

Cuatro horas caminando. Cuatro asquerosas horas. A veces me sigue sorprendiendo lo grande que es esta Sección. Y no llega ni a la mitad de grande que la -3. Ni está tan llena de gente. Bien.

recup_buf.data/seg*35%

Lo que no me sorprende en absoluto es lo - horriblemente - mal que funcionan todos los sistemas de comunicación ajenos a la Net. O, al menos, todos aquellos a los que podemos acceder quienes no tenemos ese pedazo de grafeno metido en la cabeza. Supongo que es otra de las desventajas de ser ilegal. Al menos nadie me matará para vender mi CIR, lo cual implica una preocupación menos. Sería del todo perfecto si pudiera evitar también a los traficantes de órganos y a los cazadores que proveen de niños y adolescentes al Almacén Rojo.

recup_buf.data/seg*99%

‘...hida. Joder. En serio, ten mucho cuidado, mi niña.’

Dos apelativos cariñosos en menos de un minuto. Está preocupada, muy preocupada. Y yo voy a tardar años en llegar a su piso.

‘Te lo digo en serio, que te conozco y eres una cafre. Por favor, intenta ser un poco menos… tú esta vez. Ya mataremos a tu tío cuando te recuperes del todo’

Las calles apestan a sulfato y a excrementos, y apenas puedo dar dos pasos sin hundirme en una marabunta de cuerpos lentos, apáticos y ruidosos. Maravilloso. Creo que debería dejar de andar y coger un maldito aerodeslizador, si es que queda alguno funcional en esta zona; aunque supongo que habrán reservado todos los que aún están activos para los sararīman que salen de trabajar de madrugada.

Genial. Esta ciudad es absolutamente genial.

‘y, bueno, sé… sé que han pasado varios días, y no he ido a verte. Lo siento mucho, de verdad. Muchísimo. Pensarás que soy una egoista de mierda, pero… no sé, joder, estoy pendiente de mi hermana. Está muy mal, tía. Está rotísima. El nikuya este, Baatar, parece que sabe lo que hace, pero… la veo y me dan ganas de reventarle el cráneo a alguien. A veces abre los ojos y me mira, o incluso intenta… intenta hablar…’

(No llores. Por favor. Ahora no. No creo que pueda soportarlo. Tú no eres así. Yo sí. Tú eres la que aguantas las tormentas de basura, y yo los navajazos.)

(Por favor.)

Las piernas me fallan. Me detengo, mientras pauso la grabación y trato de luchar contra el agujero que alguien ha cavado en mis intestinos. Una pareja me golpea al cruzarse conmigo. Protestan y me insultan, pero apenas giran la cabeza; están observando fijamente algo en el edificio de enfrente, algo que yo no puedo ver. Algo reservado para quienes tienen la app adecuada injertada entre sus neuronas. Para mi, sin embargo, no es más que un monolito de cemento y neón con una sucesión de bloques negros y opacos. Siempre ha sido así. Y nunca he querido darle importancia.

Pienso en las palabras de mi tío. Sí, quiero arrancarle la tráquea y enseñársela mientras le pregunto si eso es algo que haría alguno de esos hombres honorables que tanto cita. Quiero coger todos y cada uno de los dataP que tiene llenos de manuales virtuales, toda esa mierda sobre el camino del guerrero que lleva haciéndome ver una y otra vez desde que apenas podía mantenerme sobre mis dos piernas escuálidas, y hacérselos tragar.

Pero en una cosa tiene razón: vivo a oscuras.

El mundo está envuelto en algo que yo odio, pero que sin Pastilla no puedo ni tan siquiera tocar. Un fantasma al que desprecio, pero que no sé ni cómo es ni donde está. Y, aunque hasta ahora no les envidiaba, cada vez me siento más sola. Más fuera de lugar.

Pulso la reproducción de nuevo. No sé si podré soportar la voz Kalea quebrándose, pero necesito escucharla. Necesito darle un abrazo. Necesito que me bese y que me diga que todo saldrá bien, que el mundo no está tan empapado en alquitrán. Necesito que me ahogue el olor de su piel. Vainilla, madera sintética, metal cromado, incienso. Necesito que el mundo deje de agitarse, que deje de apestar a neumático quemado. Necesito que me haga olvidar esta ciudad. Y, sobre todo, necesito que todos estos meses de mierda en los que no he dejado de tensar una y otra vez la cuerda, todos estos meses en los que no he dejado de poner a prueba nuestra relación, desaparezcan. Supongo que lo único bueno que tiene el haber estado a punto de morir es que, durante un breve instante, todas esas meteduras de pata que tanto tiempo llevan agotando su paciencia parecen perder importancia frente a la idea de que tenga que reconocer mi cuerpo en un frío depósito de cadáveres.

Algo es algo.

*'... si, la he visto en situaciones muy jodidas, pero… taka, es mi hermana. Mi hermana mayor. Ella… ella es la fuerte, mierda. Y ahora es un montón de chatarra cubierta de cables y tubos y bandejas llenas de pedacitos de acero que no dejan de salir de su cuerpo. ¿Y… y si se queda rota? ¿Y si, yo que sé, uno de los implantes le ha reventado algún órgano****recup_buf.data/seg*25%****'*

Vuelvo a perder la conexión. Fantástico. Un chillido infantil se eleva por encima de la masa de voces, mientras reprimo las ganas de lanzar el dispositivo contra una pared. El vapor de

azufre de la atmósfera deja caer algunas gotas sobre mi frente; me escuecen, pero evito rascarme, ya que sé por experiencia que eso es mucho peor. Saco una gasa del bolsillo y me seco a pequeños toques, sin dejar de mirar a mi alrededor. Por lejos que estemos de las instalaciones de almacenamiento y tratamiento de residuos, es inevitable que las nubes que emanan de los sumideros y de los vertederos líquidos viajen a lo largo de la zona sur de la ciudad, empujadas por las corrientes de aire internas. Demasiados drones agitando el ambiente, demasiados bloques de hormigón creando muros, encerrando las calles entre pedazos de carne adormecida y masas de aire bañadas en microplásticos. Microplásticos que te arañan los pulmones si respiras demasiado deprisa.

recup_buf.data/seg*99%

‘...interno?’

Silencio. Puedo escuchar como respira. Cómo trata desesperadamente de encerrar los sollozos y la rabia bajo capas de autocontrol. Siempre lo hace. Y yo siempre dudo, y temo, y vacilo, hasta que le acabo acariciando la espalda del modo más suave posible con la punta de mis dedos; y, entonces, solo entonces, puedo adivinar si necesita que me aleje o que me acerque.

‘Quiero… quiero que sepas que te echo de menos. Mucho. Me paso los días aquí, pero no dejo de pensar en cómo estarás. Porque, bueno, te quiero, ¿vale?. Ya lo sabes. Y no dejo de preguntarle al Carnicero por tí; el muy idiota me dice que eres una rata fuerte, una rata que sigue mordiendo aunque le falte parte de la cola. Me hace reir. Me alegra que te haya estado cuidando. Joder, me estoy poniendo muy moñas y me estoy dando asco a mi misma. Mandame a la mierda si quieres, ¿vale?’

Los gritos de un grupo de mecánicos discutiendo ahoga las últimas palabras que salen de la audiotrans de Kalea. Mientras observo atentamente las piezas desguazadas de vehículos y droides de servicio, todas colgadas por igual en el techo del taller, empiezo a dudar de si este es el camino más directo para llegar a su casa o si, de nuevo, he optado por ponerme a andar sin escoger un rumbo concreto. Una riada de túneles y pasillos de cemento conectan los distintos edificios de esta zona, creando una maraña de corredores estrechos, publicidad holográfica y docenas de escaparates bañados en luces parpadeantes y relucientes. Los pasadizos parecen estar inundados por multitud de garajes reconvertidos en tiendas, encastrados directamente sobre los bloques de viviendas a modo de tumores de cemento y plástico. Tiendas permanentemente abiertas las veinticuatro horas. Tiendas en las que se vende por igual bisutería de colores agresivos y batidos proteicos servidos en bolsas de plástico con una cómoda pajita reciclable. Piezas de recambio para todo tipo de implantes y dispositivos unipersonales de un solo uso. Emuladores de IA domótica, perfectos para fingir que tu pequeño apartamento es ahora parte de un edificio inteligente. Ropa de segunda mano deshilachada junto a wearables modificados. Un poco de cada parte de la ciudad, según la cantidad de kwŏks que estés dispuesta a gastar.

O según lo que te quede en la cuenta antes de tener que pedir otro préstamo más.

Decido ganar tiempo cruzando a través de una de las Tabas; unas sólidas - *y ridículamente imponentes* - escaleras anuncian la entrada al enorme edificio gris, resultado de otro de los

muchos intentos por parte de los grupos inmobiliarios de trasladar el estilo de los rascacielos de la Sección -1 al resto de zonas de la Pasarela. O eso me contó Yaropolk, durante una de sus charlas, mientras me encajaba algún hueso - ya no recuerdo cual, han sido demasiados. Me habló de las familias que tuvieron que largarse con lo puesto cuando los bulldozers echaron abajo barrios enteros para levantar este maravilloso proyecto, promesa de un (otro) milagro económico. Le pregunté dónde vivía él por aquel entonces. Me respondió con una carcajada seca envuelta en el humo de uno de los cigarros reciclados que solía fumar antes de que el tabaco pasase a formar parte del listado de productos con prescripción oficial.

Subo los escalones de dos en dos, sin dejar de observar el muro monolítico situado frente a mi; el ácido acumulado en la atmósfera lo ha ido erosionando, dejando entrever el fibrocemento de dudosa calidad que se oculta debajo de la pintura original. Pienso en las palabras del Carnicero: *'Copia de copia de copia, niña. Todos quieren ser Torre. Pero Torre no les deja, nunca dejará*'. Alzo la vista y estudio cada ventana, cada saliente, cada aire acondicionado. Cada balcón. Cada tubería. Todo plagado de materiales baratos, pensados para ahorrar costes, para fingir que son algo que nunca serán. Cristales dobles que se hacen pasar por vidrio térmico. Áreas de recreo con plantas de importación creadas en laboratorio que ahora sirven como criaderos de insectos o basureros improvisados. Algún que otro Actualizador Automático de CIRs (AAC), roto y sin conexión flotante desde hace años. Y, sobre todo, docenas de habitáculos en eterna remodelación, comprados al por mayor por alguna empresa fantasma de algún Neuro con ganas de fundar su propia cadena de Hoteles Cápsula de lujo.

(*Si, Midori, te estás perdiendo, nunca habías venido por aquí. Oye, tiene mérito, has conseguido ignorar incluso a tu infalible radar interno. Pero, eh, si lo piensas, no está de más descubrir otro sitio feo y a medio cocinar en esta ciudad)*

(Y, además, el terminal se está quedando sin batería a una velocidad alarmante. Fantástico. Le tendrás que pedir a Ki-Sung otro desechable. A ver si esta vez te da uno que dure algo más)

Al llegar arriba del todo, paso bajo un arco labrado con una serie de figuras de animales del Año Nuevo, figuras que se retuercen, que parecen emerger de la piedra. Me da la impresión de que faltan un par de ellas, pero apenas las recuerdo. Al fin y al cabo, es algo que ya sólo celebran en la Torre, algo que ni siquiera los Neuros mencionan fuera de sus spots promocionales; para el resto de la Pasarela se trata únicamente de una vieja costumbre en desuso, algo que aprendemos en la escuela. Otra sala más en el Museo de la Sagrada Historia. Un recuerdo cubierto de polvo, expuesto entre figuras decorativas de una tiendas de antigüedades y carteles cutres que adornan los pasillos de los bazares multiservicio.

Supongo que en una ciudad donde la luna no es más que una pequeña mancha amarillenta que flota por encima de una cúpula, no tienen mucho sentido ciertas celebraciones. Además, tenemos la Lotería. Eso marca nuestro calendario. Nuestro día a día. Nuestro punto de inflexión.

Nuestro.

(¿Nuestro?)

(¿Realmente yo soy parte de todo esto? ¿Por qué siento, una y otra vez, que no pertenezco a este lugar?)

Un espasmo me recorre el brazo. Me detengo nada más cruzar la entrada, provocando que el vigilante de la zona de viviendas me clave la mirada con desconfianza. Observo mi mano, como si la viese por primera vez en toda mi vida, y me da la impresión de que un reguero de diminutos hilos translúcidos flotan dentro de mi brazo. Docenas de filamentos, similares a alambres microscópicos, que nadan bajo mi piel. Probablemente esté teniendo una hermosa alucinación a causa de los sedantes que llevo devorando de tres en tres desde que me desperté en mi piso sin saber cómo había llegado allí.

(Vuelvo a tener migrañas. La masa de voces procedente de la calle ha comenzado a fundirse con el zumbido persistente de los recicladores automáticos del edificio, creando una capa de ruido blanco casi anestésica. Anestésica pero igualmente insoportable)

- *Hola* - el vigilante me saluda. Pura cortesía, le pagan por parecer amable. No se fía de mi - *¿buscas a alguien?*

(No dejo de pensar en meterme en alguno de los templos automatizados que salpican la ciudad; nunca he creído en ninguno de los dioses tradicionales - no creo que nadie lo haga. Ese papel ya lo cogieron hace mucho los Neuros -, pero necesito ahogarme en el más absoluto de los silencios. Ya apenas quedan rincones en la Pasarela donde se pueda conseguir eso)

- *Eh, tú, estoy hablándote* - ¿no le he respondido? Pensé que si lo había hecho. Posiblemente no me recupero de las contusiones cerebrales tan absurdamente rápido como de los cortes y los huesos rotos. *Ag*. Debería decir algo, pero creo que no soy capaz ahora mismo - *dime, ¿conoces a alguno de los residentes, si o no?*

(*Quiero bucear en carburante. Quiero hundir el esternón de alguien a patadas. Quiero masticar la piel de Kalea y luego llorar y luego dormirme. Quiero comer basura deshidratada barata hasta que me duela el estómago. Y beber. Cualquier cosa destilada. Cualquier cosa que me reviente el hígado a patadas. Hace mucho que no bebo, desde los catorce. Empecé con nueve, pero lo dejé cuando un tipo completamente borracho intentó violarme en una Casa de Té a la que me invitó mi tío. Apestaba a cerveza de arroz de alta gradación y no dejaba de repetir una y otra vez que le recordaba a su mujer cuando era más joven, antes del primer embarazo. Yo le dije que tenía trece años, pero eso le excitó aún más. Le abrí la cabeza contra uno de los paneles de madera sintética del baño. Luego vomité hasta perder el conocimiento.*)

- *Oye, ¿me estás escuchando o qué?* - y, de nuevo, ahí están. Cientos de voces susurrando a mi alrededor, como malditas señales inalámbricas. Voces que no hablan mi idioma, ni ningún otro idioma que me suene. De hecho, dudo que estén utilizando ni siquiera palabras. Son crujidos. Crujidos secos, seguidos de una serie de latidos acuosos. De alguna forma extraña, me recuerdan a los niños que viven en la Picadora, al sonido de sus respiraciones cada vez que tienen que sumergirse en

los manantiales de basura y lixiviados que abundan en Las Piscinas, en busca de pequeños tesoros rotos para vender en mercados de segunda mano - *joder, me cago en el sagrado dragón, ¡¿estas drogada?! Lo que me faltaba, una puta yaku completamente ida en mi edificio*.

Con un movimiento lento y fatigoso, asoma su cráneo afeitado a través de la caseta que sirve como punto de control, y me mira alzando levemente la barbilla. Agotado. Desafiante. A nuestro lado pasa un grupo de personas que acaban de salir del edificio. Huelen a perfume hormonal, y se ríen grotescamente. Millones de picaduras eléctricas me recorren la espina dorsal, lanzándome a la cara estímulos que apenas puedo sortear. Aromas. Sonidos. Imágenes. Puedo escuchar como el vigilante exhala. Soy capaz de oler el tumor que le está creciendo en el pulmón derecho, únicamente usando el silbido de su respiración apagada.

Y también puedo percibir que su tolerancia y su comprensión están bajo mínimos, y en cualquier momento va a complicarme las cosas. Pero para eso no necesito que mi instinto entre en modo supervivencia o que las Voces alteren todo mi código genético. Es algo bastante obvio. La gente de esta ciudad es como un holograma desencriptado.

(Responde, estúpida. Has sobrevivido a palizas contra grupos de más de seis personas, todas empapadas en estimulantes y modificadores ilegales. Una vez incluso te interpusiste sin querer entre un Jumong y su objetivo, y saliste más o menos ilesa. No vayas a cagarla ahora frente a un hombre triste, irritado y consumido, armado únicamente con un teaser reglamentario)

- *No… no me drogo. No mucho, creo* - fantástico, Midori. Que bien se te dan las palabras. Estoy impresionada - *hace poco tuve un… accidente, y supongo que aún estoy un poco tocada. No me encuentro muy bien.*
- *Ya* - no me cree. Pero de momento no me ha amenazado, lo cual es todo un logro dadas las circunstancias - *¿estás registrada en algún hospital patrocinado? ¿necesitas que llame a unos parameds?*
- *No, no, gracias. Ya me voy. Supongo que no debería haber salido de casa, aún no estoy recuperada del todo.*

Si se entera de que no tengo seguro, y menos aún CIR, la cosa se puede complicar. Quizás me ignore y me diga que me vaya por donde he venido. O quizás avise a quién no debe y el día se anime de la peor forma posible.

- *Simplemente estaba atajando por aquí. Creo* - por favor, no saques el intercomunicador. Es lo único que te pido. No lo saques - *creo que me he perdido. Ya me largo.*
- *Bueno…*

Amaga el resto de palabras amables o comprensivas. No vivo aquí, ni conozco a nadie que habite en el edificio, así que no tiene necesidad de fingir empatía conmigo; se gira, adoptando una expresión incómoda y hostil, y se introduce de nuevo en su cubículo.

Comienzo a caminar casi involuntariamente, sin estar muy segura de cómo estoy logrando mover las piernas - claramente, hay partes de mi cuerpo que toman sus propias decisiones -

y me encamino hacia una amplia galería que conecta la parte frontal y trasera de la Taba. Trago saliva, luchando por fijar la vista en cada pequeño objeto que me rodea, no tanto por interés genuino como por la absoluta necesidad de mantener el control sobre las partes más básicas de mi cerebro. Sé (o eso creo) que hay más gente a mi alrededor, entrando y saliendo del edificio, cruzando los distintos corredores que conectan todas las áreas del edificio. Repartidores y riders. Trabajadores enfundados en trajes elegantes alquilados. Parejas silenciosas. Técnicos de saneamiento urbano, seguidos por bots de reparación que apestan a yeso húmedo y pintura plástica. Sin embargo, los percibo a todos como reflejos, como sombras que se mueven a mi alrededor sin ser conscientes de mi presencia. Dos de ellos me esquivan (un tercero no lo consigue, incapaz de desviar sus ojos de un terminal similar al mío. Pienso en si será otro ilegal o un traficante), pero aún así siento que nadie puede verme realmente.

Ahogo una arcada, una arcada que no sé de dónde viene. Unos dedos me presionan con fuerza en las sienes y alrededor de los globos oculares. Se difuminan las formas y los colores. Cierro los párpados.

'Vámonos rápido de aquí. Vámonos rápido, antes de que…'

'¿De qué?'

Me cuesta distinguir mis propios pensamientos de los de Ellas - *¿Cuándo empecé a llamar así a las Voces?* -, y, de hecho, ni siquiera sé distinguir si somos dos entidades (entidades, personas, cosas, qué más da) distintas. Una garra me atenaza las tripas, avisándome de que va a suceder algo malo. Algo que va a torcer el día. Puedo verlo, como una proyección sin forma definida que aparece frente a mis ojos. O, más bien, dentro de mi cabeza. Kalea siempre trata de comprenderlo cuando se lo explico, cuando le digo que noto en mi estómago la tensión previa al momento de la explosión, del golpe. Pero no puede entenderlo realmente, por mucho que lo intente. Así que suspira, me mira con su mejor cara y confía en mí. O lo intenta.

(*Date la vuelta. No estás a salvo)*

Me giro y, sin apenas poder distinguir al vigilante - he caminado más de lo que creía, y su garita está oculta tras un pilar de hormigón - puedo verlo claramente. Puedo, incluso, escucharle. No un rumor. No un murmullo. Puedo escuchar su voz, chillando desde el interior de mi conducto auditivo.

Está avisando a los hana-bi.

(*Corre. Está llamando a unos hana-bi)*

(Lo sé. Puedo escucharlo)

Sé que debería salir de aquí lo más rápidamente posible; acelerar el paso y fundirme entre la masa de orgullosos ciudadanos que caminan con sus miradas empañadas, bañados en luces parpadeantes y vapor con aroma a dumpling amargo. Pero no. Escojo darme media vuelta y correr de nuevo hacia él. Le están preguntando cómo soy. Me describe como una

cría drogada. Aun tengo tiempo, no ha mencionado nada relevante. Si habla de mi ropa o mi pelo negro, estamos a salvo. Si menciona mi llamativa altura, empezarán a sospechar. Si ha notado que el color de mis ojos es jodidamente distinto al del resto de habitantes de la Pasarela, estaré vendida. He visto a algunos hanna-bi localizar a gente con menos información.

'...ecisiete o dieciocho años…'

Tiene buen ojo, lo reconozco.

'me ha parecido distinguir varios cortes en su frente y en su mejilla derec… no, no, izquierda'

Tres heridas. Tres. Me van a joder el día las únicas tres marcas que están tardando más de lo normal en cicatrizar.

Y si, lo sé. He dicho normal. Pero nada de esto es normal. Mi cara debería ser carne picada llena de grapas y placas de titanio.

'Ha mencionado algo de un accidente. Parecía algo gordo, aunque se veía bastante bien'

Vaya, gracias.

'Era bastante alta y…'

Abro la puerta de la cabina. Puedo ver una predecible combinación de sorpresa, ira y miedo en su gesto; nada que no haya visto antes, más veces de las que me gustaría. Con un movimiento rápido, le golpeo en la cabeza, que rebota contra una de las paredes. Chilla y gruñe. Puedo distinguir un pequeño reguero de sangre saltando desde su sien hasta el monitor anticuado que tiene frente a el. Nada grave. Casi me da lástima. El intercomunicador sigue aferrado a su mano, mano que alza para protegerse de su siguiente golpe. Pero no hay siguiente golpe.

(Bien, Midori. Bien. Eres gilipollas. Únicamente necesitabas diez minutos para alejarte siete u ocho islas y ocultarte en un local de apuestas, o entre los clientes adormecidos de algún bar de oxígeno. Y has escogido dejarte llevar por la bilis, por el odio, por la rabia. Por ese maravilloso impulso que algún día te matará. Te admiro.)

Le sujeto con fuerza la muñeca izquierda, retorciéndosela hasta que el pedazo de plástico cae al suelo. Al otro lado del comunicador, una voz áspera eleva el tono. La voz del operador. El intercomunicador estalla en una nube de chips y pequeños cables gomosos bajo mi pie. El vigilante me insulta. Me amenaza. No le miro directamente. Una hilera de espasmos parecen controlar mis músculos, y no necesito pensar nada de lo que hago. Dos movimientos, tres segundos, y todo el panel - de la misma mala calidad que el resto del edificio. Mala calidad camuflada tras capas de pretenciosa pintura cromada - queda desactivado temporalmente. Más insultos. Más amenazas. No escucho lo primero, pero presto más atención a lo segundo.

‘Zorra estúpida, saben desde donde estoy llamando. Los hanna-bi te van a romper cada hueso del cuerpo, puta yaku de mierda’

Pienso en lo aburridos y poco originales que me resultan sus intentos de intimidarme. Pienso en que, en el fondo, más allá de su educada retahíla de calificativos, tiene razón, y acabo de cometer una auténtica estupidez. Pienso en esa bola de ira y rencor que no deja de arañar y escarbar en mi cerebro. Pienso en Bushida. En la espalda despedazada de Kailani. Pienso en la cúpula, en la Torre. Pienso en las masas de sararīman montados en trirruedas unipersonales de alta gama conducidos por alguien sin cara ni nombre, regresando a sus hogares, convencidos de que las prostitutas con las que acaban de estar les respetan, les aman, les admiran. Pienso en cada día bebiendo agua tibia con sabor a resina y pegamento, en cada noche de insomnio a causa de la ansiedad, los gritos en la calle y los pensamientos que, una y otra vez, me hablan de algo que no logro comprender. Pienso en el edificio Noboru, deslizándose a toda velocidad frente a mis ojos, cayendo (*no, espera, era yo la que caía, ¿verdad?*) Hasta acabar en un charco de sangre y fluidos biomecánicos. Pienso en todos esos paneles, esferas y pantallas de realidad aumentada y VR que yo no puedo ver, esos pozos apagados que me recuerdan que, para esta ciudad, esa es la única realidad que importa. Y si no vives en ella, entonces no vives en ninguna.

Y, entonces, como una caricia, el aire comienza a llenarme los pulmones lenta y pausadamente. Bajo la mirada, y clavo mis pupilas en la figura frágil y - aunque lo intente disimular - asustada que me observa, pendiente de mi próximo movimiento. Relajo los músculos, dejo de tensionar la mandíbula y le concedo una mueca casi cariñosa. Definitivamente, está convencido de que he perdido la cabeza. Tiene razones para ello.

Salgo corriendo, bajo la luz ácida de una ciudad que ya ha comenzado a sumergirse en una masa de neones brillantes y cegadores. Una serie de diminutos focos led rosáceos me indican el camino de salida, un camino que, de repente, parece mucho más corto y hermoso que hace apenas unos minutos; por alguna razón, el reguero de latas de aluminio oxidadas y los miles de chicles adheridos al suelo como tatuajes mal acabados han adquirido una extraña belleza, sincera y colorida.

Todo parece demasiado tranquilo. Es perfecto. El mundo desaparece, y yo podría quedarme así durante el resto de mi vida.

Entonces recuerdo que a los hanna-bi se les da muy bien rastrear llamadas, así que en unos minutos es probable que tenga aquí a un par de ellos, haciéndole preguntas a un tipo confuso y cabreado. Y él va a describirme con todo lujo de detalles.

Si, definitivamente he cometido la mayor estupidez del mundo. Se me da genial joderme el día.

Supongo que toca callejear un poco más.

CAPÍTULO 8

Las calles se han vestido de rojo. De rojo brillante, como la sangre de uno de esos dragones que tantas veces he visto tatuados. De rojo, sí, pero también de amarillo fluor, de violeta, de verde, de dorado. Al anochecer, las calles se visten de leds que parpadean epilepticamente, y cuyas luces alcanzan incluso a las esquinas más recónditas, aquellas en las que aún sobreviven - más o menos - los restos agonizantes de pequeños jardines modificados genéticamente, a la espera de ser sustituidos por flores de plástico. O, más probablemente, por flores proyectadas digitalmente. Más baratas de mantener, y con la posibilidad de que cualquiera pueda escanearlas con su CIR y, con la app adecuada, modificarlas a tiempo real.

Flores que, por otro lado, yo no puedo ver, dada la ausencia de ese diminuto pedazo de plástico dentro de mi cráneo. Otra de tantas sombras que existen a mi alrededor, y que soy incapaz de distinguir. Aunque - eso sí - en este caso comparto mi ceguera con todos aquellos ciudadanos que no han accedido a uno de los (muchos) servicios premium que se ofertan constantemente para la mejora y ampliación de sus CIRs.

(¿Me están siguiendo? No noto nada. Pero quizás no pueda notarlo. O quizás percibo demasiadas cosas. Ag.)

Porque la ciudad no es igual para todo el mundo. No. La Pasarela es un rompecabezas cuyas piezas se van desbloqueando al ritmo al que vayas mejorando tu suscripción. Claro que a mi me lo tuvo que explicar Yaropolk el día que le pregunté por qué yo no podía ver a todas esas personas que tanto admiraban el resto de niñas. Por qué yo no veía las cosas que ellas sí veían. Luego me habló de las mejoras progresivas, los potenciadores de velocidad de la Net y de las aplicaciones gratuitas (*'cuchillas de afeitar para tu cabeza*', recuerdo que dijo) pensadas para, supuestamente, mejorar nuestros sistemas neuroreguladores. Esto es, para evitar que nuestra asustada masa gris no solo no rechace el pedazo de titanio que le han injertado, si no que además decida aceptarlo y abrazarlo encantada.

Todo eso, según me explicó, diseñado cuidadosamente por la Casa Wian.

Recuerdo haber entendido muy poco de ese montón de tecnicismos. También recuerdo que era bastante pequeña, que tenía mucho sueño y que él estaba realmente cabreado.

(Hay demasiado ruido a mi alrededor. Y ahora mismo eso es bueno y malo a la vez)

Por aquel entonces yo no pensaba que había ninguna conexión entre el apellido de esa gente y el nombre oficial de nuestra ciudad, de nuestro mundo: la Pasarela Wian. Luego comprendí que no vivían en el último piso de la Torre por casualidad. Con ocho años me quedó claro que todo cuando nos rodeaba era, en cierto modo, suyo, y que así había sido durante tanto tiempo que ya nadie recordaba si, antes de los Wian, habíamos tenido algún otro líder. Algún otro presidente. Algún otro CEO.

Su propia ciudad. Su propia empresa.

- *…n serio! ¡le ha pedido a todos sus seguidores un selka personalizado! ¡va a verme la cara! ¡Reakane va a verme la cara! Estoy flipando.*

A mi lado, una chica con una voz absurdamente aguda habla a gritos con (sospecho) su amiga a través de su CIR. Intento caminar más deprisa, pero por alguna razón ambas seguimos el mismo ritmo. Me empiezo a poner nerviosa.

- *Joder, tía, ya lo sé, pero por mi cumpleaños mi padre me ha regalado una ampliación y ahora tengo capturadora. Mira, lo que hagan los demás me da igual, la verdad, pero yo, en un mes, he subido un montón en el ranking, y ahora Reakane va a poder verme la cara. Además, dentro de tres días es la Lotería, y han dicho que pasado mañana los elegidos recibirán una notificación en su feed. ¡Estoy segura de que a mi me van a coger!*

Me siento rara. Rara e incómoda. No tengo demasiado claro si, en este momento, prefiero esconderme y aguantar la respiración para que nadie me escuche, o lanzarme a una espiral de asco, rabia y golpes con los nudillos desnudos; tal vez, y con un poco de suerte, con esta segunda opción alguien llama a un equipo de hana-bi y me llevan de cabeza a Gamsa, el Centro de Control del que nadie sale. Y del que nadie habla. Sería un final estúpido y glorioso. O simplemente estúpido, que es casi lo mismo.

(No. Sabes que no quieres eso. Sabes que solo te apetece llegar a casa de Kalea, evitando llamar la atención. Que te dejen en paz. Que te ignoren.)

Dejo de escuchar a la chica cuando se mete en un *Sisseo[yo],* la única marca de konbinis donde venden algas que no saben a aluminio o goma seca. Demasiado caro para las cantidades que incluyen en cada paquete, pero los sueños húmedos de aquellos que aspiran a vivir igual que en la -1 tienen un precio.

Lentamente, me voy sintiendo más y más aliviada. Pienso en el Neuro del que estaban hablando, y me doy cuenta de que lo conozco - o, más bien, me suena muy levemente -, pero ni le pongo cara ni tengo muy claro qué hace. Tal vez retransmita sus operaciones quirúrgicas en directo a través de su canal. O tal vez reaccione al contenido de otros streamers. Quizás esté especializado en repartir tips (*mitad consejo, mitad insulto, como lo definió una vez Kalea*) sobre cómo rentabilizar mejor cada segundo de tu vida, desde que te levantas hasta que te acuestas. Sinceramente, no tengo ni idea. Un par de miembros de la Familia lo han mencionado alguna vez, y creo que Ki-Sung está suscrito a su canal, pero eso es todo cuanto sé. Lo cual me daría igual, si no fuera porque una y otra vez esta ciudad insiste en recordarme que no formo parte de ella, pero que debería hacerlo. Así que - *como siempre* - estoy fuera de lugar. Y - *como siempre* - la Pasarela sabe cómo sonreirme mientras me pisa la garganta.

(Un estallido me hace saltar instintivamente hacia atrás. Empujo a varias personas sin querer. Una me pone mala cara. Ls demás me ignoran. No era más que el motor de un generador eléctrico instalado junto a un puesto de bebidas dulces.)

Tengo la impresión de que me observan. De qué me siguen.

Me gustaría hacer caso a toda esa gente que asegura que soy una paranoica, pero normalmente suelo acertar cuando noto que me están espiando. Sin dejar de moverme, de ocultarme entre la gente, saco mi terminal, y tras seis intentos fallidos, decido aceptar que este trasto, además de tener la peor batería que Ki-Sung podía encontrar en el mercado de segunda mano, sirve para poco más que para tirárselo a la cabeza a alguien en un momento de necesidad o desesperación. No puedo grabar, no puedo modificar la recepción o envío de llamadas, y, desde luego, no puedo conectarme a ninguna red flotante. Así que lo guardo en uno de los amplios bolsillos de mi pantalón y sigo caminando, atenta siempre a las calles más estrechas y a los locales más abarrotados. Evitando cualquier lugar cerrado que no tenga más de dos salidas. Evitando zonas demasiado expuestas.

Llego hasta un cruce con una bonita - y no, esta vez no es irónico - fuente de agua tibia, bañada en luces doradas. Caigo en la cuenta de que debo de estar cerca del bulevar Oishï, una de las arterias que conducen directamente hasta la zona de Serenidad, una isla de cemento y colores pastel poblada únicamente por santuarios, pequeños templos y - obviamente - multitud de tiendas en las que purgar tu alma comprando ídolos de PVC y oraciones holográficas decorativas.

Una sirena. Dos. ¿Ambulancias, o patrullas de vigilancia?

Agudizo el oído. El eco rebota entre los edificios, planeando entre las tiendas y las masas de Rikshas triruedas que se agolpan en cada cruce. Elevo la mirada, y vuelvo a darme cuenta de lo altos, imponentes y desfigurados que pueden llegar a ser los edificios de la Pasarela. Miles de ventanas diminutas - *¿o es el efecto de la altura?* - que luchan por ganarse un espacio entre docenas de tuberías y carteles publicitarios. Una selva de PVC y aluminio. O eso creo, la verdad es que lo único que sé de las selvas es lo poco que nos enseñaron en clase, y ni siquiera nos pusieron capturas de como eran realmente.

El ruido de las alarmas no parece acercarse. Ha pasado un buen rato desde que tumbé al vigilante del edificio, así que si algún hana-bi me está buscando, desde luego no lo está haciendo usando un vehículo con la sirena puesta. Lo cual no mejora las perspectivas actuales; lo único que realmente espero es que no relacionen mi descripción con la del asunto del edificio Noboru, o van a empezar a investigar incluso en zonas en las que nadie quiere investigar. Excepto en Las Piscinas. En Las Piscinas únicamente entran los habitantes de la Picadora y algún que otro estúpido que ha oído hablar de la mala fama de ese lugar e intenta montar algún negocio ilegal sin saber donde se mete.

Decido cruzar a través de un callejón repleto de hoteles cápsula baratos y tiendas de ropa de apenas tres o cuatro metros cuadrados. La casa de Kalea no está muy lejos de aquí, aunque voy a tener que dar un rodeo, por seguridad. Un estúpido y necesario rodeo. El edificio donde está su apartamento linda con un par de bancos de crédito, y esos siempre están vigilados. Demasiado vigilados.

(*Puedo escucharos. No entiendo lo que me estáis diciendo, pero sé que estáis ahí. Sé que habéis tenido algo que ver con lo de antes. Cada vez que veo, huelo y siento más allá de mi capacidad, más allá de lo humanamente posible, sé que tiene que ver con Vosotras. Pero nunca he podido entenderlo*)

(*Y sigo sin poder, sinceramente*)

(¿Sois… yo?)

(*Mejor no respondáis. No aún*)

Me paro frente al microscópico escaparate de un local donde venden deportivas de segunda mano, muy posiblemente obtenidas de alguna morgue privada en la que revenden hasta los dientes de los cadáveres. Suela doble, refuerzo con placas de metal. Nada con chips. Nada con lectores de códigos DS. Nada con detectores cardíacos que te mantienen al día de tu estado físico. Simples y básicas zapatillas pensadas tanto para poder ir a un club Necro - en teoría, solo se permite la entrada a partir de los veinte. Kalea lleva visitandolos desde los dieciséis - como para salir corriendo de ese mismo lugar tras no pagar las seis consumiciones.

Decido entrar, quiero llevarle algún detalle.

- *Hola*.

Saludo al vendedor. Levanta la cabeza lo justo como para comprobar que soy una clienta y no alguien que viene a robar. Vuelve a bajar la vista en dirección a un touchpad con la pantalla completamente arañada. Debe rondar los sesenta años, aunque aparenta algo menos. El poco pelo que le queda está teñido de púrpura, y distingo una hilera de tatuajes borrosos cubriéndole casi por completo el cuello. Su oreja izquierda está plagada de pendientes, incluyendo una pequeña dilatación.

- *¿Qué es lo más barato que tienes y que no me vaya a pudrir los pies si me lo pongo?*

Me mira. Deduzco, por un pequeño gesto en sus pupilas, que está pausando o minimizando el programa que estaba viendo en la Net.

- *Si tus pies son una mierda no es mi culpa. Aquí todo es de buena calidad.*
- *Ya…* - filas y filas de cajas se apilan en las paredes. El interior ocupa poco más de dos metros de ancho - *¿Y algo que sea de buena calidad y, además, barato?*

Se incorpora. Es mucho más corpulento de lo que parecía en un primer momento, agazapado tras el mostrador. No descartaría un pasado como Rondador, o unos cuantos años despellejándose los nudillos en alguno de los pozos de extracción de la -3. Aunque esto último es poco probable, parece respirar demasiado bien. Nada de neumoconiosis. Nada de silicosis. O, al menos, no más de lo habitual en esta ciudad.

(Un pequeño e incómodo susurro en mi cabeza me recuerda que, muy probablemente, unos hanna-bi enfurecidos me estén buscando ahora mismo, mientras yo me dedico a comprarle unas zapatillas a mi novia. Decido ignorarlo. Demasiados murmullos dando vueltas en mi cabeza.)

- *Eres alta, debes usar una veinticinco o veinticinco y medio, ¿no?*
- *Veinticinco y medio, pero no es para mí. Dame una veintitrés.*

Suelta una pequeña risa. O quizás está tosiendo, no lo sé.

- *¿Y estás segura de que a la persona a la que se lo vas a comprar no se le pudrirán los pies cuando se lo ponga?*

Evito responder. No me apetece ir dejando un reguero de peleas absurdas e innecesarias de camino a casa de Kalea. Además, este tío no es un apático vigilante con las arterias a punto de taponarse. Aquí existe la posibilidad real de que varios de mis dientes salgan despedidos si no me callo.

Y odio callarme.

- *Dime, aparte de que sea barato, ¿buscabas algo más?*

Caigo en la cuenta de que, en una de sus pupilas, lleva una lentilla dibujada con una serie de líneas amarillas casi imperceptibles. Me recuerda a un circuito integrado de silicio; no sé si es únicamente diseño o si es algo que le sirve para mejorar su acceso a la Net. Le queda bien. Me gusta.

Necesito tomarme las cosas con más calma. Tal vez no sea mal tipo.

- *Pues si tienes unas deportivas que valgan tanto para bailar Kimoicore como para pegar patadas en una pelea callejera sería perfecto.*

(Me pregunto si estoy tratando de impresionar a alguien. ¿Por qué no me limito a pedir una talla, un color, dar las gracias y largarme?)

- *Vale. Algo tan específico suele salir más caro, pero tengo un par de cosas que le pueden gustar a tu novia.*
- *No he dicho que sean para mi novia.*
- *No hace falta que lo digas* - con un movimiento brusco pasa a mi lado y coge una caja semitransparente situada cerca de la entrada - *eres la tercera persona esta semana que menciona esa mierda. ¿Cómo lo has llamado? ¿Kimoi… qué? Debe estar de moda, incluso me han salido recomendaciones en mis feeds.*

Abre el estuche de plástico y saca unas preciosidades - *si, yo también he aprendido a valorar lo que se pone la gente en los pies. Kalea me lo ha contagiado* - en tonos verdes flúor; tienen aspecto de haber pisado la suficiente sangre, el suficiente sudor y el suficiente asfalto. Apenas veo marcas o cortes, y la suela está dentada como si la hubiesen afilado con una cuchilla de afeitar.

Se me pasa por la cabeza incluso quedármelas yo.

Luego recuerdo que no le llevé nada por su último cumpleaños.

Otro día más sintiéndome culpable.

- *Me encantan. Si. Me encantan. Brutales. Me las quedo.*
- *Estas te salen por dos kwŏk*
- *¿Dos? No valen ni la mitad.*

El vendedor chasquea la lengua. Suspira.

- *Mira, si quieres regatear vete a uno de los puestos que hay en las calles traseras de Nueva Aorta. Estas deportivas cuestan dos kwŏk. Si no te interesa, tengo otras más económicas, pero no creo que tu jagy pueda bailar mucho con ellas.*

Tres sacudidas, todas al mismo tiempo. La primera recorre mi columna vertebral. La segunda y la tercera, mis piernas. De entre todos los susurros que aparecen y desaparecen dentro de mi cerebro, uno ha empezado a destacar por encima de los demás. Uno que no estaba ahí hace un rato.

Y no es una de mis Voces. Es otra cosa.

'(...)uscamos a Chae Ji-Woo(...)elo negro, muy alta, ojos verdes intensos(...)ncaja en el perfil(...)gún el departamento de transportes, nadie con esas características ha subido al tren subterráneo ni ha entrado en ninguno de los Tub(...)igue en la superficie. Sospechamos q(...)es la misma persona que entró en el edificio Novo(...)eyangatt Power Company hace unos días, en compañ(...)'

Los tonos resultan demasiado metalizados, demasiado oxidados. No, me he equivocado, esto no está en mi cabeza. Esto está más lejos. Se trata de algún comunicador hana-bi que (no sé cómo) estoy logrando interceptar con mi puto cerebro.

(*¿Sois vosotras? ¿Lo estáis captando vosotras? ¿ESTO ES COSA VUESTRA?)*

Un pinchazo. Dos. Un dolor frío e insoportable me cubre la frente.

(*Corre, Midori. Corre*)

La migraña se extiende por mis sienes y comienza a frotarme la nuca.

- *Si, bueno, vale*, *me las llevo.*

Me olvido del precio. Me da igual. Lo pago. Pero necesito alejarme. Puedo notar los ácidos gástricos chapoteando, salpicando las paredes de mi estómago. Una oleada de miedo, acompañada de un asqueroso sudor helado, caen sobre mí, y no tengo ningún sitio al que agarrarme.

Se me nubla la vista.

Chae Ji-Woo.

Tres años sin escuchar ese nombre. Sin saber nada de esa maldita identidad falsa. Y ahora, de repente, reaparece, dispuesta a demostrarme que sigue viva. Que sigue habiendo trazas de ella en la Net, flotando en el aire electrificado y sucio de esta ciudad. Como una infección.

Tres años sin utilizar esa identificación ilegal y ahora me explota en la cara. Si me encuentran por culpa de un nombre que usé por última vez con dieciséis años, cuando mis robos aún daban pena, me sentiré tan estúpida que no opondré ni resistencia.

- *¿Quieres que te enseñe otras?*

- *No, no, estas son perfectas.*
- *Espera, te busco una veintitrés.*

Otra vez las convulsiones. La boquilla de la pistola helándome la nuca. Tengo que largarme. Ya.

- *Vale*

Rápido. Rápido. Rápido. Date prisa, estúpido. O esto se llenará de gente desagradable con ganas de hacer cosas desagradables.

(No le culpes. Tú eres la que te has parado a buscar deportivas. Si, es un regalo, pero es cosa tuya escoger los peores momentos)

Los tres minutos que el vendedor se dedica a rebuscar entre la masa de cajas amontonadas bajo el mostrador parecen no acabar nunca. Intento controlar mi respiración, pero me resulta complicado conseguir que mis pulmones me hagan caso. Me duele la boca. Caigo en la cuenta de que llevo un rato mordiéndome la carne interna de las mejillas. Acabaré provocándome una úlcera.

'(...)igilante del edificio dice que ell(...)osotros seguid por las calles secundarias, nosot(...)bulevar Oishï, quiz(...)'

- *Aquí tienes* - me acerca una bolsa de plástico negra - serán *dos Kwŏk. Dime tu código.*
- *No, no, te pago con reciclados.*

Obviamente, me mira extrañado. Casi nadie utiliza billetes de fibra, y casi todas las personas que siguen manteniéndolo provienen de la Sección -3, ya que es el único lugar en el que aún puedes encontrar sitios que comercian al margen de la Net. Claro que el Banco Central no deja de emitir dinero físico de curso legal, dinero que sale de la Torre, así que no creo que les importe por qué manos pase o en qué negocios acaben esos billetes.

- *Vale, pero casi no tengo cambio.*
- *No te preocupes* - demasiados bolsillos en mis pantalones cargo. Al cuarto intento encuentro los Kwŏk - *quédate todo.*
- *¿Te parecían caras y ahora me pagas de más? Allá tú.*

Agarro la bolsa con fuerza. Cada músculo de mi cuerpo está en tensión. Muchos años teniendo que salir corriendo en cuanto mi paladar se llena de sabor a bilis.

- *Ya. De nada.*

Intento ser irónica. Posiblemente haya resultado únicamente borde. Mejor.

Cruzo rápidamente el callejón, registrando mentalmente cada columna tras la que esconderme, cada ventana sin rejas a la que poder saltar y cada vía de escape por la que huír. No hay muchas, no hasta el final de la calle, y los portales, o bien están cerrados, o bien pertenecen a hoteles excesivamente iluminados.

- *Todo va bien, Midori. Estás alucinando. No tienes la capacidad de escuchar a cientos de metros de distancia. Sencillamente no puedes. Está siendo una alucinación, seguro.*

Mentira. Si puedo. Igual que puedo notar el movimiento de un dedo apretando un gatillo como si fuese carne picada cayendo - muy - lentamente sobre mi cabeza. Igual que percibo el aire de una frase antes de que esa misma frase salga de la boca, sin necesitar siquiera ver a la persona. No sé cómo. No sé por qué.

Lo único que sé es que me lleva pasando desde pequeña, desde antes de tener recuerdos claros y nítidos. Y no puedo controlarlo, ni predecir cuándo me va a suceder. Pero, de alguna forma, parece estar relacionado con las Voces. Con las putas Voces.

- *Sigue caminando. No levantes sospechas. No estás lejos de la casa de Kalea.*

Sirenas, de nuevo. Dos o tres vehículos. No tengo claro si están cerca o lejos. Mis sentidos están demasiado estimulados, demasiado excitados, lo cual me ayuda a la hora de percibir cada mínimo detalle, pero me trastoca la noción del tiempo y del espacio.

Paso junto a un colegio, a apenas cuatro islas del apartamento de Kalea. Un colegio clausurado, con un cartel que anuncia que, próximamente, será un parque conmemorativo - *básicamente, cemento, un par de árboles virtuales y, con suerte, un estanque con dos o tres koi con el adn defectuoso, desechos de algún criadero privado* -. Aún sigue lleno de zanjas y avisos de peligro. Por lo visto, un túnel de reciclaje de residuos pasaba justo por debajo, pero acabó taponado, creando un vertedero tóxico que provocó el hundimiento de varias clases, así como de un par de despachos. De esto, hace ya seis años.

Esta ciudad es maravillosa.

Llego hasta una artería bastante ancha, colapsada por el tráfico. A mí alrededor, miles de almas en pena caminan lenta y pegajosamente. Los susurros de mi cabeza se enmudecen levemente bajo el estruendo de doscientos o trescientos tubos de escape que no dejan de vomitar humo con aroma a gasolina destilada, mientras sus conductores se chillan entre sí o, simplemente, se enlazan a la Net y dejan que el mundo desaparezca a su alrededor. Sobre mi cabeza se elevan varios pasillos techados que conectan los edificios de ambos lados de la calle a diversas alturas. Elevo la vista. El mundo es un pequeño laberinto de pasadizos, cristaleras sucias y cientos de cables que cuelgan entre viaductos y puentes. El lugar perfecto para perderse.

- *¿Y si les estás atrayendo hacia ella? ¿Y si te localizan estando en su piso, estúpida?*

Ahora toca la fase de la paranoia. Nada nuevo, aunque siempre resulta desagradable. Ignoro los chispazos que rebotan dentro de mis neuronas y comienzo a subir por unas amplias escaleras exteriores que cruzan uno de los bloques de viviendas de arriba a abajo. Adoro las partes de esta ciudad en las que desaparecen las barreras entre dentro y fuera, entre viejo y nuevo, partes en las que el fibrocemento crece caótica y aleatoriamente.

Las paredes están completamente cubiertas de pintadas y carteles luminosos; en esta zona, el número de paneles con VR es mucho más escaso, por lo que la mayoría de canales son

retransmitidos públicamente a través de pantallas de cristal líquido. Cientos de ellos. Al mismo tiempo. Alternándose uno detrás de otro. Millones de ventanas emergentes plagadas con cientos y cientos de avatares brillantes y cientos y cientos de frases cortas superpuestas unas encima de otras.

Aquí la Pasarela no se esconde de mí. Y todo gracias a la Casa Wian, y su breve pero intenso periodo de '*ni un solo edificio sin acceso libre a la Net*'.

Joder, cada vez me duele más la cabeza. Y es difícil subir los escalones con tanta gente pasando a mi lado. Entrando y saliendo de cada planta. Cruzándose conmigo. Empujándome. Tan pendientes de no perder a uno de sus hijos - a los cuales me he cruzado dos pisos más abajo - que les da igual tirarme encima parte de la cerveza que llevan en la mano.

Me vuelvo a plantear lo de presentarme en una estación de seguridad y que los hana-bi me lleven directamente al centro de control Gamsa. Aunque seguro que allí también tienen las celdas abarrotadas.

(Huele a comida agria, perfume barato y moho. Todo demasiado intenso. Todo demasiado cargado)

Acelero el paso, tratando de pasar el mínimo tiempo posible dentro de este pasadizo techado que cruza de un edificio a otro; ahora mismo, encajonados entre el cemento del suelo y el cristal de seguridad antisuicidio de los paneles laterales, somos glóbulos rojos tratando de movernos a duras penas a través de una artería rebosante de grasas saturadas. Me vuelve a faltar la respiración, y noto mis propias uñas clavándose en la palma de mis manos. Necesito coger aire. Volar, patear, morder. Me rodean docenas de niños - lentos, tambaleantes - con la mirada color ceniza, a quienes sus padres - también lentos, también tambaleantes - les han conectado a algún canal lisérgico y estimulante de la Net, con la clara intención de librarse así de sus gritos y quejidos. Junto a ellos, grupos de parejas ruidosas van camino de algún local en el que escuchar la última playlist de moda del último Neuro de moda. Una de las chicas le arranca un terminal de la mano a su novio y finge salir corriendo. Risas. Risas abruptas, sonoras. Agudas. Huecas. El eco de docenas de voces me golpea las sienes como una tubería de aluminio. No lo soporto.

- *Una pequeña grieta en la junta superior izquierda del panel eléctrico. Quince manchas con aspecto de moscas gigantes aplastadas contra el vidrio. Ocho, dieciséis, veintitrés, cuarenta y dos… no, cuarenta y tres personas con mascarillas purificadoras, la mitad mal puestas…*

Escucho mi propia voz susurrando, rumiando palabras aleatorias de forma repetitiva. Enumerando obsesivamente los detalles que observo a mi alrededor. Pormenorizándolos. Buscando pequeños focos de atención que me permitan evadir mi mente, que me engañen y me hagan sentir que controlo mínimamente el caótico mundo que me rodea. Es algo que me enseñó Kailani. Me dijo que era un truco, para todas esas ocasiones en las que me pudiera sentir atrapada bajo una telaraña de sudor, ansiedad e ira. Insistió en que me ayudaría a no lanzarme de cabeza contra un muro de hierro y bilis.

Aún no sé si funciona, pero siempre hago caso a Kailani. Me conoce. En algunas cosas, incluso mejor que su hermana.

- *¡Ttoks! ¡Ttoks recién hechos! ¡Ttoks de goma caramelizada!*

Bien. A punto de llegar al otro lado, y un vendedor ha decidido montar su puesto de dulces justo en el arco que conecta el pasillo con el otro edificio, en pleno cuello de botella. En cierto modo me sorprende, ya que no suele haber muchos tenderetes a pie de calle en esta zona de la Sección -2. Paso a su lado, evitando tirarle las bandejas de comida, y me doy cuenta de que su cara me recuerda muchísimo a la del empresario al que le robé su DataP hace unos días en el edificio Noboru. Quizás algo menos arrugado, y, desde luego, mucho menos envuelto en una tupida red de cables y monitores, pero muestra las mismas pústulas y cicatrices, las mismas bolsas de piel colgando de su cuello, las mismas grietas en su (consumido) rostro.

La misma forma de su nariz y su mandíbula. La misma piel lechosa. Los mismos ojos azules.

El mismo pelo rizado y amarillo.

No puedo dejar de observarle de reojo. Me llama poderosamente la atención, ya que la mayor parte de dorados que he visto o conocido - *a excepción de los miembros de la Hermandad. A esos cabrones es mejor ni acercarse, odian todo lo que tenga los ojos rasgados* - son altos cargos en empresas energéticas que nunca salen de sus apartamentos inteligentes en la -1. La mayor parte, descendientes de las pocas familias de los UEA que la Coalición del Pacífico dejó entrar después de la guerra.

La mayor parte, un premio gordo si consigues desencriptar alguna de sus redes privadas y colarte.

(Si, demasiadas noches escuchando lecciones de historia en boca de Kalea. Sus tutores la metieron de niña en una escuela privada. Ella la odiaba, y duró algo menos de dos años, pero allí descubrió que le volvía loca la Historia. También descubrió que sus padres adoptivos nunca estaban en casa, y que por eso la matricularon en esa misma institución)

(Joder, tengo ganas de llegar a su casa. De darle un beso. De esconderme debajo de las sábanas)

(Ya está. He cruzado. Solo tengo que bajar seis pisos y desviarme un par de islas para evitar los bancos de crédito enfermizamente vigilados. Y sigo viva. Otro día más.)

(A ver si con suert…)

- *¡Eh, cuidado!*

Llego al exterior. Un raider con bastante prisa me esquiva justo cuando me asomo a través de la puerta principal; me aparto de golpe mientras le insulto. Ni lo pienso. Le observo correr a través de los pasillos. Mi cerebro me pregunta por qué necesito humillar a todo el mundo.

No le respondo, prefiero mantener un poco de cordura; además, tampoco sabría qué decir.

Este día se está haciendo eterno.

Sigo caminando a través de una galería comercial que abre toda la noche. No dejo de ver gente acumulándose alrededor de una serie de máquinas expendedoras en las que, por un módico precio, puedes conectar tu CIR a su placa y crear una impresión 3D de alguna de tus capturas preferidas. O de tu Neuro fetiche. Tampoco me queda muy claro. Paso de largo. Oigo más sirenas. Muchas más sirenas, más cerca. Esto no es bueno.

Bajo mis pies, el suelo vibra; el tren subterráneo debe estar pasando ahora mismo. Me pregunto si únicamente lo noto yo a causa de mis absurdamente sensibles terminaciones nerviosas, o si es algo que todo el mundo percibe.

(¿y qué más da?)

Las personas parecen multiplicarse. De nuevo. Pelos cortos, ocultos bajo capuchas de nanotubos de carbono. Pelos largos, la mayoría teñidos. Cabezas rasuradas, tatuadas. Pieles tersas y maquilladas, cubiertas de tintes biolumínicos y apósitos decorativos que parecen moverse. Ropa empapada en colores que varían según la temperatura o la incidencia de la luz. Cables, bastantes cables; algunos, conectando wearables con sus correspondientes dispositivos. Otros, más estrechos y duros, formando parte de los implantes de titanio que revisten las mandíbulas, dentaduras, clavículas, manos y piernas de quienes han podido ahorrar para modificarse - o de quienes han pasado por un quirófano tras un accidente y ahora su deuda sanitaria asciende a una cantidad que prefiero no imaginar, por lo que aún no pueden cubrir sus intervenciones.

Ya estoy cerca del apartamento de Kalea. Puedo reconocer los cubículos unipersonales de esta zona, la mayoría de los cuales no son más que diminutos rompecabezas geométrico encastrados sobre las paredes de los múltiples edificios corporativos que inundan la ciudad; me doy cuenta de que en ciertas zonas de la Sección -2 cuesta distinguir donde acaban las áreas residenciales y donde empiezan los bloques de oficinas.

Supongo que tienen razón los que dicen que esta es una ciudad patrocinada.

- *Vale, todo ha ido bien. Ya puedes relajarte. Y, sobre todo, no hagas ninguna otra estupidez.*

Giro junto a un salón de tatuaje situado al final de la galería y veo algo que no me gusta. Algo que me rompe - un poco más - los planes iniciales.

La isla adyacente a la de Kalea se ha convertido en un avispero de hana-bi.

Me paro en seco, tratando de sobrevivir a un ligero ataque de pánico. Aprieto los puños. Sin pensarlo mucho, me sitúo tras un grupo de chicas que están celebrando una fiesta en la terraza de un bar, y comienzo a examinar los alrededores. Leds apagados, técnicos de reparaciones, drones de seguridad, furgones de aislamiento. Incluso tres o cuatro tipos con sus cráneos envueltos en - demasiadas - placas metálicas y aspecto de rondadores.

Entonces lo veo.

Alguien ha pirateado los repetidores de señal de toda esa área, quemándolos desde dentro y provocando varias explosiones que se han llevado por delante gran parte del sistema eléctrico de varias islas. Me apuesto la pierna izquierda a que ha sido cosa de los Ludd; si les veo, les agradeceré profundamente que me hayan complicado aún más las cosas.

Fantástico.

Decido entrar en el local más cercano y sentarme junto a algún ventanal desde el que poder estudiar la situación. Casi instintivamente extraigo el dispositivo que tengo en el bolsillo - el pedazo de plástico desechable que me dio Ki - Sung y que le voy a lanzar a la cabeza en cuanto lo vea - y comienzo a pensar. O, más bien, comienzo a excretar imágenes mentales y frases aleatorias, esperando encontrar en ellas la solución. El milagro.

- *Con lo fácil que habría sido pillar un aerodeslizador…*

Sé que debería darme la vuelta, tratando de evitar que alguien (alguien armado, sobre todo) me vea. Sé que debería aprovechar la confusión para alejarme todo lo posible de la masa de paramilitares enfundados en chalecos de kevlar y armados con subfusiles modificados. Sé que debería escabullirme tras la cortina de cotillas, curiosos y morbosos que se apilan frente al dispositivo de contingencia, y venir en otro momento más adecuado.

Sé que debería hacer todo eso.

Pero no.

No hago nada de lo que debería.

De hecho, hago exactamente lo contrario.

Sin darle muchas vueltas, me levanto, salgo del local y me lanzo a la calle cortada, saltándome el aviso de seguridad tras esquivar a varias personas, personas con la mirada indignada y borrosa a causa de las interrupciones que su conexión está teniendo por culpa del atentado. Sus movimientos son lentos y adormilados. Muy lentos. Muy adormilados. Quiero apartar sus cuerpos de un empujón. Gruñirles. Pero, aquí y ahora, eso sería demasiado suicida, incluso para mí.

Necesito mantener el perfil bajo.

(Pégate a la pared, Midori, cariño. Pégate a la pared, agacha la cabeza y vadea la calle. Se te da bien ser invisible, siempre que no dejes que tus nudillos piensen por ti)

(Tú no eres su prioridad ahora mismo. Lo sabes. Camina rápido.)

(Y, sobre todo, no llames la atención)

Cinco segundos. Diez. Aún no me han detectado. Doce. Quince. Paso a través de un hueco que se ha creado entre unos contenedores teñidos de ceniza y un vehículo de remolque que han traído los técnicos. Por ahora, nadie me detecta. Logro ocultarme junto a una tienda con el escaparate reventado y un potente aroma a hollín. Miro su interior. Sin sus

docenas de luces parpadeantes ni sus proyecciones virtuales de Neuros promocionando bebidas estimulantes no es más que una caverna oscura, triste y desnuda.

Desde aquí, puedo ver el edificio de Kalea. Y, lo que es más importante, puedo ver también el bloque que está situado justo a su lado, ligeramente más bajo y con unas escaleras de emergencia que van a dar a pie de calle. Sólo tengo que llegar hasta allí sin que nadie me detenga o me dispare.

Suena fácil. Pero casi nunca lo es.

Treinta segundos. Cuarenta segundos. Un par de hana-bi miran en mi dirección y agitan un brazo. Creo que me han visto, aunque por suerte están lejos. Parece que me quieren decir algo.

Cuarenta y dos segundos. Cuarenta y tres.

(¿Fue de pequeña cuando empecé a contabilizar los segundos cada vez que estaba estresada? Quién sabe. Solo recuerdo la paz que conseguía rascar cada vez que lo hacía. Mi cabeza sentía que una diminuta parte del mundo quedaba bajo mi control. Ahora me cuesta más creerme eso.)

Trato de ganar tiempo ignorándolos. O, más bien, fingiendo que los ignoro. Que se lo traguen o no, ya no es cosa mía. Si logro llegar hasta la escalera, podré despistarlos entre balcones y rejillas de ventilación.

Sesenta segundos. Sesenta y dos. Ya he empezado a escuchar los gritos de los hana-bi detrás de mí. Mientras esos gritos no vayan acompañados de pasos acelerados, todo va bien.

(Sabes que esto no funciona así, ¿no? Sucederá algo. Siempre sucede)

Camino bajo unos soportales metálicos, cuya pared está salpicada por un reguero de cajeros automáticos en desuso, ahora reconvertidos en bancos para el almacenamiento de puntos de reputación - *'reps', me diría Ki-Sung, insistiendo en que hablo como si tuviera cincuenta años* -. Las voces resuenan más cerca. Miro de reojo. Uno de los paramilitares me señala. Quiere que me pare.

No me lo pide. No me lo indica.

Me lo está ordenando.

De acuerdo a las Leyes de Wian, ante un atentado contra nuestros dos bienes más sagrados - la Net y la propiedad privada - todo el mundo es potencialmente sospechoso y deberá someterse a cualquier control que se le exija; así que, de cara a la montaña de carne biomecánica que se acerca en mi dirección, no soy más que otra (posible) terrorista a la que meter en un calabozo, a la espera de que se demuestre que no soy culpable. Decido hacer lo que cualquier ciudadano cortés y educado haría en mi situación: salir corriendo.

Salto por encima de una pila de antenas de plástico carbonizadas, cruzo la calle y me precipito sobre una hilera de Rikshas trirrueda mal aparcados. Puedo escuchar el sonido de

unas botas de goma reforzada y metal golpeando el suelo. Botas acompañadas de chillidos. Soy consciente de que alguien está amenazándome, pero opto por desviar mi atención de sus alaridos y dejar que las vibraciones del suelo me indiquen su posición, mientras yo fijo la vista en todos los balcones en un radio de veinte metros y analizo cuál de ellos es más sencillo de alcanzar.

- *Debería haberme traído una mochila.*

Puedo escuchar mi propia voz, aislada en su burbuja particular, juzgándome, al tiempo que me ato con fuerza la bolsa donde llevo las zapatillas deportivas. Se me pasa por la cabeza la idea de que puedan estropearse con la persecución, o incluso de que puedan recibir un disparo. La imagen mental de regalarle a Kalea unas zapatillas con agujeros de bala comienza a roerme el cerebro, aún cuando debería preocuparme más por no acabar con la espalda o la cabeza llena de metralla.

Vuelvo a sentirme culpable. Y estúpida. Y viva. Y harta.

Sobre todo harta.

De una patada - inesperada e involuntaria - tiro al suelo varios de los vehículos estacionados, provocando que mi ya de por sí frágil inocencia se hunda definitivamente en el lodo, y consiguiendo que el hana-bi se enfurezca aún más. Todo perfecto. Además, otro de sus compañeros parece haberse unido a la fiesta, y puedo notar como las cabezas de los curiosos y los asustados se asoman a través de las ventanas.

Decido ignorar todo aquello que no suponga un peligro inmediato y me centro en agarrarme con fuerza a un toldo situado justo debajo de una pequeña terraza completamente vacía. Subo casi sin esfuerzo. Mis huesos flotan. Mis tendones están empapados en estimulantes. Mis pies y manos funcionan por sí mismos.

El hana-bi ya no insiste en que me detenga; supongo que ha asumido que no le estoy haciendo mucho caso. Me sorprende que aún no haya disparado, pero no creo que tarde mucho; quizás no use nada mortal, únicamente munición aturdidora, pero lo que está claro es que no le queda mucho para hacerlo. Yo lo sé. Él lo sabe.

Desoyendo las señales de mi cuerpo - un par de moretones leves en el muslo derecho, un pequeño raspón en el gemelo y, por supuesto, las secuelas de la caída de casi setenta metros de altura que aún siguen sanando - me aferro a cada tubería, saliente y pedazo de aluminio que veo delante de mí. Sin apenas darme cuenta, he logrado ascender casi tres pisos. Instintivamente, me cuelo en una ventana que va a dar a un pasillo interior. A mi espalda queda la calle, pero por el estridente ruido metálico que vuela en mi dirección, puedo adivinar que el hana-bi (al menos uno de ellos) está intentando subir por el mismo lugar que yo.

No va a poder. He calculado el peso. Siempre lo hago. Antes de cada robo, de cada huida y de cada pelea. Va a hundirse si trata de usar el toldo como superficie, incluso aunque esté hecho de polímetros. Además, cualquier camino secundario que trate de usar me da una ventaja de casi un minuto. Suficiente para desaparecer.

Soy buena cagándola. Pero soy mejor encontrando vías de escape.

Advierto más cabezas brotando de las ventanas. En algunos pisos hay luz, en otros no, así que posiblemente el cortocircuito provocado por los Ludd no ha anulado todos los sistemas de energía de la isla. Alguien grita. Señala mi posición. Imagino que se trata de algún buen vecino, tratando de ganarse el respeto de la autoridad. Lo comprendo. Si lo tuviera delante le partiría el tabique nasal, pero le entiendo. Está asustado, y sobre todo, cree que he sido yo quien le ha jodido el acceso a la Net.

Más allá de unas cuerdas de tender algo roídas y unas cuantas marañas de cables, distingo unos escalones semiocultos que parecen conducir hasta un patio ubicado entre los varios edificios. Subo los peldaños de dos en dos - *contándolos, por supuesto. No puedo evitarlo* - y me refugio tras una pila de sillas de plástico rotas. Nadie parece haberme seguido. Nadie puede encontrarme aquí.

Cojo aire.

Sigo cogiendo aire.

Hoy es un día de mierda.

- *Vale, todo va bien. Todo va bien. Nadie me ha visto meterme aquí. Todo va bien. Todo va jodidamente bien.*

Palpo la bolsa de las deportivas. Sigue intacta, atada a mi pantalón con un nudo bastante sólido. Respiro (aún) más tranquila. El cosquilleo ácido que no dejaba de arañarme las cuencas oculares parece atenuarse, y lentamente voy recuperando mi estado natural. Esto es, cientos de pensamientos erráticos peleándose dentro de mi cabeza y todos mis sentidos percibiendo una cantidad ilógica de estímulos.

Decido asomarme con cuidado entre las sillas fracturadas, tratando de no exponer demasiado mi hermoso rostro. Un extraño zumbido intermitente no deja de taladrarme las sienes, por lo que deduzco que debo estar cerca de una sala de mantenimiento; sin embargo, lo que descubro es una vieja corrala reconvertida en un almacén estrecho y completamente lleno de antiguos objetos decorativos, todos ellos de aspecto veraniego, probablemente vestigios de alguna extinta SimuTour. Sombrillas carcomidas, emuladores atmosféricos oxidados, puestos de comida convertidos en poco más que chatarra y desechos químicos. Recuerdos de cuando las Agencias de Inmersión Física (creo que las llamaban así) aún no habían sido reemplazadas completamente por las - mucho más baratas y eficientes - empresas de viajes virtuales.

El ambiente apesta a ozono y arena artificial rancia. Se me pega a la ropa y al pelo. Realmente necesito una ducha.

Al fondo, apoyados sobre una pared, descubro una pila de carteles cuarteados; la mayoría de ellos - no sé por qué - son publicidad de Alimentos Jiaolan, el que fue el principal monopolio calórico de la Pasarela durante décadas, hasta que chocó de frente con la Torre y su intocable cúpula directiva. Eran los dueños absolutos de cada piscifactoría, granja de insectos y laboratorio de carne sintética que existía en la ciudad, e incluso se decía que estaban logrando piratear los códigos genéticos de animales y vegetales ya extintos, con la idea de crear nuevas

líneas de comercio de alimentos. Pero sucedió algo. Alguien cabreó a quien no debía, y entonces se convirtieron en carroña a disposición de todos los depredadores que planeaban a su alrededor. Y si un holding millonario cae, los demás se encargan de repartirse las piezas sin ningún tipo de piedad.

(Hay quien dice que los orígenes de la empresa, con raíces en la antigua República Popular de Jiangnan, no eran del agrado de la familia Wian, orgullosos representantes de la Historia y tradición de Nueva Corea. Otros aseguran que Alimentos Jiaolan se enfrentó al Departamento de Genética y Nutrición. Sucediese lo que sucediese, rodaron cabezas. Muchas cabezas.)

(Si, todo esto también lo aprendí gracias a Yaropolk. Y Kalea me lo confirmó cuando se lo conté. Me sentí rara. Rara, ignorante y estúpida, pero no dije nada.)

Decido salir de mi escondite. Apenas escucho ruidos a mi alrededor, más allá de los extractores de humo y las voces estridentes de los vecinos que viven en los cuchitriles que rodean el patio interior.

Creo (*creo*) que ya no corro peligro.

- *Parecía imposible, pero quizás, solo quizás, tus decisiones de mierda no van a provocar que hoy acabes muerta. Bien, Midori, bien*.

El suelo está lleno de colillas aplastadas. Me da la impresión de que hace mucho que nadie pasa por este lugar, lo cual explicaría por qué ahora se utiliza únicamente como cobertizo para almacenar tanto la maquinaria rota como los restos de un verano artificial que nunca llegó a esta parte de la ciudad.

La boca se me llena de saliva densa y salada, pero decido tragármela. Siento que en este lugar se ha acumulado demasiado polvo y demasiada vergüenza como para, además, añadirle mis flemas. Lentamente, y sin dejar de prestar atención a cada mínimo e imperceptible sonido que mis oídos puedan captar, retomo mi camino por donde lo había dejado. De momento, parece que (*por fin*) está despejado; únicamente necesito cruzar a través de un par de edificios más y habré llegado al piso de Kalea.

Los rostros grisáceos e inquisitivos han vuelto a sus apartamentos, y el trabajo de los técnicos debe estar funcionando a pleno rendimiento, ya que el barrio comienza a recuperar su reguero de neones, carteles luminosos y LCDs publicitarios. Dejó que mis pies funcionen prácticamente solos - no tengo ni que pedírselo -, mientras aspiro una bocanada de aire con aroma a metal frío y grasa quemada.

Al final, la noche no está siendo tan espantosa.

CAPÍTULO 9

- *Taka…*

Puedo escuchar la respiración densa y cálida de Kalea junto a mi oído izquierdo. Me abraza con fuerza - con *mucha* fuerza -, clavando su cabeza en el hueco de mi cuello. Creo distinguir uno o dos sollozos que se escapan a través de su garganta, pero no digo nada. La tensión que, desde hace días, he ido acumulando lentamente sobre mis hombros, sobre mi espalda, sobre todas y cada una de mis neuronas, se funde y se desliza como puré de yuzu recién hecho. Ahora, por fin, puedo inhalar oxígeno sin miedo a que mis pulmones colapsen. Me siento libre. Protegida. A salvo. Me tiembla ligeramente la barbilla, y no puedo evitar reírme como una neurótica.

- *Joder, mira que somos dramáticas. Ni que me hubiera caído desde un vigésimo piso.*

Sin apartar su rostro de mi mejilla, noto como sonríe nerviosa, mientras balbucea un chiste malo; apenas puedo distinguir sus palabras. Odia llorar. Odia que el mundo la vea llorar. Odia que yo la vea llorar. La aprieto contra mi cuerpo. Me gusta notar sus lágrimas empapando mis pómulos, me recuerda que sigo teniendo sangre en las venas. Que, entre pilas y pilas de residuos, aún hay cosas que merecen la pena.

Mi vista recorre su apartamento. Hacía mucho que no venía. Los blisters de benzodiacepinas y antidepresivos sin prescripción salpican el suelo - la mayoría no son precisamente nuevos -, acompañados de montañas de ropa sucia. Al fondo de la estancia, la luz roja del reciclador automático no deja de parpadear, y sobre el sofá - el lugar en el que, probablemente, ha estado durmiendo los últimos cuatro o cinco días - se amontonan los extensores para CIR que le regalaron sus tutores.

Se lo enviaron un mes después de su cumpleaños. La dirección estaba mal puesta.

- *¡Ag, mierda!*

Con un movimiento brusco, Kalea me suelta y se apoya el dedo índice junto a la sien. Un espasmo le recorre la nuca.

- *¿Qué te pasa? ¿Estás bien?*
- *Si, si…* - sus pupilas oscilan a toda velocidad, de un modo casi imperceptible. Aprieta los párpados con fuerza, al tiempo que deja escapar un quejido - *el apagón ha tocado también los servidores de la compañía que lleva mi CIR y algo se ha debido desconfigurar, porque no dejan de saltarme ventanas y ads a todo volumen.*

Dos gemidos más. Lentamente, abre los ojos. Sus ojos se clavan directamente sobre mi, y aunque debería preocuparme por sus ojeras o por los chirridos mecánicos que acompañan sus movimientos, síntoma de que ha descuidado el mantenimiento de su brazo, no puedo dejar de observar como el pelo rizado le cae sobre los hombros y como sus tatuajes UV relucen sutilmente sobre su piel oscura. Me encantan. Siempre me han encantado. De golpe, siento la compulsiva necesidad de acariciarlos, de rozarlos con la punta de mis dedos. De dibujarlos.

Sin embargo, mis cuerdas vocales tienen otros planes para mi. Supongo que una parte de mi cabeza sigue sin permitirse ser vulnerable.

- *Oye, ¿hace cuánto que no te duchas?*

Me mira. Hincha los carrillos y frunce el ceño; es su manera de llamarme gilipollas sin decirlo en voz alta. Me agarra de la sudadera y me besa. Una, dos, tres veces, cada vez más agresivamente. Me suelta. Su gesto sigue siendo insultante, adorablemente insultante.

Sonríe.

- *Vete a la mierda. La que va llena de polvo y magulladuras eres tú, así que mejor cállate.*
- *Oye, el polvo y las magulladuras pueden resultar muy atractivas* - alzo la bolsa de plástico que llevo atada al pantalón - *por cierto, te he pillado esto de camino.*

La coge, y antes de abrirla susurra un escueto '*gracias*', al tiempo que se da media vuelta y comienza a ordenar uno de los montones de ropa; como si, de golpe, se hubiese dado cuenta del estado del apartamento. Como si, de golpe, un pequeño mecanismo se hubiera activado sin avisar dentro de su cabeza y estuviese poniendo en movimiento todos esos engranajes oxidados que llevaban días estancados, perdidos, tristes.

Como si, de golpe, se sintiera avergonzada por lo que yo pudiera llegar a pensar o decir del estado de su casa. Yo. Precisamente yo. Que en mis mejores días duermo con la ropa puesta, y en mis peores días también, pero con alguna brecha en la ceja y el estómago revuelto.

Dejando que mis músculos se relajen y que mis articulaciones descansen, me acerco lentamente a la ventana, disfrutando de esta tregua. Una tregua en la que ambas hemos acordado tácitamente no hablar de mis ataques de ira, o de mis desplantes, o de la cantidad de medicamentos que ella está devorando para poder mantenerse en pie. Un hermoso espejismo que, temo, no durará mucho. Suavemente, apoyo mis dedos sobre el cristal del tragaluz y observo el exterior. Las vistas desde un décimo piso - excepto si estás escalando ese edificio ilegalmente - tienen la habilidad de alterar la idea que cualquiera pueda tener de esta masa de cemento, vidrio y residuos que llamamos hogar. Sigue siendo un asfixiante hormiguero plagado de cables, y cuyo corazón palpita al ritmo de los algoritmos y de las actualizaciones de millones de cerebros conectados a la Net; pero, desde aquí, y durante un breve instante, me olvido de mi necesidad de salir corriendo. De mi constante sentimiento de pertenecer a otro lugar.

- *Sé que siempre te lo digo cuando vengo, pero me flipan las vistas que tienes. Es que incluso parece que las procesadoras de la -3 no están tan lejos.*

Pese a que la oscuridad de la noche cubre completamente el cielo, en el interior de la cúpula los miles de neones y anuncios luminosos que salpican el paisaje impiden que la ciudad llegue a descansar, aunque sea un mínimo. Gracias a ellos - *o por su culpa, quién sabe* - puedo ver cómo, a lo lejos, más allá de una larga y monótona hilera de edificios gubernamentales, despunta la cúpula de NoriEcorp. Kilómetros y kilómetros de tanques de algas, la mayor parte destinadas a la Torre. Según Ki-Sung, no los usan para alimentación,

si no para experimentar con - posibles - nuevas formas de energía. No sé si eso es cierto o no. Ni siquiera sé cómo las algas sobrevivieron a las Plagas y a las extinciones. Pero, sinceramente, ahora mismo todo eso me da igual.

Kalea parece haber advertido (*por fin*) el parpadeo de su reciclador, por lo que ha abandonado todo lo que estaba haciendo y su atención se ha desviado hacía la pequeña pantalla táctil de su electrodoméstico y su persistente aviso de error. Se sienta en el suelo, y comienza a juguetear con los distintos menús, pulsándolos casi aleatoriamente. Siempre he pensado que toda su habilidad con la tecnología de nueva generación, ilegal o modificada, es inversamente proporcional a su capacidad para lidiar con cualquier cacharro mucho más simple y básico.

- *Bueno, la verdad es que, cuando vives aquí, te acabas acostumbrando a ver ese montón de almacenes y depósitos día tras día, y al final no te parece que sea para tant…* - insiste en apretar una y otra vez los mismos botones, que siguen dando los mismos errores - … *¡joder! ¿pero qué te pasa, máquina estúpida?*

Sus manos, inquietas, comienzan a golpear las paredes del reciclador con el nerviosismo de una niña pequeña que no logra comprender qué está fallando y se enfada. Me resulta adorable. Obviamente, no se lo digo; prefiero ahorrarme el puñetazo cariñoso en las costillas.

- *Bueno, dicho así absolutamente nada tiene ningún encanto. A veces no hace falta ser tan realista.*
- *Eh… ¿y ese alarde de sensibilidad? ¿Desde cuándo te preocupa a ti que las cosas no tengan encanto? Si la mayoría de veces que abres la boca es para dejar claro que todo cuanto nos rodea es asqueroso, miserable o estúpido, y que deberíamos asumirlo cuanto antes.*
- *Ya, joder…* - Si, tiene razón. Toda la razón. Y yo que simplemente quería tener un pequeño instante de serenidad y romanticismo - *lo que quiero decir es que aquí, al menos, no vives bajo la sombra del Muro, y que cuando se despejan las nubes de polvo puedes llegar a ver incluso las ruinas de Rasŏn.*

De repente, una amalgama de imágenes mentales acude a mi cerebro, una amalgama incómoda y agria que me nubla la vista y me llena el paladar de bilis. Kalea continúa hablando, en parte conmigo, en parte gritándole al reciclador; sin embargo, soy incapaz de seguir escuchando. No puedo dejar de pensar en el Muro. En el Muro y en el tren que, cada día, lo recorre a lo largo de sus miles de kilómetros, transportando a presos y repatriados desde todas las partes de la ciudad hasta el Centro Gamsa, todo ello emitido en directo a través de clips en los cuales los encarcelamientos y las torturas son acompañadas con música de fondo y stickers de colores. Tampoco puedo dejar de pensar en las miles de fábricas y talleres que cubren gran parte de la zona sur de la Pasarela, como un inmenso océano teñido de cromo, humo y uralita.

Y, por encima de todo, no me quito de la cabeza la imagen de la famosa *Segunda Ciudad Especial de Rasŏn*.

El puto milagro económico de Rasŏn.

Durante tres años no hubo canal público de la Net, holograma o dron publicitario que no te chillase a la cara las maravillas de este proyecto que iba a traer crecimiento y prosperidad económica a todo el área sur de la Pasarela; un distrito financiero en plena Sección -3, conectado al resto de la ciudad a través del tren subterráneo. El mundo entero parecía inmerso en una espiral de expansiones empresariales, créditos, inversiones y polvo de Shin-yo, y no se hablaba de otra cosa mirases donde mirases. No me quiero ni imaginar lo que tuvo que ser para la gente con un CIR incrustado en su cerebro, probablemente, horas y horas de Neuros excretando las bondades y ventajas del proyecto. '*La ciudad, de nuevo, superándose a sí misma. Siendo la mejor versión de sí misma una vez más*'.

Basura.

Al cuarto año, el proyecto se paralizó, y ahora la Sección -3 dispone gratuitamente de un extenso páramo lleno de ruinas y escombros. Edificios de oficinas a medio construir, estaciones subterráneas vacías, maquinaria que nadie quiso recuperar y toneladas de cascotes, vigas herrumbrosas y residuos. El lugar perfecto para enterrar vivo a alguien que te debe dinero o para cocinar droga sin que te molesten.

Además, por supuesto, de ser el centro de operaciones de los Ludd, algo que todo el mundo sabe, pero que nadie se atreve a decir demasiado alto.

(*Los Ludd. Quizás por eso has pensado en la Segunda Ciudad Especial de Rasŏn. Sigues dándole vueltas al acuerdo que tu tío ha rechazado con ellos, ¿verdad?)*

Un grito me saca bruscamente de mis pensamientos, interrumpiendo a las Voces.

En parte, lo agradezco.

- *¡Joder, otra vez! ¡Puto CIR! Me tienen harta, en serio. Voy a mutear todos estos putos anuncios que no dejan de saltarme y pegarme unos sustos de muerte.*

Me acerco a Kalea y le doy un beso en la cabeza. A pesar del sudor, el pelo le sigue oliendo a vainilla. Aspiro el aroma mientras le doy un pequeño mordisco en el cuello. Se estremece, pero me sigue ignorando. Se le da bien transitar de la apatía a la hiperactividad en cuestión de minutos. No puedo culparla. No precisamente siendo como soy yo.

- *Me voy a dar una ducha. Y cuando salga, nos vamos a ir por ahí. Necesito disfrutar un poco de esta ciudad, y no únicamente odiarla o huir de ella.*

Cierro la puerta de su diminuto baño y abro el grifo. El contador comienza la cuenta atrás. Lo observo, pensando en la Torre. Pensando en cómo debe ser utilizar el agua sin límite de tiempo, sin restricciones. Me desnudo frente al espejo, y mientras lo hago aprovecho para inspeccionar cada una de mis heridas, desde las ya cicatrizadas hasta las que aún no han terminado de cerrarse o, incluso, las más recientes. Descubro un par de incisiones en el antebrazo izquierdo que aún supuran algo de sangre. Decido ignorarlas.

Me meto en el pequeño plato de ducha. El suelo de termocerámica detecta mi temperatura interna a través de las plantas de mis pies y comienza a templarse. Dejo que el agua caiga sobre mi nuca. Que entre en mis fosas nasales.

Cierro los ojos.

Y, de nuevo, aparecen los pensamientos obsesivos. El dolor de garganta. Los mareos. Pero, sobre todo, aparece - *insistente, repetitiva, pegajosa* - la frase que escupió mi tío poco antes de irse, una frase que se clava en mi cerebro una y otra vez, como una cuchilla que intenta abrirse camino a través de mi cerebro, cercenando todo a su paso.

‘*Hace dos días rechacé un trabajo de los Ludd’.*

‘Era mucho dinero, muchísimo. Créeme’.

Los Ludd. Mucho dinero.

No consigo quitármelo de la cabeza. Mi honorable tío negándose a aceptar un contrato, algo que, según dijo, lo hizo para evitar que la Torre nos conectara con ellos si había problemas o filtraciones. Mentira. Se asustó. Después de haber visto cómo jugaban con nosotras, como le timaban, como trataban de destruirle y de matarnos, se vino abajo y empezó a rechazar acuerdos que no podía controlar. Él lo sabía y yo lo sabía, pero tan siquiera mencionar la posibilidad de que pudiera tener miedo me habría costado ser expulsada de la Familia con un par de dedos menos.

(¿Y si las Voces tienen razón? ¿Y si los por eso no dejas de pensar en la maldita Ciudad Especial de Rasŏn.?)

Vuelvo a pensar en ese lugar maldito. El agua, tibia, repiquetea contra mi frente, mi nariz, mis hombros. Si no me ardiesen las rozaduras, los cardenales y los cortes que aún no han cauterizado, diría que esto es lo más cercano a la felicidad pura que he sentido en la última semana.

Pero no dura demasiado.

Una pasta sucia y fea se aferra a mis pulmones, susurrandome que no valgo para nada. Que este no es mi lugar. Que todo lo hago mal. Apoyo mi frente en la pared de la ducha, reprimiendo el deseo de abrirme el cráneo con un golpe seco y rabioso.

- *No soy una niñata. No soy una niñata. No soy una niñata. No soy una puta niñata. Y lo vas a ver. Te juro que lo vas a ver.*

Dejo que cada gota de líquido transparente se cuele entre mis dientes. Sabe a metal oxidado. De improviso, y sin esperarlo, escucho el sonido de una placa de plástico deslizándose detrás de mí, seguido de la voz de Kalea. Abro los ojos. Se ha metido en la ducha conmigo.

- *Espero que no te moleste…*

No digo nada. Intento dibujar una sonrisa, pero no tengo muy claro si lo consigo, así que, simplemente, me muevo con cuidado, dejando que se coloque justo debajo del chorro de agua. Sus rizos comienzan a humedecerse, aplastándose y pegándose contra la piel de su espalda. Me pongo nerviosa. Muy nerviosa. Intento disimularlo.

Soy estúpida.

- *Ka, he tenido una idea para pegarle una patada en la mandíbula a mi tío y, al mismo tiempo, ganar un montón de kwŏks* - no me mira. No dice nada. El agua cae por su rostro, cubriendo sus párpados cerrados. Joder, es muy guapa. Demasiado. Y yo aquí, hablando de negocios. Que alguien me sacuda - *Lo único es que… ¿tú cómo verías hacer un trato con un montón de terroristas aficionados a piratear y reventar sistemas eléctricos y servidores de la Net?*

Lentamente, abre los ojos y acerca sus brazos a mi cintura, sujetándome con fuerza. Soy bastante más alta, y probablemente bastante más fuerte, pero ahora mismo me siento frágil. Frágil y diminuta. Me tiemblan las piernas. Trato de ocultarlo, pero lo único que consigo es que los escalofríos se extiendan por todo mi sistema nervioso. Le acaricio suavemente la cara, apartando un mechón de pelo de su mejilla izquierda, mientras trato de esbozar (sin mucho éxito) una mirada seductora; dada mi torpeza, es probable que esté poniendo gesto de pantalla glitcheada o de rata a punto de morir.

Opto por cerrar la boca y dejarme llevar.

- *¿Y si mejor hablamos de esto más tarde?*

Pega su cuerpo al mío. Puedo notar cada milímetro de su piel. Cada poro. Cada curva. Resulta extremadamente suave, extremadamente cálida. El olor dulce de su pelo me masajea las neuronas, y me doy cuenta de que estoy respirando entrecortadamente. Los temblores se vuelven más intensos. Quiero morderle el cuello y los labios. Clavar mis uñas entre sus músculos. Olvidarme del mundo. Poco a poco, todos esos malditos destellos que me corroen las tripas una y otra vez, avisándome de cada peligro, de cada susurro afilado detrás de mí, de cada arma a punto de ser disparada, deciden darme un descanso, dejándome disfrutar únicamente del roce de sus dedos, que se hunden lentamente en mi carne.

Me besa, como si fuese la primera vez que lo hace.

Por fin, las voces de mi cabeza se van a la mierda un rato.

CAPÍTULO 10

Está amaneciendo. Los primeros rayos de luz solar tiñen la ciudad y, si bien resulta difícil distinguirlos tras la cortina de polvo que flota en la atmósfera, ahí están, sutiles. Pálidos. Se pueden llegar a percibir en los pequeños cambios de temperatura o en los destellos que emiten las gotas de humedad - formadas, principalmente, por gasolina y lixiviados, más que por agua - secándose poco a poco. En los juegos de sombras provocados por marquesinas y neones, ahora apagados. En los reflejos que rebotan sobre las ventanas de los edificios de oficinas.

Siempre me ha gustado el amanecer. Es el momento en el que el insomnio deja de aplastarme las sienes y puedo disfrutar de un (muy) breve silencio, justo antes de que los susurros de mi cabeza regresen y los gritos del mundo - transportes de mercancías, puestos de comida, chillidos, gritos, notificaciones comerciales, el vociferar de los sararīman hablando a través de sus CIR corporativos con sus jefes de camino a la oficina - inunden la Pasarela.

Kalea cierra la puerta del edificio tras ella y me coge sutilmente de la mano. No lo hace únicamente por cariño, o porque le apetezca un paseo romántico con nuestros dedos entrecruzados bajo la revolotear de los drones publicitarios. Lo hace porque sabe lo que todos esos sonidos, esos ruidos, significan para mí, y quiere recordarme que no estoy sola. Quiere intentar contrarrestar esa parte de mi cabeza bañada en queroseno y cuchillas.

Se lo agradezco.

Mucho.

Pero sé que, antes o después, me invadirá la necesidad de abrirle la cabeza a alguien. A quién sea.

Joder, soy horrible.

- *No he querido preguntarte antes porque, bueno, no sabía si querías hablar del tema, pero… ¿qué tal tu hermana?*

Puedo percibir cómo se encoge levemente, apretando los labios. Deja salir el aire muy despacio a través de la nariz.

- *Jodida. Muy jodida. A veces consigue ponerse en pie, e incluso charlar conmigo sin que se le vaya la cabeza, y durante un rato da la impresión de que no ha sucedido nada, de que no tiene las arterias y los pulmones saturados de virutas y restos químicos* - mientras habla, desliza sus dedos por la superficie de su brazo biónico, nerviosa - *pero, al cabo de un par de horas, se calla de golpe y pierde completamente el hilo de la conversación. Se queda ausente. O le fallan las palabras, como si le diera un puto ictus. El nikuya me ha dicho que el golpe le provocó algunas fracturas casi imperceptibles en el cráneo, y que parte de los fluidos de su cableado se han colado por ahí. Fluidos que no deberían empapar las neuronas. Así que esa mierda le está intoxicando el puto cerebro, y, vale, quizás se*

lo consigan limpiar, pero quizás se quede tocada para siempre. Está muy rota, Midori.

Mi nombre sale de sus labios como si no hablase conmigo. Como si, durante unas décimas de segundo, no supiese quién es la persona que tiene delante. Está cabreada. Asustada. Y a mi se me da muy mal calmar a las personas asustadas. Mi tío se encargó de convertirme en una masa inerte de culpabilidad y cinismo, y ahora mismo lo único que soy capaz de hacer sin temor a estropearlo todo es, básicamente, estar a su lado. Quieta.

Tímidamente - y, probablemente, del modo más torpe y brusco posible - le paso los dedos por el rostro, acariciándole suavemente el pómulo izquierdo. Apenas se mueve, pero durante un instante cierra los párpados y tuerce el cuello, dejando caer el peso de su cabeza sobre mi mano, como si confiara plenamente en mí. Como si buscase - en silencio, sin decir nada - que alguien la proteja ante la avalancha de basura que se nos viene encima cada día.

- *Bueno, al menos estás hablando con ella. Y ya ha recuperado mucha movilidad. Todo eso es una buena señal, y Kai es muy fuerte. Tú lo sabes.*
- *No, no lo es tanto como todo el mundo cree* - abre los ojos, retomando su actitud defensiva, casi indiferente - *siempre ha tenido que cumplir ese papel porque le jodieron mucho desde niña. Porque me tenía que proteger a mi. Ella era mayor cuando nos adoptaron nuestros tutores, así que tuvo que aguantar mucha más mierda que yo en el centro de acogida en el que nos tenían metidas. Mierda de la qué yo ni me acuerdo. Pero la conozco, y tiene miedo, Midori; joder, la veo y sé que está acojonada, pero también sé que nunca sería capaz de reconocerlo. Me quedé varias noches en la clínica, con ella, y siempre se despertaba gritando. El tipo ese, Baatar, me decía que era por el dolor, pero yo estoy segura de que su cerebro le recuerda una y otra vez la caída que tuvisteis el otro día. La caída, y todas las demás caídas, peleas, insultos, abandonos, balazos y golpes que lleva acumulados.*
- *Lo entiendo…*

Por alguna razón pienso en los últimos días. O, más bien, en las últimas noches. Apenas he podido dormir, y cuando lo conseguía, lo único que aparecía en mis sueños era una bestia cristalina y brillante. Una bestia aséptica, perfecta, que no dejaba de buscarme, de cazarme. Una bestia llena de voces, de exigencias, de amenazas, de golpes, de gritos. Yo trataba de esconderme, una y otra vez, buscando rincones cada vez más estrechos, pero la bestia siempre estaba un paso exacto detrás de mí.

Y siempre me alcanzaba cuando ya no quedaban más habitaciones en las que encerrarse.

Sinceramente, prefiero mi habitual insomnio.

- *La verdad, no me apetece pensar mucho en todo esto ahora mismo. Además, tú me habías prometido disfrutar de la ciudad, ¿no?*

Me sonríe. Una de esas sonrisas que me recuerdan porque me sigo poniendo nerviosa cada vez que estoy a su lado. Le cojo la mano y le doy un beso en la punta de los dedos. Me mira de reojo, se vuelve frente a mí y me agarra con fuerza de la barbilla, obligándome a agachar la cabeza. Me muerde suavemente los labios.

De golpe, me siento vulnerable y ridícula. Muy ridícula. Pero me gusta. Las últimas horas son un maldito oasis del que no quiero irme. Del que no quiero descubrir si es un espejismo o no. Trago la saliva que se me ha acumulado en la tráquea y trato de adoptar una pose erguida y confiada.

Doy pena.

- *Por supuesto. Y una promesa es una promesa* - de forma inesperada, un latigazo de dolor me recorre la espalda, acompañado de una presión sorda sobre mis riñones. Mi cuerpo me recuerda que necesita descansar - *aunque ahora mismo mi cerebro es poco más que sopa de miso, así que no se me ocurre a donde ir. No estoy muy inspirada por las mañanas, ya lo sabes.*
- *Si, lo sé. ¿Qué te parece si desayunamos y luego ya nos dejarnos llevar?*

Miro el cielo, oculto entre los rascacielos y las proyecciones holográficas. Joder, la verdad es que tengo bastante hambre.

- *Venga, me has convencido. Además, me apetecen muchísimo unos huevos y un té.*

No sé por qué, al mencionar los huevos comienzo a recordar el día que descubrí (*¿en clase? ¿O fue mi tío? No, probablemente me lo contó el Carnicero. Siempre es él)* que esos maravillosos cubos blancos tan jodidamente caros, antiguamente eran ovalados - o algo así, me pareció entender - y no estaban hechos de proteínas sintéticas, si no que salían del trasero de unos animales.

- *Vaya, hoy estamos lujosas.*
- *Oye, que yo nunca desayuno. Déjame disfrutar una vez al año.*

Se aparta levemente de mí y continúa andando. Me encanta cuando nuestro día a día no consiste en planificar un robo o en descansar en un camastro duro después de que el Carnicero nos haya cosido alguna herida. Ojalá la vida pudiera ser así siempre. Sin mi mierda. Sin la suya. Sin la que la ciudad nos echa encima una y otra y otra vez.

Miro a nuestro alrededor. Las calles siguen salpicadas de cascotes y metales, pero apenas se ve presencia de los hana-bi. Intento decirme a mí misma que no pasa nada. Que todo está bien. Que - realmente - no conocen mi cara. Intento relajar los hombros.

Lo logro a medias.

- *Y supongo que con el regalo que me trajiste anoche ya no te queda dinero, ¿no?*
- *Obviamente. Así que espero que, al menos, te hayan gustado.*

Pone los ojos en blanco, mientras se aparta un mechón de pelo de la cara. La escasa humedad del amanecer ha dado paso al constante y acostumbrado bochorno asfixiante que emerge del asfalto.

Apenas ha pasado una hora desde que el sol ha salido por el horizonte y ya estoy sudando.

- *¿Y cómo piensas pagar ese desayuno?*

- *Oye, que la que se ha tirado varios días en la camilla de Yaropolk con el cuerpo lleno de cristales soy yo. Deja de echarme cosas en cara.*

Me siento culpable. No puedo evitarlo. No logro quitarme de la cabeza la idea de que mis heridas están cicatrizando en cuestión de días, y mis huesos se están soldando como si nunca hubieran estado rotos, mientras que Kailani, por salvarme la vida, ha acabado convertida en una masa de carne y metal resquebrajado.

Y todas hemos aceptado que eso es jodidamente normal. Pero no lo es. Ni tampoco es justo, ni para Kailani ni para Kalea.

- *Vale, en eso tienes razón* - la mención a la camilla ha debido revolverle el estómago, y puedo notar como evita pensar en su hermana - *hoy te invito yo. Pero no te acostumbres.*

Cruzamos una calle llena de gente haciendo cola para subirse a un aerodeslizador corporativo. La mayoría son hombres. La mayoría, con el pelo extremadamente corto. La mayoría, con las pupilas empañadas. Por el logotipo de sus uniformes, deduzco que son trabajadores de alguna empresa de manipulación de alimentos.

Atravesamos la fila. Aunque la mayoría nos ignoran, dos o tres dejan caer una mirada húmeda. Cruzamos una esquina y pasamos junto a un par de técnicos que están cambiando una vieja máquina expendedora por otra con paneles holovista y puertos de entrada, más adaptado a los CIR de última generación.

Kalea se gira y abre los ojos, completamente ilusionada.

- *¿Sabes a donde me apetece muchísimo ir? a Kyŏnsŏng-D.*

Kyŏnsŏng-D. La ciudad bajo la ciudad. Kilómetros de caos, mercados, puestos de comida, centros artísticos al margen - en teoría - de la Torre y todo tipo de tiendas legales - e ilegales.

Tuerzo el morro.

- *La última vez que estuve allí abajo hubo como seis redadas al mismo tiempo, y casi me abren la cabeza por estar en el mismo restaurante que una banda de traficantes de TMPU*
- *¿Eso es un sí o un no?*
- *¿Pagas tú el desayuno?*
- *Ya he dicho que si*
- *Entonces vale.*

Me abraza, apretándome con fuerza y apoyando su cabeza sobre mi pecho, como si quisiera olvidarse de que el mundo es una bola de grasa a la que estamos adheridas. Como si quisiera olvidarse de que nunca pudo permitirse ser una niña. Una niña caótica y caprichosa.

Como si quisiera olvidarse que lleva demasiado tiempo a base de ansiolíticos y antidepresivos.

- *¡Genial! Además, allí seguro que podemos encontrar algún sitio para tomar tus ansiados huevos; y Ki-Sung me dijo el otro día que habían abierto un nuevo centro de Memorias REM* - me suelta la mano de golpe y se abalanza sobre la calle, obligando a un par de conductores a frenar en seco. Conductores que, amablemente, nos mandan al infierno con sus gritos - *Por lo visto, la gente se está volviendo loquisima con algunas de las nuevas actuaciones de la Net. Resulta que ahora puedes descargarte simulaciones de sueños de otros usuarios e instalarlos en tu propia cabeza. ¡Los Neuros están que no paran con esta mierda! Cada día me saltan veinte o treinta notificaciones de alguno que está probándolo.*

Desvío la mirada mientras noto como mi mandíbula se tensa y mis dientes comienzan a mordisquear la punta de mi lengua. Creo que me he arrancado un pedazo de carne. Odio cuando estoy teniendo un buen día y un pequeño detalle logra abrirme una brecha en medio del pecho, dejando que la ansiedad entre como gasolina barata. No sé si lo que más me incómoda de todo esto es que aún no sé si es peor seguir fingiendo, seguir engañando a la persona más importante de mi vida, o decirle la verdad y que se de cuenta de que todo el tiempo que he estado mintiéndole.

Que asco.

Vuelvo a pensar en los Ludd y en el trabajo que mi tío rechazó.

Los Ludd. Mi tío.

Súbitamente tengo la necesidad de hacerle daño, de vencerle. De romperle los dedos mientras le grito que me pida perdón de una vez por todas. O, simplemente, de no volver a saber de él.

(Los Ludd. Mi tío)

Sí, ese trabajo va a ser mío. Y ese dinero va a ser mío. Y me encargaré de que se entere, de que se ahogue con sus palabras.

Trago saliva y finjo que mi cabeza no vuelve a estar llena de ceniza y miedo.

- *¿Y tú… has probado alguno de esos sueños?*

No me mira. Sigue caminando, como si flotase unos centímetros por encima del asfalto. Es absurdamente ágil, pero ella cree que no. Debería tener el estómago lleno de mariposas, pero lo que realmente noto es bilis; creo que ya no tengo hambre.

- *Joder, no. Algunas de esas actualizaciones son carismas, y ya ni me quiero imaginar lo que te pueden clavar por cada REM que te descargues. Pero cotillear es gratis, ¿no?*

Debería alegrarme al saber que sigue de mi lado. Que no es otra de tantas miradas perdidas y lobotomizadas. Pero, ahora, únicamente puedo pensar en el plan que ha comenzado a cuajarse en el interior de mi cráneo.

(Miento. No hay ningún plan. Pero me niego a reconocerlo)

- *Oye, Ka… ¿te importa si pasamos antes por un sitio?*
- *Eh… vale.*

Desconfía. Conoce mis tonos de voz. Mis inflexiones. Y cada vez que propongo un cambio de última hora, ella sabe que suele ser el comienzo de un paseo en el que, al final, acabamos huyendo de alguien que quiere matarnos. Tiene toda la razón no fiándose de mi, pero los gritos dentro de mi cabeza son cada vez más y más agrios. Más afilados. Más nerviosos. Desde que me desperté hace varios días, tumbada en la clínica de Yaropolk, no me he quitado de la cabeza un único pensamiento obsesivo: hundir a Bushida. O, al menos, demostrarle que no es nada. Nada ni nadie.

Claro que, antes de empezar con mi inexistente plan, necesito ir a otro sitio. Otra venganza irreflexiva y primitiva. Otro baile en el fango. Pero este, distinto.

Definitivamente, Kalea se merece alguien mejor.

- *Me gustaría hacerle una visita al tipo que me vendió ese…* - ¿asqueroso? ¿espantoso? - *maravilloso oniguiri, el que me destrozó el estómago la noche del robo en el edificio Noboru.*

Me mira de reojo; conozco demasiado bien esa mueca. En parte, decepción. Incomodidad. Está harta de mis impulsos, de mi incapacidad para disfrutar de algo sin acabar retorciéndolo. Pero también quiere cogerme de la mano, seguirme sin pensárselo dos veces y romper todo lo que sé pueda romper, fumar todo lo que se pueda fumar y robar todo lo que se pueda robar.

Supongo que eso ha acabado siendo un problema.

- *Será rápido. Lo único que quiero es devolverle el favor.*
- *Midori, te sienta mal el arroz de grillo. De hecho, lo odias. Tú misma te buscaste esa indigestión, así que deja en paz al señor de los oniguiris.*
- *Venga…*

Tuerce el gesto, mientras agita la cabeza de izquierda a derecha y coge aire muy lentamente.

- *Me voy a arrepentir de esto, lo sé, pero anoche me lo pasé muy bien, y después de todo lo que me taladraste la cabeza con tu asqueroso dolor de estómago, creo que yo también quiero hacer algo al respecto. Eso sí, después no vuelves a mencionar tu dolor de estómago NUNCA más, ¿hecho?*
- *Hecho. Te prometo que no habrá sangre*
- *Vaya, me alegra saberlo. Mi novia, la sociópata violenta de buen corazón.*

Supongo que bromea. O eso quiero pensar. Le doy un beso en la frente - ¿en la frente? ¿en serio? - y ella fuerza una sonrisa condescendiente. Hoy aún no está lo suficientemente harta de mí, lo cual es buena señal. Me tira del brazo con fuerza y pega su cuerpo junto al mío. Puedo notar como sus manos me acarician las caderas.

- *Y después, desayuno en algún local en Kyŏnsŏng-D.*
- *Te doy mi palabra*

(*Idiota. Idiota. Idiota. Idiota.*)

Las Voces se ríen de mí. Me señalan con el dedo, si es que tienen algo parecido a unos dedos. Lo hacen porque saben, mejor que yo, que estoy cavando mi propia tumba. Escupiendo sobre lo único bello y puro que tengo en mi vida de fobias, farsas, supervivencia e ira homicida.

No, no es cierto. No lo saben mejor que yo.

Yo también soy consciente de cómo me estoy hundiendo en el fango.

Solo que no quiero verlo.

- *Aquí cerca hay un Tubo que conecta con el tren subterráneo. El puesto donde compraste el oniguiri estaba cerca de Nueva Aorta, en la frontera entre la -1 y la -2, ¿no?*
- *Si. Para que te fíes de los sitios caros.*
- *Yo te acompaño, pero me niego a escuchar tus gruñidos durante todo el viaje, ¿vale?*
- *Vale.*

Mientras caminamos, no puedo dejar de contemplar - una vez más - sus tatuajes. Con luz natural apenas se perciben, pero puedo distinguirlos serpenteando sutilmente sobre su piel oscura y satinada, como una cicatriz bella e hipnótica. Sé que, cuando algún día ya no me aguante más y decida largarse, los echaré de menos.

CAPÍTULO 11

Un hombre de poco más de treinta, con la ropa completamente cubierta de grasa, camina lentamente por el vagón del tren, pidiendo comida o dinero. Intenta fingir una sonrisa, pero su mueca va despedazándose a medida que recorre los pasillos. De su nuca cuelgan varios cables coaxiales, prácticamente despellejados, que sujeta - y ofrece - tímidamente, en un intento desesperado de que alguien le ingrese kwŏks en su CIR; un CIR, probablemente, desactualizado y plagado de bugs. Ante la falta de billetes físicos, muchos ilegales que acaban en la calle se implantan Pastillas de tercera o cuarta generación con salida externa para poder acceder a dinero virtual. Dado que las únicas clínicas que acceden a este tipo de operaciones por un coste mínimo son más laboratorio para sintetizar droga que centro quirúrgico, la mayoría de sin techo acaban con encefalitis o lesiones cerebrales graves.

Eso si sobreviven.

Kalea - *sigo tratando de descifrar si está cabreada, apática o emocionada* - alza la barbilla, señalándole.

- *Ya casi nadie tiene salidas externas. en la nuca. Además, no creo que quieran conectarse a ese cable. Tienen miedo de infectarse.*
- *Ya…* - me muerdo la carne del interior de las mejillas hasta que el dolor me hace olvidar brevemente dónde estoy y a la gente que me rodea. Una parte de mi cabeza me dice que aún no es tarde para echarse atrás, para olvidar a los Ludd. No hago el más mínimo caso - *¿no dijeron en la Torre que iban a repartir cables nuevos y limpios para todas aquellas personas que no pudiesen permitirse unos?*
- *¿Y desde cuando te crees la propaganda de la Torre?*
- *Buen punto.*

A nuestro lado, tres adolescentes no dejan de gritar y señalar uno de los Paneles de Evaluación Diaria que salpican el vagón - *PEV*, *Índices, La Lista, P-Vs… llámalos como quieras. Cada generación le pone su propio apelativo* -, comparando sus posiciones en el ranking. Regalando compulsivamente sus reps y sus comentarios entre todos los canales a los que siguen, tratando de alcanzar los puestos más elevados del PEV para, así, tener más probabilidades de ser escogidos en la Lotería.

- *¿Sabes? Me han saltado unos clips nuevos de una Neuro que está volviendo a poner de moda a las antiguas v-idols, y resulta que está organizando conciertos virtuales en algunos locales de Kyŏnsŏng-D. Me llama mucho la atención, la verdad. Podríamos ir después de desayunar, si te parece bien; sé que no es tu rollo, pero seguro que nos divertimos.*

No respondo. Clavo la vista en varias latas vacías de cerveza tiradas en el suelo del tren, mientras pienso. Me siento perdida. Rabiosa. Pero también pequeña, encogida, como una bola asustada y constántemente a la defensiva. Pienso en qué hacer. En cómo hacerlo. Y en si merece la pena.

- *Oye, Ka, con respecto a lo que te quería comentar anoche, justo cuando entraste en la ducha…*

- *Ya te dije que lo hablaríamos en otro momento. En serio, deja de intentar demostrarle a tu tío que eres lo suficientemente buena. Acaba siendo agotador.*
- *Vale, si, perdona* - el sonido de docenas de pasajeros tosiendo y gruñendo comienza a envolverme. Me ahoga. Necesito salir de aquí - *soy una pesada de mierda, lo sé, pero estaría de puta madre pillar ese trabajo antes de que se lo encarguen a otra persona.*

Cierra los párpados y aprieta los labios. Si sigo tirando del hilo, lo quebraré.

Así que sigo tirando del hilo.

- *Y con esa pasta podríamos mandar a todos a la mierda y dedicarnos a lo que nos apetezca.*

Sin apenas mover un solo músculo, esboza una mueca irónica y dolorosa. Antes de que llegue a decir nada ya puedo sentir la punzada en el pecho.

- *Hablas como los Embajadores de la Torre. 'Tú eres un ganador. Estás aquí para triunfar, para no ser un perdedor más. Yo era un fracaso y ahora, mírame, podría comprar tu vida y tú estarías encantado de vendérmela'* - muy lentamente, aspira el aire seco del vagón a través de sus fosas nasales, sin ocultar ni su apatía ni su desprecio - *De hecho, el canal de Do-Han está lleno de clips así. Y ese cabrón tiene como setenta u ochenta millones de subscriptores. Toda la maldita ciudad le adora* - me encojo con cada una de sus palabras. Quiero odiar lo que dice, pero es exactamente lo que yo diría si alguien me soltase el argumento de mierda que le he soltado yo - *no sé, plantéate presentarte a la Lotería. Pasado mañana anuncian a los elegidos; quizás aún estás a tiempo de ser escogida. Serías una buena Neuro.*

Sabe que ha metido el dedo en la llaga y que cualquier intento que yo haga para replicarla va a sonar a pataleta estúpida.

- *A ver, no es lo mismo…*
- *Midori, cariño, en serio, no tengo cabeza para tomar una decisión así ahora mismo. Pero si para ti es tan importante tener una respuesta ya, te voy diciendo que no cuentes conmigo. No quiero meterme en negocios con unos terroristas. Eso sobrepasa mi cupo de ilegalidad, que ya es bastante alto.*
- *Vale* - ¿me siento como una cucaracha con las tripas esparcidas por todo el fibrocemento de la pared? Si. Absolutamente. Una cucaracha mutilada y culpable. Muy culpable - *lo siento. De verdad que no quiero estropearte el día, solo que…*

Cierro la boca. Ya tendré tiempo de seguir enfadando a mi novia y terminar de estroper mi relación, pero, por ahora, es mejor callarse. Una voz mecánica anuncia la siguiente parada.

Le aprieto con suavidad el brazo.

- *Vamos, esta es la nuestra.*

Abre los ojos, arqueando ligeramente las cejas. Se levanta y se adelanta unos pasos, situándose junto a la puerta.

(¿ha comenzado a evitarme? ¿o son mis deliciosos pensamientos paranoides, actuando de nuevo?)

(no tengo ni idea. Pero no puedo dejar de sentir que sobro. Aquí. En todas partes)

Caminamos entre pasillos subterráneos excesivamente iluminados, entre paredes ahogadas bajo capas y capas de anuncios de colores brillantes. Entre aroma a lejía y vastas plataformas para toda clase de vehículos. Soy un ente. Simplemente me dejo llevar. Estoy cansada, mi cabeza lleva demasiado tiempo peleándose consigo misma. Que gane quien tenga que ganar, y yo simplemente obedeceré. Sin embargo, me extraña que Ellas lleven tanto tiempo sin intervenir. Quizás, desee anoche, han decidido darme una pequeña tregua. Mejor no pregunto.

Veinte minutos después, y tras habernos - haberme - perdido dos veces, nos encontramos frente al restaurante (*¿Por qué lo recordaba como un humilde puesto a pie de calle?)*. Nos recibe con la puerta principal cerrada, tres motos de raiders mal aparcadas y un rótulo fluorescente apagado. Ladeamos el local - en el que aseguran vender la mejor comida tradicional al precio más barato -, y nos topamos con un par de cocineros descargando cajas del interior de un camión, cajas llenas de gusanos de harina. Debe tratarse de su proveedor. No reconozco el nombre, pero dado que la Pasarela está llena de granjas de insectos, no me resulta raro. Y no estoy aquí por esto.

Uno de los cocineros oculta marcas de quemaduras bajo la manga derecha, marcas que no son de trabajar entre fogones. Reconozco las cicatrices que te dejan los Togishi cuando debes dinero en alguno de sus casinos. Presumen de no ser violentos - al menos, no tanto como otros clanes - pero no es ningún secreto que, cada cierto tiempo, visitan los poblados de la zona sur de la Picadora, preguntando por sicarios baratos o por niños que estén hartos de bucear en en busca de basura electrónica.

- *Aún no hemos abierto. Volved luego*
- *No hemos venido a comer.*

Uno de ellos nos ignora. El otro tuerce el gesto. Les estamos molestando, y la máxima amabilidad que nos van a mostrar es la de ignorarnos.

- *Pues entonces largaos. Estamos trabajando.*
- *Si, se os ve muy ocupados. Pero no os robaremos mucho de vuestro maravilloso y preciado tiempo.*

Casi sin pretenderlo, expongo mi incomparable habilidad para irritar a la gente. Una habilidad adquirida tras años de hablar sin pensar y de crecer entre criminales narcisistas y paranoicos. El hombre de la quemadura deja una caja en el suelo.

- *¿Estás vacilandonos, niñata?*

Kalea pega su cuerpo junto al mío; sabe que odio que me llamen 'niñata', incluso cuando me merezco que me manden a la mierda. De repente, vuelvo a recordar por qué desprecio tanto esta ciudad.

- *En absoluto se me ocurriría hacer algo así. Pero* - el otro cocinero sigue sin prestarnos atención, metiendo cajas de gusanos en la trastienda del local. Lleva tatuado un estandarte de nueve colas en el cuello. Joder, historia antigua. Muy antigua. Escucho como Kalea susurra, impresionada - *verás, hace una semana os compré un onigiuri, o lo que yo creí que era un onigiuri, y resultó ser… como definirlo…*

No nos han echado aún a patadas porque creen que somos un par estudiante que se han saltado las clases para hacer el idiota. Pero dudo que vayan a tener mucha más paciencia.

- *... como las deposiciones de una rata de laboratorio que alguien ha mojado en un charco de detergente para, después, servirlas envueltas en algo que se parece al arroz, todo por un precio insultante. Si, creo que eso es exactamente lo que sentí cuando me metí esa basura en la boca.*

Ya está. Le he cabreado. En dos minutos tendré sus dedos secos y arrugados envolviéndome el cuello. Puedo percibir como Kalea se debate entre apoyarme hasta que alguien pierda un par de dientes, o agarrarme de la sudadera y sacarme de ahí a patadas. Una chica envuelta en látex rosa y con la cabeza llena de trenzas observa la situación desde el otro lado de la calle. El resto de personas - más de las que desearía a estas horas en este lugar - ni siquiera giran la cabeza.

- *Mira, gilipollas, no sé de vas ni qué es esto, pero lárgate antes de que te arranque la cara* - el tipo desvía su mirada en dirección a Kalea. Mismo desprecio, pero con algo menos de asco en su gesto - *y tú, haz que la parada de tu amiguita se calle o te la tendrás que llevar al hospital medio muerta.*

(*Todos te dicen que deberías arreglarte la cabeza. Que no funcionas como las demás. Que estás mal. Todos te dicen que hay algo que falla dentro de tu hermoso cerebro quebrado. Y te animan a sanar. A arreglarte. A ser la mejor versión de ti misma*)

(Ag)

(*Y, claro, ahí es cuando te das cuenta, querida, de que lo único que quieres es que esta ciudad se hunda bajo su propio peso. Poder perder la noción de la realidad. Pegarte un tiro en las rodillas. Derramar gasolina sobre el mundo. Ver como todo estalla de una vez por todas*)

(*Espero que les guste la puta mejor versión de mi misma, porque no hay vuelta atrás*)

(*Ya no*)

El sabor de la hiel se acomoda entre mis muelas. Alzo la mano, dispuesta a hurgar en las cuencas oculares del tipo de la quemadura en el brazo - ya tendré tiempo para la culpa y el arrepentimiento - cuando, de repente, veo como Kalea se me adelanta, interponiéndose entre esa masa de carne y yo.

- *No es mi amiguita, es mi novia, y si alguno de tus asquerosos dedos sucios le roza un solo pelo, te lo arranco y te lo hago tragar.*

Si, estoy completamente loca por ella. Asquerosamente enamorada. Y, además, ahora mismo volvería a la ducha de su piso y no dejaría de morderle la piel hasta que me parase a golpes o hasta que no pudiésemos más.

Es genial estar tan rota.

Y esto no va a salir bien por ningún lado.

- *Joder con las putas gomoras. A ver si voy a tener que abrirte la cabeza a ti también.*

Sin dejar de sonreír, me muevo rápidamente, situándome a escasos centímetros de nuestro amigable cocinero y, con un gesto ágil, le empujo contra el camión de una patada. No le ha dado tiempo a reaccionar. De nuevo, vuelvo a notar como miles de hilos eléctricos recorren mi carne, al tiempo que mis tripas alcanzan niveles de adrenalina que matarían a una persona normal. Los sonidos se multiplican absurdamente, y el tiempo se dilata y se contrae como goma húmeda.

Tengo algo raro dentro de mí. Y me encanta.

- *¡Os voy a matar, zorras de mierda!*

Mis músculos se tensan, preparándose para el intercambio de golpes. El dolor sordo que lleva bañándome las articulaciones todo el día desaparece. Aprieto los nudillos. Pero, de repente, unos dedos suaves me agarran de la muñeca y tiran de mi.

- *Joder, Midori, vámonos.*

Me volteo - *¿soy solo yo, o el mundo entero se mueve a cámara lenta?* - y veo como Kalea me está arrastrando de nuevo hacia la calle principal. Me da la impresión de que se está riendo. Y, también, de que está asustada. Quizás soy un monstruo, pero adoro nuestras citas románticas.

Salimos corriendo. Lo último que distingo tras de mí es al segundo cocinero, el del tatuaje, ayudando a su compañero a levantarse. Ambos gruñen, y varios de sus chillidos hacen referencia a todas aquellas prácticas sexuales que podríamos llevar a cabo con nuestras madres. Prácticas bastante humillantes.

Pienso en darme media vuelta y aclararles que soy huérfana. No me gusta que desperdicien sus insultos.

- *¡Se te ha ido la puta cabeza, tía!*

Si, definitivamente se está riendo. Una ola de calor y carcajadas estúpidas me invade el pecho. Soy feliz.

- *¡Te dije que me había sentado mal el oniguiri!*

No me da tiempo a escuchar su respuesta. Sin apenas pararme a pensar - como siempre - me detengo de golpe. La suela de mis botas chirría. Ahí está, otra de mis estupendas ideas.

- *Eh… ¡Eh! ¡Ka! ¡Espera!*

Arriesgándome a que nuestros dos amables interlocutores crucen la esquina y nos hundan el esternón a golpes, me acerco a la puerta del local. O, más concretamente, a sus motos mal aparcadas.

- *¿Qué coño haces?*

La voz nerviosa de Kalea se mezcla con el zumbido de los cables eléctricos que cruzan los callejones cercanos, como una telaraña de cobre y aluminio.

- *Dame diez segundos.*
- *¡No tenemos diez putos segundos!*
- *Pues dame cinco.*

Soy buena puenteando baterías de vehículos. Muy buena. La pareja de cocineros están cada vez más cerca, pero uno de ellos sigue tambaleándose - el impacto contra el camión no le ha sentado especialmente bien a sus riñones - lo cual nos da suficiente margen de tiempo. Y no, no puedo ver nada de esto, pero lo sé. Como si fuera capaz de tener globos oculares (o, más bien, maravillosos escáneres infrarrojos) en un radio de veinte metros a la redonda.

- *Hecho. Súbete.*

Me apodero del manillar, dejándole un pequeño hueco en el asiento, detrás de mí. Mi adorable novia suspira y me regala una mueca de hastío y cariño. O de cariño y hastío. Con ella he aprendido que el orden sí que importa.

- *¡Las gomoras de los cojones se llevan una de las motos! ¡Os voy a arrancar el puto corazón!*

No pienso esperar a la comitiva, así que abro gas y acelero. El ruido llama la atención de un grupo de personas, y de reojo creo distinguir a la chica con el vestido de látex rosa, que sigue interesada en nuestra pequeña - e innecesaria - aventura. Me da la impresión de que es una dorada. Abandonamos el local de comida, dejando a nuestro paso una nube de humo feo y denso, mientras disfruto del aire tibio que me acaricia el rostro y de los brazos de Kalea, que se sujetan con fuerza a mi cuerpo.

CAPÍTULO 12

Tumores. Tumores de cemento y de ladrillo. De vidrio y de termoplástico. De fibra de carbono y de aluminio.

Tumores que sobresalen de los edificios. Algunos tienen sus propios escaparates, otros están llenos de oficinas. O de escuelas privadas. O de centros de bioingeniería. Tumores que se alzan más allá de las nubes de vapor.

Mientras conducimos, los edificios se suceden unos a otros a nuestro paso, como borrones de hormigón. A esta velocidad, la Pasarela no es más que un inmenso cuerpo inflamado del que sobresalen quistes y bultos, la mayoría prefabricados. En algunos vivimos. En otros trabajamos. En la mayoría de casos, no escogemos ni una cosa ni la otra.

Conduzco sin rumbo fijo, tratando de decidir si, finalmente, cruzo toda esta maldita ciudad de norte a sur en dirección a las ruinas de Rasŏn, en busca de un montón de terroristas con un odio absurdo - o eso dicen - por la tecnología digital, o si mejor opto por regresar a casa, olvidarme de todo y buscar un lugar agradable en el que desayunar.

(A quién quiero engañar. Está claro lo que voy a hacer)

(Un atasco. Mejor lo evito)

Adelanto a varios vehículos que nos gritan y nos pitan y nos insultan. Los ignoro. Atravieso Nueva Aorta, lanzando una (rápida, muy rápida) mirada de reojo a la Torre, que se erige como un dios omnipresente de vidrio y acero al fondo de la ciudad. Un hormigueo incómodo me recorre el brazo izquierdo. Me cuesta respirar. Mi mandíbula es una prensa hidráulica a punto de saltar por los aires.

Todo bien.

- *¿¡A don(...)e vam(...)?!*

El viento, provocado por la velocidad, quiebra e interrumpe las palabras de Kalea, que aprieta su brazo cromado contra mi tripa, cortándome ligeramente la respiración. No reacciono. No respondo. Solo busco otro giro, otra curva, otro camino que atravesar con la moto. Otro sitio del que alejarme, del que huir.

(Si. Definitivamente nos dirigimos a las ruinas de Rasŏn. Lo necesito. Lo necesito. Estoy harta)

Derrapo, evitando golpearme con un aerodeslizador sanitario que sale de una de las clínicas más asquerosamente caras de la -1, una en la que no se limitan a venderte implantes convencionales o mejoras biomecánicas. No. Aquí puedes tener una base de datos alojada en tu médula espinal, o un arma paralizante insertada entre el cúbito y el radio de tu brazo derecho, y será completamente legal. Todo depende de si puedes pagarlo o no.

(Me gusta ir rápido. El mundo pierde su forma, su estructura. Nada ni nadie te puede atrapar. Mi paladar se empapa con la humedad de la atmósfera y el aroma de los neumáticos quemados)

Me salto un semáforo y llego hasta una de las arterias laterales que cruzan parte de la ciudad. Acelero. Kalea me abraza con fuerza. Me dice algo más, pero no logro escucharlo.

Debería responder.

- *¡Primero vamos a ver a esta gente y luego desayunamos, ¿vale?! ¡Todo saldrá bien, te lo prometo!*

No, no saldrá bien. Me estoy dejando guiar por los jugos gástricos de mi estómago y por los murmullos de mi cabeza. Me siento mal, muy mal. Pero ya son tantos años cargando con culpabilidad - merecida o no - que no sé actuar de otra forma; creo que debería dejar que Ka se bajase de la moto, y lanzarme yo sola contra ese montón de armas y mierda.

No se merece esto.

(Quiero gritar. Pedirle a todo el mundo que me dejen en paz. Descansar. Solo eso. Descansar)

Me alejo de los principales núcleos urbanos hasta alcanzar una carretera paralela, utilizada principalmente para el transporte de mercancías. Una carretera ancha, transitada cada día por cientos de camiones llenos de materiales de construcción, ingredientes procedentes de las granjas de algas y wearables baratos fabricados en la -3. De golpe veo cómo el mundo se ha ido ensanchando a nuestro alrededor; los bloques de granito y acero han dado paso a hileras de estructuras a medio edificar, todas ellas rodeadas de maquinaria de construcción, todas ellas elevándose en medio de la planicie, como torres de vigilancia. Como proxenetas con ganas de venderle la ciudad a quien más dinero ponga sobre la mesa.

De nuevo, estamos ante otro de tantos proyectos urbanísticos que nacen y mueren cada día en la Pasarela.

(¿Hemos salido ya de la -1? ¿O esto no es más que otro de sus tentáculos, ganando terreno? ¿Futuras viviendas para familias jóvenes y muertas, o más bloques de oficinas? Ni lo sé, ni me importa)

(No, definitivamente no puedo volver. No ahora. Las paredes de mi apartamento se estrechan cada vez más a mi alrededor, y yo no dejo de tener sueño, y miedo, y ganas de vomitar)

Esta parte de la Pasarela da la impresión de ser otra ciudad distinta. Un embrión formado por cráteres y vigas y tubos para la canalización del agua. Filas y filas de bloques de metal incompletos. Una jungla de cemento y cables que cubre la - inmensa - zona de construcción, toda ella atravesada por carreteras sin asfaltar, como cicatrices sobre un cadáver que alguien está eviscerando y tratando de revivir.

No. Mierda. No. Kalea me sigue hablando. Me llegan palabras sueltas, pero no es el aire lo que me impide entenderlas. Es mi cabeza. Mi cerebro entumecido, ahogado en ruido. Apenas distingo su voz de las que habitualmente me susurran y me aullan.

No. Claramente no se merece nada de esto.

(Quiero olvidar todo y volver a cuando las cosas iban bien. Pero me cuesta recordar si las cosas alguna vez fueron bien)

Con un giro brusco que le arranca a mi querida novia un *‘me cago en tus muertos, tía’* desde lo más profundo de su garganta (ese si he podido escucharlo), me adentro en una de las planicies, una salpicada por docenas de generadores eléctricos y casetas. No hay nadie trabajando. Todo esto me parecería extraño si no hubiera visto ya demasiados planes paralizados a causa de problemas económicos o peleas entre inversores.

Recorro cinco diez, veinte metros, y freno de golpe, derrapando y provocando una ola de tierra que golpea uno de los exotrajes blindados que utilizan los albañiles para levantar pesos excesivos con mayor precisión, o para trabajar en las zonas de mayor riesgo. Tiene las extremidades inferiores completamente oxidadas.

Kalea se baja con un movimiento brusco. Miro a mi alrededor, y siento que este lugar no deja de ser un preludio de lo que me espera en las ruinas de Rasŏn, pero aquí con menos gente apuntándome con un arma a la cabeza.

(No, a quien quiero engañar. Esto no se parece en nada a lo que me espera en las ruinas de Rasŏn)

- *¿Pero qué mierdas te pasa, Midori?*
- *He pensado que mejor te acerco a uno de los Tubos. Creo que es más práctico que vuelvas a casa.*
- *Pero… yo… qué…* - su gesto, desorientado, me rompe. Estoy agotándola, lo sé. También me estoy agotando a mi misma - *¿me quieres decir qué coño sucede? Anoche estabas… no sé, fue genial. Y esta mañana parecía que todo iba bien. Pero…*

Las palabras se mezclan, se embarran, chocan entre sí.

- *Si, lo sé. Joder, lo siento, Taka…*

Sus pupilas se dilatan y se contraen agresivamente. Opto por dejar los apelativos cariñosos para un momento mejor, si es que alguna vez llega ese momento mejor.

- *… es mi cabeza. Mi puta cabeza. No la soporto. No puedo más.*
- *No me vengas con la misma historia de siempre* - su cuerpo permanece erguido, casi inmovil, mientras que sus brazos se agitan con violencia. Quiere arrancarle los órganos a alguien, y como no vigile mis palabras, ese alguien seré yo. Y me lo habré ganado - *las voces, las voces, las putas voces. ¡No eres la única que se despierta de madrugada con el corazón a mil y con un… jodido ataque de ansiedad, pensando que no llegará viva a la mañana siguiente, ¿sabes?!*
- *No es solo eso, Ka…*
- *¡Casi nos matamos dos veces en la moto!*
- *¿Si?*

El sol me lacera la piel. Un dron de vigilancia flota a menos de cincuenta metros de nosotras, pero de momento no somos una amenaza. ¿Cómo es que no me he dado cuenta de que hemos estado a punto de estrellarnos?

- *¡Si! ¡Dos veces! Pero tú ni te enteras, porque, claro, tú vas por la vida golpeando todo, quejándote de todo el mundo, buscando la manera de que te abran la boca a patadas… la señorita es especial, única. Nadie sufre tanto como ella, por lo visto ¿y a qué mierdas ha venido lo del restaurante?*
- *Pensé que tú lo…* - dilo. Adelante. Habla como si tuvieras seis años y tu madre te estuviera castigando. Como si te sintieras sola. Vulnerable. Culpable. -*... que tú lo habías entendido. Incluso me has defendido.*
- *¡Claro que te he defendido, estúpida! ¡Siempre te voy a defender, te quiero un montón, pero empiezo a estar muy harta de tus mierdas!*

Disimulo una sonrisa. Una sonrisa que apenas dura unos segundos, hasta que me doy cuenta que los murmullos guturales de mi cabeza siguen insistiendo en seguir adelante. En que ya no hay vuelta atrás.

(Estoy cansada. Demasiado. Pero es esto, o rendirme del todo y no volver a levantarme de la cama nunca más)

Me siento en el suelo. Intento coger aire. Parte de mí quiere berrear, llorar. No le dejo. Alguien ha apagado el interruptor que hace funcionar mis pulmones.

Por mi, perfecto.

- *¿Y crees que yo no? ¿Crees que no quiero cerrar los ojos y que todo desaparezca, quedarme en silencio, aunque sea unos segundos?*

No me mira directamente. Se muerde los labios, señal de que la cólera está dando paso a la apatía. O a la frustración. O a lo que sea que provoca descubrir que tu novia va a estar metiendo el pie en cada charco de carburante agrio que vea delante de ella.

- *Y no, no soy la persona que más sufre en la Pasarela* - fuerzo una risa seca y una mueca irónica. No me sale ni lo uno ni lo otro - *pero tú y yo sabemos que no soy normal, a pesar de que hemos aceptado como corriente que mis huesos se suelden como el puto metal, o que apenas me queden cicatrices, o que tenga voces en mi cab…*

Me callo. Sus ojos pasan a ser dos bolas de plomo, dos canicas que caen con todo su peso sobre mis hombros. No dice nada, pero ambas pensamos lo mismo, y una de las dos tiene que regurgitarlo. Seré yo.

- *Y, si, yo también me culpo por lo de tu hermana. Me siento como una mierda, una idiota egoista que lloriquea a pesar de que debería estar muerta, mientras mi mejor amiga* - ¿mi mejor amiga? Nunca lo había considerado así. Nunca me había planteado que eso existiera, realmente - *agoniza en una camilla, supurando sangre y líquido refrigerante. Creeme, no eres la única que lo piensa.*
- *No, Midori, no es tu culpa…*

Creo que quiere llorar. O quizás soy solo yo.

Estoy harta. Balbuceo mis pensamientos sin apenas ordenarlos.

- *Soy yo la que debería estar en esa clínica, y ella… no sé, ella debería estar aquí contigo, joder* - miro a mi alrededor. La atmósfera se ha ido cargando con capas y capas de limaduras de hierro y polvo anaranjado, capas que moldean un ambiente bochornoso. Una pared de óxido nos envuelve, impidiéndonos distinguir nada más allá de doce o trece metros a la redonda. Todo parece un sueño, un mal sueño. Me comienzan a picar las córneas - *o sea, aquí no, me refiero a que debería estar contigo, simplemente. Sería muy absurdo que estuvierais juntas en este lugar, la verdad.*

Se ríe sutilmente. Con fragilidad. Le brillan levemente los globos oculares, pero no sé si es por mis palabras o por los cúmulos de cemento molido. Se acaricia el brazo biónico, raspando con las uñas - rotas, preciosas - parte del cromado de colores.

- *El problema es que no solo es mi cuerpo. Tengo alguna mierda aquí dentro* - me señalo la sien, con tanta torpeza que me araño parte de la piel. Genial. Soy estupida - *algo, no sé qué, que tampoco es normal…*
- *Eso no es malo…*
- *No, no es malo, pero a veces resulta agotador. Ojalá pudieras escuchar los murmullos, el ruido, los crujidos. Es como…* - engullo el aire contaminado, tratando de llenar mis pulmones como si fuera la primera vez que respiro en años - *… es difícil de explicar. Uso esas palabras, os digo que son quejidos o chasquidos, pero es mucho más raro. Jodidamente raro. No hay nada que se le parezca. Siento que han cogido un montón de cerebros, la mayoría ni siquiera humanos, y los han cosido para formar uno solo. Y ese es el que me han regalado a mí porque no quedaba nadie más a quien dárselo.*
- *Ya…* - se agacha. De cuclillas y con el pelo rizado cayéndole por la frente sudada y aterciopelada está asquerosamente guapa. Me coge de la mano. Siento que no me lo merezco, pero aún así me calma. Un poco - *estoy aquí, ¿vale?*
- *Lo sé.*

Es extraño. Sus palabras son sinceras. Tiene una lista excesivamente grande de razones para ignorar - odiar, más bien - mis delirios de electrodoméstico estropeado, y, sin embargo, aquí sigue, dejándome claro con la mirada que realmente cuento con ella.

Eso me acojona. No quiero decepcionarla. Y estoy segura de que lo haré.

- *Pero sigo sin entenderlo… ¿por qué los Ludd? ¿Por el dinero?* - aleja tenuemente el dedo anular de mi rodilla - *¿o es por el gilipollas de tu tío? ¿Tratas de demostrarle algo?*

Las palabras, las respuestas, planean entre mis neuronas, golpeándose como pájaros con las plumas bañadas en alquitrán.

(Pájaros. Me pregunto cómo era el mundo cuando había seres vivos volando por encima de nuestras cabezas, y no solo drones publicitarios o sistemas de vigilancia y recolección de datos. Me cuesta imaginarlo)

- *¿La verdad? Me quiero largar de aquí. Irme lejos.*
- *¿Lejos, dónde?*
- *Fuera. Más allá de la cúpula. No me preguntes por qué, pero sé que debo salir al exterior.*

Las córneas de Kalea se congelan. Lentamente, muy lentamente - o, quizás, es mi percepción la que, de nuevo, está alterando el paso del tiempo - abre los labios, estrangulando cada palabra antes de que salga de su boca. Si me fijo muy atentamente, soy capaz incluso de escuchar cada frase silenciosa cayendo al suelo, completamente marchita. Muerta. Quiero seguir hablando, pero también quiero oír como me grita, como me dice lo peligroso y estúpido que es hacer eso.

No. Mejor continuo con mi rabieta.

- *Si, sé que es imposible. La Cúpula es impenetrable. Y antes tendría que cruzar el Muro.*
- *Eh… si…*
- *Lo cual implicaría encontrarse de frente con la élite de los hana-bi. Masas de músculos y mejoras biomecánicas dedicadas día y noche a cazar a los traficantes y renegados que tienen sus refugios y almacenes en el borde exterior. ¿Voy bien? ¿Era eso lo que me ibas a decir?*
- *Si, supongo -* ¿está intentando suavizar el golpe? ¿O simplemente quiere que llegue yo sola a esa conclusión inevitable a la que ya llegué hace mucho, conclusión que decidí ignorar completamente? - *y no te olvides de los micélidos.*

Esa no me la esperaba. Contaba con su sano y sangrante cinismo con respecto a los - supuestos - campamentos de desertores y criminales desterrados que, según cuentan, están diseminados a lo largo y ancho del anillo exterior que rodea la ciudad. La tierra de nadie. El Borde. Pero no me imaginaba una mención a ese ridículo cuento creado para asustar a los niños y a los suscriptores de los canales más amarillistas de la Net.

- *¿Te refieres a los mutantes? Kalea, cariño, no me jodas… ¿te crees esas historias que cuentan? ¿Las leyendas absurdas sobre criaturas que atacan y desmembran a quienes se aventuran a salir fuera de la Pasarela? Llámame loca, pero eso apesta a bulo barato para que no nos apetezca ir más allá del Muro. Es tan incoherente que no sé ni cómo alguien con más de tres años se lo puede tragar.*

(*Midori, por favor, tómatelo con calma. Has conseguido evitar una guerra en la que ibas a perder claramente, así que no tientes a la suerte y deja de despreciar las creencias de tu novia*)

Nos quedamos en silencio. El paladar me sabe a pus y hemoglobina, y por alguna razón me arde el pecho. Aprieto los párpados con fuerza, tratando desesperadamente de contener las oleadas de arena que me golpean la cara.

- *Lo… siento. Soy una bocazas. No quería decir que…*
- *¿Qué soy más estúpida que una niña de tres años?*
- *No, joder, no me refería a eso.*

(¿Y a qué te referías? No lo sabes, ¿verdad?)

- *Déjalo, a veces no tengo ni idea de lo que digo.*

Se incorpora, estirando las piernas y caminando en círculos. Lleva una camiseta ancha, arreglada por ella misma, que deja entrever parte de sus hombros. Me gustaría estirar el brazo y rozar su piel, pero incluso yo sé que es un mal momento.

De golpe, se da la vuelta y coge aire, al mismo tiempo que intenta evitar el contacto visual. Me doy cuenta de que no busca argumentos. Únicamente quiere golpearme en la mandíbula y hacerme reaccionar.

- *Vale, da igual, olvida a los putos mutan… micélidos. Olvídalos. Si, tienes razón, toda la basura que streamean los canales oficiales de la Torre, o Jae-Won cada vez que sale al exterior, todos esos cuerpos con bultos amarillos y esporas y raices cubriéndoles la cara… todo eso ha sido creado con IA generativa. Vale. Te lo compro. Pero las dos sabemos que, dejando de lado todo eso, salir fuera sigue siendo una MALDITA locura.*
- *Lo sé…*
- *Joder, tía, vives junto al muro. El Muro. Cada día ves pasar seis o siete trenes llenos de repatriados y condenados. Cabrones sin suerte que, si bien muchos acabarán sus días dentro de una celda estrecha o en estado de estasis en el interior de una cápsula barata, la mayoría…* - adelante, dilo. Acabarán desterrados. Olvidados. A merced del Borde. Lo sé, soy consciente -*... la mayoría terminarán deportados fuera de la Pasarela. Fuera. No es un puto premio, es un castigo. Y, joder, sé que es horrible vivir aquí, y más como estamos nosotras, pero tiene que haber otra alternativa que no sea suicidarse lenta y dolorosamente.*

No quiere convencerme. Quiero hacerme ver que soy impulsiva. Quiere dejarme claro que nunca pienso las cosas. Y, sobre todo, quiere tatuarme en el cerebro que no se niega a perderme. Al menos, así.

Y yo solo pienso en abrazarla. En abrazarla y olvidarme de todas mis fobias, de todos mis ataques de pánico ante cada mínima voz que resuena al otro lado de la pared, como un taladro que se clava en mi nuca. Abrazarla, cerrar los ojos y tratar de olvidarme de una ciudad a la que siento como a un enemigo que me acecha día y noche desde el otro lado de la puerta.

Pero no puedo.

Simplemente, no puedo.

- *Ka, en serio, lo he pensado mucho. O, bueno, lo suficiente. Me da igual quién o qué haya ahí fuera. Me da igual que sea el sitio más terrible del mundo. Necesito salir. Algo… algo me dice que ese sí es mi lugar.*

Ya está. Lo he vomitado. *Mi lugar*. Creo - ¿creo? - que es la primera vez que planteo la posibilidad de que pueda existir algo así. ¿Por qué lo he dicho? ¿He sido yo?

- *¿Algo? ¿El qué? ¿Tus voces?*
- *No…* - los murmullos se exaltan. Braman. Me cuecen el lóbulo frontal, llenándomelo de arañazos, de agua hirviendo. Como si se hubieran sentido atacados. ¿O he sido yo quién se ha sentido atacada? Ag. Basta - *mi instinto. Mis tripas. Esas mismas tripas que me han salvado el pellejo una y otra vez. Las que me protegen.*

(Mi instinto. Mis voces. Que estupidez, son lo mismo. O eso empiezo a creer)

- *Ya…* - mira en dirección al dron de vigilancia, cuyas luces parpadean matemáticamente, mientras se balancea en el aire, entre bancos de arena y tierra. Tierra con aroma a lejía - *¿las mismas tripas que te hacen estar siempre a la defensiva, huyendo de todo?*

Me rindo. No quiero seguir así. Sabiendo que, o pierdo a la persona que más me importa, la persona que impide que me desprecie del todo a mi misma, o pierdo la posibilidad de salir de esta burbuja de metano a punto de estallar en la que vivo día tras día. No puedo tenerlo todo. A veces temo que ni siquiera puedo tener un pequeño trocito de ese todo.

El ruido de un motor denso y cansado estalla en la distancia. Los vehículos de transporte han vuelto. Puedo notarlos, advertir su presencia en las minúsculas vibraciones del suelo. Quizás estén aún a kilómetros, pero vienen en esta dirección. Tal vez este proyecto urbanístico está más vivo de lo que yo creía.

Me levanto. Me pesan los hombros. Tengo la garganta seca, los ligamentos tensos y me duelen las nalgas de apoyarlas sobre grava molida.

- *Vamos, te invito a desayunar. Te lo prometí.*

(*¿Y ya está? ¿Eso es todo?*)

(*Dejadme en paz. Empiezo a pensar que solo aparecéis cuando tengo migraña o cuando me queréis terminar de hundir*)

(*No seas idiota, Midori*)

Es absurdamente difícil intentar explicar años de insomnio y miedo y ansiedad y asco utilizando apenas cuatro o cinco frases, especialmente cuando esas cuatro o cinco frases insisten en aparecer completamente deshilachadas, rotas. Años de temblores en los nudillos, de choques y contusiones, de miradas hostiles, de esperar a que cualquier persona - cualquiera. La que sea - cruce el umbral de mi apartamento y decida enterrarme viva.

Porque saben que yo no debería estar aquí. Que no soy como ellos. Que algo en mí les inquieta.

Así que opto por seguir caminando, reprimiendo mis pensamientos hasta que se conviertan en poco más que carne sintética envuelta en plástico, pudriéndose en el interior de un congelador estropeado.

Me giro. Kalea me está mirando fijamente. Su boca no es más que una pequeña fisura apenas visible en el centro de su rostro.

- *Vale. Si. Que coño* - suspira, al tiempo que parpadea muy lentamente. Sólo hace eso cuando está exhausta o cuando ha tomado una decisión difícil - *tú nunca has puesto en duda mis mierdas. Cierto, mis decisiones no son putas locuras sin sentido, pero nunca me has juzgado.*

Se acerca, hinchando los carrillos, mientras se aparta el pelo de la cara y entorna ligeramente los párpados. Me coge de la muñeca, esbozando una - ligerísima - sonrisa amarga. Triste. Hermosa. No está convencida, lo puedo notar, pero elige seguir a mi lado.

Me sobrecojo como una niña pequeña. Soy idiota. Pienso en darle un beso. Obviamente, no lo hago. Si, soy muy idiota.

- *Si los Ludd me matan por tu culpa, tendrás que decírselo tú a mi hermana. Y si consigues salir de esta ciudad, no te vas a librar tan fácilmente de mi.*

Puedo notar como alguien me inyecta antiinflamatorios y antidepresivos adulterados directamente en la sien. Sigo asustada. Sigo sintiéndome culpable. Sigo siendo una montaña de desechos orgánicos que alguien se ha olvidado de recoger. Pero, durante un rato, me dará igual.

Arranco la moto. Una ráfaga de aire seco y ácido nos acompaña hasta que salimos de la zona de construcción y nos adentramos de nuevo en ese manglar de aluminio, cristal y neones que muchos llaman hogar. En treinta o cuarenta minutos estaremos llegando a las ruinas de Rasŏn.

Y no llevamos encima ningún arma.

Maravilloso.

CAPÍTULO 13

(¿Cuando estuve en esta parte de la Sección -3 por última vez?)

(Nunca. Nunca he estado aquí. En serio, que asco de cabeza)

Hace ya rato que los konbinis y los bares de oxígeno han dando paso a interminables kilómetros de almacenes, almacenes que reflectan sobre sus techos de uralita una intensa luz anaranjada, similar al reflejo que produce un atardecer nuclear. Puedo notar la greda pastosa salpicando mis pantalones al pasar con la moto. Hemos dejado el asfalto atrás, y ahora todo son caminos de alquitrán y gravilla.

Sin embargo, no toda la Sección -3 es como esta zona en particular. No todo son chozas prefabricadas, ahogadas bajo capas de cables pelados y cuerdas de tender. No todo son riachuelos de sulfuro, ni monolitos de cemento - *cemento astillado, feo, sincero* - en los que se hacinan las familias y los aparatos de aire acondicionados.

(Debería tener miedo de la decisión que he tomado. Debería. Pero lo único que en lo que pienso es en fuego. En fuego y luces rojas. Mi cabeza chirría, como un cuchillo arrastrándose sobre una pizarra)

No. La -3 son charcas tóxicas, pero también casinos caros ubicados en el interior de edificios militares en desuso. Son edificaciones abandonadas a su suerte, pero también contenedores *Dry Van* convertidos en apartamentos sorprendentemente bellos.

A su manera.

(Toda la ciudad es un deja-vú. Un holograma infectado de glitches que se repite una y otra vez. Si, aquí la Pasarela está mucho más llena de cicatrices, mucho más mutilada, pero si arañas su piel y hurgas bajo su carne, encontrarás las mismas pupilas empañadas y las mismas familias muertas, exactamente igual que en el resto de la Pasarela)

Conducimos junto a una hilera de bazares empotrados en la pared exterior de un inmenso bloque de hormigón, hormigón desnudo y frío; probablemente se trate del esqueleto de algún centro comercial que nunca llegó a construirse, más allá de su base. Reduzco la velocidad, y mis ojos me llevan hasta el puesto de una anciana sin dientes que vende pilas, baterías, camisetas coloridas, prótesis de segunda mano y cubos de plástico llenos de omamoris para la buena suerte. Sobre su cabeza, una pantalla LCD emite el canal de un Neuro que no me suena de nada. Claro que no hay ninguna razón para que me suene.

El aire, húmedo pese al calor, apesta a plomo y cenizas.

Frente a nosotras, en la lejanía, distingo la silueta - más bien, las vértebras - de varias torres que se alzan a modo de centinelas. Solemnes. Casi elegantes. La Segunda Ciudad Especial de Rasŏn. O *lo que pudo haber sido* la Segunda Ciudad Especial de Rasŏn. Rascacielos financieros que pretendían emular la riqueza, la especulación y el tráfico de kwŏks de la Sección -1. Edificios convertidos en cuerpos desollados, huecos. Marchitos. Acelero - *no sé cuánto combustible nos queda. Espero que lo suficiente como para salir huyendo de allí cuando, inevitablemente, intenten matarnos* - y continúo nuestro camino, guiándome por la ruta casi lineal que forman las estaciones de tren inacabadas.

(FRENA)

(*...¿Qué?*)

(*MIDORI, FREN…*)

Una masa compacta de metal y fibra de carbono se cruza en nuestro camino, como una criatura furiosa surgida de entre las sombras, como un disparo a quemarropa. Pego un grito. Kalea otro. El mío se me clava en las tripas, el suyo en lo más profundo de mi sistema auditivo. Y, mientras tanto, las Voces se agitan dentro de mi cráneo, mandándome tantas señales que a duras penas soy capaz de entender qué está sucediendo y por qué la moto ha estado a punto de volar por los aires.

Entonces, un rugido detrás mío me lo aclara.

- *¡¿De dónde mierdas ha salido ese puto M?!*

Vale. Genial. Un MB1. Nos ha intentado embestir un MB1. Una unidad de asalto urbano. Un jodido perro rabioso completamente blindado, con las fauces llenas de espuma y lejía. Ka sigue vociferando, despotricando, golpeándome la espalda para que acelere, para que mantenga nuestro enclenque vehículo en pie y a salvo de ese monolito cromado que, por alguna razón, quiere engullirnos.

(Entiendo que demasiada gente quiere verme muerta, pero, ¿aquí y ahora? ¿Quién?)

- *¡A la derecha! ¡Joder, a la derecha!*

Giro, sin pensar. Decido - aún a riesgo de empotrar el vehículo contra uno de los casquetes de cemento y metal rugoso que sobresalen del suelo - meterme a través de un pequeño hueco situado entre dos gigantes oxidados. Dos rectángulos formados por kilómetros de acero corrugado y planchas de aluminio. Gigantes a los que les falta la mitad del cuerpo. Quizás eran fábricas. O, quizás, almacenes. Quién sabe qué eran, o que pudieron llegar a ser. Cierro con fuerza los párpados, pese a que eso es lo último que debería estar haciendo.

Céntrate, Midori. Céntrate.

(*¿Qué hago ahora? ¿Quiénes son? ¿Qué pasa?)*

(*Decidme algo, joder*)

El suelo, más carne agrietada e inflamada que tierra seca, gime bajo nuestras ruedas. Abro los ojos mientras trato de voltear la cabeza ligeramente, en un intento de distinguir (o entender) algo de lo que está sucediendo, pero lo único que veo es el rostro asustado y cabreado de Kalea, mirándome. Las montañas de residuos y escoria han comenzado a crear un paisaje retorcido, anaranjado, un paisaje envuelto en viejos raíles oxidados por los que, en algún momento, circulaban vagonetas automatizadas llenas de materiales.

(*¿Dónde nos hemos metido?*)

Las Voces comienzan a ponerse de acuerdo, sincronizándose entre sí, convirtiéndose en una sola. El eco y las reverberaciones me hacen ver que hay demasiada gente en el interior de mi cerebro, pero ahora parecen estar fundiéndose en un único ser.

O eso creo. Si soy sincera, lo único que me llega a los oídos es el sonido de la goma chirriante y de las detonaciones.

(Espera, ¿son disparos? ¿Son putos disparos?)

Aprieto el manillar con tanta rabia que deja de llegarme el riego sanguíneo a los dedos. De reojo, casi de pasada, consigo observar - analizar, más bien - el entorno por el que nos estamos moviendo, mientras intento evitar que la moto derrape a causa de la arena que cubre los distintos caminos por los que nos estamos metiendo. Ahora mismo somos pequeños insectos asustados que corretean entre cordilleras de basura.

(*Así funciona esta ciudad, supongo*)

(*No, ahora no, Midori. Ahora no*)

La boca me sabe a jugos gástricos y amoniaco. Trago saliva. Ka me habla, pero no escucho. Las nubes de cemento en suspensión preñan la atmósfera, una atmósfera que apesta a aceite quemado. Las limaduras de hierro oxidado que flotan en el aire me acarician las córneas con la delicadeza de un forense que rebusca dentro de un cadáver anónimo órganos que poder vender.

Quiero gritar. Quiero parar y patearle el esternón a quien sea que nos está persiguiendo.

(*Los caminos son cada vez más estrechos, así que el terreno te da ventaja, pero la bestia que os persigue os alcanzará antes o después*)

(*Vaya, gracias, no lo había notad…*)

(Observa)

(¿Qué?)

(Observa)

Observo. Y, mientras lo hago, las fibras de mis músculos se cristalizan y se endurecen, mi respiración se relaja - *más o menos* - y el tiempo se dilata hasta convertirse en barro que puedo (*¿puedo?*) modelar a mi antojo. No sé si se trata del cansancio, o si es cosa de las Voces, o si, simplemente, estoy perdiendo la cabeza en el peor de los momentos, pero de golpe me veo capaz de distinguir a cámara lenta cada pequeño detalle del inmenso organismo oxidado que nos envuelve. Los gigantescos depósitos y almacenes, cuyas paredes de metal abollado no son más que piel arrugada, me hablan, me revelan sus secretos, me dicen donde están sus huecos, sus orificios, sus escondites. Cada túnel de carga es una arteria por la que huir. Cada puente metálico, un músculo desgarrado al que escalar. Cada ventana, un poro por el que supuraban fluidos corrosivos, ahora ya secos.

Me concentro, escaneando mentalmente el entorno, mapeando los alrededores. Sin embargo, por mucho que lo intente, no consigo vislumbrar ningún punto de huida frente a nosotras. No, al menos, ninguno que nos permita dejar atrás el MB1. Así que, o damos media vuelta (¿un suicidio? Probablemente), o abandonamos el vehículo y salimos corriendo como ratas escurridizas entre los pasadizos de este limbo comatoso que separa

las últimas fábricas de la Pasarela de las ruinas de de la Segunda Ciudad Especial de Rasŏn. Un limbo de plantas procesadoras vacías y hangares en desuso. Un mundo de gigantescos cadáveres metálicos.

Una bala rozándome el brazo y el rugido gutural de Kalea alertándome de unos bidones de productos químicos justo delante de nosotras me sacan de mis pensamientos, como una patada en la mandíbula que me recuerda que el tiempo, aunque más lento y pegajoso, sigue transcurriendo.

Kalea. Disparos. Vale.

De repente, caigo en la cuenta de que, si han estado a punto de darme a mí, podrían acribillarla a ella, que está mucho más expuesta. Un ataque de pánico se apodera de mis tripas, provocándome que tambalee la moto.

Otro grito.

Varios insultos.

Así no vamos a ninguna parte. Antes o después nos alcanzarán, o chocaremos contra alguna pila de escombros imposible de esquivar, o tendremos que salir a una zona más amplia y expuesta, en la cual la velocidad de nuestra moto no tiene nada que hacer frente a un vehículo militar.

(Piensa, Midori, piensa)

Otra detonación. Aroma a óxido. Algo choca entre sí, provocando que mi cabeza retumbe.

No, no vamos a ninguna parte. Esto se acaba aquí.

(*Son dos. Dos figuras. Las que conducen. Y van a por ti)*

(*¿Por qué?*)

(*No… está claro*)

Goma quemada. Amoniaco. Un golpe de hedor agrio me golpea la cara, probablemente procedente de las plantas de bioprocesamiento de toda esta sección.

(Vienen a por mí. Sólo a por mi. Vale)

(Perfecto)

Giro a través de un pasaje envuelto en gigantescas tuberías de gas, apiladas unas encima de otras, que ejercen de muros improvisados. Empieza a ser complicado distinguir qué parte de las ruinas pertenecía al interior de las antiguas fábricas y qué parte al exterior, como si las entrañas de todas y cada una de las fábricas se hubieran desparramado, inundando kilómetros de área circundante, convirtiendo toda esta zona en un cementerio industrial. Un cementerio industrial en el que, muy probablemente, se oculten todo tipo de

clanes de chatarreros y de mecánicos ilegales, y en el que las distintas Familias entierran cuerpos silenciosos y fríos.

(Supongo que por eso nos estaban esperando justo aquí. Tiene sentido, no hay testigos. Pero… ¿Quiénes son?)

De un volantazo, me cuelo entre dos turbinas semienterradas, a la vez que giro la cabeza, rezando para no recibir un balazo en mitad de mi hermoso rostro. Entre nubes de polvo, compruebo como nuestros perseguidores se han visto obligados a detenerse (brevemente, me temo) a causa de un choque que han tenido contra una masa de drones despiezados, fundidos entre sí como una inmensa escultura grotesca y compacta. Con suerte, ahora dispondremos de diez - como mucho quince - segundos de ventaja. Sigo radiografíando todo cuanto nos rodea, dibujando dentro de mi cráneo posibles estrategias para dejar atrás a nuestros queridos admiradores, pero lo único que se me ocurren son ideas estúpidas, absurdas o suicidas. Claro que la mayor parte de mis planes suelen ser así, y ahora mismo mi principal prioridad es sacar a Kalea de la persecución y dejar que vengan a por mi. Si eso implica hacerlo del modo más errático posible, me vale.

(Joder, como odio que se me llenen las corneas de fibrocemento y ceniza)

Entre ráfagas, miro rápidamente a izquierda y derecha, intentando hacerme a la idea de qué nos rodea exactamente, de cómo es este lugar. En cuestión de décimas de segundo, logro elaborar un mapa mental más o menos decente: a un lado, un conducto de ventilación que, pese a estar aparentemente abandonado, no deja de vomitar vapores tóxicos. Al otro, un muro de carros volcados, herrumbrosos y llenos de esporas muertas (*¿por qué?*) me corta el paso. De frente, varios pasillos, aún no lo suficientemente estrechos como para evadir la persecución.

De repente, escucho mi propia voz alzándose por encima del aire seco, por encima del ruido del motor.

- *¡Voy a reducir la velocidad y saltar! ¡Llévate tú la moto y ve en busca de ayuda!*
- *¿¡Qué…!?*
- *¡Busca a Bushida, o a quien se…!*

No acabo mi propia frase. Con un derrape feo y mal ejecutado, un derrape que casi me arranca parte de la pierna, logro frenar la moto, al tiempo que me lanzo del modo más imprudente contra un suelo lleno de guijarros y diminutos trozos de ladrillo, tratando de no caerme del todo a causa de la inercia. Me giro. Kalea me observa una mueca confusa, el ceño fruncido y la boca abierta. O abierta y cerrada, no me queda claro. Creo que está gritando, pero, ahora mismo, lo único que captan mis oídos es un eco sordo, como sopa densa y caducada que cae sobre miles de cucarachas muertas. El ruido de un cerebro a punto de licuarse.

- *¡Vete, joder! ¡Busca a alguien! ¡Yo… les ocupo!*

(*Que bien te expresas, desde luego*)

(*Intenta tú hablar con coherencia tras haberte lanzado de una moto en marcha mientras te disparan y, a la vez, un montón de vocecitas dentro de tu cabeza no dejan de vomitar frases difíciles de traducir*)

Acompañada de una nube de tierra densa y cobriza, Kalea se aleja, mientras yo intento que mis asustadas - e irritadas - neuronas capten cualquier detalle del entorno que me pueda permitir salir viva. E ilesa. O sólo viva. Con eso me conformo ahora mismo.

Joder, como me gusta esta ciudad. Cada día más.

(*Aquí están. Ya te han alcanzado*)

(*...*)

(*Corre*)

(...)

(¡Corre¡)

No. No corro. Decido desafiarles. Y lo hago del modo más estúpido que se me ocurre: lanzándoles un pedazo de tuberia afilada al capó de su flamante MB1. Necesito que me presten atención a mi, que crean que me tienen. Que ignoren a Ka. Que ignoren la moto robada que se aleja entre canales y pasadizos mohosos.

(*¿Qué haces?*)

(*Rápido, ¿qué distancia tiene el interior del tubo que hay detrás de mí?*)

(*¿El que escupe óxido de azufre y partículas de plomo y mercurio?*)

El vehículo frena, lanzando una ola de tierra ligeramente pegajosa sobre mis botas. Agarro una palanca de metal y me oculto tras un pilar lo suficientemente ancho como para protegerme, pero demasiado oxidado y carcomido como para aguantar más de una ráfaga de disparos.

(*Si, ese*)

(*Quince metros, pero…*)

(*¿Y que hay al otro lado?*)

(*Es difícil saberlo. Escaleras. Plataformas. Basura, mucha basura. Se trata de algún tipo de sala de mantenimiento reconvertida en un vaciadero. Incluso parece haber sido usada como refugio. Pero nos cuesta verl*o)

Nos cuesta verlo. *Nos.* Debería preguntarme si hablo sola, o si realmente algo - alguien - habita dentro de mi cráneo. Debería preguntarme por qué he normalizado el charlar con Ellas. El pedirles ayuda. El asumir que existen. El fiarme de su palabra cuando hablan de sitios que yo ni siquiera veo.

Pero ahora mismo, lo único que hago es confiar ciega y estúpidamente en sus consejos, en la información que me dan.

(*Me vale. Algún día os preguntaré cómo demonios hacéis lo que hacéis, y si he perdido la cabeza tanto como para inventarme unas voces que adivinan cosas, pero de momento esto tiene prioridad*)

Las puertas del vehículo se abren. Quienes van dentro se lo toman con demasiada calma. No me gusta. No me gusta nada. Puedo notar como el suelo reverbera; aún estando considerablemente lejos, los compresores de gas de las refinerías que se alzan en toda esta zona hacen vibrar el cemento bajo mis pies. De hecho, puedo notar como el mundo a mi alrededor palpita, como si estuvieran meciendo agresivamente la cuna de un bebé muerto.

(*Seis segundos. No necesitan más para llegar hasta tí. Y eso que van caminando tranquilamente*)

Demasiada calma. Son cazadores, puedo olerlo. No tienen prisa. O, quizás, se trate de burócratas de la muerte que han optado por disfrutar de un pequeño descanso para tomar el té antes de finalizar su cuota diaria. No lo sé. Si cierro los ojos soy capaz de percibir los poros de su piel excretando sudor agrio, un sudor que se desliza entre la carne y el metal.

Mejor los mantengo abiertos.

Quince metros. Quince metros de gases tóxicos. No tendré problemas aguantando la respiración. Lo que realmente me preocupa es quemarme los globos oculares, así como descubrir que, al llegar a mi destino, no haya más que una sala tras otra bañadas en aire contaminado. Dudo seriamente que la polución se limite a navegar entre tuberías, respetando el resto de espacios, así que probablemente todo el circuito de estancias esté plagado de amoniaco e hidrocarburos pesados.

Vaya día de mierda.

(*Dos segundos*)

Salgo de mi escondite, mientras corro lo más agachada posible. Algo pasa silbando por encima de mi cabeza, incrustándose en la pared con fuerza y provocando que parte del yeso caiga como copos de eso que los hologramas llaman nieve. Quiero girarme, observarles, pero no lo hago. No debo.

(*Corre. Corre. Corre*)

Otra detonación. Si me ha dado, no lo he notado. Quizás me ha salvado alguna de más cadenas - *gruesas, anaranjadas, muertas* - que cuelgan delante de mí como un muro cuarteado y sólido. O quizás tenga ahora mismo un pedazo de metal alojado en los riñones, y la adrenalina se está encargando de ocultar el dolor. Me vale.

(*Sigue. Corriendo*)

(*Dos metros*)

Quiero girarme. Observarles. Entender.

Girarme. Observarles.

(*Un metro*)

(*No lo hagas*)

(*No te gires, no mires atrás*)

Obviamente, me giro.

Veo a una mujer con la mandíbula plagada de implantes arañados y medio rostro quemado, apuntándome con un arma pequeña y brillante. A su lado, un tipo absurdamente grande, de corte militar y con media cabeza cubierta por un visor de RA, me mira - ¿me mira? - atentamente. Con frialdad. Es alto. Muy alto. Y parece estar fabricado a base de cromo, titanio y anabolizantes.

(Me suenan. Joder, me suenan mucho. He visto a esta gente en algún sitio)

Un golpe. Creo que ha sido mi rodilla chocando contra alguna de las barras de acero roído que se asoman entre los montículos de basura. Sigo, pese a la punzada de dolor que me atraviesa los músculos. El tiempo ha debido ralentizarse de nuevo, porque esto se está haciendo larguísimo.

(Espera)

(Mierda)

(El Edificio Noboru)

(El maldito edificio Noboru)

(Estaban cerca de Nueva Aorta cuando iba con Kalea de camino al aparcamiento)

Sujeto con fuerza la palanca y, justo antes de saltar al interior del orificio, me agazapo tras un panel corroído que, antaño, debía servir para controlar los distintos rieles de esta fábrica en la que hemos acabado entrando. Una fábrica desollada y despiezada cuyo estómago forma parte ahora del paisaje.

(*¿Rondadores?*)

(*Midori, si vas a saltar, hazlo ya*)

(*¿Son putos Rondadores?*)

(*¿Nos preguntas a nosotras o hablas sola?)*

Se detienen. Me observan. Parecen sonreír. Durante un instante casi eterno - ¿por qué no sigue disparando? - el mundo desaparece, y solo estamos ellos y yo. Dos siluetas embutidas en ropa táctica, chaquetas sukajan e implantes. Y yo.

Salto al interior del conducto de ventilación industrial, olvidándome brevemente de contener la respiración. Una cuchillada ácida en mis fosas nasales, acompañada de un sabor a detergente bañándome el paladar, me recuerda que estoy buceando entre vapores tóxicos.

(*Y, ahora, no te detengas*)

Comienzo a correr, tratando de superar los quince metros en uno o dos segundos; sin embargo, no puedo evitar echar la vista atrás, justo antes de que una capa de gases ambarinos me envuelvan por completo. Lo último que veo antes de entrecerrar los ojos y darme media vuelta es una escarificación, similar a la quemadura producida por el filo de un cuchillo al rojo vivo, cubriendo parte del cuello del tipo alto. Un trigrama.

El trigrama de fuego.

Es un Jumong.

Alguien ha contratado a dos malditos Jumong para matarme.

Estoy bien jodida

CAPÍTULO 14

Aterrizo sobre una pila de ropa acartonada, de la cual emerge un potente olor a sudor y orina seca. Por alguna razón, en esta sala el suelo está tres metros más bajo, y una neblina

de color óxido fresco tiñe la atmósfera. La luz pasa a través de una claraboya reventada, creando una sensación extraña, casi onírica, que parece envolver todo cuanto alcanza la vista.

Me pica la piel. Me pica y me hierve. Por suerte, en este lugar hay suficiente ventilación como para diluir cualquier tipo de vapor tóxico.

Intento escupir una densa bola de saliva con sabor a lejía que se ha ido formando dentro de mi boca, pero lo único que expectoro es un fino hilo de espuma, acompañado de unas arcadas - casi - dolorosas que se elevan desde lo más profundo de mi esófago. Todo bien. Sigo viva.

Observo a mi alrededor. Aquí ha dormido gente. Gente enferma. Gente asustada. Gente peligrosa. Gente envenenada. Lo puedo notar. Incluso - si me concentro - sería capaz de verlo como si los tuviera delante. Pero no quiero disfrutar de esa visión ahora mismo, así que sacudo mi cabeza y opto por alzarme con la prisa y la urgencia de quien tiene a dos sicarios persiguiéndola.

(*¿Se han movido? ¿Siguen al otro lado de la tubería? ¿Sabéis si me han seguido?*)

Silencio. Me palpo el cuerpo con nerviosismo, tratando de descubrir si alguna de las balas me ha llegado a alcanzar. Parece ser que he tenido suerte. O, al menos, un respiro dentro del saco de basura que está siendo esta semana.

(*¿Estáis ahí? ¿Hola? ¿Se han movido? ¿Vienen a por mí?*)

La única respuesta que obtengo es un crujido frágil, similar al que emitirían unas larvas revolviéndose sobre un manto de ceniza caliente. Me doy cuenta de que, mientras recorría los quince metros de conducto de ventilación - un camino que ha parecido durar varios kilómetros, y durante el cual me he golpeado tres veces en la cabeza y dos el hombro izquierdo - un pitido sordo ha comenzado a elevarse a mi alrededor. Un pitido que se me clavaba en las sienes y en la base del cráneo. Y, si bien estaba convencida de que se trataba de algún tipo de maquinaria residual en modo automático, ahora empiezo a sospechar que ese sonido estaba realmente dentro de mi cabeza.

(*¿Hola? En serio, me vendría bien un poco de ayuda*)

Escucho el eco metálico de unos pasos detrás de mí. Los Jumong. Calculo que los tendré encima en unos cuatro o cinco segundos. Rápidamente, mi cabeza trata de prever todas las posibles salidas, todas las posibles resoluciones a un encontronazo. Ninguna me convence, por lo que salgo corriendo hacía el fondo de la sala, lugar en el que creo distinguir un puente metálico semiderruido que - quizás - pueda usar para huir de aquí.

Cinco. Cuatro.

Tres.

Do(...)

Otra detonación.

Joder.

He hecho bien en no avanzar por el pasillo central. Un sonido, como de martillazo metálico, rebota justo a mi lado; veo como el cabezal de un torno CNC industrial - oxidado, cubierto de grasa y polvo - se agita nervioso. La bala ha debido golpearle. Una bala con mi nombre grabado. Probablemente no me han dado porque el velo de partículas que flota en la atmósfera reflecta la luz y resulta tremendamente incómodo para la vista, impidiendo apuntar en condiciones.

O, simplemente, porque están jugando conmigo.

Otro disparo. Este pasa silbando demasiado cerca de mi oído. Ya he gastado toda la suerte de este año, así que no contaría con un tercer tiro errado. Dudo entre lanzarme al suelo, bajo la masa de maquinaria defectuosa que - quizás - pueda servirme de escudo, arrastrándome a través de una alfombra de vidrio molido y limaduras de hierro, o correr zigzagueando, con toda la velocidad que mis irritados muslos y mis pies cansados me permitan, suplicando infructuosamente para que mi cabeza no estalle en una hermosa nube de vapor rojo y fragmentos de cráneo.

El suelo, mejor.

Me abalanzo, con la mínima dignidad posible, bajo las piernas de algo que parece ser una perforadora láser bastante antigua. De repente, caigo en la cuenta de que, en ningún momento, he soltado la palanca de metal. Ahora mismo no solo es mi arma: es mi mejor amiga. Miro con desesperación a mi alrededor y compruebo como, entre las patas de las mesas de trabajo, se ha formado un muro que me impide avanzar. Un muro formado por restos de maquinaria, deshechos electrónicos y trozos de hormigón que - muy seguramente - han caído del techo.

Mierda.

(¿Por qué no me gritan? ¿Por qué se limitan a caminar con impasividad, disparando? ¿Están disfrutando de esta situación? ¿En serio?)

Me oculto en un pequeño rincón, mientras trato de organizar mentalmente mi inexistente plan de huída; un grupo de moscas color ceniza - *moscas de las Piscinas, las llamamos. Únicamente existen allí, y portan más enfermedades de las que cualquiera puede nombrar* - revolotean a mi alrededor, posándose sobre una pequeña caja de plástico con un logotipo impreso en ella. Está borroso, pero creo distinguir la silueta de dos tigres, cada uno mirando en una dirección distinta: el símbolo de Roisshin, uno de los principales holdings de armamento, así como el principal fabricante de drones de defensa de toda la maldita ciudad.

(¿Estoy en alguna clase de desguace o almacén de una antigua fábrica de armas? ¿Qué pasó aquí? ¿Y por qué apesta a carne podrida y excrementos agrios?)

Algo cruje cerca de mí. Reconozco ese sonido: es el de una piedra de cemento siendo aplastada por una bota de goma. Están cerca, muy cerca. Y creo que me están intentando rodear o, como mínimo, se han separado. Veo la sombra de la mujer acercándose al lugar en el que casi me alcanza la bala. Me encojo todo lo que puedo, al mismo tiempo que me

arrastro muy lentamente en su dirección. En algún momento se va a agachar y me va a ver, así que necesito tomar una decisión. Algo que me permita distraerla, o - al menos - salir de aquí con la mínima cantidad posible de agujeros de bala.

(*Herida. Tibia. Cicatriz*)

Como un susurro, casi un estertor, las Voces me dejan entrever una herida de bala reciente (o, al menos, lo suficientemente reciente y lo suficientemente mal curada) en la pierna derecha de la Jumong. Justo lo que necesito.

(*Gracias*)

No responden. No entiendo por qué. Probablemente les suceda algo, pero ahora mismo no puedo pararme a reflexionar sobre ello. En esta ciudad hay dos o tres clanes con los que es prácticamente imposible sobrevivir si te cruzas con ellos, y uno de los peores son los Jumong. Niños y niñas de las zonas más pobres y deprimidas de la Pasarela - especialmente de la Picadora -, secuestrados o vendidos para acabar convertidos en poco más que herramientas homicidas al servicio del mejor postor. Herramientas homicidas caras, exclusivas, eficientes y perfectas.

Esto es realmente una mierda. Una mierda demasiado gorda como para poder tragármela sin vomitar.

Tengo miedo.

Tengo mucho miedo.

Cierro los párpados y respiro profundamente. Lentamente, como un espejismo grabado en mis retinas, como una cortina de gelatina o un mal sueño, veo a Kailani tirada en la acera, supurando fluido biosellador. El titanio se asoma a través de su carne. La gente nos observa asustada, acobardada, pero no se atreven a tocarnos. Me miro la mano: está cubierta de sangre y cortes, con parte de la piel arrancada como si se tratase de la pintura desconchada de una pared que ha sufrido un incendio. Me cuesta respirar, y el dolor me perfora prácticamente todos los órganos internos. Grito. Le digo a Kailani que tenemos que irnos, que se despierte, pero no reacciona. Se lo suplico. Sigue sin reaccionar.

No se mueve.

Está muerta.

Y yo no soy capaz de dejar de mirar su cuerpo, tendido a mi lado, mientras lloro y chillo, mientras un fantasma sonriente me aprieta los pulmones hasta que dejo de recibir oxígeno. Y entonces, el mundo desaparece.

Abro los ojos. Desde la caída del edificio Noboru, no he dejado de soñar esa misma escena, una y otra vez. A veces ni tan siquiera necesito estar dormida; simplemente aparece en mi cabeza cuando me descuido, cuando dejo de poner muros.

Estoy acojonada. Absolutamente acojonada. Pero Ka está viva y lejos de aquí, eso es lo único que importa

La silueta de la mujer se sitúa a menos de un metro de distancia. Se detiene. Escucho su respiración profunda, casi corrosiva.

*(*Ahora. Midori*)*

Un cosquilleo penetrante me recorre las extremidades, un cosquilleo que parece manar de un pequeño núcleo de energía y rabia dentro de mi pecho. Cada músculo de mis piernas y mis brazos se tensa, y una corriente eléctrica - tal vez sea simplemente éxtasis, o adrenalina, o mi instinto de supervivencia riéndose histéricamente - recorre mi espina dorsal.

(¡Ahora, joder!)

Con un movimiento preciso, e impulsándome con ambos brazos, me lanzo al exterior de mi refugio improvisado, deslizándome por el suelo como si éste fuera una placa de hielo. La sicaria con la mandíbula llena de implantes se agita sorprendida (¿en serio? ¿He sorprendido a una Jumong?), moviendo la cabeza en mi dirección, e intentando alzar el arma con rapidez. Pero no con la suficiente.

(Un fallo y estás muerta, cariño*)*

Me giro bruscamente, esquivando el inevitable disparo; éste provoca una explosión de cemento y tierra seca junto a mi pierna. No me da. Sin pararme a pensar, alzo la palanca y la uso para golpear con todas mis fuerzas justo en el punto en el que tiene (o eso espero) la herida de bala sin cicatrizar. Su tibia cruje como bambú seco. Un aullido, seguido de un insulto, me deja claro que he acertado exactamente donde quería acertar. Me arqueo, al tiempo que doy una voltereta lateral - a veces se me olvida que soy capaz de hacer estas cosas - y, justo antes de que la Jumong tenga fuerzas suficientes como para usar de nuevo el arma, elevo de nuevo la barra de hierro. Esta vez, mi objetivo son los dedos de su mano derecha.

Necesito que suelte esa maldita pistola.

(Un fallo y estás muerta, en serio)

(Joder, yo sí que sé animarme. Soy peor que las Voces)

El sonido de su índice y su anular fracturándose bajo el peso de mi improvisada arma me ofrece una promesa de redención y libertad. O, al menos, me regala una pequeña alegría. Vuelve a gritar. Su voz parece salida de lo más profundo de una compactadora de basura averiada, y logro distinguir un “*zorra de mierda*” y un “*te voy a matar*” entre sus gruñidos y aspavientos. Encantador. A unos escasos cinco metros detrás de mí distingo el sonido de las botas de su compañero corriendo con la clara intención de partirme la columna vertebral por cuatro zonas distintas de un solo golpe, así que, sin pensarlo demasiado, salto por encima de una masa de acero fundido - probablemente, alguna maquinaria defectuosa que arrojaron aquí tras haber sufrido un incendio o un accidente -, esquivando el puñetazo que la mujer de mandíbula cromada ha lanzado en mi dirección.

Se ha desatado el caos.

(Corre. Ni lo intentes. Solo corre)

Una corriente de aire caliente, provocada por el inmenso cuerpo del Jumong abalanzándose sobre mí me acaricia la espalda. Ha logrado arrancarme un mechón de pelo. Eso - por alguna razón - me irrita más que si hubiera recibido un golpe directamente sobre el cráneo con su brazo modificado. Mis zancadas son cada vez más desesperadas y espaciadas, lo cual me está permitiendo poner el suficiente espacio y las suficientes pilas de residuos entre medias.

(*Ayuda. Por favor*)

Nada. Sigo hablando sola.

(*Izquierda. Izquierda. De frente. Salta. Derecha. Y vuelves a saltar. No lo pienses. Concéntrate*)

O quizás ya no.

El sicario, con un gruñido y una sacudida violenta, empuja una mesa cubierta de quemaduras de cigarrillos, lanzando todo su contenido al suelo, la mayor parte herramientas cubiertas de polvo. Definitivamente, este sitio lleva demasiados años sin usarse; hace décadas que nadie emplea ese tipo de cacharros analógicos para fabricar munición. No, al menos, de un modo legal. Ambas figuras se lanzan a por mí, olvidándose incluso del arma que ha salido despedida como consecuencia del golpe que le he regalado a mi querida Jumong en la mano.

Les da igual. No la necesitan.

(Concéntrate. Respira.)

(¿En serio? ¿Ahora?)

Salgo corriendo. Izquierda. Izquierda. De frente. Un pasaje extrañamente limpio y despejado se abre ante mí, como una ruta creada a base de machetazos y cal viva en medio de este manglar se basura industrial.

(*Si. Ahora*)

De golpe, un pitido agudo nubla la conversación que estoy teniendo dentro de mi cabeza. Dejo de escucharlas. Algo les pasa. Me preocupa.

(*Vale. Me concentro. Mierda*)

Comienzo a trepar una montaña oculta bajo una lona de PVC completamente manchada de barro seco y grasa. Algo parecido a unas tuberías - ¿o se trata de armamento pesado? - se asoma ligeramente por debajo de ese manto de plástico. Me precipito al otro lado y, como si mi caída hubiera despertado a una inmensa bestia de acero, todo a mí alrededor comienza a palpitar, a vibrar.

El mundo traquetea. Convulsiona.

No. Espera. No.

No es el mundo. Soy yo.

Soy yo quien está temblando.

No debería detenerme, pero me detengo. Y tampoco debería mirar atrás, pero igualmente lo hago. Las dos siluetas emergen de entre una arcada de columnas de cemento desnudo, una arcada de columnas que ni tan siquiera he visto mientras corría. Sus gestos, sus muecas, sus movimientos, todo parece ser mucho más lento, mucho más torpe. Algo falla. Algo no encaja.

No, miento. Algo va genial.

Ellas. Las malditas Voces. Están haciendo su maldita magia con mi cabeza. Puedo oler los segundos, masticar el tiempo. Puedo amasar con la palma de mis manos los minutos. Por fin juego con ventaja. Joder. Por fin.

(...espera, no)

(*Mierda. Ag. ¿Qué pasa?*)

Antes de que me dé tiempo a disfrutar de la ventaja que me está dando mi cerebro, un cerebro roto, lleno de gente que me habla, capaz de modificar la percepción de la realidad, unos dedos invisibles aparecen de la nada y comienzan a agitarme el cráneo con fuerza. Me mareo. Muchísimo. El mundo a mi alrededor se desenfoca, se derrite. De repente, veo todo en tonos azulados, de un añil profundo, casi negro. Me desvanezco. Cierro los ojos. No es la primera vez que pierdo el sentido, pero esto es nuevo.

O casi.

(...)

No, ya me ha pasado antes. Una vez. Una única vez. Con seis años, durante la celebración del Día de Wian. Recuerdo que fue la primera vez sentí que el tiempo se ralentizaba. Estaba corriendo, huyendo de un grupo de niñas del colegio público al que iba en ese momento, otro de tantos que cerraron. Me perseguían. Cuando estaban a punto de cogerme, me invadió un ataque de pánico tan asquerosamente intenso que algo en mis tripas despertó. No sé exactamente cómo, pero en ese momento pude subir por la pared de un bloque de oficinas con la facilidad de un maldito dron araña. Podía ver a los insectos sobrevolando a mi alrededor a un cuarto de su velocidad, y las pequeñas gotas de rocío tóxico que caían desde las nubes formadas por los vapores de las charcas residuales parecían flotar hacía arriba, en vez de caer hacia abajo.

Estaba asustada. Muy asustada. Pero seguí escalando.

Cuando llegué arriba, sentía que alguien había adherido un bloque de hierro a mi pecho, y mi corazón latía a una velocidad que, a cualquier otra persona, le habría matado. Me quedé acurrucada debajo de un cartel publicitario, atrapando todo el oxígeno posible como si nunca antes hubiera respirado, conteniendo las lágrimas. Y, entonces, aparecieron las

Voces por primera vez. Hasta entonces, solo había escuchado crujidos, chasquidos, susurros deslizantes. Pero justo en ese momento me di cuenta de que podía entenderlas. De que podría traducirlas a palabras.

(¡¿Qué mierdas haces, idiota?! ¡Abre los ojos!)

Mis párpados se alzan como dos persianas automatizadas. Aquí están de nuevo mis queridos acompañantes. A mi lado. Frente a mí. Me cuesta distinguir si el tiempo ha regresado a su velocidad habitual - *o, más bien, si yo he regresado a la velocidad habitual del tiempo* - pero, antes de poder comprobarlo, la mano biónica del Jumong (sabía que ese cabrón estaba cromado) se lanza en dirección a mí garganta. Me muevo, con la inercia y la delicadeza de un envoltorio de plástico flotando ingrávido entre corrientes de aire caliente. Me roza, pero logro desestabilizarle.

(Derecha. Y vuelvo a saltar. Vale. Derecha. Y vuelto a saltar. Recuérdalo.)

(No lo pienses, solo haz lo que te han dicho)

Brinco con fuerza sobre una pequeña barricada formada por planchas de aluminio, bajo las cuales se acumulan miles de piezas de porcelana; se trata de un viejo equipo de laboratorio completamente reventado. La pierna de la mujer trata de interponerse en mi camino, pero lo único que logra es que yo use su muslo como superficie y, una vez más, salte. Sus brazos tratan de sujetarme, como pinzas mecánicas que intentan aplastar mosquitos en el aire. No lo logra. Ni lo va a lograr.

(Ahora a la derecha. Perfecto. Veo el puente metálico semiderruido. No llego ni con un maldito milagro, pero voy para allá)

Las cordilleras de chatarra industrial han dado paso a una amplia llanura cubierta por un manto de latas de aluminio aplastadas y corrimientos de tierra, hollín, cenizas y escombros, frutos de un (otro) incendio. A un lado de la sala, varias bañeras acrílicas completamente carbonizadas acumulan en su interior lo que parecen ser vertidos mohosos; todas ellas están conectadas por una hilera de tubos ergonómicos que entran y salen del agua verdosa como una criatura marina mitológica. Que asco.

Mis piernas, flacas, escoriadas, se mueven tan deprisa que me cuesta controlarlas. Los pinchazos que noto en las plantas de los pies al pisar los restos de municiones oxidadas y las barras de hierro que se asoman a través de la tierra me recuerdan que sigo viva. Y que debería mirar más por donde paso. Gritos. Chillidos. Los dos simpáticos asesinos tratan de alcanzarme. Ella es más rápida, pero el reguero de destrucción y rabia que va dejando él a su paso me asusta más.

Mierda, son más veloces de lo que creía.

Algo me golpea el hombro por detrás, haciendo que me tropiece y caiga sobre una máquina clasificadora despedazada emerge del interior de una charca con un - sospechoso - aroma a disolvente. Me lleno el brazo de aceite y aguas residuales.

Odio. Asco. Dolor.

Sí, deberíamos habernos quedado en el apartamento de Kalea. Soy gilipollas.

(*Levanta. Ya*)

Ruedo hacia la izquierda, aún arriesgándome a empaparme la ropa y llenarla de agradable aroma a metal pesado, mientras contengo la respiración y agarro una piedra afilada. Una pierna rocosa y compacta aterriza a escasos centímetros de mi cabeza, levantando una pequeña nube de polvo que se me mete en los ojos. Las extremidades del puto Jumong parecen prensas hidráulicas fabricadas con acero y desprecio.

(*Levanta. Ya. Levanta*)

(un momento, ¿donde está mi palanca de metal? ¿cuándo la he perdido?)

Doy una voltereta hacía atrás, al tiempo que evito un puñetazo - ya no sé si de él o de ella. Creo que ambos - y trato de no tropezarme con alguna de las cañerías volcadas y rotas que salpican el suelo. Otro puñetazo. Un agarrón. Una patada frontal. Eludo cada uno de sus intentos por golpearme, por hundir sus nudillos en mi esternón. No necesito parpadear. Brinco cuando tengo que brincar. Me muevo cuando me tengo que mover. Podrían engullirme, triturarme con sus muelas de silicio, y luego escupirme para cobrar la recompensa por mi cuerpo troceado, pero les está costando incluso rozarme con las yemas de sus dedos biomecánicos (los de él) y cauterizados (los de ella).

El cómo lo estoy haciendo es algo que sigo sin entender. No depende de mí. No del todo. Pero algo me avisa, algo me susurra junto al oído, que no podré aguantar este ritmo demasiado tiempo, pese a que mi tío me entrenó desde los siete años para ser una maldita niña de goma, un colémbolo capaz de girar sobre mí mismo todas las veces necesarias hasta el punto de esquivar - algunos - proyectiles o enfrentarme a grupos de más de seis personas sin apenas recibir daño. Supongo que, cuando se enteró de lo que era capaz, vio en mí un potencial enfermizo, y no quiso saber por qué mi cabeza era distinta o por qué mis músculos a veces se volvían locos: simplemente aprovechó la ocasión para fabricar un arma. Un arma de su propia sangre. Un encanto mi tío, desde luego.

(Basta. Necesito salir de este bucle y llegar a la escalera)

Algo afilado y frío me roza la mejilla. Uno de los dos Jumong ha sacado una navaja - o tiene una injertada en su propia mano, no lo descartemos - y ha intentado clavármela en medio del rostro. Mal rollo. Logro bloquear varios impactos, pero la estructura ósea de estos cabrones parece estar hecha de algún tipo de aleación metálica, así que noto como la sangre coagulada se acumula en las heridas y cardenales que me están provocando los golpes. No voy a poder aguantar demasiado.

Otro corte. Este, en la palma de la mano. Apenas me roza, pero arde como si el filo del arma estuviese impregnada en salsa picante. Sí, necesito salir de aquí.

Me agacho, justo en el instante en el que el tipo alto, grande y simpático intenta inmovilizarme con un movimiento claramente pensado para quebrarme la espalda en dos. Sus propios muslos chocan entre sí, haciéndole trastabillar. Observo mi mano izquierda, que sigue sujetando con fuerza la piedra. Ya va siendo hora de que la utilice.

- *Toma, un pequeño regalo.*

(¿En serio, Midori? ¿Frasecitas? ¿Qué tienes, doce años?)

Sacudo con el canto afilado a la mujer. No estoy segura de si he logrado hundirle la nariz, o si apenas le he dado en el montón de metal que tiene por barbilla, pero el momento de confusión me permite ejecutar un giro de ciento ochenta grados y abalanzarme sobre el hueco que ha quedado libre entre sus dos cuerpos. Repto como una serpiente entre sus antebrazos, piernas y demás extremidades, hasta lograr escabullirme y alcanzar una máquina de vending desguazada - ¿qué hace aquí? -, tras la cual me parapeto. Ambas siluetas se giran en mi dirección, momento que aprovecho para lanzar la piedra. Ella aún parece algo confusa por la danza caótica a la que les he sometido y el agradable e inesperado golpe que he podido, milagrosamente, asestarle, así que apenas tiene tiempo para esquivar el proyectil, que le roza la sien, causándole un pequeño arañazo.

Definitivamente, hoy le caigo bien a algún dios aburrido. Tendría que estar muerta, troceada y metida en bolsas de basura desde hace veinte minutos y, sin embargo, he logrado confundir y golpear a dos Jumong. Si no estuviera tan absurdamente agotada, tan absurdamente aterrada y tan absurdamente empapada en ansiedad e ira, disfrutaría del momento.

(Corre. Salta)

Me doy media vuelta. Un último empujón. Un último esfuerzo.

La piel de los muslos me arde, los brazos me pesan dos toneladas cada uno y la cabeza me da vueltas. El paladar me sabe a óxido nitroso y aluminio. Pero necesito este salto.

Frente a mí, a una altura de cinco (¿cinco y medio?) metros, cuelga el puente. Lleno de grietas, hierros retorcidos y bubones metálicos que, como horribles tumores, deforman la plataforma hasta convertirla en un amago de escalera de mano oxidada y grotesca. Me vale.

(un poco más. Un. Poco. Más)

Se han ido. Han desaparecido. Las Voces. Se han ido. Lo puedo notar. Se han enterrado en lo más profundo de mi estómago, en busca de reposo y cura, y me han dejado sola. No pueden más. Pero yo tampoco.

(Tú puedes, estúpida. Tú. Puedes)

Las zancadas son ahora amplias curvas en el aire, estallidos que me permiten - casi - flotar.

Un. Poco. Más.

(Ni se te ocurra caerte, ¿entendido?)

Sin dejar de escuchar tras de mí los gruñidos, insultos y órdenes mutuas - sospecho que ambos quieren culpar al otro de mi escapada -, cojo impulso y salto.

Unas alas de cristal, desesperación y adrenalina parecen brotar de mi espalda. O tal vez sea únicamente la desesperación y la adrenalina. Pero creo flotar. Y floto. Mis piernas se agitan en el aire y, durante un breve y glorioso instante, me olvido del cansancio, de los músculos amoratados y del pánico, y soy un maldito milagro.

Hasta que alcanzo el puente. Entonces todo regresa. La sangre regresa a mis arterias, la irritación a mis articulaciones. La ansiedad a mis pulmones.

(No te sueltes, no te sueltes, no te sueltes)

Una sacudida caliente me recorre el hombro. He logrado aferrarme a una barandilla arrugada y retorcida, pero el impacto me ha zarandeado todos los órganos internos. Antes de que la inercia y el sudor de la palma de la mano me provoquen una caída, tiro con fuerza del resto de mi cuerpo, tratando de subir peldaño a peldaño - o lo que realmente sea esto - hasta lograr depositar toda mi agotada y bella anatomía en la improvisada pasarela.

Un chillido rabioso se eleva justo debajo de mí. Me asomo. La mujer me mira. Sus ojos, enrojecidos, se clavan en los míos. Las arrugas provocadas por las quemaduras que le cubren la mitad del rostro parecen agitarse y temblar a causa de la rabia; estoy segura de que, si pudiera, me mataría hundiéndome los globos oculares directamente con sus pulgares. Se da la vuelta rápidamente y le grita a su compañero con la intención de que le ayude a subir, de que le empuje para tratar de alcanzar la escalera. Se me pasa por la cabeza arrojarle cualquier objeto que tenga a mano, pero no distingo nada que me valga. Además, una parte de mi cerebro que aún conserva el sentido común me dice que lo mejor que puedo hacer es aprovechar la ventaja para salir corriendo por uno de los pasillos que hay frente a mí y buscar un lugar en el que ocultarme hasta que los Jumong se den por derrotados. O hasta que la ciudad colapse bajo su propio peso y ya no haya nada de lo que preocuparse.

Sacando fuerzas de flaqueza, gateo hasta alcanzar el hueco de una puerta que conduce a una galería de pequeños habitáculos, la mayoría de ellos despachos y salas de trabajo en ruinas. Necesito encontrar una madriguera, y la necesito encontrar ya.

Una retahíla de insultos - la mitad, dirigidos a mí. La otra mitad, entre ellos - me acompaña en mi huída. Puedo notar como mis pulmones, poco a poco, dejan de ser tristes bolsas de basura vacías y comienzan a llenarse. Me duele el plexo solar, los pectorales y las cadenas. La espalda me cruje con cada movimiento que hago. Mis hombros son ahora mismo tiza y madera porosa. Pero estoy a salvo. O eso creo.

CAPÍTULO 15

Los torsos se apilan en el centro de la habitación como cucarachas muertas y secas durante la época de desinfectado, justo antes del cambio de año. Del techo cuelgan brazos y piernas, cuya solidez original, aquella con la que fueron diseñados en un primer momento, ha dado paso a un patetismo flácido y triste.

Esta sala es un maldito cementerio de androides.

A la sombra de unas ventanas selladas que apenas dejan pasar la luz del exterior, los cadáveres de docenas y docenas de robots se acumulan - *Ki-Sung me odiaría si me escuchase llamar máquina o robot a cualquier androide de servicio* -, entre paredes teñidas de roña y estanterías oxidadas. Las partículas de polvo y detergente se pasean a lo largo y ancho de mi tráquea, dificultandome la respiración. Quieren que tosa, pero no puedo permitírmelo.

Esta mañana se está haciendo muy larga.

Al menos, parece que ya no me siguen. Afilo el oído, pero hace un rato que dejé de escuchar sus gritos. Supongo que, de momento sigo viva.

(*¿Quién les ha contratado? ¿Quién me quiere muerta? ¿A mí, precisamente? No soy nadie*)

Nada. No hay respuesta. No las culpo.

Recorro la estancia con la mirada y decido ocultarme tras un terminal carbonizado, cuya placa base se desparrama por el suelo como unos intestinos secos. Una vez agazapada tras esa masa de botones y monitores inservibles, comienzo a pensar. Y a temblar. Y a sudar. Hace demasiado calor aquí. Por muchas vueltas que le doy, no logro entender quién demonios ha podido contratar a dos profesionales tan entrenados y tan caros únicamente para darme caza a mí. Siempre me ha quedado claro que los Kurai no somos muy apreciados entre la mayoría de Familias, pero, salvo ajustes de cuentas - algo consensuado, incluso aceptado dentro del código de honor de los distintos clanes -, pocos grupos se atreven a atacar tan directamente, y menos aún, contratando a otros para que lo hagan.

O eso tenía entendido.

(¿La Hermandad?)

(*No. Esos cabrones racistas odian a todo el que tenga los ojos rasgados, pero saben que esta ciudad no les pertenece, así que han optado por hacer negocios con cualquiera que les compre armas, incluso con aquellos a quienes desprecian por el color de su piel. No se arriesgarían a una guerra abierta. Y, desde luego, no gastarían el dinero que cuestan dos Jumong)*

Observo la atmósfera a mi alrededor, mientras lanzo preguntas a la nada y evito moverme demasiado. A pesar de que esta sala - al igual que el resto del edificio - parece haber sido abandonada hace décadas, un intenso aroma a metano y basura fermentada sigue flotando en la atmósfera. Es incluso más potente que la peste a goma sucia que emana de los cadáveres sintéticos que me rodean. Este lugar es extraño. Extraño e inquietante. Otro de tantos sótanos sucios en los que la Pasarela acumula sus secretos.

Una bocanada de aire sorprendentemente fresco se cuela a través de las grietas de la pared, acariciándome la piel y provocándome un escalofrío. Me arden los muslos y las palmas de las manos, las cuales no dejo de abrir y cerrar con tosquedad, como si fuera un bebé que está aprendiendo a manejar sus extremidades. Necesito regular la circulación de mi cuerpo. Necesito regular el ciclo de oxígeno que entra y sale de mis pulmones. Necesito

regular los latidos - más martillazos que latidos, diría yo - de mi corazón, el cual parece querer emerger de mi caja torácica a base de golpes histéricos y pánico.

(*No estáis ahí, ¿verdad?*)

(*Supongo que no. No os culpo, creo que esta semana está siendo demasiado incluso para vosotras. De… de momento seguiré hablando sola. Cuando queráis, podéis interrumpirme, no os cortéis*)

Miro a mi alrededor. Apenas veo cabezas de androides - las debieron robar casi todas. Los vendedores de los hoshounin pagan bastante por ellas - y, por alguna razón que se me escapa, entre la masa de extremidades gomosas se asoman viejos juguetes de plástico carbonizados, así como - vale, eso ya si que me pilla a contrapié - ramas de cactus completamente secos y marchitos. ¿Qué lugar era este? ¿Por qué los pallets de munición carbonizados han dado paso a despojos de androides y tallos mutilados de plantas criadas en laboratorio?

Nada de esto tiene sentido. Además, los Sintéticos dejaron de fabricarse hace bastante tiempo. Ahora se usan únicamente como asistentes personales de los habitantes de la Torre, o para trabajos muy específicos, como recepcionistas de hoteles caros o juguetes sexuales para gente con mucho dinero y ganas de romper cosas desnudas.

(Ahora que lo recuerdo, Kai siempre hablaba de cómo los habían reciclado a casi todos después de la tercera gran explosión demográfica, por miedo a que la gente se quedase sin trabajo o algo así. Claro que este sitio, aunque parece jodidamente viejo, no lo es tanto como para llevar casi ochenta años clausurado)

(No, esto no tiene sentido. Esto no debería estar aquí. Armas y androides. Todo lleno de polvo. Aquí han estado haciendo algo)

Más brisa fresca. Cierro brevemente los párpados, disfrutando de esta anomalía en una ciudad de noches bochornosas y días viscosos. Si tan solo pudiera calmar mis tripas…

(Qué más da quien ha contratado a esos Jumong. Has puesto en peligro a Ka. Como siempre)

(Vete a la mierda. Yo no les he pagado para que me persigan)

(¿A quién tratas de convencer, inútil?)

Me muerdo la lengua con fuerza. Nunca pensé que diría esto, pero echo de menos las Voces. Son mucho menos ásperas e hirientes que mis propios pensamientos. Si, a veces me dicen cosas que no quiero escuchar. Si, me aprietan, me marean y suelen olvidarse que quien recibe los golpes soy yo, no ellas. Pero, al menos, no me lanzan aceite hirviendo a las neuronas, ni me desnudan a base de zarpazos hasta que apenas me queda una pequeña capa de pellejo dolorido con el que protegerme del mundo.

Estoy cansada. Y tengo sueño, pero la adrenalina y el instinto de supervivencia me impiden relajarme, dejar que todo pase.

Un hambriento rayo de luz logra colarse a través de las grietas. Baila. Se tambalea, como una marioneta mareada a la que le cuesta moverse. Mi vista se ha acostumbrado a esta penumbra casi púrpura y, de momento, sigo sin escuchar ningún sonido, más allá del zumbido de los generadores industriales instalados en las inmediaciones. Están lo suficientemente lejos como para que su ronroneo se convierta en una canción de cuna eléctrica pero sé que si estuviese a su lado, al lado de esas moles de hierro y cables, querría arrancarme los oídos.

Los hematomas de los golpes que he recibido - la mitad por mi culpa, la otra mitad por la de mis perseguidores - parecen estar disolviéndose. Todo mi cuerpo, todas mis contusiones, arañazos y quemaduras producidas por los roces, caídas e impactos han comenzado a desaparecer. El dolor es más un eco que una sensación palpable y real, y una pequeña sensación de paz comienza a invadirme.

No. No parece que vayan a encontrarme.

Mi cuerpo - mi cabeza ya no tanto - está prácticamente recuperado. Las palpitaciones musculares y el escozor siguen siendo más consecuencia de la caída del edificio Noboru que de la persecución. Heridas y contusiones que aún necesitan tiempo para obrar el milagro. Realmente debería estar en coma. O echa pedazos en una camilla aséptica - sin preguntas. Sin facturas. Los hospitales patrocinados solo miran tu billetera -, pero, sin embargo, aquí estoy. Estropeando un bonito día y descubriendo que a alguien con demasiado dinero y tiempo libre le caigo especialmente mal.

(¿Cuánto tiempo llevo aquí metida?)

Vuelvo a cerrar los ojos.

Y, entonces, me hundo.

Delante de mí, en medio de esa silenciosa oscuridad, veo un vacío profundo que trata de succionarme. Quiero llorar. Quiero mandar todo a la mierda. Explotar y llevarme la Pasarela por delante. Pero, sobre todo, quiero llorar. Chillar. Un gemido ahogado y lastimero se me escapa a través de los labios. Probablemente, Bushida me golpearía si me viese derrumbarme así, y el mundo seguiría girando sin ningún tipo de piedad ni empatía ante su golpe, ante mí diente volando desde mi boca.

Tengo que irme de aquí. De este edificio. De esta Sección. De esta ciudad.

(*Te está buscando*)

Dejo de sollozos. Incluso de respirar. ¿Son Ellas? ¿Siguen ahí?

(*Ya lo sé. Por eso me estoy escondiendo. ¿Dónde mierdas os habíais meti…?)*

(*No, los Jumong no. Kalea. Los Jumong se han ido. No percibimos su piel cromada ni su sistema cardiovascular distribuyendo sangre y nutrientes a lo largo de su cuerpo. Por hoy, han dejado de buscarte. De hecho, han dejado un reguero de resentimiento, odio y decepción. Probablemente estén muy enfadados. Pero se han ido*)

Siento el impulso de levantarme de golpe. De salir corriendo. De gritar.

(Espera, ¿qué?)

(¿Kalea? ¿No está con la Familia? ¿No ha ido a pedir ayuda?)

(Quizás, pero ahora mismo está sola. Va en la moto. Te está buscando. Está enfadada. Y triste. Y preocupada)

Me alzo, apartando una hilera de cables mucilaginosos de una patada, y salgo corriendo al pasillo. Un pasillo que cruza la que parece ser el ala este de esta antigua fábrica abandonada. Un pasillo ramificado en docenas de habitáculos, algunos diminutos, otros absurdamente grandes, todos ellos muertos.

(*¿Dónde está?)*

- *¡Kalea! ¡¡Kalea!!*

(Está fuera. Dando vueltas. No grites, no te puede escuchar desde aquí)

- *¡¡Kalea!!*

Está enfadada. Y triste. Y preocupada. Se me da demasiado bien enfadadar, entristecer y preocupar a las personas que me quieren.

Ni siquiera entiendo por qué ha venido. No debería haberlo hecho.

(*Sabe que estás en esta zona. Percibe tu miedo. Tu rabia. Tus miedos. Salen de cada uno de tus poros y se extienden a lo largo de kilómetros. Si hubiera gente viviendo aquí, ahora mismo no entenderían por qué, de golpe, se sienten tan desdichados. Tus emociones se propagan como unas raíces depredadoras e imparables)*

(¿Qué? ¿De qué coño habláis?)

Paso cerca de unas escaleras de metal agrietado que (creo) conducen a un sótano. Algo gotea. Junto a mis pies, la tierra, húmeda, excreta olor a detergente. Vuelvo a cerrar los párpados y los aprieto hasta que me duelen los globos oculares. Algo se retuerce dentro de mi cráneo, como un tumor que crece sin control. Espasmos. Ráfagas de imágenes difuminadas, confusas.

Creo verla. A Kalea. O, más bien, la noto. La percibo. Como una sombra, como un destello en un radar. Está cerca, en un patio que conecta varios edificios, tres plantas más abajo. No conduce rápido, y mira (¿mira?) a su alrededor, tensa.

- *Ka…*

Mis piernas se lanzan hacia delante con tanto impulso que casi me tropiezo dos veces. Una de ellas ha estado peligrosamente cerca de provocarme un esguince en el tobillo. Paso junto a cientos - no, no tantos, me encanta exagerar - de habitáculos, la mayoría tapiados con placas de aluminio o yeso. El suelo supura clavijas, circuitos integrados herrumbrosos y

asco. Las cicatrices del saqueo. Pero yo ignoro todo lo que no sea ese pálpito candente y asfixiante que late junto a mis pulmones, en el centro de mi pecho. Una pequeña masa pastosa y cálida que parece guiarme. Raíces gelatinosas y tibias abrazándome el corazón, las costillas, marcándome el camino a seguir.

Ellas.

(Gracias)

(*De nada*)

Sin ironías. Sin mensajes crípticos. Sin frases ambiguas. Simple gratitud. Dentro de mi cabeza se debate el miedo y la ilusión. Estoy jodidamente asustada ante la idea de mirar fijamente a Kalea y ver que he quebrado su voluntad y su energía. Pero, al mismo tiempo, necesito decirle que sigo viva, que ambas seguimos vivas, que lo siento, que todo irá bien.

Aunque sé que otra disculpa más ya no sirve de una mierda.

Empujo con el hombro un portón oxidado y duro que chirría como un animal sobresaltado. Una punzada de dolor me sacude el brazo, entumeciéndome el deltoides y parte del bíceps. La carne de mi propio cuerpo se queja y me insulta, pero no escucho.

(No te vayas. No te vayas. No te largues aún, joder)

Bajo corriendo por unas escaleras endebles y agrietadas, tratando de no resbalarme y caerme sobre la alfombra de cemento molido que cubre cada peldaño. Decido ignorar el hecho de que apenas tengo control sobre mis impulsos, sobre mis decisiones, sobre mis contracciones y movimientos, y simplemente me dejo llevar. De alguna forma, puedo ver como es cada lugar por el que voy a pasar, qué me espera tras cada esquina, donde está cada hoyo y cada pasarela sin protección.

Me vale. Y me duele cada vez que respiro. Espero que las Voces no se equivoquen; no me apetece salir por una puerta lateral y recibir un balazo en la frente.

Una ráfaga de aire griposo y febril, como el aliento de un enfermo, me araña al pasar junto a una ventana apenas cubierta por una funda de plástico. Al otro lado, el dulce sonido de un motor sobrecalentado escupiendo humo me hace frenar en seco.

Puedo notar su respiración cansada. Su pelo rizado golpeando sus sienes sudorosas. Las aletas de su nariz moviéndose con fuerza. Su garganta conteniéndose para no gritar mi nombre.

Ka.

Arranco la sabana de PVC y me asomo al exterior. Frente a mí, lo que parece ser la inmensa boca de una cantera de itrio y escandio me observa, desafiante, como si fueran la fauces de una criatura que ha emergido de la tierra y quisiera devorar toda la ciudad. Una galería de pasillos radiales bordean el inmenso agujero, salpicados por una serie de escalinatas de metal semienterradas; probablemente se trate de las pasarelas por las que transitaban los trabajadores.

Supongo que esto explica por qué el edificio tiene tantas malditas escaleras descendentes: está construido al filo de una antigua mina.

(*A quinientos metros, a tu izquierda*)

Giro la cabeza. Veo la moto, arrastrándose como un insecto entre las arenas de un desierto tóxico. Está recorriendo uno de los pasillos superiores, y puedo distinguir la nube de polvo pálido que deja tras de sí.

(No te vayas, idiota. Estoy aquí. Quédate justo donde estás)

Salto por la ventana, rezando para que, al final de los dos pisos que se alzan bajo mis pies haya una montaña de tierra o algo que amortigüe mi caída.

Pero no lo hay.

Aterrizo sobre una losa de piedra porosa cubierta por un fino mantillo de basura. Las botellas de plástico aplastadas se me clavan en las plantas de ambos pies, y una ráfaga de guijarros y limo seco me salta a las piernas. Ahogo un alarido de dolor, y dejo que la adrenalina haga su trabajo.

(He. Dicho. Que. No. Te. Vayas. Joder)

Kalea se aleja. Una asfixiante sensación de disnea me invade. El fino velo de nubes que cubría el sol ha desaparecido y ahora éste me golpea como si le debiese dinero, provocándome ampollas en la piel. Cojo aire. Las fosas nasales me escuecen, probablemente a causa de las microfibras metálicas que flotan en la atmósfera.

No me apetece seguir corriendo. Y me ha empezado a doler la espalda.

Un grito cruza el aire, acompañado de una docena de ecos que rebotan entre las paredes de la mina y entre los restos de los talleres y fábricas que se alzan a mí alrededor, a modo de centinelas muertos y desguazados. Un grito seco y ronco. Un grito que sale de mi garganta, y no me queda muy claro cómo.

Kalea se para y mira en mi dirección. Alzo el brazo derecho y lo agito. Se da la vuelta y, utilizando las pocas avenidas para maquinaria industrial que aún quedan en pie, se acerca a mi posición.

Me siento en el suelo. Estoy cansada. Demasiado. No se trata únicamente de la falta de comida, el calor o la carrera a la que acabo de someter a mi cuerpo. Ni siquiera se trata de la falta de oxígeno - llevo un rato respirando, principalmente, vapor y aire envuelto en hollín - o los golpes que he recibido durante la persecución. Se trata de mi cabeza. De los susurros y los crujidos. Se trata de cómo mi instinto es capaz de hacerme saltar más de lo físicamente posible, correr más de lo físicamente posible, ver más de lo físicamente posible.

Y resulta agotador.

(*¿Qué tal estás?)*

Quieren hablar. Me gusta. Creo. Espero ser capaz de responder.

(*No lo sé. Molida. Harta. Hay un volcán de mierda dentro de mí, y no logro sacarlo, más allá de pequeñas y constantes explosiones. Me cuesta controlar mis estados de ánimo. Subo, bajo, corro cuando debería andar, ando cuando debería correr*)

Silencio. Me da la impresión de que están digiriendo las palabras que derramo silenciosamente. Así que sigo hablando. Sin saber si llevo inventándome amigas invisibles desde que tengo seis años, o si todo esto es real.

(*Solo quiero…*)

(... que te dejen en paz, ¿no?)

La moto - robada, raída, con el motor prácticamente gripado - aparca frente a mí. Su conductora, guapa incluso con el rostro sudoroso y tostado a causa del sol, me mira fijamente. Quiere abrazarme. Y pegarme. Y callarse. Y gritarme. Y, sobre todo, quiere decirme que esto me lo he buscado yo sola. O, tal vez, la que piensa eso soy yo.

(*No es culpa tuya. Alguien ha contratado a dos asesinos a sueldo para acabar contigo. Y has sobrevivido. No es culpa tuya*)

(*Ya. Supongo que tenéis razón*)

Se me revuelve el estómago. Me siento poco más que un insecto asustado con medio cuerpo aplastado. Un insecto que trata de sobrevivir. O que trataba de hacerlo, pero empieza a rendirse.

- *Estás viva.*
- *¿Por qué no te has largado? Te he dicho que fueras en busca de ayuda.*

Me mira fijamente. Soy una niña pequeña violenta y triste, y ella lo nota.

- *Casi te hago caso. Pero a medio camino me he dado cuenta que Bushida me habría ignorado y me habría dicho que no va a sacrificar a cinco para salvar a uno.*
- *Si, y que ya soy mayorcita. Y qué sé luchar y sobrevivir por mi misma.*
- *Exacto.*

Intento levantarme, pero lo único que logro es un ridículo amago, un intento tosco y ortopédico. Vuelvo a sentarme. Se me está clavando un trozo de alambre en la nalga derecha, pero me limito a acomodarme con torpeza. Soy demasiado huesuda para un lugar así.

- *Solo querías librarte de mi.*
- *Queda mejor si dices ‘salvarme el pellejo’*
- *Nadie dice ‘salvar el pellejo’ desde hace generaciones. Pasas demasiado tiempo con el Carnicero.*

Se separa de la moto con muchísima elegancia y se acuclilla frente a mí, apretando los labios con fuerza. Está intentando contenerse las ganas de arañar el titanio de su brazo biónico. Sabe que, si lo hace, notaré que está tensa.

- *Eran putos Jumong.*

Abre los ojos con más preocupación que sorpresa.

- *¿Qué?*
- *Nos los cruzamos hace días, durante el golpe en el edificio Noboru. Una tía con la mandíbula cromada y su gigantesco amiguito. Han venido a por mi.*
- *¿Por qué?*
- *No tengo ni idea.*

Apoya su frente en la mía, pero aún así puedo notar un muro de ladrillos y hastío entre nosotras. No estoy segura de que me crea. No pone en duda que me hayan perseguido dos Jumong, pero duda de mi palabra cuando aseguro que yo era su objetivo principal. Tal vez me haya visto paranoica demasiadas veces. Paranoica, irritada y apática. Supongo que le he deseado la muerte a demasiadas personas como para considerar mi criterio mínimamente fiable.

Me agarra del brazo y, al mismo tiempo que se levanta, tira de mí. Tras una pequeña y muy sutil caricia en el dedo corazón de mi mano izquierda, me suelta y se sube a la moto.

- *Conduzco yo.*
- *No.*
- *Aún tengo demasiada adrenalina recorriéndome el cuerpo. No voy a aguantar hacer de paquete.*
- *Por eso precisamente prefiero llevar yo la moto.*

Dejo escapar un suspiro decepcionado, acompañado de un quejido apagado, similar al ruido que haría una rata de laboratorio sedada a la que no le dejan comer más. Kalea agacha la mirada. Conozco esa mueca. Está cabreada. Pero no se trata de un enfado articulado y bien estructurado. Ni tampoco una explosión de rabia infantil. Se trata de decepción. De resentimiento acumulado durante semanas y meses. Llevo mucho tiempo tensando demasiado el hilo, y aunque ella también tira de su lado, soy yo la que suele traer consigo muchas más oleadas de destrucción, cardenales, huidas en el último segundo y amenazas de muerte por parte de desconocidos.

Sí. Me lo merezco. Me merezco su agotamiento. Y me duele. Quizás esperaba ser menos idiota con ella de lo que he sido con el resto de personas, pero me han criado para estropear todo. Y no ayuda tener unas voces en la cabeza que me recuerdan una y otra vez que yo no pertenezco a este lugar.

Ka se echa hacía atrás y, con un tono impersonal, me cede el asiento delantero.

- *Vale. Lo que quieras.*
- *Gracias*

Le doy un beso en la cabeza. Su pelo sigue oliendo a madera seca y especias, incluso tras haber cruzado las malditas tormentas de cemento y microplásticos que azotan toda esta zona. No se mueve. Fuerza una sonrisa.

Me duele el estómago. Los nervios han mutado en tristeza. Una tristeza profunda, acompañada de un agradable desprecio por mi misma.

Deberíamos habernos quedado en su Sección, desayunando. Deberíamos haber ido a Kyŏnsŏng-D. Deberíamos habernos dado tres, cuatro, cinco duchas más juntas. Todas las que hiciera falta hasta agotar el cupo de agua caliente semanal.

Pero no hicimos nada de eso. Y ya da igual arrepentirse, porque voy a seguir tomando las mismas decisiones de mierda.

Arranco la moto. No tengo muy claro cómo salir de este lugar, y no ayuda el hecho de tener una incipiente migraña creciendo dentro de mi cabeza. Una piedra en una de las rampas que salen de la mina provoca que el vehículo rebote. Noto como todos mis órganos dan vueltas dentro de mi cuerpo.

Escucho la voz de Ka junto a mi oído. Pese a que grita, el ruido del motor y las nubes de arenisca amortiguan el volumen de sus palabras. Me pregunta a dónde vamos. Me dice que deberíamos volver a casa. Me insiste en que debería hablar con la Familia, avisarles.

Y entonces me doy cuenta de que ahora, más que nunca, se va todo a la mierda.

Porque mi cabeza sigue igual. Da igual cuanto me persigan, me intenten matar o me amenacen. Necesito largarme.

(Midori…)

(No, ahora no, por favor)

Quiero decirle que estaremos más a salvo en zona Ludd que en mitad de la Pasarela. Quiero decirle que aún podemos conseguir el trato con ellos, que aún puedo conseguir que me saquen de aquí. Quiero dejar claro que este ataque solo ha confirmado que debo largarme lejos, incluso si eso implica acabar entre residuos tóxicos, yermos inhabitables y mutantes. Si es que realmente existen.

Pero no digo nada. No hace falta.

Sus manos dejan de agarrarme con fuerza. Me da la impresión de que me susurra un pequeño “vale”. Resignado. Conforme. Apagado.

Doy asco.

Una nube de diminutos mosquitos flota alrededor de una charca de gasolina adulterada. Algo se descompone en su interior. Algo pequeño y sin apenas pelo. Intento evitar pisarlo, pero la rueda trasera de la moto lo aplasta cuando pasamos a toda velocidad a su lado.

Maldita ciudad.

CAPÍTULO 16

Durante diez - *¿diez? ¿quince? ¿veinticinco?* - minutos, somos testigos de un mundo que es más un cementerio que una ciudad. Kalea no dice nada, pero puedo notar los latidos de su corazón acelerándose, golpeando mi espalda. Puedo percibir su respiración nerviosa. Joder, si me concentro puedo distinguir incluso las perlas de sudor formándose bajo los poros de su piel.

Ambas hacemos como si no hubiera pasado nada. Como si yo no estuviera en el punto de mira de alguien peligroso y con bastante dinero. Alguien a quien no conozco. Como si ella no estuviese agotada de mis decisiones de mierda.

Fingimos.

Ojalá su silencio no fuera tan abrumadoramente expresivo.

(*Atenta, Midori*)

La tristeza da paso al estado de alerta. Estamos entrando en un yermo de acero, arcilla y silicio. Una zona de guerra en la que ya no hay guerra. De hecho, nunca hubo guerra, solo promesas e inversiones. Solo vacío, olvido. Y, sobre todo, bloques y bloques de edificaciones - filiales corporativas, karaokes, restaurantes - que nunca llegaron a nacer. Hay quién diría que la Picadora, con sus refugios flotantes sobreviviendo junto a la ribera de los lagos contaminados - *inmensos, oscuros, gelatinosos* - son el peor lugar en el que puedes acabar si pones tus pies en esta Sección. Pero yo no estoy tan segura de eso. Y los murmullos de mi cabeza opinan lo mismo. Murmullos que no dejan de avisarme. De advertirme. De prevenirme.

Aquí hay fantasmas.

Fantasmas armados. Fantasmas a los que no les gusta que invadamos su territorio. Los fantasmas de las ruinas de Rasŏn, que saben que estamos llegando.

Los Ludd.

Detengo el vehículo en una amplia avenida amurallada, protegida tras filas y filas de pallets rotos, material de construcción y lonas de plástico; sin moverme, estudio la zona circundante. Demasiadas ventanas. Demasiadas oficinas a medio construir. Demasiados rincones. Cualquier esquina, cualquier cruce, puede ser una trampa. Puedo olfatear los átomos que forman la atmósfera. Puedo escuchar el crujido inaudible de unos dedos cuarteados sujetando un arma de metal pesado.

Si, definitivamente mi instinto se ha activado.

Y si, definitivamente nos han visto llegar.

Acerco mi mano en dirección a Kalea y le agarro la muñeca, ejerciendo una pequeña presión. Le estoy diciendo que camine despacio, con cuidado, sin bajar la guardia. Me entiende.

(Seis posibles puntos de huida. Catorce objetos lo suficientemente grandes como para parapetarnos en caso de que comiencen a disparar. Diez metros hasta la puerta más cercana, la única que aún no ha sido obstruida o tapada. Si son menos de ocho personas, no podrán cubrir todo el terreno. Si son más, improvisaré)

Doy una serie de pasos relajados en dirección a un cartel cuyo contenido es prácticamente indistinguible bajo las capas de moho y óxido. No me oculto. Quiero que sepan que les busco, quiero que crean que llevan ventaja. Que se relajen.

Además, estoy cansada de salir huyendo. Si hoy tocaba que alguien me pegase un tiro, no tiene sentido alargarlo más.

(*Ahí están. Dos figuras. No. ¿Tres? Cinco. Definitivamente cinco, ocultas tras los muros, tras los chasis de vehículos de construcción destrozados. Entre los pisos a medio construir. Sobre el pavimento caliente y escarpado)*

Las figuras - *siluetas borrosas, sombras que se vuelven más nítidas si cierro los párpados* - aparecen delante de mí. Puedo percibirlas. Pero me cuesta ubicarlas.

(Nos rodean. Tres en la caseta vacía, a cien metros. Otro tras una esquina, en el edificio de la izquierda. El quinto… el quinto aún es poco más que vapor. No logro localizarlo. Y mis tripas no dejan de gritarme. Las voces de mi cabeza se han vuelto una sola, agresiva, nerviosa)

- *¿Sois vosotras, no? ¿Las que estáis viendo todo esto, sintiendo todo esto y haciéndomelo sentir a mi?*

Por alguna razón pregunto esto último en voz alta. No responden. Supongo que aún sigue siendo una panacea lograr mantener una comunicación regular y constante con Ellas. Esperaré a que elijan decirme algo.

Sin saber cómo, escaneo el mundo, y el mundo aparece ante mis pupilas. Si creyese en algún dios, o en los espíritus de mis antepasados, les agradecería el haberme jodido con estas maravillosas alteraciones neurológicas.

(Si. Puedo saborear sus chalecos de kevlar. Sus barbas desaliñadas. Sus armas toscas. La suciedad de sus pantalones. Os espero, cabrones)

Kalea me sigue. Me sitúo entre ella y unas figuras de las ella ni tan siquiera sabe su existencia. No aún. Unas figuras que nos están acorralando. El suelo cruje. Una brisa de aire nos golpea con suavidad. A lo lejos, el eco de la maquinaria industrial y los vehículos de transporte se desperdiga por la atmósfera, creando un ruido blanco - casi - relajante.

Vale, ahí está. El quinto. Agachado, asomándose desde un ático, en un bloque de cuatro plantas con las ventanas tapiadas. Un francotirador. Puedo percibir el sonido gomoso de su guante rozando el gatillo de su fusil.

Que empiece la fiesta. Ya estoy cansada. Hoy me han apuntado demasiadas veces, y aún me duele el cuello cuando lo giro a la derecha.

- *Taka, no quiero que te preocupes, pero probablemente alguien nos esté observando a través de la mirilla de un fusil semiautomático.*

Kalea frunce el ceño. No sé si está preocupada o extrañada. Cierro los ojos. Intento concentrarme.

- *¿Los Jumong?*
- *No, semiautomático no, de cerrojo.*

Mierda. Eso le da más distancia de disparo.

- *¿Qué… coño quieres decir? ¿Dónde está? ¿Son los Jumong o no?*

- *No, son Ludd.*

Alzo la barbilla sutilmente, señalando la zona en la que se oculta nuestro amistoso anfitrión. Está conteniendo la respiración, pero aún así puedo escuchar como un diminuto hilo de aire se cuela a través de su nariz. Está bien entrenado. Me pregunto si lo suficiente.

También me pregunto cómo lo hacen las malditas Voces para detectar todo esto y hacérmelo ver.

- *¿Cómo sabes que está ahí?*
- *Simplemente lo sé.*

El miedo - no, miedo no, tensión. Inquietud - paraliza los músculos faciales de mi querida novia. Me observa. Sus ojos me interrogan, no sabe qué hacer. No quiere entrar en pánico, pero parte de su cerebro se lo está suplicando.

Es curioso. Vivimos constantemente en el filo de una navaja afilada y, aun así, seguimos sintiéndonos como dos niñas asustadas ante la posibilidad de recibir un balazo. Tal vez aún no seamos conscientes del tipo de vida en el que estamos metidas, pese a las amenazas de muerte, las persecuciones y las heridas constantes. Mi tío diría que es ridículo, que la muerte es parte del día a día. Qué es tan necesaria e inevitable como la comida que digerimos o el sueño reparador de cada noche. Diría que un auténtico guerrero se levanta por las mañanas sabiendo esto, paladeando esta verdad. Aceptándola. Abrazándola.

Y luego diría que si no soy capaz de comprender algo así, quizás no sea digna.

Menudo gilipollas. Yo no elegí esto. Yo no elegí ser perseguida por dos sicarios, o saltar de un rascacielos y romperme la mitad de los huesos para robar una información que ni siquiera entiendo.

Vale, basta. Ya me he cansado. Hoy está siendo un día asqueroso.

Basta.

Me giro, situándome frente al edificio en el que se esconde el francotirador, y levantó un brazo, saludándole efusivamente. Kalea abre mucho los párpados, sorprendida (o, más bien, cabreada. Muy cabreada) y susurra un adorable "*¡¿que coño estas haciendo, Midori?!*", mientras se agacha instintivamente.

- *¡Ey! ¡Hola! ¡¿Qué tal?!* - aún no me ha agujereado la frente, eso es una buena señal. Ka eleva la voz, pero apenas soy capaz de escucharla. Estoy segura de que me está preguntando si me he vuelto loca o estúpida. O algo así - *¡Revisa tu mira, porque seguro que tienes una desviación de medio centímetro hacia la izquierda!*

Dos tercios de los comerciantes de armas ilegales en esta ciudad venden fusiles de largo alcance con ese defecto de fabricación, así que decido arriesgarme. Un pequeño destello de luz - seguramente, el reflejo del sol incidiendo sobre la lente de la mirilla - me indica que el tirador también lo ha notado y está ajustando su arma. Me encanta. Esto es más absurdo de lo que esperaba. Los aspavientos y suspiros desesperados de Ka dejan claro que no

sabe si rendirse a mi suicidio anunciado u optar por arrastrarme detrás de alguno de los muros formados por sacos de cemento endurecido que salpican la calle.

Opta por quedarse quieta e insultarme.

A nuestra espalda, los cuatro compañeros del amable francotirador han salido de sus rincones; en veinte - treinta, quizás - segundos nos rodearán. Me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano, mientras trato de evitar que los remolinos de arena me raspen las córneas. Me sigue pareciendo increíble que aún no me hayan esparcido el cerebro por el pavimento.

- *¡¿Mejor, verdad?! ¡Te lo dije!*

Un disparo. Me acaricia el pie derecho. Kalea ahoga un grito; con un gesto brusco, le pido que permanezca quieta. El tipo no tiene tan mala puntería como imaginaba. O tal vez sí la tenga y su intención era abrirme un orificio en el estómago.

- *¡Vale, vale, me ha quedado claro!* - tomo aire. El sol, situado justo encima nuestro, atraviesa el vidrio de la cúpula y me trepana el cráneo. A pesar de los kilómetros que nos separan de las Piscinas, las nubes de gas consiguen llegar hasta aquí y alcanzar mis fosas nasales - *¡Oye, me gustaría hablar con tu jef…!*

Otro disparo. Este me roza el pantalón, a la altura del muslo. Es la quinta o sexta vez que me disparan hoy. Soy una chica con suerte.

Supongo que es esto a lo que se refieren los Neuros cuando hablan de cumplir tus sueños.

- *Joder*.

Apoyo la palma de la mano sobre la pierna, tratando de verificar si me ha dado o no. Puedo vislumbrar parte de mi piel a través de la incisión que ha provocado la bala en el tejido. No hay sangre. Bien. Fantástico. Alzo la cabeza de nuevo. Estoy cabreada, pero intento controlarme.

O no.

- *¡Eh, pedazo de gilipollas, este pantalón me gusta! ¡Cómo suba te…!*

Me interrumpe el sonido de tres pistolas encañonándonos - *¿Tres? Me falta una. Un arma, no una persona. ¿Qué lleva en la mano el cuarto ludd?* -. Me giro, observando lenta y pausadamente el aspecto de cada uno de ellos. Sus diferentes alturas. Sus diferentes pesos. Sus diferentes formas de posicionarse frente a un - potencial - peligro. Los uniformes, teñidos de colores crudos y ocres, difieren en cientos de detalles, detalles que soy capaz de percibir en apenas unas décimas de segundo. Telas roídas. Botas manchadas. Planchas de metal cubriendo hombros, torsos, rodillas, pantorrillas. Pantalones de camuflaje. Únicamente uno expone la munición de su arma, los otros la ocultan entre los miles de pliegues de su indumentaria.

- *Tienes diez segundos para decirme que hacéis aquí si no quieres que te mate.*

- *¿Y ya está? ¿No me vas a regalar ninguna frase más original? ¿Ni siquiera una amenaza más contundente, más retorcida? Que decepción.*
- *¡Midori, joder! ¡Cierra la puta boca!*

Kalea se interpone entre los cuatro paramilitares y yo, levantando levemente las manos y tratando de adoptar una mueca diplomática. La fibra de carbono de su brazo biónico refleja cientos de hermosos destellos de luz procedentes del sol, destellos demasiado puros como para encajar aquí y ahora. Posiblemente ella sea la única persona sensata dentro de este circo de tripas y carne podrida en el que todos vamos a acabar mal. O muertos.

- *Midori, ¿eh? Veo que te crees muy graciosa* - estudio atentamente al tipo que lleva la voz cantante. Es sorprendente delgado, además de ser el único que no oculta su rostro tras una máscara de gas. Me recuerda a Bushida, si Bushida hubiese pasado hambre durante diez años y un buen cirujano no le hubiese tratado sus cicatrices - *haz caso a tu amiga, Midori, y cállate*
- *¿Protocolo de supresión, camarada Kioji?*

La figura situada a su izquierda posee una voz andrógina y gastada, una voz que se filtra a través del látex que cubre su rostro. Caigo en la cuenta de que se trata de la misma persona que sujeta el dispositivo de plástico y metal, cuya utilidad no logro identificar.

*(*Y, de nuevo, entro en estado de alerta, como si mi cabeza supiera algo que yo aún no he advertido. Los segundos pasan a ser minutos, y los minutos, horas. El polvo flota a mi alrededor, casi paralizado. Detenido en el tiempo. Podría cogerlo con mis dedos. Masticarlo. Entorno los párpados, y me doy cuenta de que soy capaz de escuchar la sangre fluyendo por el interior de las venas de cada uno de los paramilitares que me rodean. Sus latidos nerviosos. Puedo entenderles incluso antes de hablen. Poco a poco, millones de diminutos puntos de colores brillantes comienzan a aparecer frente a mí, contorneando el mundo, escaneándolo, como un ecolocalizador esquizoide*)*

*(*Veo todo. Siento todo. Soy una puta diosa de jade, y las únicas palabras que logro hilvanar en el interior de mi cráneo son 'joder, lo que daría por una ducha fría y un té de coco que realmente sepa a coco'*)*

*(*Genial, Midori. Me siento orgullosa de ti*)*

Un leve pitido, similar al chirriar de una rueda en mal estado, me devuelve a la realidad. No sé de dónde viene, ni qué significa, pero se me incrusta en el nervio occipital con tanta fuerza que me llora el ojo izquierdo. Gruño. Maldigo.

- *¿Qué te pasa, taka?*

Apelativos cariñosos incluso bajo amenaza de muerte. Me gusta.

Quizás la vulnerabilidad de estar acorraladas le ha hecho olvidar que, hasta hace diez minutos, estaba empezando a hartarse de mí. Supongo que cuando todo esto pase, si es que pasa, se largará. Y no podré culparla.

- *¿No… no oyes el pitido? ¿Ese puto silbido insoportable?*
- *No, yo no oigo nada.*

Y entonces lo veo. El camarada Kioji (*¿así es como le han llamado?*) le lanza un gesto afirmativo a su compañera, tras lo cual ésta gira un pequeño amplificador situado en el lateral del dispositivo que sujeta con su mano derecha. De golpe, una oleada de vibraciones - posiblemente ondas. Alguna vieja tecnología electromagnética - comienzan a flotar a nuestro alrededor.

El pitido.

Eso era el puto pitido insoportable.

Mi sistema auditivo simplemente me estaba avisando de lo que iba a suceder cinco segundos después.

Veo, impotente, como Kalea se derrumba sobre el suelo, chillando como si hubiera metido el brazo en el interior de una de las trituradoras de metal que abundan en los desguaces para maquinaria obsoleta que salpican la -3.

(Joder. Joder. No. Joder)

Se me tensa la mandíbula. Aprieto los puños. El universo, en toda su apestosa magnitud, parece haberse constreñido, convirtiéndose en una diminuta pelota de fango que intenta ahogarme. Soy odio. Soy rabia. Soy sangre húmeda y muelas rotas.

(Tengo que hacer algo. Y tengo que hacerlo ya)

Casi sin pensar, comienzo a moverme. Mis huesos apenas pesan, y mis tendones son gomas elásticas. Atravieso el espacio que me separa de las cuatro figuras sin que ninguna sea capaz, ni tan siquiera, de rozarme. Me adelanto a cada uno de sus movimientos. A cada golpe. Sé lo que van a gritar antes de que lo griten.

El tiempo me pertenece a mí, no a ellos.

Agarro la muñeca de la terrorista, apretando con fuerza hasta convertir su mano en poco más que carne flácida y dolorida. Suelta el aparato, que se rompe bajo el peso de mi suela. Sé que tengo entre uno y dos segundos antes de que los demás comiencen a dispararme, así que me sitúo justo detrás de ella y rodeo su cuello con mi brazo.

Comienzo a regurgitar palabras sin que mis neuronas tengan tiempo a analizarlas previamente.

- *Sé que cerca de aquí, a menos de quinientos metros, hay una entrada a los túneles del tren subterráneo, oculta bajo una capa de contenedores de reciclaje calcinados* - miro fijamente al que, a estas alturas, doy por hecho que se trata del jefe de esta pequeña patrulla - *también sé que tus pulmones son dos bolsas de basura arrugadas y que tienes un enfisema que no te deja apenas respirar, aunque posiblemente no todos aquí lo sepan. Y sé que vuestra compañera, la que ahora mismo tiene sus vértebras a mi disposición, fue reclutada hace dos años y tres meses. Ah, y lleva un tatuaje del colectivo Fukusū bajo el ojo derecho, pero… no, no es una plural. ¿Quiéres que te siga diciendo qué más cosas sé, o nos vamos a llevar bien?*

Me duele la cabeza. Mucho. Las venas de mis sienes quieren detonar, salir volando en mil pedazos, y los codazos que la paramilitar me ha dado en las costillas al intentar liberarse de mí no ayudan. Kalea, tumbada en el suelo, se recupera entre convulsiones y arcadas - *¿que coño era ese aparato?* -, mientras trata de aspirar todo el aire posible. El camarada Kioji me mira, desconfiando de mí, sin saber si soy una espía o un demonio salido del más oscuro infierno que ha venido para joderle la mañana. Quiere arrancarme la tráquea, pero sabe que no puede. Sabe que necesita respuestas para las preguntas se le acumulan en la cabeza.

Puedo olerlo. Apesta a curiosidad y pragmatismo.

Baja la pistola, al mismo tiempo que levanta la palma izquierda, indicando así a su equipo que hagan lo mismo. Sin liberarla del todo, aflojo ligeramente mi brazo. La soldado se despoja con rabia de la máscara antigás; resulta ser una dorada - *eso no lo había visto. Que raro* -, pero su cabello, corto y sedoso, está bañado en un tono caramelo bastante oscuro, y sus ojos bailan entre el verde y el marrón. Nunca había visto a una dorada así. Observo el tatuaje situado sobre su pómulo, y entonces lo entiendo. Dos líneas verticales. Si, es del colectivo, pero es una recon, no una plural. Nació con otro género, aunque sigue usando el singular.

A una parte de mi cerebro le resulta bastante atractiva. La otra parte de ese mismo cerebro se está preguntando cómo sigo viva aún.

- *¿Para quién trabajas? ¿Quién coño eres y cómo sabes todo eso?* - Kioji dirige su mirada hacia Kalea, que se intenta levantar entre gemidos y crujidos. Quiero darle un abrazo, alejarla de esta espiral de estiércol y violencia, pero opto por no moverme. No quiero ponerla más en peligro - *no creo que seas de la Torre. No llevas CIR, así que eres una ilegal, y esos hijos de puta no aceptarían a alguien como tú ni para usarla de espía.*
- *Así que para eso sirve vuestra pequeña maquinita. Para quemarle el cerebro a las personas que tienen insertada una pastilla. Sabía que odiabais la tecnología, pero esto me ha pillado por sorpresa, la verdad.*

Se permite una pausa dramática. No quiere reconocer que es incapaz de explicarse cómo he logrado moverme a la velocidad a la que me he movido. Cómo soy capaz de leer sus entrañas como si estuviera viendo un holograma barato en prime time. Pero le jode reconocer que no tiene el control absoluto de la situación, así que reprime sus dudas e inseguridades. Necesita seguir interpretando su papel.

(Siendo sincera, yo tampoco sé cómo hago lo que hago. Pero hace mucho tiempo opté por dejar de preguntármelo)

- *Responde, o veremos si eres lo suficientemente veloz como para detener esta bala.*

Me mira fijamente, al tiempo que apunta a Kalea. Basura humana.

(No, Midori. Tú la has traído aquí. Tú estás sujetando ese arma)

(Todo esto lo has provocado tú. Asúmelo. Es tu culpa)

De nuevo, me escucho a mí misma diciéndome lo que tantas veces escuché en boca de otros desde que era una niña. Las acusaciones. Los señalamientos. Los errores. Los reproches.

(Basta)

- *Ella no tiene nada que ver. Ha venido porque yo la he convencido de que me acompañe* - me duele el pecho. Me cuesta mantener la compostura y me tiemblan las piernas. No puedo dejar que lo noten - *no le hagáis daño, todo esto es cosa mía.*
- *He dicho que respondas.*
- *Vale, vale… soy sobrina de Bushida Azumi, líder de la Familia Kurai. Tengo entendido que el muy idiota rechazó un trabajo que le ofrecisteis, y vengo a solucionar ese malentendido.*

Se miran entre ellos, extrañados. Quizás les haya decepcionado mi respuesta. O quizás no se la crean del todo.

- *Verás, Midori, sobrina de Bushida Azumi* - recalca mi nombre con ironía y desprecio. Si, definitivamente se parece bastante a mi tío, no solo físicamente - *No nos interesas. La familia Kurai declinó amablemente el trato con nosotros, imagino que porque no querían tener ninguna relación con gente de nuestra… calaña. Tal vez su pequeño emporio de robos y compraventa de información privilegiada sea demasiado elevado y digno como para mancharse las manos trabajando con un sucio grupo de terroristas.*

Vale, no. No se parece tanto a Bushida. Él nunca vomitaría una frase tan larga, y su sentido del honor - o eso que él llama honor - le impide expresar la gigantesca bola de resentimiento que lleva acumulando toda su vida. Este tipo no parece tener problemas con eso. No oculta su cinismo.

Me recuerda más a mi. Que asco.

- *Además, no te hacía falta montar todo este numerito si venías de su parte. Él sabe cómo contactarnos.*
- *Digamos que él no es del todo consciente de mi visita de cortesía a vuestro humilde hogar…*
- *Ya* - se ahorra decirme que soy una niña caprichosa que está jugando a ser la más mala y la más dura de su grupo de amigos. Mejor. - *¿y por qué nos debería interesar lo que nos pueda ofrecer la… sobrina del jefe? ¿Qué puedes hacer tú que no pueda hacer un jumong o, no sé, cualquier otra ladrona salida del callejón trasero de una casa de apuestas?*

Un escalofrío me atraviesa la espina dorsal. Jumong.

Joder.

(¿Han sido ellos? ¿Han sido los Ludd? ¿Les debo a ellos mi maravillosa mañana?)

(No. Imposible. Me habrían matado ya. Además, al igual que la mayoría de Familias, grupos paramilitares y demás gente de bien de esta ciudad, no contratan sicarios. Eso es algo

reservado para CEOs de empresas y magnánimos padres de familia que quieren mantener sus secretos a salvo)

Aspiro, muy lentamente. Dejo que cada palabra se resbale por la piel agrietada de su rostro.

- *Bueno… digamos que la 'sobrina del jefe' casi le parte el cuello a una de tus camaradas sin que hayáis podido hacer nada. Y esa misma sobrina del jefe te ha dicho cosas de ti que apenas nadie sabe. Todo eso en poco menos de diez minutos. Además, tengo entendido que los ludd consideráis a los jumong unos asesinos sin escrúpulos, así que no os imagino contratando sus servicios.*

No cambia el gesto, pero noto como su arma desciende lentamente, hasta que deja de apuntar a Kalea. Me sigue sorprendiendo que mi plan improvisado esté saliendo relativamente bien. O, al menos, no tan espantosamente mal.

(¿Tengo miedo? Siempre me sucede. Cuando la adrenalina y el éxtasis son incapaces de seguir haciendo su trabajo, el mundo se derrumba bajo mis pies. Y, entonces, aparece el pánico. La apatía. La ansiedad)

(Basta. Estoy cansada. Agotada. Y nadie aquí puede, ni debe, notarlo)

(Hace cuatro minutos decidieron no matarte. Lo podemos leer en sus impulsos nerviosos, en las corrientes eléctricas de sus blandos cerebros)

(...)

(Gracias)

- *¿Qué me dices? ¿Me llevas ante tu… camarada jefe* - me invento el término. No me suena tan mal - *y él decide si merezco o no la pena?*

Si tenía pensado pegarme un tiro, claramente está cambiando de opinión. Las Voces parecen tener razón. Claro que, por otro lado, no nos quedan muchas más alternativas; él lo sabe, yo lo sé, y su séquito de paramilitares lo sabe. Las opciones se agotan, y hace demasiado calor.

Siempre hace demasiado calor.

- *Soldado Healy, vigila a su amiga* - ¿Healy? Definitivamente, la recon es una dorada. Nunca imaginé ver una metida en los ludd, la verdad - *si se mueve, si habla o si, simplemente, respira más de la cuenta, ábrele un agujero en la cabeza. Vosotros dos, venid conmigo*.

Me agarra del brazo con fuerza. Durante una décima de segundo, pienso en romperle los dedos, pero mi límite de estupideces está alcanzando su cupo máximo, así que opto por seguirle el juego. Ladea la cabeza, mientras le habla a un pequeño transistor tosco y diminuto engarzado en una de sus hombreras.

- *He dejado a Healy a cargo. Cúbrele las espaldas.*

Vale, está comunicándose con el francotirador. A estas alturas, siento auténtica curiosidad por verle. Por conocerle. Por saber su nombre.

Antes de irnos - probablemente en dirección a la entrada oculta que yo, por alguna razón, sé donde está - miro a Kalea. Quiero agacharme, cogerle las manos y besarle los dedos. Disculparme por ser tan estúpida e impulsiva. Por haber sustituido un día divertido escuchando v-idols en algún local de Kyŏnsŏng-D por una persecución entre fábricas abandonadas, seguida de un montón de gente apuntándonos con armas ilegales y una descarga paralizante que casi le hierve el cerebro.

Pero no lo hago. No hago nada de eso.

No quiero aumentar el grado de paranoia que flota a nuestro alrededor. Y, sobre todo, no quiero mirar sus ojos agotados y saber que la he cagado tanto que esto no tiene arreglo.

- *Vámonos, Midori, sobrina de Bushida Azumi.*
- *No hace falta que me agarres del brazo. Hace mucho que aprendí a cruzar sólita la calle.*

Ignorando mi último chiste malo del día, y sin que ninguno de sus dos compañeros (*¿camaradas? ¿subordinados?)* dejen de encañonarme, nos alejamos.

Si, definitivamente hoy hace demasiado calor.

CAPÍTULO 17

- *Bienvenida al Protectorado.*
- *Eh… ¿hola? ¿Qué?*

Una figura pequeña y robusta, completamente envuelta en ropa de camuflaje gastada, se asoma a través del marco de la puerta. Una puerta metálica, pintada de un incómodo verde pastoso.

- *Esta es la chica de la que le he hablado, Comandante Seon*

- *Ya, me imagino. Muchas gracias, Subcomandante Kioji* - el tipo bajo y de espalda ancha no desvía su mirada de mi. No tengo claro si sonríe o no. Si está alegre o triste. Lo único que refleja su rostro es una inexpresividad que me resulta inquietante y tranquilizadora a partes iguales - *Puede dejarnos a solas. Será mejor que tú y tus hombres volváis a vuestras posiciones.*
- *Creía que entre vosotros os llamabais camaradas. La verdad, a mi me parece adorable.*

No me responden. Y yo no dejo de esnifar el polvo de cemento que flota por toda la sala; ya he estornudado cuatro veces, y estoy tratando de contener la quinta. Me pone nerviosa. Las paredes están formadas por capas y capas de gotelé grumoso, cemento, cables eléctricos y carteles fabricados con materiales reciclados. Este lugar es tan familiar como extraño. Siento que *realmente* puedo tocar todo. Que el mundo vuelve a tener textura. O, al menos, una textura más profunda, más densa, más seca. Una textura que no está condicionada por algún panel de VR o por algún holograma publicitario. Uno de los muros - ¿he dicho ya que esta habitación es diminuta? - está completamente oculto tras una hilera de archivadores ligeramente oxidados, archivadores que, probablemente, sirven para guardar aparatos obsoletos y pesados o munición.

- *Como ya le he comentado antes, señor, nuestra amiga Midori se cree muy graciosa*

El Comandante Seon - que absurdo me parece usar estos términos, joder - dibuja una mueca casi paternal. La misma que podría esbozar justo antes de ordenar que me maten. Si bien su compañero me recuerda a una versión desnutrida y fibrosa de mi tío, él parece haber salido directamente de la cúpula de la Torre. Podría imaginármelo perfectamente como uno más de la familia Wian, uno que ha decidido largarse y crear su propio imperio.

Apoya una mano levemente sobre el brazo de Kioji. No necesita más para indicarle que puede (y debe) irse.

- *Tienes razón, nos solemos llamar así.*
- *Pero qué nadie olvide que eres Comandante, ¿no?*

Me mira fijamente. Pese a que tiene los ojos entornados - quizás demasiado tiempo bajo tierra, entre cal y sombras - soy capaz de sentir como sus dos profundos y ensordecedores globos oculares se me clavan en el cráneo. Me siento incómoda. Vulnerable. Tengo que forzar cada comentario estúpido y mordaz, usarlos de coraza para fingir que no estoy asustada.

(Claro que él lo sabe. Me está estudiando, y es consciente de que, pese a mi violento día a día, pese a mis heridas y mis pecados, soy una niña pequeña aterrada, incapaz de tomarme las cosas demasiado en serio. Porque, si lo hiciera, el mundo se derrumbaría bajo mis pies)

- *Acompáñame*.

Me da la espalda y sale por la misma puerta por la que hemos entrado Kioji y yo. Y el resto de soldados, que no han dejado de apuntarme en ningún momento. Soldados que ahora mismo están regresando al exterior, y de quienes ni tan siquiera he escuchado sus voces.

(El exterior. Kalea. Pienso en ella desplomándose sobre el suelo de tierra y cemento, y se me revuelve el estómago. Mis pulmones me piden permiso para colapsar, y aunque intento evitarlo, comienzo a respirar a espasmos; supongo que los ataques de ansiedad ya no necesitan mi consentimiento para ir y venir a su antojo)

Caminamos por un pasillo húmedo y mal iluminado - *miento. Él camina y yo le sigo, tratando de no tropezarme* - hasta que llegamos a un sector vigilado por cuatro paramilitares de aspecto rígido; se trata de una pequeña intersección llena de paneles eléctricos encastrados en la pared y un pequeño nido de armas (armas cubiertas de barro y raspaduras) en un rincón. Dos de los guardias hablan entre sí. Nos miran en cuanto aparecemos, pero no cambian de actitud. No interrumpen su conversación. Simplemente saludan con un ademán al Comandante Seon; parecen respetarle, pero no necesitan fingir que le temen. Y probablemente le teman.

- *¿Tienes hambre?*

La pregunta me pilla de sorpresa. No esperaba una merienda de té con dango veinte minutos después de haber sido amenazada con un fusil de francotirador; claro que, siendo sincera, anoche, mientras disfrutaba de la mejor ducha que me he dado en semanas, tampoco contaba con ser perseguida por dos Jumong o acabar charlando con un alto cargo de los Ludd menos de veinticuatro horas después. Si el mundo es absurdo y caótico, por mi perfecto. Hace mucho que asumí que no tenemos control sobre nuestra propia vida, así que disfrutaré del almuerzo que un grupo de paramilitares cabreados quiera ofrecerme.

- *Un poco. Con tanto lío y tanta amenaza de muerte, me he olvidado de comer.*

Evito hablar de mi incidente con la damisela de mandíbula cromada. De momento no sé cuánto puedo fiarme de él. O cuánto sabe del tema.

- *Tienes que disculpar al Subcomandante Kioji. Se pone un poco nervioso cuando alguien cruza nuestras fronteras y comienza a tomarle el pelo a uno de nuestros francotiradores.*
- *'Vuestras fronteras'...* - uno de los soldados se gira con un movimiento casi elegante y comienza a abrir una puerta blindada. Ésta chirría con un lamento agudo y violento, como un animal al que han despertado de una larga siesta - *me vas a tener que explicar qué es todo ese tema de 'vuestras fronteras' y del Protectorado. Que yo sepa, la Pasarela está bajo el mandato de la querida y adorada Casa Wian, y no hay más gobierno que ese. Pero, oye, tal vez me he perdido las últimas novedades; al fin y al cabo, soy una ilegal. Lo mismo no estoy al tanto de las noticias de alta política.*

Lo he dicho. Si. Bien. Lo he dicho. Por primera vez, he reconocido en voz alta que soy una ilegal. Que no tengo CIR. Puedo notar como una pelota gigante de petróleo, enquistada en mi esófago durante años, se desliza lentamente hasta desaparecer por el sumidero. Siento que, por fin, puedo respirar mejor. Que, por fin, puedo abrir *esa* puerta en lo más profundo de mi polvoriento cerebro y limpiar toda la mierda acumulada, sin sentir que a mi alrededor me van a juzgar.

El Comandante Seon - ¿Por qué, incluso yo, siento la necesidad de llamarle así? - me dedica la primera sonrisa sincera por parte de un ser humano desde que llegué aquí. Esto

es ridículo. Debería estar gritando y peleando por mi vida. Debería estar negociando la libertad de mi novia frente a una baraja de Karuta, tratando de hacer trampas con las cartas mientras evito recibir un balazo en la boca del estómago. Debería estar buceando en una puta tormenta de estímulos, descifrando cada pensamiento de cada soldado, mapeando cada rincón de cada salita y pasillo.

Y, sin embargo, aquí estoy. Extrañamente cómoda. Preguntándome qué voy a comer, frente a un tipo vestido de camuflaje que parece divertirse con mis palabras. Supongo que sabe algo que yo no sé, y - esto sí es nuevo para mi - va a compartirlo conmigo en vez de utilizarlo para destruirme.

Quiero reír y, al mismo tiempo, arrancarme la piel de la cara.

- *¿Por qué crees que te han dejado entrar tan fácilmente?*

La puerta parece estar ya (casi) abierta, pero, por alguna razón, nos hemos parado antes de entrar en lo que, sospecho, son las tripas del hábitat natural de los Ludd. Imagino que se trata de un último examen antes de dejar que mi rabia y mi hiel entren en contacto con la rabia y la hiel de todo el mundo allí dentro.

- *Supongo que tus hombres han caído rendidos ante mi irresistible encanto y el dulce y sensual sonido de mi voz.*
- *Claro, indudablemente* - ¿me sigue las bromas? Basta, en serio - *pero, principalmente, porque eres de los Kurai, tus ojos son de un color verde casi neón que no existe de forma natural y eres capaz de hacer cosas para las que se necesitan demasiadas prótesis y demasiado entrenamiento, algo que tú no tienes. Y solo he oído hablar de una persona con esas tres características. Una ladrona que no parece humana, que soporta golpes que matarían a cualquiera y cuyas heridas se curan solas* - me mira fijamente. No me está desafiando, simplemente quiere dejar claro su punto - *Si, aquí también llegan rumores, no estamos tan aislados como pueda parecer.*

(¿Me toma el pelo? ¿A qué mierdas se refiere? ¿de qué rumores habla? ¿Soy famosa y no me he enterado?)

- *Además, no tienes CIR, y todo apunta a que deberías tener. Aquí abajo, nadie está conectado a la Net, pero la mayoría se lo han extirpado o proceden de entornos completamente marginales.*
- *Las Piscinas…*
- *Por ejemplo. Pero tú no. Tú nunca has tenido Pastilla, no tienes la cicatriz de la extracción, y ni siquiera creo que hayas nacido en la Sección -3. Eso, unido a que eres quien creo que eres, te ha garantizado la entrada al Protectorado.*
- *Y no acabar muerta.*
- *Y no acabar muerta, efectivamente.*
- *Ya… y ¿por qué se ha quedado mi novia fuera, hecha una mierda y con un arma apuntándole a la cabeza? ¿Por su CIR? ¿Porque no es un bicho raro aparentemente invencible como yo?*
- *Bueno, por eso, pero sobre todo como garantía ante cualquier estupidez que pudieras intentar.*

Debería ofenderme, pero llevo demasiados años lanzándome contra muros de granito sin pensarlo bien, que a estas alturas mi cara tiene tatuada una notificación que avisa de mi tendencia a ser una gilipollas inconsciente.

(*No te fíes. No te fíes de nadie. Nunca lo haces, no empieces ahora*)

(*Gracias, queridas, lo tendré en cuenta*)

En los cuatro segundos que tarda en abrir del todo la puerta de acero, pienso en las mil preguntas que quiero hacerle. Pienso en quiénes son ellos realmente. Pienso en cómo es vivir siendo una ilegal sin que eso te corroa la conciencia como si fuese ácido clorhídrico. Pienso en cómo hostias voy a ser capaz de gestionar esta situación - *¿Alguna vez he sido capaz de gestionar una sola situación?* - y en por qué un ejército con el poder suficiente como para ocultarse bajo tierra durante años sin que nadie les moleste necesitaría la ayuda de alguien como mi tío.

O como yo.

Y, sobre todo, pienso en cómo o por qué me conoce. En esos rumores de los que habla. En quién y dónde los habrá escuchado, o si es por eso que alguien me quiere muerta. Y en qué no me gusta nada que se hable de mí, pese a que en esta ciudad no eres nadie si no estás en boca de todo el mundo.

Lo odio. Y no es práctico en mi trabajo.

Caigo en la cuenta de que las Voces - más tranquilas, más pausadas - parecen estar dejando hueco para la turba de dudas y preguntas que tengo en la cabeza. Quizás están alerta. Quizás están exhaustas. O quizás me están dando una tregua temporal: ellas dejan de hablar un rato a cambio de que yo me taladre el cerebro solita, sin necesidad de nadie más.

(Me duele la mandíbula. Y las cuencas de los ojos. Y las vértebras. Que asco)

El Comandante me lanza una última sonrisa, una que denota que sabe algo algo yo no sé. Y, entonces, abre la puerta. Y yo me callo. Y mi cerebro se calla. Y todo mi cuerpo se calla.

Frente a mí se extiende un amplio hangar rebosante de vida. De carpas, calles y puestos comerciales. De campamentos, talleres, garajes y edificios erigidos sobre las paredes frías y rugosas de los túneles de tren abandonados. Edificios más jodidamente sólidos que la mayoría de apartamentos de la -3.

Esto no es un campamento militar, es una ciudad.

Una puta ciudad.

Alzo la vista. Docenas de escaleras zigzaguean entre las edificaciones, conectando multitud de plataformas que se elevan a distintos niveles hasta alcanzar casi los cien metros de altura. Joder. ¿De verdad hemos bajado tanto desde que abandonamos la superficie?

El Comandante no me mira. No lo necesita. Sabe lo que estoy sintiendo ahora mismo. Lo sabe perfectamente.

- *Me imagino que, cuando hablan de nuestro movimiento, los Neuros nunca mencionan esto en sus vídeos. O retransmisiones. O clips. Ya no sé ni cómo lo llaman últimamente* - puedo percibir cómo aspira en silencio el aire que le rodea. Orgulloso. Sereno - *Mejor. No nos interesa que esas cucarachas de laboratorio sepan lo que realmente está creciendo bajo sus pies.*

Sigo sin poder desviar los ojos del techo. Un techo salpicado de focos, reflectores y pasarelas metálicas por las que patrullan docenas de soldados.

- *Vamos.*

Dos figuras, una enjuta - casi esquelética, envuelta en tiras de tela y placas de cerámica reforzada - y otra grande y robusta, cierran el portón a nuestra espalda. Van armados. Casi todo el mundo aquí va armado. Me recuerda a la zona en la que viví de pequeña, durante una época en la mi tío tuvo que desaparecer - su cabeza estaba en juego - y me mandó al apartamento de uno de sus hombres de confianza. Un zulo pequeño y húmedo situado justo en la frontera entre las Secciones -2 y -3, en una isla salpicada de explanadas vacías (o, más bien, llenas de motores desguazados, y tubos vacíos de TMPU y deltamina), edificios de ladrillo barato, altares improvisados y autoservicios vigilados por niños aburridos que pasaban el rato tirándose piedras entre ellos.

La diferencia es que aquí abajo la amalgama de tensión y hostilidad que flota en el ambiente no procede del interior de cada hogar, si no del exterior. No parecen tener miedo a sus propias casas, si no a que alguien se las quite.

(*¿Empatía? ¿Huelo empatía a mi alrededor? Poca, y tapizada por un manto bien grueso de polvo, cenizas y abatimiento, pero me sigue sorprendiendo*)

- *Os lo habéis montado genial. Yo me esperaba una manada de tipos muy cabreados y paranoicos durmiendo en tiendas de campaña pintadas de camuflaje, y resulta que tenéis un buen negocio aquí abajo.*

Si. Mis propias palabras me dan asco y vergüenza ajena. Realmente no esperaba nada concreto, nunca suelo hacerlo. Pero mi bocaza necesita constantemente empujar a los demás fuera del dōjō. Ganar. O, más bien, alejarles de mi. El Comandante no me mira. Le da igual lo que le diga, o cómo se lo diga. Me está dejando claro que no me ha invitado cordialmente a su territorio: me está permitiendo entrar.

Y no es lo mismo.

Recorremos una larga avenida central, alrededor de la cual se acumulan los hogares, centros de entrenamiento y comedores públicos. Instintivamente me pregunto donde fabricarán las armas y dónde tendrán los cuarteles y laboratorios. El corazón, el hígado y el cerebro de su ciudad. Los órganos dónde un ataque haría más daño. No puedo evitarlo. Doy asco, pero sigo viva.

(*Quieres fiarte. No lo hagas. Nunca lo hagas. Nunca, nada, es tan tranquilo si no oculta alguna mierda muy gorda. No te relajes*)

El zumbido perpetuo de los generadores eléctricos masajea los muros y tabiques de cada uno de los edificios que nos rodean. Está en todas partes, como un cántico que te coge de la mano. Me resulta relajante. O, más bien, reconfortante.

Y, de golpe, más pensamientos. Más dudas. Más preguntas inquisitivas y compulsivas. Quiero evitarlas, mantener la distancia, centrarme únicamente en la misión, en el objetivo, pero no puedo evitarlo. Apenas tengo control sobre mi cabeza.

Al pasar junto a una arcada formada por vigas de metal, veo entre las sombras un pequeño templo; de su puerta cuelga con elegancia un racimo de flores rojizas, con aspecto de linterna. O, al menos, de las linternas que usaban los tipos de los hologramas de historia antigua que tanto le gustan a Kalea. Se trata de flores hoozuki. Flores hoozuki impresas en 3D. No me jodas. Una vez más siento que todo en esta ciudad (el Protectorado lo llaman, ¿no?) me es familiar e irreconocible al mismo tiempo. Todo me araña las neuronas mientras me las acaricia.

- *Espera*.

Sin tener muy claro por qué, me sorprendo a mí misma entrando en ese estrecho y mal iluminado santuario. Dentro, un intenso aroma a incienso seco y pólvora me atraviesa las fosas nasales, mientras mis ojos - que luchan para no escupir alguna que otra lágrima a causa del olor - tratan de ubicarse entre la penumbra. Al fondo, una figura medita (*¿medita? ¿en serio? ¿qué está pasando aquí?*) con los ojos cerrados y un gesto de serenidad que únicamente he visto en gente con una contusión cerebral. Junto a él, una escultura cuarteada y bañada en tonos dorados reposa sobre un pallet astillado. Un buda. Un puto buda. El último que vi - solitario, silencioso, sin compartir su espacio con otros dioses o sin estar cubierto de stickers digitales, como parte del clip de algún canal teológico de la Net - fue en un tatuaje grabado en la espalda de un matón que quiso entrar a trabajar en la Familia. No sé qué fue de él, no volví a verle. Pero nunca olvidaré su tattoo.

El Comandante Seon se sitúa a mi lado, silencioso. No parece tener prisa por nada, y sin embargo da la impresión de que el tiempo se mueve a su antojo. No nos dirigimos la palabra. Ni tan siquiera intercambiamos miradas. Durante cinco, diez minutos, solo somos dos observadores mudos frente a un agujero negro que absorbe todos nuestros movimientos, nuestras vidas, en silencio. Si, fuera ebulle a causa del murmullo de las voces y de los pasos, pero aquí dentro tan solo existen los latidos de nuestras sienes.

Joder, echaba de menos algo así. Mucho.

Salimos tal y como hemos entrado. Quiero hablar, pero por primera vez en mucho tiempo, me sorprendo a mí misma calculando bien mis palabras, evitando que sean balas de plástico llenas de humor estúpido y resentimiento.

No lo consigo, pero me me quedo cerca.

- *No os hacía por gente religiosa*

- *No todo el mundo aquí lo es, pero muchas de las personas que se han unido al movimiento quieren mantener, o incluso recuperar, viejas costumbres de la antigua Coalición del Pacífico.*
- *Eso de las viejas costumbres del pasado apesta mucho a la Torre.*
- *A la Torre únicamente le interesa la Torre.*
- *¿Y me vas a decir que a los Ludd no les interesan únicamente los Ludd?*

Me lanza de reojo una mirada dura pero, también, agotada. La mirada de quien está cansado de explicar lo mismo una y otra vez. Puedo notar como aprieta los labios, como una nube de mosquitos revolotea dentro de su cráneo. Quiere gritarme. Decirme que soy una niñata que, pese no tener CIR, ha crecido entre Neuros que se dedican a lamernos el cerebro, asegurándonos que únicamente si luchamos por nuestros maravillosos sueños podremos ser felices, todo eso mientras nuestras arterias se llenan de combustible, ansiolíticos patrocinados y cafeína, tratando de sobrevivir entre estímulos y trabajos mal pagados. Rezando para poder permitirnos un mes más la habitación en la que vivimos.

Acumulando puntos de reputación.

Pero no lo hace. No lo hace porque, probablemente, nunca se pueda permitir perder el control de sus propios nervios. Y, sobre todo, no lo hace porque sabe que, a ojos de la Pasarela, yo también soy basura. Así que coge aire muy lentamente y me señala un pequeño callejón entre escalinatas y montañas de cajas de plástico.

- *¿Te gusta el bulgogi? Aquí cerca hay un sitio donde lo preparan realmente bien. Usan tiras de pollo, en vez de ternera, pero es que preferimos los animales reales a los sintéticos.*

(Espera, ¿¿qué??)

- *Pues estáis jodidos. No sé si aquí abajo os habéis enterado, pero esos dos bichos llevan ya bastante tiempo extintos.*
- *Uno de ellos si. El otro ha vuelto de entre los muertos, cortesía de los biohackers de la Torre. Una de nuestras células de ataque rápido pudo interceptar un vehículo que transportaba embriones, y desde entonces tenemos nuestras propias granjas y, por lo tanto, suministro de carne natural.*

Vale. Esta si me ha pillado de sorpresa. Vislumbro media sonrisa de orgullo en el rostro de Seon, al tiempo que eleva la mirada en dirección a un vasto bloque de apartamentos, completamente adornado por una maraña de cables, ventanales de colores chillones y una escalinata en espiral que entra y sale del inmenso edificio; tiene aspecto de haber sido erigido directamente sobre la pared de roca. No puedo evitar imaginarme este lugar antes de que esta ciudad existiera, cuando aquí únicamente había piedra cruda, túneles abandonados, luces de seguridad y vías muertas. Cuando esto era poco más que especulación, blanqueo de dinero y maquinaria ensordecedora. Me escuece la garganta y, posiblemente, mi cabeza explote en cualquier momento. Demasiadas mierdas locas, feas y brillantes en muy poco tiempo.

(*No olvides que estás aquí porque haces lo que muchas personas no son capaces de hacer. O, más bien, aguantas lo que muchas personas no son capaces de aguantar. No eres una amiga, eres una herramienta)*

(*No lo olvido, no os preocupéis. Nunca lo olvido*)

Comenzamos a subir la escalera de caracol que abraza el edificio - *edificio*. Qué extraña palabra aquí abajo -, y me doy cuenta de que la mayoría de puertas están abiertas o semiabiertas, dejando escapar toda clase de aromas. Pegamento, especias, grasa, pintura seca. Un organismo palpitante incapaz de detenerse.

- *Dos pisos más y llegamos* - como una hormiga cuyas antenas conocen a la perfección cada rincón de su refugio, el Comandante desliza sus dedos y sus botas entre los escalones, salientes y pasamanos como si formasen parte de él, como si fuese uno con el entorno - *Aunque tenemos comedores comunes, muchos habitantes del Protectorado comenzaron a abrir sus propios negocios. El Comité decidió cederles los espacios necesarios y ellos, a cambio, sirven comidas por precios básicos. A veces incluso aceptan trueques. No buscan ampliar sus negocios, sólo contribuir a que la ciudad se mantenga* - sus movimientos se detienen brevemente. Saca un pequeño dispositivo de uno de sus bolsillos, un pequeño transistor bastante tosco con un led que no deja de parpadear. Tras apretar un pequeño interruptor, la luz se apaga. Vuelve a guardarlo - *la vida aquí es difícil, así que cada cual colabora como puede.*

Quiero aceptar sus palabras. Masticarlas. Creérmelas. Pero no puedo evitar el poso de vinagre y comida caducada que se aloja en mis tripas. Ya tendré tiempo para ilusionarme, o para sentirme como una mierda por ser otra cínica despreciable más.

(*¿Lo eres, Midori? ¿Realmente lo eres?)*

- *Vale, tu paraíso colectivo es genial, y luego si quieres nos cojemos todos de las manos y nos ponemos a cantar y a darnos abrazos, pero yo he venido aquí para hablar de un trabajo que mi tío rechazó y que yo estoy dispuesta a hacer, no te olvides*

(Ni tú. No lo olvides tú tampoco. Pero todas sabemos que esa no es la razón de tu visita, ¿no? Hay algo más)

- *Por supuesto* - No se enfada. No estalla. Pero sé que está estudiándome. Analizándome. Debería preocuparme, pero decido dejarme llevar, mientras sigo subiendo escalones, disfrutando de las vistas, disfrutando de la ausencia de pantallas - *Además, me gustaría hacerte alguna que otra pregunta, Midori.*

Creo que es la primera vez que usa mi nombre. Me gusta como suena. O, más bien como lo dice él. Sin rencor. Sin culpas. Pero no soy estúpida, sé que no me está enseñando todo esto porque si.

- *Ya hemos llegado.*

Instintivamente, mis pupilas recorren todo el área en busca de neones púrpuras, hologramas parpadeantes, melodías sintéticas y una masa enfermiza de carteles, mitad digitales, mitad analógicos. Pero aquí no hay (casi) nada de eso. Únicamente una pequeña puerta rectangular, oculta tras una cortina noren blanca y escoltada por dos bombillas simples a ambos lados, ambas carentes de tulipa, y por encima de las cuales cuelga una ristra de figuras - ¿juguetes? ¿talismanes? ¿recuerdos? - fabricadas con PVC de diversos colores.

Podría tratarse de otra vivienda más, si no fuera por un pequeño cartel pegado junto a la entrada. Un cartel con una lista - escueta, sencilla, polvorienta - de platos. Un menú.

Entramos. Una barra semicircular en torno a una cocina diminuta y cuatro banquetas de plástico forman todo el conjunto, un conjunto que camina en la fina línea entre lo claustrofóbico y lo acogedor. A nuestro alrededor, decenas de estanterías llenas de frascos con ingredientes esconden unas paredes que, a simple vista, podrían parecer de madera, pero cuyas texturas revelan que se trata de cemento pintado en tonos castaños.

Un ruido procedente de la parte trasera atrae mi atención. Un hombre corpulento, vestido con una camiseta arrugada y un delantal, está preparando algún tipo de plato. Una pila de cajas y ollas me impide verle bien, pero es considerablemente grande, lo cual me sorprende dado el tamaño de este local.

- *Kaoru, he traído una invitada especial. Dos bulgogis marinados.*
- *El bulgogi siempre está marinado, Comandante.*

Su voz es profunda. No se mueve. No se asoma. Simplemente comienza a preparar la receta - ¿o ya la estaba preparando? ¿sabía que vendríamos? - con calma. Con mucha calma. Cuchillos picando ingredientes. Fogones ladrando. Sartenes riéndose entre grasa caliente y zarandeos rítmicos. Y, por debajo, como un murmullo, el cocinero tarareando alguna canción que no logro identificar.

Seon guarda silencio. Está esperando. Dándome tregua. Quiere que inhale el momento. Que deje que la atmósfera me arrulle con sus dedos hinchados, oleosos. Quiere que mi cabeza compare mi mundo - si es que realmente es mío - con el suyo. Una parte de mi ha comenzado a bucear en su trampantojo, a aceptar que - tal vez, solo tal vez - la vida no son únicamente tiendas iluminadas veinticuatro horas, cables y promesas de un planeta carbonizado. La otra parte me pide que le pegue una patada en el esternón por hacerme perder el tiempo.

Opto por ignorar a ambas. Como siempre.

- *Cualquiera diría que ahora mismo estamos bajo la misma cúpula que los v-ryokan en los que un camarero holográfico te ofrece una pastilla y tú eliges el plato que quieres saborear a través de una app previamente descargada en tu CIR.*

Si, he rebuscado entre mis recuerdos el lugar más pretencioso y extravagante posible. Un lugar que no conocería si no fuese gracias - *¿gracias?* - a Ki-Sung. Comer le aburre, pero ama la tecnología casi tanto como se ama a sí mismo, así que se pasa las horas enlazado, buceando entre las recomendaciones de su feed, siempre en busca de cualquier mierda

que implique gente injertándose pedazos de silicio o locales donde haya más máquinas que personas.

Me responde con cierta desgana.

- *Te preguntaría si has estado en uno de esos sitios, pero no tienes titanio en tu cabeza. Y no creo que pudieras permitírtelo.*

Muevo la silla lo suficiente como para situarme frente a él. Cojo aire. Basta ya de fingir.

- *Vale, el tour ha estado genial, pero aquí hay muchas cosas que no me encajan.*
- *Lógico.*

(*Ag.*)

- *¿Haces esto con cada persona con la que quieres cerrar un trato? Porque no me trago que un grupo terrorista* - otra mirada dura de soslayo. Otra tecla que no debería haber tocado. - *perdona, un grupo paramilitar, invite a cada mercenario que contrata a una agradable comida familiar cada vez que le quiera encargar que vuele algo en pedazos. Llámame idiota, pero me cuesta pensar que esta sea vuestra costumbre.*
- *Tienes razón. Pero te equivocas.*

(*Ag. Ag. Nada de puñetazos, Midori, que te conozco*)

- *Ilumíname, entonces.*
- *Prácticamente nunca…* - busca la palabra exacta. Se toma su tiempo - *subcontratamos nuestros golpes. Toda nuestra actividad en la superficie, tanto la que habrás visto en los canales públicos, como aquella de la que nunca se llega a enterar nadie, la llevamos a cabo nosotros. Únicamente nosotros. Gente del Protectorado. O, al menos, eso intentamos, mientras tengamos los recursos y conocimientos para llevarlos a cabo.*
- *Vale, fantástico, pero entonces, ¿por qué contactar con mi tío?*
- *Bueno, digamos que hay temas que nos resultan más complicados, más costosos. Especialmente aquellos aspectos relacionados con cierto tipo de software, de tecnología, con la que tenemos nuestras, digamos, flaquezas.*
- *Ya, en cuanto a todo el rollo ese de la tecnología… ¿de qué vais? ¿Odiáis a las máquinas? En nuestro paseo por tu encantadora ciudad he visto cámaras de vigilancia, sistemas de automatización integrados a varios edificios y algún que otro local donde parecían vender drones o mierdas similares. Creía que estábais en contra de todo eso.*

Un fantasma sitúa un cuenco de comida frente a mí. Kaoru, el cocinero, ha aparecido sin que haya podido ni tan siquiera notar su presencia. Con leve susurro casi mudo, nos ofrece cuatro hashi de metal. Cojo los míos y los dejo apoyados junto a mi plato, mientras observo como la figura gruesa y corpulenta se mueve con agilidad entre arcones y cacerolas. No camina, se desliza. Resulta hipnótico.

- *Creía que habías venido a hablar del trabajo que Bushida rechazó.*

Evito girarme. Prefiero hablar con él sin mirarle fijamente. El aroma del bulgogi repta a través de mis mejillas, de mis fosas nasales. De repente, recuerdo que esa masa troceada y rojiza situada frente a mi formaba parte de un animal real. De uno con carne, venas, grasa, órganos. Me siento abrumada, y no logro identificar el por qué. Como si estuviese a punto de devorar un pedazo de historia, o a un dios al que hemos sacrificado en un altar que no pertenece a este mundo.

- *Me gusta saber con quién voy a trabajar, simplemente.*
- *El por qué hacemos o dejamos de hacer las cosas debería darte igual*
- *Venga ya. Me has dejado entrar aquí, y ambas sabemos que no era realmente necesario. Me has querido enseñar las calles, me has comido la oreja con la historia esa de que cada persona 'aporta lo que puede'. No me digas que no quieres que sepa por qué hacéis las cosas.*
- *Explicarte cómo vivimos aquí es una cosa, discutir contigo nuestro sistema de creencias es otra cosa. ¿Quieres que te hable del contrato, o no?*

No respondo. Dos podemos jugar a ser misteriosos, enigmáticos y estúpidos. Agarro con brusquedad los dos hashi y me introduzco en la boca un pedazo de - según me han repetido una y otra vez - pollo. Intento masticarlo, pero no puedo. No quiero. Mi paladar me obliga a detenerme, a saborear algo que no debería existir. Un animal. Un animal real. Un animal real, especiado y jodidamente sabroso.

Vale, así me va a costar más concentrarme en mi propia ira. No sé me da bien relajarme.

- *Las cosas nunca son tan simples* - él también ha comenzado a devorar su comida, pero su gesto apenas ha cambiado - *no todo es blanco o negro, bueno o malo. Sé que allá arriba insisten mucho en que cada cual… ¿cómo era? forja su propio destino, su propio éxito. Pero es absurdo. Absurdo y peligroso. Somos…* - mira con detenimiento una de las tiras de pollo que cuelga de sus hashi, y dibuja una sutil, muy sutil, sonrisa en su rostro - *pedazos de carne, sometidos a las circunstancias. Unas circunstancias que no controlamos.*
- *Los Neuros son unos idiotas que nos insisten en que somos especiales para así convencernos de que les demos más puntos de rep, no me descubres nada nuevo. Pero, ¿qué tiene que ver tu bonito discurso sobre trozos de carne con lo que te estaba preguntando?*

Al fondo, en la cocina, escucho como Kaoru comienza a fregar los platos. Llena un barreño de agua y limpia uno a uno, con delicadeza. Intento imaginar cómo puede funcionar un sistema de fontanería ilegal en un lugar como este. El Comandante engulle lenta y cuidadosamente su plato, sin apenas mirarme mientras hablamos. Empiezo a pensar que me ha traído únicamente para tener alguien nuevo con quien hablar que aún no sé haya cansado de sus desvaríos.

- *¿Sabes? Hace años, los clips duraban casi diez minutos. Después pasaron a cinco, luego a dos. Ahora… ¿cuánto dirías que duran?*

(Por todos los dioses, basta)

- *No tengo ni puta idea, no tengo CIR, ¿recuerdas?*

- *De media, entre diez y veinte segundos. Treinta con suerte.*
- *Empiezo a arrepentirme de haber venido.*
- *Lo que quiero decir es que tienes que aprender a tener paciencia. Que no tengas CIR no quiere decir que no hayan modelado tu mente con un modo de entender el mundo muy concreto. Vivir en la Pasarela es contagioso, y no hay otro sitio al que ir, o eso te hacen ver. Así que, lógicamente, acaba afectando* - coge un pequeño vaso de plástico y se sirve un líquido sucio y translúcido, similar al té blanco sintetizado - *Sí, te voy a hablar del contrato, pero… no estás aquí sólo por eso, ¿verdad?*
- *No se me ocurre ninguna otra razón para haberme jugado el cuello viniendo hasta el mismísimo culo de la Pasarela y arriesgándome a que me vuelen la cabeza antes tan siquiera de bajarme de la moto.*

De golpe, la imagen de Ka buscándome entre las ruinas de una antigua mina, probablemente convencida de que dos matones me habían enterrado viva, acude a mí cabeza. Y me doy cuenta de que me preocupa más hacerle daño que morir. De que la persecución pasará a ser una horrible anécdota, pero su mirada de agotamiento y hastío siempre se me quedará claravada.

Sacudo sutilmente la cabeza, tratando de expulsar esos pensamientos. La comida que tengo frente a mí me ayuda a ello.

- *Deja de fingir que nada te importa* - me mira. De frente. Me resulta extraño, parece ser algo que únicamente reservado para momentos concretos, momentos en los que la atmósfera se compacta y las palabras se cuajan - *deja de intentar, no sé, impresionarme, o hacerme creer que eres una mercenaria cínica y sin escrúpulos.*
- *Y tú deja de hablarme como si fueras mi mejor amigo. O mi padre. O mi maestro. Estoy aquí por un trabajo, y aunque te agradezco la comida, no he venido para saborear vuestras recetas tradicionales.*
- *El Subcomandante Kioji me ha contado todo lo que has hecho en la superficie. Tus movimientos. Tu actitud. Todo. Tu pequeño espectáculo. Querías llamar nuestra atención.*
- *Digamos que no se me dan bien las relaciones sociales. Siempre son otros los que negocian los contratos. Yo me limito a robar cosas mientras evito que me maten.*

Su foco de atención regresa de nuevo al bol con comida. Mastica pausadamente. Pero no parece hacerlo para gozar de cada milímetro del alimento, si no como parte de un ritual. Un mecanismo. Una rutina.

- *Ya. Permíteme que dude de eso. Puede que no sepas muy bien cómo tratar con la gente, pero no eres estúpida. Y, aunque estoy seguro de que te encanta meterte en los agujeros más peligrosos sin pensártelo dos veces, no has venido hasta aquí solo por el dinero.*

De repente, caigo en la cuenta de que, pese a las voces que se acoplan entre sí a lo largo de la extensa calle central por la que hemos venido, pese a las conversaciones que se deslizan hasta mis oídos, procedentes de algún vecino cercano, apenas noto el chirriante descenso a la locura que es vivir envuelta en tráfico, en chillidos, en voces de IA vomitando eslóganes y ads las veinticuatro horas, todo bajo el caminar nervioso de millones de personas.

Estoy relajada. Y no debería estar relajada.

- *Mientras el Subcomandante te traía hasta aquí, he llegado a pensar que, quizás, pretendías traicionar a tu tío, o que habías montado tu propio grupo de por libre. Pero, al observarte, me doy cuenta de que no se trata de nada de eso, ¿verdad?*
- *¿Al observarme? ¿No han sido también los rumores, que te han contado lo que hago aquí realmente?*

(Si quiere jugar, juguemos)

(Midori, cielo, basta. Deja de tirar piedras)

De repente, dudo de si son las Voces las que me están recriminado, o si es mi propio cerebro. Esa parte de mi cansada de mí misma.

- *Venga, sorpréndeme, ¿de qué se trata?¿Qué hago aquí? Pareces conocerme muy bien, ¿no?*
- *Midori, por favor, deja de jugar.*

Unos pasos ligeros, acompañados de otros más pesados y lentos, atraviesan el pasillo de cemento y metal situado frente a la puerta del local. Vecinos, quizás. Aún me cuesta pensar en esta ciudad como en algo más que un teatro de marionetas lleno de gente armada.

(*Oye, ¿recuerdas a Kalea? Sigue fuera. Amenazada por varios fusiles. Deja de recrearte y salta ya a la piscina. Has arrastrado a demasiada gente hasta este lugar, hasta este momento, como para seguir dando vueltas, fingiendo*)

(*Joder. Kalea*)

Aparto el bol situado frente a mí y apoyo los codos sobre la superficie raspada de la barra. Cojo aire muy lentamente. En parte por necesidad. En parte para disfrutar de un lugar que es algo que no debería ser. Un lugar con aroma a especias. Un lugar que me gusta, y no me debería gustar.

- *Quiero largarme. Largarme lejos. Sé que no encajo aquí, y no, no me refiero a esa basura decorada y melodiosa que cantan algunas Neuros. No me ha dejado mi novio y ahora me siento sola y perdida en un mundo que no me comprende* - si me escuchase Ki-Sung me escupiría en la cara. Adora cualquier canción en la que una chica mona y guapa habla de cómo es más fuerte y poderosa desde que superó una terrible ruptura tras seis meses de relación - *lo que quiero decir es que…* - me callo. Sé exactamente lo que quiero decir, pero son demasiadas las veces en las que vomitarlo únicamente ha traído gestos de asco, cansancio y apatía - *mi cabeza está rota. O no funciona igual. Puedo hacer, ver, sentir cosas que, creo, nadie más puede. Y, antes de que preguntes, no, no tengo implantes ni nada similar. Es… algo dentro de mi puto cráneo que me chilla, que me avisa, que me permite ver lugares que no debería poder ver, escuchar sonidos que no debería poder escuchar y golpear como si mis brazos fueran de aluminio reforzado. Pero no tengo ni idea de qué me pasa, y ni siquiera puedo controlarlo. Yo no pertenezco a este lugar. Y lo llevo sabiendo desde que soy una maldita cría.*

Ya está. He excretado todos mis deshechos delante de un desconocido vestido con ropa de camuflaje y que lidera un grupo paramilitar. He debido superar alguna marca personal, probablemente. El Comandante clava su mirada en mí, con la serenidad de una plancha de aluminio que acaba de enfriarse, pero que aún no puedes tocar si no quieres que te salgan ampollas en los dedos. Su respiración es pesada, silenciosa. Puedo notar como llena sus pulmones hasta que no cabe ni un solo gramo más, y después los vacía muy pausadamente. Abre la boca, lo justo y necesario para que las palabras puedan salir de una en una, en orden, sin precipitarse.

- *Y pensaste que, si nos ayudabas, nosotros podríamos mostrarte como salir fuera, más allá del muro.*

(Reconócelo. Reconócelo, estúpida)

- *Sí. Más allá del muro. O, incluso, de la Cúpula.*
- *Um…* - lo de la Cúpula no se lo esperaba. Me gusta guardarme alguna sorpresa para el postre. Aunque esta ha sido inesperada incluso para mí - *nadie ha salido nunca al exterior. Dicen que podrías morir a causa de la radiación, y que todo cuanto verías sería un yermo desolado.*
- *¿Dicen?*
- *He aprendido a no fiarme, pero tampoco sé qué hay exactamente fuera, así que de momento solo tenemos la versión oficial* - poco a poco, los hombros del Comandante se van relajando. Dejando hueco para el calor. Para un calor que, en teoría, no se puede permitir delante de una desconocida que ha aparecido en su puerta con un montón de chistes malos y una propuesta - *entiendo. ¿Y por qué deberíamos ayudarte? Eres distinta, extraña, lo reconozco, pero la información que me pides es algo que, incluso aquí, pocos conocen.*
- *No tienes ninguna maldita razón para ayudarme. Pero tampoco la tenías para arriesgarte, dejándome entrar en el Protectorado. Podría no ser Midori, si no una hana-bi, o una espía.*
- *La peor espía del mundo*
- *Indudablemente, pero una espía.*

En algún punto indeterminado de la conversación, el cocinero se ha llevado nuestros cuencos y nuestros hashi, tan sigiloso como un mosquito mudo, uno de esos bichos mutados que se cuelan a través de la ventana entre las tres y las cuatro de la madrugada y te llenan el cuerpo de picaduras sin que te enteres. Me planteo seriamente recomendarle que se busque una profesión más rentable, como el robo de datos corporativos o el timo callejero en Nueva Aorta.

Tras limpiarme los labios - bañados en especias picantes. Me besaría a mí misma - y tratar de desincrustar un pedazo de carne enquistado entre dos de mis muchas muelas picadas, me incorporo en la silla, y me obligo a recuperar una de mis habituales miradas de chica simpática pero demasiado ocupada para seguir siendo sincera.

- *Vale, ya te he contado por qué estoy aquí realmente. Y, sinceramente, me sorprende incluso a mí misma haber sido tan absurdamente honesta. Pero ahora te toca a tí. Necesito respuestas.*
- *Lo veo justo*

- *¿Qué tiene mi tío que no tenga ninguno de tus camaradas aquí?*
- *Bueno* - eleva la mirada al techo, sin apenas mover la cabeza. Frunce el ceño, pensativo - *dime si me equivoco, pero cada vez que alguien necesita sustraer cualquier clase de información cifrada o pieza especialmente delicada, recurre a vosotros, ¿no?*
- *Entiendo, necesitas robar algo.*
- *Algo almacenado en un terminal que ninguno de nuestros especialistas podría desencriptar. Tú lo has dicho, lo nuestro no es la tecnología.*
- *Y tú me has respondido educadamente que me meta en mis asuntos*
- *Ya…*

(Duda. Quiere ser honesto conmigo. Así que aquí viene otro momento de sinceridad. Este día está resultando fantástico. Dentro de poco incluso podremos salir juntas de fiesta sin que nuestros padres se enteren y tener un saludo secreto. Que bien.)

- *No 'odiamos la tecnología', como tanto insisten en decir. Algunos de nuestros miembros sí, pero ese no es realmente nuestro objetivo. Es la Net. Siempre ha sido así. Bueno, más bien la Torre, pero sin la Net, sin todos esos CEOs autocomplacientes y orgullosos de sí mismos, sin todos esos Neuros y sus tips bajos en calorías, la Torre no sería más que un montón de vidrio y acero lleno de gente asustada. Y no hay nadie que esté más asustado que Min Kwŏk.*
- *Perdona, ¿quién? Creo que no me lo hayan presentado.*
- *Min Kwŏk. El patriarca de la familia Wian. La persona que ha decidido que tú y yo valemos menos que una camiseta estampada o un batido de proteínas* - De nuevo, el cacharro tosco de su bolsillo comienza a parpadear. Y, de nuevo, lo apaga con un movimiento rápido y se lo vuelve a guardar - *O, más bien, el descendiente directo de las personas que decidieron eso mismo hace ya mucho tiempo.*
- *Vale, entonces los drones y los implantes subdérmicos os dan igual, a vosotros os jode la Net.*
- *Una vez más, no es tan simple. Casi toda la tecnología actual está al servicio de un sistema, de un conglomerado empresarial. Y el eje central de ese conglomerado es la Net. Así que… bueno, todos esos drones e implantes de los que hablas, los odiamos y no los odiamos. Son herramientas.*
- *Ya. Me empiezas a recordar a un tipo sin nariz y con un severo trauma al que quiero mucho, pero que está casi tan trastornado como yo* - de golpe, me doy cuenta de que no he vuelto a saber nada de Yaropolk desde que dejé su clínica. Le echo de menos. Visto lo visto, sus delirios entre polvo de detergente y matarratas no parecen ser algo tan absurdo y bizarro. Seguro que aquí se sentiría como en casa - *entonces, que nos desviamos de lo importante… necesitáis que robe una información de un terminal. Genial. ¿El qué, y dónde puedo encontrarlo?*

Pienso en mi tío. En las, aproximadamente ciento cincuenta palabras que hemos intercambiado en los últimos diez años. En sus retinas, frías y vidriosas. En su peinado perfecto, rematado con un pequeño moño pulido. En su ropa, elegante, rígida. Mi tío. Bushida Azumi. Hace mucho que no le reconozco, si es que alguna vez lo hice. Tal vez antes no me atrevía a decirme a mí misma lo que ahora me grito al oído una y otra vez: que nunca fue mi familia. No realmente.

(*Y aquí estás. A punto de firmar un acuerdo con quienes él no quiso, o no se atrevió, o a quienes no consideraba dignos. Es un buen paso*)

- *Lo que necesitamos está guardado en un dispositivo en la Casa de Apuestas Ikigai.*
- *A ver, espera* - mis ácidos gástricos comienzan a salpicar frenéticamente las paredes de mi estómago. Aprieto los dientes - *ese es uno de los casinos más importantes de toda la Pasarela. Una de las joyas del clan Togishi. Lo sabes, ¿no? Quizás estás aquí abajo, viviendo tu fantasía social, pero incluso entre los Ludd tenéis que saber algo así.*
- *Conocemos perfectamente cada detalle de la Pasarela* - carraspea. Tal vez sea el picante, o tal vez que he vuelto a arañar donde no debía. Incluso él tiene orgullo. Benditos seres humanos - *¿No te ves capaz de llevar a cabo el trabajo?*
- *No, no* es eso - No, no me veo capaz. Pero lo haré. Lo haré, y el propio Comandante me tendrá que sacar de la Pasarela en brazos - *pero es que nadie ha robado nunca allí. Unos cuantos lo han intentado, y ahora sus CIRs se venden en el mercado negro.*
- *Lo sé. Pero yo no te estoy pidiendo que robes la caja fuerte. Ni que indagues en sus despachos. Llevamos meses vigilándolos…*
- *Espera, ¿a eso os dedicáis?*
- *Tenemos ojos en muchos puntos relevantes de tu querida ciudad. Así sobrevivimos* - baja la mirada. Se frota el ojo izquierdo. Está cansado. Ahora que lo pienso, tiene aspecto de no haber dormido mucho. Aunque, supongo es el aspecto que tenemos todas en la Pasarela - *como te decía, de todas las ubicaciones en las que tenemos infiltrados y equipos de observación, esa es en la que más movimientos extraños y erráticos hemos visto en los últimos tiempos. Y no solo por las entradas y salidas de dinero. Ahí dentro está sucediendo algo, y cuanto más se aproxima la fecha de la Lotería, más agitación parece haber. No estamos seguros de qué se trata, pero puede estar relacionado con la propia Lotería, o con la Torre.*
- *Siento desilusionarte, pero en una casa de apuestas la gente… apuesta. Y en esa, las cantidades de Kwŏk que se mueven son insultantemente grandes. Yo diría que un montón de tipos con demasiado dinero y tiempo libre están apostando quién saldrá o no en la Lotería. Yo he visto a gente en casinos jugarse su vivienda apostando por quien subiría o bajaría puntos en el ranking de los Paneles de Evaluación Diaria.*

Una mosca cruza la diminuta sala y se apoya junto a unas gotas de salsa que han salpicado encima de la barra, junto a un pequeño tarro con sal. Insectos. Especias. Carne. Jabón. Sin visores de RA. Sin suscripciones. Es todo demasiado extraño, demasiado irreal. Demasiado vivo.

Quizás tenga razón. Quizás las cosas no sean blanco o negro.

- *Midori* - segunda vez que utiliza mi nombre. Ahora reverbera el eco de una inquietante familiaridad. Me siento vulnerable, y no me gusta - *la Lotería está controlada. No es ningún secreto que se sabe quién va a salir y quién no, del mismo modo que no es ningún secreto que todos los clanes intentan meter sus pezuñas entre los elegidos, para tener ojos dentro de la Torre.*

- *No me debería extrañar que los Ludd seáis partidarios de las teorías conspiranoicas, pero aún así me desilusiona un poco comprobarlo, la verdad*
- *Vale, olvida lo que he dicho…*
- *y, aún así, ¿por qué darle tanta importancia a la Lotería? Son solo personas desesperadas que quieren ver su cara al otro lado de sus pupilas empañadas, que quieren que les adoren. Desde que nacen y les incrustan ese pedazo de plástico en la cabeza, ese es su objetivo. Es lo que nos enseñan, cada puto día de cada puta semanade cada puto mes de cada puto año.*
- *Personas desesperadas que pueden acabar siendo Neuros. Eso quiere decir, personas que pueden acabar teniendo una influencia nunca antes vista sobre millones de seres humanos. Millones de seres humanos que van a modelar su día a día en base a lo que vean en esos clips. Son la voz de la Torre. La voz de la Pasarela. ¿Tú meterías en tu casa a alguien a quien no puedas controlar? ¿Dejarías que hablase en tu nombre? Dudo que los Wian sean tan permisivos.*
- *Yo no metería a nadie en mi casa.*

La mosca, ya saciada, se dedica a golpearse estúpidamente contra las baldas y los tarros que abarrotan el local. Como si de un escape de gas se tratase, una imagen - dos, tres, cuatro quizás - acude a mi cabeza. La imagen de esa mosca volando por encima de todas nuestras cabezas, llegando donde nadie más llega. Pudiendo ver la ciudad desde lo más alto, sabiendo que es de los pocos seres vivos, más allá de los humanos, que habitamos dentro de esta cárcel aparentemente dorada.

- *En cualquier caso, te parezca ridículo o no lo que te cuento, algo está sucediendo ahí dentro. Sabemos que hay toda una red de pasillos por debajo del casino, pasillos que no parecen encajar con los planos oficiales del propio local. Pasillos que no deberían estar ahí, en los que, creemos, guardan diversos terminales de seguridad no conectados al ordenador central del casino. Ahí está el verdadero corazón de la Casa de Apuestas Ikigai* - se incorpora. Me está diciendo con todo su cuerpo que ya va siendo hora de que volvamos. De que nos pongamos de acuerdo y cerremos el trato. De que nos movamos. De que no llenemos este local con más aire enfermo - *El lugar donde sucede algo que no está online, que nadie registra. El lugar que nadie sabe que existe.*
- *Nadie excepto vosotros, por lo visto. Y me imagino que no habréis descubierto todo esto por las buenas, preguntando educadamente.*
- *No preguntes y no te mentiré.*
- *Incluso los ideales más puros tienen que llenarse un poco las manos de sangre, ¿no?*
- *Sí. He matado gente. Y mis hombres. Y lo volveríamos a hacer. Pero tú tampoco estás a salvo de ese mismo pecado, ¿no?*

Maravilloso. Un latigazo en la nuca justo cuando más lo necesitaba. Dicen que nunca te olvidas de la primera persona a la que le quitas la vida. Realmente, no te olvidas de ninguna de ellas. O, al menos, a mí no me ha pasado con ninguna de las siete. Tres de las cuales ni tan siquiera estaban involucradas en un robo; simplemente aparecieron cuándo y dónde no debían, y yo acepté la hiel, la saliva amarga y los terrores nocturnos. El precio a pagar por ser otro insecto más con vida en esta ciudad.

Un cansancio espeso y opresivo comienza a escalar desde mis talones, debilitándome, marchitándome. Quizás mi cuerpo se ha recuperado de la persecución a la que me han sometido hace apenas un par de horas, pero mi cabeza sigue supurando restos de ansiedad.

El contrato. Volvamos al contrato.

Lo haré.

Sí, lo haré.

Me levanto y sigo al Comandante fuera del local. Resulta extraño vivir bajo tierra. El tiempo se dilata y se contrae, y no existe más diferencia entre el día y la noche que la que quieran darle unos focos artificiales, unos horarios reglados y unas necesidades hormonales.

- *Me cuelo en ese laberinto de pasillos que oficialmente no existen, robo información de un terminal…*
- *Una GoLM 23*

Un modelo muy similar al que vi en el dormitorio del dorado del edificio Noboru. Vuelvo a recordar la caída. Los veinte pisos. Kailani.

(*Kailani, más te vale seguir viva, maldita zorra biónica. Te necesito más que nunca. Te prometo que si descubro la forma de salir de esta ciudad, te obligaré a venir conmigo, aunque no quieras. Y no querrás*)

(*centrate, Midori. Céntrate. En serio*)

- *… vale, una GoLM 23. Saco lo que haya ahí dentro y os lo traigo. ¿Y ya? ¿No os interesa también que le inyecte un virus a su bello aparato de última generación?*
- *No. Eso levantaría sospechas. Queremos tener la información de primera mano, pero de nada sirve esa información si ellos saben que alguien más ha accedido a ella.*

Con paso firme, bajamos por la misma escalinata por la que vinimos; un cosquilleo me recorre los muslos, la columna vertebral, la nuca. Tengo la impresión de haber vivido aquí. De haber pasado años de mi existencia aquí abajo. Sé que no es así, sé que nunca antes he venido, pero una parte de mí siente que en este lugar yo sobraría menos de lo que ya sobro en la superficie.

Un pequeño ataque de pánico acude a mi, mientras pienso en el mundo que me espera fuera. Un mundo de hologramas, zonas de inmersión dirigida, clips en directo, velosensores y pupilas empañadas. Decido centrarme en mi próximo trabajo, un trabajo que - probablemente - me cueste un par de disparos en los intestinos y un futuro esperanzador, despedazada y almacenada en bolsas de basura en el congelador industrial de alguna carnicería del Mercado de Dientes y Huesos.

- *Perfecto. Dame dos días para prepararme, para conseguir material, ya sabes, el protocolo habitual. Dime, ¿Cómo querrás que nos mantengamos en contacto?*

- *Verás* - no. Nada bueno llega detrás de un '*verás*' cuando estás negociando algo asquerosamente ilegal - *necesitamos que se lleve a cabo antes de la Lotería. Y es en menos de día y medio. Mis hombres te darán una moto mejor que el cacharro robado en el que has llegado*, *y de ahí deberás ir directamente a la casa de apuestas.*
- *Eso es absurdo. Necesito herramientas. Quizás sea distinta y especial y mi cabeza me regale voces y atardeceres paranoides, pero aún no soy capaz de robar información de un terminal sin un buen equipo.*
- *Te lo suministraremos nosotros. La soldado Healy será tu enlace, y te conseguirá todo lo que necesites.*

No me gusta. No me gusta nada. Esto es muy precipitado. Debería negarme. Debería agradecerle la comida, decirle lo hermosa que es su ciudad y mandarle a la mierda. Debería salir de aquí, abrazar a Kalea - aunque dudo que quiera ni tan siquiera tocarme - y desaparecer.

Esto no va a salir bien. No así.

- *¿Algún problema?*

Muchos. Muchos problemas. Ahora lo veo claro. Todo esto es una locura. Otro plan retorcido, como el del edificio Noboru. Otro de esos pantanos en los que me hundo porque nadie más quiere hacerlo. Porque nadie más es tan idiota. Porque nadie más tiene tantas ganas de que le rajen la garganta y se beban su sangre.

Obviamente no digo nada. No creo que llegue viva a los veinte años. Tampoco contaba con ello cuando tenía doce.

- *No, todo bien* - al llegar de nuevo a la avenida principal me doy cuenta de que hay más gente. Las luces han ampliado su número y su variedad de colores, y puedo notar como en algunos lugares el suelo está teñido de tierra batida. Mis pies agradecen su tacto - *te reconozco que no me convence mucho hacerlo así, pero vale.*
- *Lo entiendo* - por tercera vez, el Comandante saca el transistor pesado y romo de su bolsillo. Ya no parpadea, pero ahora es él quien levanta una pequeña pestaña y presiona un botón oculto - *Subcomandante Kioji, digale a la soldado Healy que venga a la intersección con la séptima* - me mira, sin dejar de presionar el pequeño interruptor. Sus pupilas tiemblan levemente - *y dejen libre a la rehén.*

Bien. Kalea ya puede largarse. No sé si me aterra más que, cuando salga, ella siga fuera y me regale silenciosamente todo su odio y su decepción, o que se vaya y no vuelva a saber de ella nunca más. Me siento una cucaracha egoísta y miserable.

De hecho, es lo lo soy. Una cucaracha egoísta y miserable. La Pasarela puede sentirse orgullosa de lo que han conseguido.

- *Vale, yo me voy. Te sorprenderá, pero tengo otros asuntos que tratar. Espera junto a ese punto de control* - señala un pequeño bunker en el que dos soldados charlan y fuman cigarros reciclados - *en seguida llegará Healy. Ella te llevará hasta nuestro*

almacén. Si no encuentras ahí lo que necesitas, pídeselo, y en un par de horas te lo habremos conseguido.
- *Veo que también se os da bien negociar en el mercado negro.*

No me responde. Se acabaron las pullas, los chistes malos y la confianza paterno-filial. Vuelvo a ser una invasora. Simpática, pero una invasora. Aunque ahora con un contrato firmado con sangre que garantiza que mi vida está un poco más hundida y jodida de lo que estaba antes.

Seon me lanza una última mirada - *puedo llegar a detectar un atisbo de cariño. Hace apenas un par de horas que nos conocemos. Empiezo a creer que soy una persona realmente agradable, quién lo iba a decir. Aunque tal vez solo sienta lástima por lo que me espera* - y se da media vuelta. Instintivamente, le llamo, como si fuese un viejo amigo que me ha metido en una batidora y del que aún no me quiero despedir.

- *¡Comandante!* - ¿he dicho antes, en algún momento, su nombre en voz alta? Creo que no. Suena extraño. Incómodo. Pero me gusta - *tengo una última pregunta. Bueno, un par de ellas.*

Se gira. No parece molesto, pero deduzco por su mueca que no le apetece regalarme más diatribas ni charlas. Aún así, abre la boca antes de que a mí me dé tiempo a decir nada.

- *No, no hemos tenido nada que ver con el ataque de los Jumong.*
- *¿Qué…?*
- *Te lo he dicho, tenemos ojos y oídos por toda la ciudad. Y, créeme, si alguien entra en nuestra zona, o simplemente se acerca un mínimo, conduciendo un MB1 a toda velocidad y disparando como un loco, nos enteramos.*

Me quedo más tranquila. Y, al mismo tiempo, más inquieta. Apenas me quedan opciones, y no me agrada en absoluto la idea de estar en la diana de alguien a quien no conozco y a quien no puedo localizar

- *Y, visto lo visto, debes haber cabreado a gente con bastante poder. O, al menos, con bastante dinero. Esos dos parecían ser de los caros.*
- *Sinceramente, eran un poco inútiles.*

(Así me gusta, cariño. Manteniendo tu ego intacto. Que nunca falte un comentario mordaz e irónico)

- *Dime, ¿algo más que quieras saber?*

Le miro, arqueando una ceja. Pese a que su revelación sobre los Jumong me genera muchas más preguntas, finjo indiferencia ante ese tema y decido pasar a otro. De repente, el tipo tranquilo y reflexivo que me ha invitado a comer parece tener una prisa que, hasta ahora, no había reflejado en su comportamiento. Decido ignorar su lenguaje corporal y su mirada penetrante, y opto por seguir creyéndome que me he ganado una confianza que, realmente, nunca tendría conmigo.

- *¿Cómo habéis logrado tener una ciudad entera bajo las narices de la Torre sin que os hayan mandado un ejército?*

- *Bueno…* - su boca se convierte en una fina línea estrecha y encorsetada. Cierra los labios con fuerza, dejando huir las palabras casi como un silbido - *La Pasarela se está haciendo pedazos. Detrás de todas esas juntas de accionistas, detrás de todos esos millones de subscriptores regalando su tiempo a sus Neuros favoritos, detrás de todos esos vehículos cargados de mercancías y todos esos tipos elegantes entrando y saliendo de sus oficinas, detrás de todo eso lo único que hay es un abismo. Esta ciudad se está rompiendo en trozos cada vez más pequeños y frágiles, y cada clan, cada grupo criminal, quiere su parte* - con un gesto mecánico, más similar a un ademán nervioso que a un gesto calculado, se introduce la chaqueta de camuflaje por dentro del pantalón - *el Clan Somun, la Hermandad, los hijos de Riúrik… son demasiados imperios dentro de una misma colmena. Y antes o después, esos imperios reclamarán lo que consideran suyo. Nosotros no somos más que otro de los problemas de la Torre, y según a quién le preguntes, ni siquiera somos el más grave* - Se toca el pelo con los dedos de la mano derecha. Otro movimiento nervioso. Otro gesto involuntario - *y, bueno, también ayuda tener sobornados a casi todos los hana-bi de esta zona.*
- *Los Hijos de Riúrik* - como un martillazo, ese nombre cae sobre mi esternón, quebrándome varias costillas y un par de recuerdos. Doce miembros de la familia han muerto a manos de esos psicópatas dopados. Intento contener la ira efervescente que escala a través de mi tráquea - *nunca he tenido el placer de cruzarme con uno de ellos, pero me encantaría regalarle una bala en el estómago al tipo que los dirige.*

(*Espera, ¿Han sido ellos, los que me buscan, los que han mandado a dos sicarios a por mi? Los putos Hijos son demasiados orgullosos como para pagar a alguien para que haga el trabajo sucio - el trabajo que, por otro lado, les encanta hacer -. Pero, por otra parte, son los cabrones que más nos odian ahora mismo*)

(...)

(*¿Han sido ellos? ¿Han sido los Hijos de Riúrik?)*

Silencio. No obtengo respuesta. Tampoco la esperaba.

Lentamente, el Comandante se acerca y se coloca de nuevo a mi lado. Ha notado mi tormenta de pensamientos. Amaga un movimiento torpe y embarazoso; deduzco que intenta apoyar su mano sobre mi hombro. Finalmente no lo hace, y yo se lo agradezco profundamente. Me quedaré con la intención.

- *Yo los evitaría. Normalmente, cruzarse con un Hijo suele significar que acabas muerta o con alguna extremidad menos. Por lo visto, sus antepasados fueron los últimos dorados en llegar a la Pasarela cuando ésta aún era una ZES, poco antes de que el mundo reventase del todo y tuvieran que levantar la cúpula. Desde entonces viven odiando a todos aquellos que no son de su propia sangre, incluyendo a otros dorados.*
- *Pensé que eso era cosa exclusiva de la Hermandad …*
- *No, la Hermandad odia a todo lo que no tenga la piel blanca como la leche cuajada. Los Hijos… bueno, los Hijos odian a todo el que no sea uno de ellos. Aseguran ser los descendientes directos de la una antigua nación llamada la República Roja, y*

están realmente orgullosos de su pasado y de su historia. De hecho, a veces llegan a despreciar más a otros dorados que a nosotros.

En lo alto de una escalinata adornada con banderas desteñidas y leds de colores, dos soldados se saludan efusivamente. Los observo, mientras pienso en todo lo que me cuenta el Comandante y trato de aplacar la oleada de chillidos que no dejan de soltar mis jugos gástricos.

- *Ya… te diría que gracias por la lección de historia, y que me hace tener una perspectiva distinta, pero la verdad es que sigo pensando en abrirle las tripas a alguno con mis propios dedos.*

No responde. Me mira igual que Kailani cuando ve que no puede contener el magma bullendo a través de mis lacrimales, a través de los poros de mi piel sudada. Con un gesto sutil vuelve a despedirse, alejándose con pasos amplios y seguros. Creo que es la primera vez que le veo caminar tan rápido.

Me quedo sola, observando el mundo extraño, casi onírico, que me rodea. Decido acercarme al punto de control, más segura que nunca. Más nerviosa que nunca. Más perdida que nunca.

Kalea, lárgate mientras puedas.

CAPÍTULO 18

La luz coagulada y fea de la mañana ha dado paso a la luz sofocante y fea del atardecer. La soldado Healy y yo salimos al exterior a través de una trampilla oculta, una distinta a la que usé para llegar hasta aquí. Entorno los ojos, tratando de evitar que los rayos de sol me tuesten las córneas; si bien resulta difícil distinguir el cielo a través de las nubes de gas que flotan por encima de nuestras cabezas, puedo notar el calor arañándome los globos oculares.

(*¿Cuánto tiempo he estado bajo tierra? ¿Sigo siendo la misma persona que era cuando entré?*)

Healy sujeta con fuerza una mochila negra cargada con toda la chatarra necesaria para el robo de datos. Lectores DataP modificados. Una pequeña consola portátil con un software de desencriptado tan ilegal que hasta Ki-Sung se sentiría culpable usándola. Dos tarjetas de interfaz universal (dos mejor que una. Lo aprendí por las malas en mi segundo trabajo, pese

a que me habían avisado). Un interceptador. Incluso un puto generador de EMP y un dispositivo de spoofing biometrico. Claramente llevaban organizando este ataque desde hace bastante tiempo; se trata de material demasiado específico y demasiado caro como para tenerlo almacenado sin una buena razón de peso. Los únicos que trabajan con esta clase de productos, al margen de las empresas de defensa digital, son los criptotalleres, y están muy vigilados. Demasiado.

La verdad, me siento como si fuera mi cumpleaños y por fin alguien se hubiese acordado.

- *Puedo llevarlo yo, no te preocupes*.

No habla. Desde que ha venido a mi encuentro ha mantenido en todo momento los labios cerrados, con la excepción de seis o siete preguntas rápidas y cortas. Me cuesta distinguir si se trata de su férrea disciplina militar o de resentimiento a causa de nuestro encontronazo previo.

Como si despertase de una incómoda resaca de estimulantes y licor de barato, mi instinto por fin abre los ojos. Supongo que hoy lo he sometido a demasiado estrés. Poco a poco noto como una avalancha de estímulos se precipita sobre mí, ahogándome bajo una masa de datos inconexos, imágenes y sensaciones. Muchas sensaciones. Información, en general, que yo no he pedido.

(*Un poco de tregua, por favor. A veces bastante me cansan mis propios pensamientos, como para que me lancéis todo esto sin avisar*)

Rápidamente llegamos hasta un portón elegante a medio construir. Lo cruzamos y comenzamos a andar a través de los cimientos de un edificio que prometía ser un nuevo y prometedor centro financiero.

El primero en toda la -3.

De golpe, noto algo de lo que, hasta ahora, no había sido consciente en absoluto: la rodilla de Healy chirría muy ligeramente con determinados movimientos. Una imagen mental - otra que no he pedido - acude a mi cabeza, como un escaneo, como un fotograma congelado. Y lo veo. La pierna de mi querida acompañante es biónica. Una prótesis militar de sexta generación. El titanio le llega hasta la cadera.

(*¿Cómo lo sé? De nuevo, ni idea. Supongo que es cosa vuestra, ¿no?*)

(*Si. Y tuya. Insistes mucho en hablarnos como si fuéramos ajenas a ti*)

(*¿Sabéis? A veces no sé cuándo vais a responder y cuando no*)

El interior del edificio huele a cal húmeda y yeso podrido. Pero también a insectos, a tierra batida y a moho. Resulta gratificante, un soplo de aire fresco en una ciudad que únicamente apesta a humo, sudor rancio y goma quemada; una ciudad en la que todo experimento climatológico - lluvia artificial, rotación de estaciones - ha acabado fracasando.

- *¿Por qué tuviste que ponerte el implante? ¿Enfermedad? ¿Una explosión? ¿Algún accidente?*

Se detiene de golpe. El mantillo de fluocarbono y HDPE que cubre gran parte del suelo cruje bajo nuestros pies. Probablemente se trate de tuberías para aguas residuales o para cableado interno que han acabado convertidas en cadáveres acartonados. Era obvio que le iba a molestar mi pregunta. ¿La he hecho por eso? ¿Quiero hurgar en la herida, ver las venas de su frente hinchándose, o simplemente me siento culpable y estúpida por mi comportamiento y necesito que me grite?

- *No es asunto tuyo* - me mira fijamente. No tiene la necesidad de desafiarme. No tiene la necesidad de pararse. Pero lo ha hecho - *mira*, *ni a mi me interesa tu vida ni a tí la mía, así que deja de intentar entablar conversación o meterte donde no te llaman. El Comandante me ha ordenado que sea tu contacto durante el robo de información, y punto.*
- *Bueno, en una situación así me gusta pensar que la persona que está al otro lado del transmisor mientras me juego el cuello se preocupa por mí lo suficiente como para evitar que me abran un agujero en la cara. No intento que seamos amiguitas del colegio, solo sentir que puedo confiar en ti.*
- *Haré mi trabajo, y lo haré bien. Si mueres, no será por mi culpa.*
- *Eh… gracias* - nubes de polvo microscópico, ligeramente verdoso, flotan a nuestro alrededor; las sinapsis de mis neuronas se iluminan como los neones de un bar de copas recién inaugurado, y puedo distinguir cada insecto, por diminuto que sea, resguardándose dentro de los huecos para paneles informativos que nunca llegaron a instalarse. Aquí aún perdura una vida que muchos no saben que existe. Me siento extrañamente cómoda - *me tranquiliza muchísimo.*

De nuevo, guarda silencio. Aún no me desprecia - demasiada gente tiene ese honor, por lo que sé distinguir demasiado bien un gesto de soberbia y desdén cuando me lo regalan - pero noto como la gravilla se mete por cada recoveco de su cerebro. Un cerebro que no entiende por qué me han dado este trabajo, por qué su idolatrado líder ha confiado en mí.

Se da la vuelta y continúa con su trayecto. Sus pasos son ahora más calculados, más pausados, al igual que su voz, que da la impresión de haber descendido medio tono.

- *Por muy impresionantes que sean tus trucos de magia, más te vale no comportarte como una niñata cuando estés dentro de la casa de apuestas Ikigai. De nada te servirán tus… dotes adivinatorias si acabas rodeada por veinte guardias pagados por el clan Togishi* - ¿dotes adivinatorias? ¿eso soy ahora? ¿una tecnochamán que lanza huesos de animal y microchips sobre una bandeja de plata a la espera de que los dioses le desvelen quién tiene un implante en una pierna o donde está la entrada secreta a una ciudad subterránea? - *Y sabes demasiado de nosotros. No nos gustaría que el esfuerzo de toda la gente que vive y trabaja en el Protectorado se resintiera porque has intentado hacerte la graciosa.*

Vale, esto ya resulta molesto. Bastante molesto. Se me da bien sentirme culpable, pero incluso yo tengo un límite. Y no estoy en la mejor de mis semanas. Un hormigueo espeso se eleva a través de mi columna vertebral, provocándome una (otra) migraña innecesaria. Se me fermentan los pensamientos y sólo quiero golpear algo o tumbarme y cerrar los ojos.

Así que ahora soy yo la que se detiene. La que aprieta los labios y los puños.

- *Haley. Soldado Haley. Te llamas así, ¿no?* - sin apenas detenerse, gira parte de su rostro y me mira de reojo - *siento si antes te ha incomodado que te haya aplastado la nuca con mi brazo. No creo que sea agradable, lo sé, pero en mi defensa diré que le estabas friendo el cerebro de la única puta persona que realmente me importa en esta ciudad* - entre la maleza que forman las voces de mi cabeza comienzo a distinguir un coro que, por fin, se pone de acuerdo - *y lamento que no te fíes en absoluto de mí, o que no entiendas por qué han aceptado trabajar conmigo. Quizás estés convencida de que mi vida es un maldito manzai lleno de bromas y putos chistes desde que me levanto hasta que me acuesto. Pero yo no pedí saber las cosas que sé, ver las cosas que veo, y es algo que, básicamente, me ha servido para sobrevivir. Porque, y estoy segura de que esto te va a hacer ilusión, a estas alturas yo debería ser un pedazo de carne colgado de un gancho en el sótano de algún bazar del Mercado Niku. ¡Hostias, si en lo que va de día me han intentado matar como dos o tres veces! Así que, sí te quieres hacer la indignada, busca alguien que esté menos jodida que tú, no más.*

A través de las paredes llega el retumbar de la maquinaria industrial que, en la distancia, continúa su trabajo. Indiferente. Apática. Taladrando. Cortando. Moviendo barriles y pallets. Desplazando materiales. La ciudad, dándonos la bienvenida.

- *En fin…* - me duele la cabeza. Ahora mismo, no tengo más energía para esto - *dejémoslo en que te agradecería que, aunque yo no te caiga bien, ni tenga por qué ser tu mejor amiga, no vuelvas a insinuar que soy una cría que no sabe hacer su trabajo, ¿vale?*

Soy consciente de que nada de esto debería afectarme tanto. Ni sus gestos, ni sus palabras, ni su actitud. Nada de esto tiene sentido. Intento ponerle freno al temblor que trata de hacerse con el control de mis extremidades, pero la verdad es que nunca antes había trabajado a solas, y estoy asustada. Sin Ki-Sung, sin Kailani. Sin alguien de la Familia. Todo esto es nuevo para mi, así que ahora mismo estoy empapada en sudor y adrenalina. En pánico. En retortijones y altibajos emocionales.

Que gran día, desde luego.

No responde. Se limita a susurrar un lacónico *'vale'*, escupido al aire. Seguimos caminando, y tras diez silenciosos minutos llegamos a la avenida principal. Reconozco el lugar, y lo que es más importante, reconozco a las personas que nos esperan al final de la calle. Pequeñas siluetas borrosas bajo un cielo naranja y plomizo. Veo el edificio en el que estaba (o está, tal vez sigue allí) apostado el francotirador. Veo los focos de obra muertos, los charcos de aceite secos y los fardos de alambre oxidado. La maquinaria herrumbrosa. Los sacos de cemento endurecido. Todos esos rincones que hace horas eran poco más que lugares tras los que parapetarse, tras los que cubrirse ante un posible tiroteo, ahora están cargados de significado.

Nos acercamos con paso firme. Al primero que distingo es al Subcomandante Kioji, que sujeta su fusil de asalto con aspecto relajado. A su lado veo a las dos figuras silenciosas e impersonales que, de camino al Protectorado, me llevaron a punta de pistola; deduzco que forman parte de una misma patrulla, y deduzco también que tienen bastantes ganas de que me largue de una vez por todas de aquí.

Y, tras ellos, sentada en el bordillo de una acera salpicada de agujeros de bala - *vale, aquí ha habido mucha mierda. ¿Por qué no vi antes esos orificios?* -, está Kalea. Sujeta una cantimplora de aluminio, de la que bebe a pequeños sorbos mientras mira al vacío con aspecto de necesitar una ducha y con una expresión de deja claro que necesita partirle la nariz a alguien. Varios rizos caen pesadamente sobre su rostro, rozando la punta de su nariz y tapándole los ojos, mientras ella trata de apartarlos con el dedo corazón de su mano biónica. Podría reconocer ese gesto en cualquier parte.

Ahora si que estoy nerviosa.

(*Venga, Midori, ni un solo comentario estúpido. Ni una sola broma patética. Te ha esperado, y eso puede ser muy bueno o muy malo. Así que, por favor, esta vez intenta ser un poco menos tú*)

Prácticamente puedo masticar el calor de la atmósfera. Me falta aire. A lo lejos, la polución desdibuja las siluetas de las fábricas y los almacenes que se erigen entre cordilleras formadas por las virutas de metal. Llegamos junto al grupo de paramilitares, y el Subcomandante Kioji me saluda con un escueto gesto de su cabeza. Detecto cierto grado de confianza, de cercanía, pero no estoy del todo segura. Kalea, sin levantarse, alza la mirada en mí dirección.

Y, efectivamente, tiene ese (*ese)* gesto. Ese amago de sonrisa forzada, corrosiva, decepcionada. Esas pupilas gélidas. Esos labios sellados, impenetrables. Esto no tiene arreglo.

Me planto delante de ella y trato de disimular los escalofríos. No lo consigo. ¿De verdad me inquieta más una bronca de mi novia que jugarme la vida en un robo?

- *¿Te ha tratado bien el servicio de habitaciones?*

(*Maravilloso. Simplemente maravilloso. ¿Qué te he dicho? Si pudiera, te pegaría una patada en la boca del estómago yo misma, pero estoy encerrada en tu cabeza, junto con todas tus amiguitas. Ellas no te van a decir que eres gilipollas, pero yo sí, tenlo claro*)

Suspira. O, más bien, bufa. Endurece el ceño, le da otro trago a la cantimplora y se levanta. Kioji se pone a mi lado, al tiempo que recoloca el arma y se retira el sudor acumulado sobre sus cejas.

- *Nos hemos deshecho de la moto robada en la que habéis venido y te hemos traído algo mejor.*

Señala un rikshas trirrueda compacto en color azafrán, apoyado junto a un pequeño muro de ladrillos. Kalea se mueve en dirección al vehículo, sin abrir la boca, sin preguntarme nada, mostrando únicamente rabia contenida y apatía.

- *Si hacéis bien el trabajo* - ¿hacéis? ¿Realmente creen que no estoy sola en esto? - *el Comandante Seon me ha dado autorización para que te ofrezca tres mil Kwŏk. Y me ha dicho que se pensará tu petición.*

Escucho a medias. No puedo dejar de mirar a Ka, sintiendo que estoy arrastrándola hacia un lugar en el que ella no debería estar. Eso es propio de mi tío, de la Familia, pero no de mi, no de nosotras. O eso creía. Tal vez yo no sea tan distinta a todos esos deshechos humanos.

Y tal vez ya no haya nunca más un *'nosotras'*.

(*Eh. Eh. Céntrate, Midori. Robo. Casino. Tres mil Kwŏk. Salir más allá del muro. Esto es lo que quieres, ¿no?)*

- *Vale. Dile que el pago está muy bien* - mentira, ganaría mucho más con cualquier otro encargo. Claramente me están ofreciendo menos de lo que le prometieron a Bushida - *, pero que es la otra parte del trato la que realmente me motiva para jugármela.*
- *Y toma* - me ignora deliberadamente. Me molesta, pero no digo nada - *aquí tienes un microhub DSN-4. Es mejor que un transmisor estándar, tiene mayor alcance y es multicanal, así que nos permitirá a todos estar al tanto de tu avance.*

Agarro con dos dedos un pequeño cilindro de plástico del tamaño de un guisante. Healy nos aborda, con los hombros algo más relajados y la mandíbula menos rígida.

- *Aquí tienes todo lo que necesitarás para entrar en la casa de apuestas y hackearla* - me entrega la mochila negra. Diría que le cuesta soltarla, pero no estoy segura - *te comunicarás únicamente conmigo, pero la idea es que haya todo un equipo pendiente de tu seguridad. Era eso lo que te preocupaba, ¿no?*

Amago una sonrisa, pero estoy más aterrada de lo que quiero reconocer.

- *Gracias. Y no te preocupes, evitaré comportarme como una niñata.*

Me doy media vuelta. Kalea me espera junto al trirrueda, con la cabeza ladeada y las pupilas clavadas en el suelo de arena y cemento.

- *El Ensanche* - la voz de Healy atrae mi atención. Me vuelvo a girar. Por primera vez, parece una voz vulnerable, empática - *no fue un accidente ni una explosión. Lo de mi pierna. No fue nada de eso. Nací en el Ensanche.*

Se aleja, sujetando su arma con fuerza mientras extrae una máscara antigás de un pequeño macuto militar que cuelga de su hombro. Únicamente el Subcomandante Kioji permanece inmovil, vigilando nuestros movimientos, esperando a que nos convirtamos en un pequeño punto distante en el horizonte.

El Ensanche. Mala zona. Muy mala zona. Lo más parecido a la Picadora que te puedes encontrar en la Sección -2, pero más bañado en supermercados y tiendas de ropa, y con una cantidad enfermiza de hologramas publicitarios llenando unas calles que ya nadie se preocupa por mantener. Hologramas publicitarios que ocultan los tubos de Umal vacíos tirados por el suelo - dos miligramos, y a dormir durante tres días - y las salpicaduras de sangre seca en las paredes. Hologramas publicitarios que nos hacen olvidar las antiguas empresas petroquímicas que operaban ilegalmente en todo ese territorio, antes de que se convirtiera en un espejismo plagado de bloques de apartamentos baratos y parques con

árboles eléctricos - casi todos cortocircuitados, por cierto -. Muchas compañías le pagaron mucho dinero a la Torre para que nadie, especialmente los Neuros, mencionase los miles de casos de bebés que habían nacido con malformaciones, tumores y envenenamientos por metilmercurio.

Al llegar junto al rikshas, veo que Kalea se ha apoderado del asiento de la conductora. No digo nada. Me limito a sentarme detrás y darle vueltas a la montaña de planes e ideas que bucean dentro de mi cabeza. Casi todos inservibles o a medio cocinar. Casi todos ellos centrados en qué hacer en caso de que todo salga mal.

Toca volver al mundo real. Ese en el que los aullidos llenan las calles y las casas. En el que nadie se va a detener si te caes de un vigésimo piso y acabas en la acera sobre un charco de sangre. Lo único que espero es que no nos encontremos de nuevo con mi querida amiga de mandíbula cromada de camino al casino.

(*Piensa en lo que te espera cuando acabes este trabajo)*

(Una fosa poco profunda. Eso me espera. Así que cierra la boca. Sinceramente, prefiero escucharlas a Ellas)

(Ellas, tú, yo… somos todas partes de tu cabeza rota, cariño. Me limito a decir en voz alta lo que piensas)

(Ya)

Los depósitos y las naves industriales van dando paso a edificios en construcción y zonas administrativas en las que nadie quiere trabajar, no teniendo que estar tan cerca del fin del mundo. Mientras pasamos junto a una explanada salpicada por filas y filas de aerodeslizadores de segunda mano cubiertos de polvo - esa fina línea entre un desguace y un local de alquiler de vehículos a punto de venirse abajo -, me introduzco el microhub en el oído derecho y lo mantengo pulsado hasta que se conecta. Es la tercera vez que uso uno de estos. Normalmente mi tío los reserva para los equipos más veteranos. Le sobra el dinero, pero es su forma de dejar claro que los demás aún no estamos preparados para manejar sus juguetes.

- *Probando, probando* - demasiado viento golpeándome en la cara. Me pregunto si me escucharán - *aquí Midori, sobrina de Bushida Azumi, ¿me escucháis bien?*

Vale, no he podido evitarlo.

- *Aquí Healy. Alto y claro. ¿Estáis cerca de la casa de apuestas de los Togishi?*
- *Vamos rápido, pero no tanto. Ahora mismo estamos entrando en la -2. Joder, siempre se me olvida que esta ciudad es más grande de lo que parece.*
- *Vale. Avísame cuando estés llegando. El local permanece abierto las veinticuatro horas, pero tiene dos franjas en las que el flujo de clientes es mayor: por la noche, a partir de las diez, y por la mañana, a las ocho.*

Puedo escuchar su voz nítida y limpia, a pesar del aire y el ruido de maquinaria que inunda siempre esta zona. Ruido al que hay que sumarle drones de vigilancia y Mosquitos publicitarios, que ya han hecho acto de aparición.

(*Bienvenida a la civilización, querida*)

- *Te aconsejo entrar en uno de esos momentos, la seguridad privada estará más pendiente de los sararīman con varias copas de más o la gente que haya perdido todo su dinero y se haya puesto violenta.*
- *Tenía entendido que el Ikigai es un antro elegante y sofisticado.*
- *En los antros elegantes y sofisticados también hay gente borracha y agresiva. Es un lugar creado para hundirte y empobrecerte, así que no te fíes nunca de un casino o de una casa de apuestas.*
- *Acabas de describir a toda la Pasarela, lo sabes, ¿no?*

Me da la impresión de que la soldado Healy contiene una escueta risa de aprobación. Algo me dice que, de toda la población del Protectorado, ella es de las que más odia a esta ciudad.

- *Por cierto, en la mochila te hemos incluido ropa nueva y un suplantador. Normalmente no escanean a la gente que entra, pero quizás quieran chequear tu CIR. Adhieretelo a la zona superior de la nuca, a la altura de la base del cráneo, y, a ser posible no te apartes el pelo. Cuesta distinguirlo, ya que es translúcido, pero aún así yo no me arriesgaría. Y ten cuidado, está diseñado para cuatro usos, después se desconfigura.*

Vale. Si. Cierto. Tantos años en estado de alerta y solo he necesitado unas cuantas horas bajo tierra, rodeada de ilegales que no se avergüenzan de serlo, para olvidarme de que no tengo una Pastilla incrustada en mi cerebro.

El claxon ensordecedor de un vehículo, seguido del grito hiriente y furioso de su conductor, me saca de la conversación brevemente. Miro a mi alrededor: los atascos de tráfico de la -2 nos dan la bienvenida. Los atascos y una marea de voces que se mezclan entre sí, luchando para imponerse unas sobre otras. Conversaciones coléricas, rotas, dopadas, explosivas. Risas explosivas y hostiles. Los edificios se elevan cada vez más, creando una capa de hormigón y metal que obstruye los rayos del sol - *pero no su calor. Su calor nunca se va. Su calor siempre permanece a nuestro lado, tatuado en el asfalto, en las tuberías, en nuestra piel* -, dando pie al característico atardecer perpetuo que tiñe las calles de la ciudad. Al mismo tiempo, una la luz blanca, casi aséptica, de fluorescentes y leds, se asoma a través de miles y miles de pequeñas ventanas, dibujando un mapa de puntos monocromos que choca frontalmente con los colores chillones de los hologramas que flotan sobre nuestras cabezas.

Hemos entrado de pleno en una de las galerías paralela a Nueva Aorta, una arteria comercial bastante similar al bulevar Oishï, pero mucho más llena de deudas, créditos y bolsos de imitación.

- *¿Me oyes, Midori?*
- *Si, si, perdona, estaba distraída con los encantos de la Pasarela. Ya estamos cerca de la -1, no debe quedar mucho para llegar al local de apuestas* - ¿en qué momento hemos dejado atrás las grandes extensiones de talleres y neblina para introducirnos de lleno en pleno corazón de la Pasarela? Desde luego Kalea es muy buena

cogiendo atajos - *oye, ¿y la ropa para que es? ¿mi outfit no os parece lo suficientemente elegante?*

(Me encanta usar esa palabra. Me la pegó Ka. Un día me reconoció que su bálsamo para cuando no puede más es ver horas y horas de canales de moda en Net)

- *No, no lo es. Pero no se trata de eso. Te hemos incluido ropa adaptada con doble fondo, para que puedas guardar la consola, el interceptador, los lectores y, bueno, todo lo que llevas en la mochila, sin que se note. Si entras con la bolsa te la van a registrar, y no sería conveniente.*
- *Pensáis en todo, ¿eh?*
- *¿Te sorprende?*

Sorteamos un par de atascos atravesando toda una red de callejones, la mayoría de ellos utilizados principalmente para la carga y descarga de mercancía. En algunos aún se mantienen algunos pequeños parterres de flores artificiales, llenos hoy en día de latas vacías de refrescos y envoltorios de plástico decolorados.

(*Midori, cariño, te siguen hablando a través del DSN-4. Deberías escuchar*)

- *Una vez dentro, puedo guiarte a través del mapeado que hemos elaborado en base a la información que disponemos, pero apenas hemos podido investigar las plantas inferiores. Conocemos su estructura, o parte de ella, pero no tenemos una idea exacta de qué hay ahí abajo.*
- *Habría agradecido bien ir armada.*
- *Si, y por eso te hemos añadido una pistola de descargas. Está bajo tu asiento.*
- *Eh… gracias…*

La solemnidad de cada frase que sale de la boca de Healy me provoca una sonrisa ridícula. La teatralidad que destila su actitud, muy similar al de mi tío - pero sin la arrogancia y el desprecio - me produce ternura.

- *Quizás hubiera venido mejor algo más potente.*
- *No necesitas matar a nadie, solo robar una información y salir de allí entera.*
- *Ya…*

El tritrueda desacelera suavemente. Estamos en una avenida lateral, un rompecabezas formado por docenas de konbinis de diseño, escuelas de negocios, bloques de oficinas y edificios tipo Taba reconvertidos en colmenas que acogen a multitud de pequeños establecimientos. Las paredes de cemento de los edificios están completamente tapizadas con miles de placas de plástico de colores, placas que anuncian toda clase de productos y servicios; desde abogados y dentistas hasta tiendas de ropa de segunda mano o centros donde, por un módico precio, te hacen un duplicado de bioseguridad de tu historial de clips y de los archivos de tu CIR. A nuestro alrededor, las luces parpadean, los cables se amontonan como enredaderas - si, incluso aquí - y las calles están llenas de bolsas de la compra y terrazas sirviendo cenas en pequeñas esferas transparentes. Aún estando tan cerca de la Sección -1, aquí el lujo sigue alternándose con el caos y la grasa.

- *La casa de apuestas está cerca. Mejor hacemos lo que queda de recorrido andando.*

Kalea libera las palabras de una en una, del modo más lacónico posible. Y, de repente, me doy cuenta. Estaba tan asustada con su reacción a todo lo que ha sucedido hoy, con su silencio durante el viaje, que no he pensado en lo más obvio.

- *Espera, espera… ¿sabes a donde voy?*

Se gira y me mira fijamente, por primera vez en toda la tarde. El centelleo de las luces fluorescentes se refleja en sus retinas. Tengo miedo, pero, al mismo tiempo, estoy ilusionada.

- *¿De verdad me lo preguntas ahora, después de haber conducido hasta aquí, después de haber cruzado media ciudad en tiempo récord? ¿Qué creías, que estábamos dando un paseo?*
- *La verdad, con tanta mierda encima, no me había parado a pensar*

(Bonita excusa barata. En parte realista, si, pero barata. Sabes hacerlo mejor que esto, Midori)

- *Claro…*

Se calla un inevitable *'típico de tí'*. No necesita decirlo.

- *Lo sé, tienes razón. Es una disculpa horrible, y hoy has pasado por mucho, por muchísimo* - ahí va. Todo el vómito, de golpe. Toda la ansiedad, la frustración y los nervios. Quiero calcular las palabras, incluso callarme. Pero dudo que consiga nada de eso - *una unidad de asalto urbano nos ha perseguido, te han quemado el cerebro y unos gilipollas te han retenido con fusiles durante horas, todo por mi puta culpa* - la persecución del vehículo blindado y los dos Jumong no ha tenido nada que ver conmigo, pero evito comentarlo. Prefiero cargar con esa culpa también - *Todo porque no soy capaz de disfrutar de un simple desayuno o de un día relajado con mi novia. Y necesito meterme siempre en la siguiente charca de petróleo, o en la siguiente boca del dragón que veo, sin… sin pensar en si va a hacer daño a todo el mundo a mi alrededor…*

Me escucha. O lo finge muy bien. Un grupo de estudiantes de alguna escuela privada nocturna - *¿Qué hora es ya?* - pasan a nuestro lado. El aroma de unos mitarashi-dango recién hechos me golpea en la cara. El ambiente es tibio, a pesar de los sistemas de ventilación industrial que salpican las calles, cortesía de la Torre. Supongo que es difícil competir contra los miles de climatizadores que excretan aire caliente desde cada ventana, desde cada apartamento.

- *… y sé que una y otra y otra vez me disculpo, y luego vuelvo a meter la pata, y no te estoy diciendo qu…*
- *Midori, basta* - noto una punzada en las tripas. Trago saliva - *mientras te esperaba, los Ludd me han puesto al día de vuestro acuerdo. Entiéndeme, es… agotador tratar contigo muchísimas veces. Seguir tu ritmo, tus impulsos. No sé qué hacer ni qué decir para que te sientas bien, para que no entres en uno de tus vórtices caóticos y depresivos, y te lo digo yo, que tengo fama de liarla a menudo* - las frases se le acumulan bajo la lengua, y cada una de ellas sale despedida como metralla - *Y todo*

esto sin tener en cuenta que está llegando un punto en el que no sé si alguien aparecerá de la nada y nos partirá la cabeza por culpa de alguna estupidez que hayamos hecho.

No me grita. No eleva la voz. No me insulta. Una parte de mi está - algo - más relajada. La otra está sufriendo un ataque de pánico.

- *Lo único que sé es que, al final, siempre me como todas tus mierdas. Si, soy mayorcita, nadie me ha obligado a venir hasta aquí, y no tengo por qué entrar en esa maldita casa de apuestas para tratar de evitar que te maten, pero…* - está triste. Y decepcionada. Y agotada. Y tiene razones de sobra para estarlo - *no sé, quizás soy estúpida o quizás te quiero demasiado y no pienso las cosas. No me siento orgullosa.*
- *Ya…*
- *Pero cuando salgamos de allí, si es que salimos, voy a largarme. Necesito tomarme un tiempo lejos de todo. Lejos de este tipo de trabajos, lejos de estas malditas locuras, lejos de la Familia. Lejos…* - desvía la mirada. Lo va a decir. Lo sé - *lejos de ti.*

Quiero responder. Decirle que adelante. Que salga corriendo, que tiene toda la razón del mundo. Pero no puedo. Una hemorragia en los pulmones me impide respirar. O quizás solo sea ese pequeño demonio ruidoso que siempre ha estado ahí dentro, sin dejar de arañarme, sin dejar de reírse de mí, de señalarme con su dedo afilado. Tanto tiempo esperando el martillazo en la cara y, aún así, no estoy preparada.

Miro a mi alrededor. Un hipermercado electrónico de tres plantas - dos de dispositivos de mejora para CIRs, la tercera de merch de distintos Neuros - nos recibe con los brazos abiertos y una luz impersonal y aséptica. Estamos en una (otra) de esas plazas que se diseñaron en la frontera entre las Secciones -1 y -2. Hermosas, aburridas, opulentas. Pequeñas rotondas coronadas por esculturas impresas en 3D, esculturas doradas y majestuosas que lanzan un claro mensaje: la ciudad le pertenece a los triunfadores y, oh sorpresa, tú no estás entre ellos.

Pero, tranquila, puedes visitarnos cuando quieras. Sobre todo, no te olvides de comprar algo en alguna de nuestras maravillosas tiendas.

- *Siento interrumpir un momento tan personal y dramático, pero necesito que me informes de tu situación* - la voz de Healy, de nuevo seca y teñida de carburante, se clavan en mi oído - *¿donde estáis?*
- *No me habéis dicho que Kalea también ha accedido a participar en esto.*
- *No ha sido cosa nuestra. Y no nos hace mucha gracia, aumenta el riesgo de la misión, pero el Comandante ha considerado que quizás un incentivo emocional te podía ayudar a ser mucho más cuidadosa.*
- *Ya…*

Me paro frente a una agencia de viajes. Un panel decorado con un amplio surtido de neurocruceros adorna el escaparate, por lo demás completamente vacío y limpio.

- *Y, Midori, céntrate. No podemos permitir que tu vida personal interfiera o afecte al trabajo que te hemos encomendado.*

Reprimo las tres primeras frases que acuden a mi cabeza, por el bien de mi relación con ellos - mi única posibilidad de salir de aquí -, y opto por mantener (relativamente) la calma.

- *Estamos ya en la zona snob, nos queda poco para llegar a la casa de apuestas. Hemos cruzado por el este, a través de todas esas áreas comerciales que envuelven Nueva Aorta, así que en diez o quince minutos nos meteremos en plena isla de Yumeshima y estaremos alegremente rodeadas de casinos y pachinkos.*
- *Vale. No te olvides de mantener todo el rato la comunicación abierta.*

No soy idiota, saben perfectamente dónde estamos. Muy posiblemente lleve encima cuatro o cinco localizadores. Sólo quieren saber si sigo en su equipo.

Por mi, todo perfecto.

(*Midori, tú misma te has buscado que te manden a la mierda. Sécate las lágrimas y céntrate en salir del Ikigai con la información necesaria y con la misma cantidad de extremidades que tienes ahora mismo*)

(*Odio cuando mi cabeza me habla así. Pero tiene razón*)

- *Entendido. Te voy diciendo*.

El murmullo que tengo alojado en el lóbulo temporal ha ido creciendo más y más desde que regresé a la superficie, propagándose entre mis neuronas como un rizoma, un rizoma que no cesa de expandir sus raíces. Las Voces, si es que lo son - tantos años y aún hay veces en las que dudo si llamarlas así - chocan entre sí, se interrumpen, gimen, crepitan. Ni siquiera intentó rehuir de ellas, no sirve para nada.

Ka camina un metro por delante de mí. Ni ella ni yo queremos continuar la conversación por donde se había quedado. Tampoco hay mucho más que decir. Comienzo a pensar en posibles excusas coherentes en caso de que algún vigilante me descubra indagando donde no debo, pero el único plan que se me ocurre consiste en reventarle la caja torácica de una patada y salir corriendo. Lo importante es tener siempre una vía de escape. Sin eso, el resto no sirve de nada.

- *Al final de esta avenida está la casa de apuestas de los Togishi* - la voz de Kalea es suave, casi imperceptible. Pese a estar a punto de quebrarse, logra mantener las formas, la profesionalidad. Eso es muy propio de ella, y nada propio de mí - *en cuanto entremos, yo les entretengo y tú buscas la forma de bajar a los despachos inferiores.*
- *Perfecto*

Me arden los intestinos. Lo único que quiero es llegar. Llegar y empezar este juego, el mismo en el que me meto con cada robo, con cada trabajo. Un juego donde cada paso puede ser uno más o el último. Improvisando. Dejando que mi instinto me guíe. Rezando - suplicando, más bien - para que todo salga bien.

- *Y no te preocupes, estoy aquí porque he querido, nadie me ha obligado. No podría dormir pensando que has acabado en un calabozo secreto, recibiendo golpes hasta acabar con los dientes metidos en las encías. Una vez salgamos, el dinero es todo tuyo.*
- *Joder, Ka, eso no me importa en absoluto y lo sabes.*
- *Ya, pero no quiero que sientas que me debes nada.*

(*¿Y esto? ¿Es únicamente la rabia acumulada? ¿O quiere llegar a algún punto?*)

- *No entiendo a cuento de que viene lo que me estás soltando* - cálmate. En serio, cálmate, Midori. Respira. Respira lentamente - *además, mi principal motivación no son los Kwŏk, si te soy sincera.*

Me mira de reojo. Amaga una sonrisa acre.

- *Lo haces por tu tío, ¿no? Por orgullo.*
- *No exactamente.*

Se gira. Está mucho más consumida de lo que intenta aparentar. Las luces púrpuras y rosáceas de los clubes nocturnos - si, ya estamos entrando en la isla de Yumeshima. Huele a perfume caro, electricidad estática, alcohol y desesperación - remarcan sus ojeras y sus pómulos. Ahora mismo es una escultura de PVC que ha comenzado a fragmentarse, a desmenuzarse en pequeños pedazos que insisten en mantenerse unidos por unos hilos cada vez más finos. Le ha caído demasiada basura encima en muy poco tiempo. El accidente de su hermana, la cual lleva varios días luchando para no convertirse en un vegetal de metal cromado y carne desgarrada. Sus tutores, que no dudan en mostrar el desprecio que sienten por ella, un desprecio que ya ni tratan de disimular o sobrecompensar a base de regalos caros. Mi tío siendo mi tío. Y yo, haciendo pedazos un agradable plan de pareja visitando la ciudad subterránea de Kyŏnsŏng-D para, en su lugar, convertir la mañana en un enfrentamiento con dos Jumong y con un grupo de paramilitares que casi le tuestan el cerebro.

- *Vale, allá tú. Es tu contrato…* - el agotamiento eclipsa su irritación. Me siento culpable. Muy culpable. Nada nuevo, pero ya se me escapa de las manos - *a mi ya me da absolutamente igual. Estoy cansada, Midori. Muy cansada.*
- *Me van a sacar de aquí*.

Lo digo. La frase que ella está harta de escuchar. La frase que yo misma estoy harta de escuchar.

- *Por fin lo vas a conseguir, ¿no?*
- *A ver, no sé si…*
- *¿Por qué esa obsesión?* - entorna la mirada y frunce el ceño mientras retoma los pasos y sigue caminando - *hace mucho que no te lo pregunto, porque siempre he pensado que, no sé, hablar una y otra vez del Muro, de la Cúpula, de largarte lejos, era algo que, simplemente, utilizabas para soportar esta ciudad. Como soñar despierta. Una forma de evadirte. Pero esto, esto en lo que te has metido es muy serio…*

- *No puedo explicarlo. De verdad, no puedo. Cuando abro la boca y trato de darle forma, me siento una niña caprichosa y estúpida que se cree más especial, que piensa que tiene más razones que el resto para estar hundida, para querer largarse de aquí. Me siento como una jodida cría ridícula vociferando entre los adultos que me miran como si no supiera de lo que hablo. Así que evito explicarlo, porque cada vez que lo vomito y el mundo me mira con condescendencia, con cinismo, mi pequeño mundo de puto cristal se rompe un poquito más. Así que lo dejo dentro, escondido, como… un impulso que me nace en las tripas. Y me limito a ponerme una máscara, insultar, escupir y golpear. Jugar al mismo juego que el resto de gente.*
- *Y yo siempre te digo que el problema está en que, quizás, no hace falta ser tan extrema. No necesitas largarte a un páramo lleno de patrullas hasta las cejas de armamento, traficantes y micélidos con ganas de arrancarte la cabeza para salir de aquí. Hay otras opciones* - puedo ver como sus fosas nasales aletean, como juguetea con sus dedos, incómoda, nerviosa - *Pero… las otras opciones no van contigo, ¿no?*

No creo que tenga sentido seguir hablando. Diga lo que diga, sé que sonará igual de mal. Igual de ridículo. Igual de superficial y arbitrario.

- *Te entiendo. De verdad que sí. Símplemente… no puedo. Es mi única alternativa, y ni siquiera yo sé por qué es así. Por eso me siento estúpida cuando hablo de este tema, cuando insisto en…* - ¿micélidos? ¿sigue con esa historia? -*... espera, ¿mutantes? ¿de verdad sigues convencida de que me voy a topar con mutantes ahí fuera?*

Los maquillajes flúor, los grupos de oficinistas enfundados en wearables de diseño y los hologramas de adolescentes semidesnudas generadas por IA, ofreciendo cócteles caros y miradas indiscretas, nos golpean en la cara, haciéndonos ver que ya hemos llegado a nuestro destino. Busco con la mirada un local de tipo /B (más asequible y sin pase biométrico en el baño) para cambiarme de ropa. Kalea se detiene de golpe, tratando de esquivar a un - supuesto - cazatalentos que no deja de restregarle su tarjeta de visita en la cara, mientras le insiste una y otra vez en lo increíblemente famosa que podría llegar a ser si dejase que él fuese su representante.

- *Oye, voy a entrar ahí un momento.*

Señalo un pequeño karaoke cuya puerta está plagada de neones con formas de frutas y árboles tropicales. Miro a Ka y me doy cuenta de que sus pupilas, ausentes, apuntan directamente al suelo, al tiempo que se muerde el labio inferior. Cierra los ojos y coge aire, tal y como lo haría justo antes de sumergirse en un océano de fango y plásticos.

- *¿Sabes, Midori?* - pocas veces dice mi nombre con ese tono. Agarro con fuerza la mochila, tratando de sentirme segura - *hace años que sé que no tienes CIR. Creo que tardé apenas una o dos semanas en darme cuenta.*
- *Joder…*
- *Y mi hermana lo sabe. Y Ki-Sung. Todo el mundo lo sabe. Es… bastante obvio.*
- *Pero, antes del golpe, dijiste que debíamos usar el CIR para comunicarnos. Y siempre me hablas como si pensaras que yo…*

- *Te sigo el juego, esperando que seas tú la que lo suelte de una puta vez. ¿Es que no te das cuenta?*

(cállate, Midori. Cállate)

De golpe, las melodías cargantes y repetitivas de los locales, de las máquinas expendedoras callejeras, mutan hasta convertirse en un mantra pegajoso que se me clava en el cerebro. El ruido, las voces, los gritos, las promesas, los leds de colores, las caras recién afeitadas, empapadas en colonia. Todo pasa a ser una espiral indefinida que me agita, que me zarandea. Me mareo, pero tengo los pies bien afianzados en el suelo.

Soy incapaz de articular frases coherentes, frases que no estén impregnadas en sudor frío.

- *Joder, piénsalo. No hay más que ver cómo hablas de la Net, o de los Neuros* - no parece enfadada. Y eso me aterra - *además, nunca nos hemos comunicado a través de nuestros CIR. Nunca me has pedido que te envíe recuerdos o capturas alojadas en mis feeds. Ni siquiera usamos nuestros comunicadores intracraneales durante las misiones. Hay que ser muy estúpida para no darse cuenta. Es como si yo intentase disimular que tengo un brazo hecho de titanio, joder.*
- *Y, hoy, cuando han usado el aparato ese que casi te mata…*
- *Sí te soy sincera, en ese momento lo único que quería era arrancarme la piel a tiras o arrancársela a cualquiera de ellos. Pero he tenido bastante tiempo para pensar mientras estabas bajo tierra, y… bueno, quería decírtelo. Y, sobre todo, preguntarte por qué coño nunca te has atrevido a contármelo. Por qué he tenido que esperar a que un grupo de terroristas te deje en evidencia para que seas sincera conmigo.*

No lo sé. Nunca lo he sabido. Y ahora solo pienso en cavar una tumba lo suficientemente profunda y meterme dentro hasta que la falta de aire colapse mis pulmones, esperando a que nadie intente profanarla.

- *Tenía miedo, supongo.*
- *¿De mí? ¿De lo que iba a pensar?*
- *No… lo sé. De decirlo en voz alta. De reconocer que no tengo ni idea de quién soy. De todo. Y si, de ti, de perderte. Suena idiota, y es idiota, pero…*

Me callo. Demasiados fogonazos dentro de mi cráneo. Demasiadas frases incongruentes y contradictorias. Demasiadas voces culpándome y calmándome a la vez sin ningún tipo de orden, tratando de hundirme, de abrazarme. Mis cuerdas vocales son pequeñas ramas frágiles incapaces de excretar nada que no sean balbuceos o quejidos. Me pesa el cuerpo. Y, por primera vez desde que nos bajamos del trirrueda, creo que Kalea es consciente de que estoy tan rota y perdida como ella.

- *No pasa nada, olvídalo* - quiere preguntarme una y otra vez por qué no he confiado en ella. Por qué he sido tan egoísta. Por qué he sido tan cobarde. Por qué he puesto tantos muros innecesarios entre ella y yo. Pero no lo hace. Sabe que no sirve de nada, ya no. Sabe que ya es tarde para demasiadas cosas - *Vamos a concentrarnos en lo importante. Cámbiate. Te espero aquí.*

Me dirijo al karaoke tratando de no tropezarme con mis propias piernas, que se tambalean como tofu sin cocinar. De repente, tengo muchísimas hambre. Y, al mismo tiempo, puedo notar una aguja afilada clavada en la boca de mi estómago, impidiendo que nada entre. Me siento vacía, vacía y ridícula. Años ocultando algo del modo más patético posible, y ha quedado resuelto en cuatro frases.

O, mejor dicho, ha quedado inconcluso en cuatro frases.

(*¿te he dicho ya que dejes de lloriquear y que te centres en no recibir un disparo en la nuca para, así, ganarte ese pase al exterior por el que tanto has luchado?)*

Los chasquidos dentro de mi cabeza aumentan. Saben algo que yo no sé. Unos tallos carnosos envuelven mis órganos internos, haciéndome sentir, durante una décima de segundo, más fuerte. Más segura. Más tranquila. Aprieto el microhub encajado en mi oído derecho.

- *Ya estamos aquí. Voy a vestirme con el precioso conjunto que me habéis regalado por mi cumpleaños y entramos en la casa de apuestas.*
- *Bien.*

Una pequeña inflexión en el tono de voz de la soldado Healy me hace ver que se siente más tranquila ante esta información. Sin embargo, algo - un pequeño resoplido, un suspiro ahogado, un pequeño crujido - me indica que está ligeramente inquieta. Que quiere decir algo. No ha colgado, y aún puedo escuchar su respiración.

- *Por cierto, Midori, los micélidos si son reales*.

(¿Qué?)

- *¿Qué coño dices?*
- *Digo que Kalea tiene razón. Obviamente, la Torre ha alterado las imágenes de los clips que cuelgan sus embajadores en la Net, para que sean más sensacionalistas y asusten más, pero si hay… bueno, algo. Llámalos micélidos, mutantes o como quieras, pero están viviendo en el Borde, entre la ciudad y la Cúpula. Yo los he visto, y varios de mis compañeros han tenido encontronazos con ellos.*
- *¿Y por qué me lo sueltas así?*
- *Os he escuchado hablando y, simplemente, he considerado que debías saberlo. Al fin y al cabo, si el robo sale bien, puede que el Comandante te eche una mano para salir de aquí. Tal y como has pedido.*
- *Vale…*

Apoyo la mano en la puerta del baño. De fondo, una pareja ligeramente ebria canta a dúo un track que, incluso yo, sin CIR, conozco. Sus chillidos se mezclan con los acoples de un equipo de sonido incapaz de aguantar unas voces tan desafinadas. Reconozco que la existencia de algo tan analógico en una zona como esta me sorprende, pero ahora mismo tengo otras cosas de las que preocuparme.

Con un silencio seco, la soldado Healy corta la conversación. Evito preguntar nada más. Decido entrar en el servicio antes de que algún borracho quiera invitarme a una copa. No creo que mi sistema nervioso aguante mucho antes de estallar del todo.

CAPÍTULO 19

Doscientos treinta y tres clientes. Cuarenta guardias privados. Cuatro plantas. Un aforo completo al cuarenta por ciento (una noche tranquila, supongo). Veintitrés cámaras de vigilancia por piso, la mayoría fabricadas con camuflaje termo-óptico. Siete ascensores. Díez barras de autoservicio. Acabamos de entrar - *ni han comprobado mi CIR. Supongo que somos carnaza para sus clientes, y eso es más que suficiente* - y una sobredosis de datos, información e imágenes mentales ha comenzado a sacudirme la cabeza hasta dejarme al borde del colapso nervioso. Datos, información e imágenes mentales que yo no he pedido, que yo no controlo y que me golpean las sienes como puñetazos secos y metálicos.

El sueño húmedo de cualquier sistema de observación y vigilancia. Una pesadilla para mi estómago y mis migrañas.

(*Si esto es cosa vuestra, podríais… podríais avisarme. O prepararme. O iros a la mierda*)

(*Somos tu mejor arma. Nunca olvides eso*)

Vuelven a estar habladores. Me alegro. Cierro los ojos con fuerza, tratando de contener las arcadas.

- *Ni te imaginas la suerte que tienes de que no te hayan incrustado una Pastilla en el cráneo* - con un movimiento lento y calculado, Kalea señala la única barra de autoservicio del casino en la que no hay nadie. Me está indicando que vayamos allí - *la conexión flotante de este sitio es muy potente, y ahora mismo mis córneas son una puta orgia de ventanas emergentes, ads y canales de apuestas que se han conectado automáticamente a mi CIR y que no consigo minimizar de ninguna manera. Joder. Esto es incomodísimo. Apenas puedo ver nada.*

Su voz se filtra a través de la nube de vapor de melocotón que baña el local por dentro. Aún no tengo claro si me gusta como huele o si me da asco, pero lo que sí tengo claro, mirando a mi alrededor, es que aquí todas somos poco más que comida lista para ser cocinada y devorada.

Hay que ponerse en marcha. Tengo que salir de este sitio cuanto antes.

- *Y tu no te imaginas la suerte que tienes de que tu cerebro no funcione como el mío. Siento que me han embutido una CPU en la cabeza sobre la que veinte drones psicóticos se dedican a derramar todo lo que captan sin ningún tipo de… puto orden.*

El traje que llevo me resulta incómodo - si, un traje. Han conseguido ocultar todo el material entre las capas de un traje -, y noto como me roza donde no me debe rozar y me aprieta donde no me debe apretar. Pero, la verdad, es bastante silencioso, algo que de aquí a una hora me salvará la vida.

- *¿Sabes? Yo sigo convencida de que tu tío te injertó alguna clase de dispositivo wetware en el sistema nervioso cuando eras una niña, y que por eso tienes acceso a toda esa información, o esa es la razón de que te den esos picos de adrenalina. Lo tuyo no es normal, y lo sabes.*

(*Supongo que le cuesta creer que existimos, que somos reales, que somos algo más que una expresión, ¿no?)*

(*Silencio. Ahora no*)

Nos sentamos junto a un despliegue de botellas de licor de múltiples colores. Una voz mecánica nos pregunta si queremos algo, mientras nos exhibe amablemente un dispositivo con el que pagar por adelantado. Rechazamos su oferta, pero la voz nos recuerda que ese espacio está reservado para el consumo de bebidas, así que Kalea escoge el cóctel más barato de la lista. Es azul, brilla como si estuviera hecho de purpurina sintética y, por su gesto tras dar el primer trago, probablemente sepa a basura industrial fermentada.

- *¿Estáis ya dentro?*

Mi querida y constreñida Healy. Echaba de menos su voz.

- *Si. Estamos tanteando el terreno. En cuanto detecte en qué ascensor tengo que colarme y a quién le tengo que robar la tarjeta de acceso, te aviso.*
- *Al fondo de la primera planta, subiendo unos escalones, vais a ver un área más amplia, en cuyo centro hay una fuente con una escultura de un monje riéndose en medio* - mientras mi soldado favorita habla, voy descubriendo a nuestro alrededor multitud de bustos que parecen salidos del Museo de la Sagrada Historia. Los ancestros, siempre los ancestros - *Detrás está el ascensor. Lo reconoceréis porque tiene la puerta completamente negra y sellada.*
- *¿Y la tarjeta? Porque hay una tarjeta, ¿no? Preferiría no tener que cortarle el dedo a ningún guardia para abrir una cerradura biometrica. Complicaría mucho las cosas.*
- *Tranquila, no vas a tener que mutilar a nadie. Por lo que sabemos, la tiene un vigilante apostado junto al propio ascensor. Uno que no se mueve casi nunca.*
- *Perfecto. Seguro que es el más grande y cabrón de todos.*

Un grupo de clientes - yo apostaría por estudiantes del último año de alguna escuela privada - pasan frente a nosotras y se nos quedan mirando. Sonríen estúpidamente, amagando un saludo, mientras alzan sus copas en un intento de captar nuestra atención. Kalea apoya su mano biónica en mi cadera.

- *Yo me encargo de crear una distracción. No sé qué tal saldrá o cuánto tiempo conseguiré, así que vas a tener que darte prisa.*
- *Se me da bien darme prisa* - mi voz suena tan convincente que me sorprendo a mí misma - *Podrías provocar un poco de caos con el generador de EMP, y así yo aprovecho la confusión para robar la tarjeta y colarme en el ascensor.*
- *Vale, si… es una buena idea, pero ya sabes que todo mejora cuando le añades idiotas cabreados y borrachos.*

Congelo un par de comentarios graciosos (más bien patéticos), y me limito a forzar una sonrisa tranquilizadora. Una sonrisa que dice que todo va a salir bien, que estoy segura de lo que hago. Que no estoy triste, ni preocupada, ni empapada en un éxtasis que soy incapaz de controlar. Una sonrisa totalmente embustera. Una sonrisa que se rompe en mil pedazos cuando Kalea se pega a mí e introduce su brazo entre los pliegues de mi vestido, tanteando con sus dedos en busca del generador EMP.

Tarda diez segundos en encontrarlo, cogerlo y sacarlo sin que nadie se dé cuenta. Diez segundos eternos en los que noto su aliento en mi cuello, su pelo rizado en mi mejilla y su torso presionando contra mi pecho. Diez segundos en los que contengo la respiración mientras trato de no ponerme nerviosa a causa de la nube adrenalina con aroma a vainilla, azufre y polvo de cemento que me inunda las fosas nasales.

Lo saca. No me mira. Yo suelto lentamente el aire condensado en mis pulmones y me levanto, ocultando el temblor de mis piernas.

(*Céntrate Midori. Tienes información que robar y despachos en las que colarte*)

Con un - fingido - paso seguro y firme, cruzo la sala central de la casa de apuestas. Las pantallas se acumulan a mi alrededor, excretando cientos de tablas de datos - *verde, sigue*

apostando. Rojo, olvídate de tus ahorros. Si te vas a suicidar, hazlo en casa, no aquí -
, todas ellas alternándose con filas y filas de pachinkos, slots y puntos de Ingreso y Retirada de Saldo. Esto es, cabinas privadas con aroma a soju rancio y cables coaxiales húmedos que sirven para que el clan Togishi tenga acceso directo a tu cuenta bancaria. O, lo que es lo mismo, a tu cráneo.

Veo los escalones. Los subo. Veo la fuente. La rodeo. Los contornos se diluyen y las siluetas de las personas se desdibujan. Mi cerebro ya ha comenzado a hacer de las suyas, lo puedo notar detrás de las cuencas de los ojos, en las yemas de mis dedos, en los ácidos de mi estómago. Un chute de anfetaminas creadas por mi propio organismo. Un chute que me permite distinguir detalles que nadie más es capaz de ver. Un chute que, de nuevo, me cuesta controlar.

Pero de aquí puede salir algo muy bueno o algo muy malo, así que no pienso desaprovechar la oportunidad.

- *Veo el ascensor. Y veo a una masa de carne, tatuajes e implantes situada justo al lado.*
- *Vale. Ya sabes lo que tienes que hacer* - una frase de mierda para un momento de mierda. Pero reconozco que el tono de voz de la Healy resulta reconfortante - *Midori, hace apenas unas horas nos dejaste claro de lo que eres capaz, y ni siquiera te lo estabas tomando en serio. Por eso el Comandante confía en ti, por eso yo confío en ti.*

De nuevo, me desarmo. Quiero correr por las paredes. Quiero detener el tiempo con los dientes. Quiero abrazar a la soldado Healy. Quiero huir con Kalea lejos de todo, lejos de mi misma.

(*Aún sigues dejando que te afecten demasiado las emociones. Quieres pensar que el mundo es horrible, pero a la mínima muestra de confianza o cercanía, te derrumbas. Ten cuidado*)

(*Ahora os estáis pareciendo demasiado a mi tío. No me gusta*)

La sangre me bombea con demasiada fuerza por las arterias, pero esta vez estoy preparada para ello. Alguien ha puesto una batería de iones de litio entre mis pulmones y pienso disfrutarlo. Poco a poco, y pese a sus intentos de darme lecciones, voy logrando que las voces de mi cabeza se pongan de acuerdo y formen un ejército denso e inaccesible.

Me acerco.

Veinte metros. Quince. Doce.

Diez.

Y, entonces, todo comienza a estallar. Gritos de alegría - *euforia incontrolada, más bien* - procedentes de un lado del casino. Muchos gritos de alegría. Demasiados gritos de alegria. Las máquinas se vuelven locas y chillan como ratas enganchadas a un sistema de descargas eléctricas, y los paneles no dejan de parpadear, cambiando una y otra vez los números de las apuestas. Las cifras rojas dejan de ser rojas. Ahora son verdes.

Solo verdes.

Excesivamente verdes.

- *Ka… ¿Qué coño haces?*

Apenas me da tiempo a escuchar mis propias palabras cuando una oleada de alaridos, esta vez indignados y furiosos, sacude otra de las zonas de la casa de apuestas. Docenas de jugadores impregnados en alcohol, polvo de Shin-yo y neuroestimulantes están viendo cómo sus amados slots se bloquean, se desconfiguran y se quedan su dinero; no necesito de mi hipersensibilidad para poder masticar el odio y la ira que mana de los poros de todas esas personas.

De repente, como si los dioses - esos en los que Kailani insiste en creer - hubiesen escuchado mis súplicas y quisieran compensar años de ausencia, el mundo a mi alrededor se vuelve un caos. Una espiral sin control.

Bots de asistencia tratando de hacer entrar en razón a sararīmans enfurecidos que exigen su dinero de vuelta; rondadores infiltrados entre el servicio de seguridad, intentando evitar que masas de clientes eufóricos descarguen miles de kwŏks en sus cuentas bancarias, kwŏks que, en teoría, no les pertenecen; puntos de Ingreso y Retirada de Saldo colapsados, completamente glitcheados. Supervisores de zona aullando a través de sus intercomunicadores. Vigilantes buscando, como ratas sin cabeza, el origen de este incendio que está arrasando el software de su hermoso negocio. Todo regado en litros de licor de arroz, el ingrediente ideal para lograr que el fuego y la rabia se propaguen entre las personas.

Resulta demasiado bello para ser verdad.

Alguien me agarra con fuerza por detrás. Durante una décima de segundo, todos los músculos de mi cuerpo se tensan, preparados para quebrarle el cuello a quien sea que me está inmovilizado; sin embargo, un aroma dulce, seguido del tacto metálico de una mano que reconocería en cualquier parte, hacen que me relaje. Kalea me está abrazando. O, más bien, camuflando de nuevo el generador EMP bajo las capas de polímeros que forman el traje que llevo puesto. Todo sucede muy deprisa. Demasiado deprisa, incluso para mí.

- *¿Qué… cómo has…?*
- *Aquí tienes tu distracción. Sé que tus nuevos socios querían algo más sutil, pero explícales que nadie me dice como hacer las cosas* - sus palabras bucean entre los gritos enfurecidos y las risas histéricas de los clientes de la casa de apuestas, y yo pienso en morderle los labios. Supongo que soy muy poco profesional - *si quieren, pueden tomárselo como un regalito de nuestra parte. Aunque, la verdad, no me imaginaba que resultaría tan fácil liarla tanto.*
- *Kalea…*
- *Ah, y saludos de parte de Ki - Sung. Está emocionado, siempre quiso usar una máquina de estas, aunque fuera en remoto. ¡Te espero junto a la barra, no tardes!*

Mientras se aleja, y sin poder dejar de mirar hipnotizada como las luces púrpuras de la sala rebotan sobre los tatuajes UV grabados en sus hombros, escucho otra voz chillándome al oído. Es Healy. Obviamente.

- *¿¡Qué demonios está pasando, Midori!? ¿¡Se puede saber qué habéis hecho!? ¡Están saltando alarmas por todos lados!*

Entonces lo entiendo. Estaba tan absorta con el perfume de su cabello y la textura de sus dedos que no me he dado cuenta de que, realmente, no ha cogido el generador. Ha cogido la consola de desencriptado. La muy cabrona no ha colapsado las redes del casino: las ha hackeado. O, mejor dicho, ha conseguido que Ki - Sung se conecte y lo haga. Eso explica que haya sido tan rápido. Ese cabrón es muy bueno.

(*Pero… ¿Ki - Sung? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo?)*

- *Bueno, si queríais joder al clan Togishi estáis de enhorabuena, además de robarles información les habéis dado una patada en la boca.*
- *¡Ese no era el plan!*
- *Lo sé. Si os sirve de algo, yo tampoco me lo esperaba. Pero disfrutad de la situación, supongo.*
- *Esto…* - contiene la rabia. Definitivamente, no están acostumbrados a que las reglas se rompan - *… esto puede complicar mucho las cosas. Incluso puede…*

La masa de anabolizantes y mejoras biomecánicas apostada junto a la puerta del ascensor se mueve. Está nervioso, y parece que se dirige a un pequeño cuarto en el que algún gerente de rango medio está chillándole a su equipo de ciberseguridad para que arreglen la falla en el sistema, una falla provocada por un treintañero con el pelo decolorado y adicto a los refrescos de cereza. En uno de los bolsillos de la chaqueta del vigilante distingo la silueta rectangular de la tarjeta de acceso; ahí está mi oportunidad. O lo logro, o me parte en dos a la altura de las caderas usando únicamente sus manos.

- *Relájate. Os conseguiré la información. Y nadie sabrá quién ha estado detrás de este ataque. No llegarán hasta vosotros, si es lo que os preocupa.*
- *No es eso. Se trata de…*
- *Perdona, el tiempo corre. En cuanto esté en los pasillos del subsuelo os aviso.*

Dos interrupciones. Les he interrumpido dos veces. Y les he regalado una fiesta de estiércol y locura con la que no contaban cuando me pidieron que me infiltrase sutilmente en los despachos de la casa de apuestas Ikigai. Ahora mismo no creo que pueda considerarlos clientes satisfechos, pero una vez tengan lo que quieren, no le pondrán pegas a mi sencilla petición. Y estaré un poco más cerca de mandar a la mierda al mundo tal y como lo conozco.

O eso quiero pensar.

Acelero mis pasos. Con cada movimiento puedo sentir como mis venas se saturan de carburante. Tres metros. Dos. Uno y medio. Setenta centímetros. Cuarenta. Alzo la mano en dirección a mi objetivo, al mismo tiempo que todo, desde las microscópicas partículas de humo de tabaco que flotan en la atmósfera hasta las esquirlas de vidrio que rebotan contra

el suelo, se congela. Los murmullos de mi lóbulo occipital me dictan exactamente lo que tengo que hacer. Dónde tengo que ubicar cada extremidad. Cuándo tengo que apresurarme y cuándo detenerme. Así que dejo que me guíen, que me controlen.

Ya no soy yo. Ahora soy mi instinto. Soy un holograma en manos de un programador que va hasta las cejas de drogas experimentales y cápsulas de café adulteradas. Y sienta genial.

Un pequeño roce. Una brisa de aire - *rápido, aprovecha el ruido de la botella de cristal cayendo al suelo; eso desviará su atención* -. Dos giros rápidos, lo suficientemente delicados como para pasar desapercibidos ante cualquiera, especialmente ante un vigilante atestado de prótesis ilegales. Tres zancadas discretas, casi imperceptibles. Me ignora. Mejor. Mucho mejor. No ha notado mis yemas sacando su preciada tarjeta.

Perfecto.

(*Hemos llegado hasta aquí, así que ahora, nada de relajarse, ¿vale? Todo va bien.Todo va muy bien*)

Me dirijo al ascensor sin apenas apoyar los pies en el suelo. El hilo musical del local, estridente y pegajoso, se eleva por encima de las voces, mezclándose con el ruido mecánico de los slots glitcheados. Y, en medio de ese hermoso caos, me muevo en silencio. No existo. Esto es genial.

Llego hasta la puerta negra y apoyo la tarjeta en el lector situado a la derecha, que se ilumina con un esperanzador color celeste. El hackeo no parece haberle afectado y eso, por alguna razón, me preocupa. Ni las cámaras de seguridad se han salvado y, sin embargo, este estrecho cubículo rectangular permanece intacto, lo cual quiere decir que está conectado a una red independiente. No es buena señal. Un sabor amargo en el paladar me dice que estoy metiéndome en un túnel del que probablemente no salga; trago una bola de saliva densa, a la vez que me deslizo dentro del ascensor y le digo a mi cabeza que ya es tarde para advertirme de los peligros, para pedirme que me piense bien las cosas.

Pulso el único botón que aparece en el panel táctil, un botón con unas letras grabadas en un idioma que no reconozco. Las puertas correderas tardan seis segundos en cerrarse, tiempo suficiente para que mi ritmo cardíaco ascienda a niveles que podrían hacerme explotar el corazón, si no fuera porque estoy demasiado acostumbrada a este tipo de mierdas.

Y, de repente, el silencio. El silencio sepulcral unido al silbido suave y elegante de un ataúd cromado descendiendo un piso tras otro con la serenidad de un sicario que sabe que nadie le puede detener.

Me encanta ser la persona metida dentro de ese ataúd.

CAPÍTULO 20

Silencio. Demasiado silencio.

Frente a mí se extiende un amplio pasillo sobre el que se derrama una luz blanca y aséptica. El revestimiento de la termocerámica que tapiza las paredes y el techo ofrece un aspecto extrañamente limpio y pulcro. Incómodo. Indiferente. Contengo la respiración, a la espera de que se active algún tipo de alarma, mientras recuerdo que en uno de los bolsillos dispongo de una balaclava que me han cedido mis queridos socios. Me cubro la cabeza completamente con ella y comienzo a andar. Con los primeros pasos percibo unas tenues vibraciones bajo las plantas de mis pies.

Toca informar de mi posición.

- *Aquí Midori, sobrin…* - no, nada de bromas. No ahora. No aquí - *ya estoy bajo tierra.*

Nadie ha venido a mi encuentro. Nadie parece vigilar el pequeño vestíbulo en el que he aparecido al salir del ascensor. Nadie me apunta con un arma a la cabeza. Mal rollo. Estudio el limitado espacio que me envuelve ahora mismo, mientras sigo a la espera de que alguien me ataque por la espalda, me sede y me meta en algún calabozo - de los malos, no de los divertidos - con la intención de extirparme los órganos o de venderme a los cazadores del Almacén Rojo.

No recibo respuesta. Presiono con fuerza el trocito de plástico alojado en el interior de mi oído derecho, mientras me muerdo el labio inferior. Tengo el estómago revuelto, y no, esta vez no me ha sentado mal ninguna comida.

- *Puto cacharro, ni se te ocurra estropearte justo ahora.*

(*Esto no va bien. Algo falla. Algo no encaja en este lugar*)

Quince o veinte metros delante de mí advierto una bifurcación que divide en dos la galería; en uno de los lados, una serie de puertas de vidrio semitransparente se asoman discretamente. Puertas más propias de una clínica que de una casa de apuestas.

Si, algo rechina dentro de mis tripas, algo que me suplica, a su manera, que me largue de aquí. Mal, mal rollo.

- *Aquí Midori, ¿me oís? He conseguido entrar en la zona inferior.*

Nadie contesta. Definitivamente, el microhub no parece ser capaz de emitir señal alguna, y dudo que se haya roto tan rápido. Si bien un modelo DSN-4 no es un juguete de última generación, tampoco es basura electrónica, por lo que su bloqueo significa que he descendido más de lo que yo creía. Más, incluso, de lo que los Ludd creían. Empiezo a dudar de la fiabilidad del informante que les habló de este lugar; me da la impresión de que se calló demasiados datos que, sinceramente, ahora mismo me vendrían muy bien.

Noto el sudor adhiriéndose a mi frente como pegamento de mala calidad. La atmósfera huele a desinfectante y pintura fresca, y cuanto más avanzo, más puedo percibir las reverberaciones que recorren el suelo. Me recuerda a los cuatro meses que estuve viviendo en un pequeño apartamento unipersonal - *así es como llaman en esta ciudad a un zulo sin ventilación ni compactador de basura* - situado justo debajo de una de las autovías elevadas que atraviesan el interior de algunos edificios de la -2. Era como habitar en el interior de un cuerpo enfermo y lleno de convulsiones. Todo espasmos. Todo traqueteos. Todo temblores y noches en vela. Me costó dejar atrás la adicción a la cafeína adulterada y a los inhibidores del sueño. Aún me cuesta.

A veces creo que he cambiado demasiadas veces de casa.

(*Midori, ¿has pensado cómo vas a regresar? ¿Usando el mismo ascensor? Es absurdo y peligroso, y lo sabes*)

Intento ignorar esa parte de mi (¿o de Ellas?) que siempre tiene razón, mientras camino sin que mis pies apenas rozen el suelo. Alcanzo el lugar en el que el pasillo comienza a ramificarse y decido - no sé si estúpidamente - asomarme a la primera de las puertas de cristal. Está blindada, protegida por un sistema de bioseguridad que contrasta bastante con

la ausencia de patrullas en los alrededores. En su interior, tan esterilizado y brillante como el resto del lugar, creo vislumbrar una hilera de compartimentos modulares encajados en las paredes, todos ellos con lo que parecen ser cerraduras de secuencia.

Joder. Ahí dentro hay material valioso. Demasiado valioso.

- *¿Hola? ¿Nadie? ¿Soldado Healy?*

Nada. No hay respuesta.

Debería seguir, pero, en lugar de eso, apoyo la palma de la mano sobre una de las puertas de vidrio y me acerco hasta notar su textura pulida y gélida a escasos milímetros de mi cara. Necesito saber qué hay ahí dentro. Verlo.

Pero apenas puedo.

(*No tienes aspecto de cámara acorazada, y todo el dinero del casino es digital, así que no, no ocultas los fondos económicos de la casa de juegos. ¿Qué eres? ¿Qué guardas?)*

Logro atisbar, en uno de los muros, una serie de letras. Símbolos. No reconozco ninguno, pero me suenan. Si bien tengo claro que no se trata de ninguno de los idiomas oficiales de la Pasarela, estoy convencida de que he visto algo escrito con ese alfabeto en alguna parte. Y también estoy convencida de que no me gustó donde lo vi. Un escalofrío me atraviesa la columna, seguido de un cosquilleo entre mis costillas, similar al de un cuchillo helado atravesándome el diafragma.

Me alejo y sigo con la misión, si es que tiene algún sentido ahora mismo. El suelo palpita cada vez que apoyo mis zapatillas sobre su superficie pulida y perfecta. El resto de habitaciones resultan ser, esencialmente, copias perfectas de la primera. No me paro a observarlas.

- *Aquí Midori, ¿alguien me recibe?*

No sé ni por qué sigo intentándolo. Estoy sola. Sola y con un equipo de hackeo que no sé si podré manejar sin ayuda de Healy. Una vez más, me adentro en el maravilloso mundo de los planes improvisados y suicidas.

Tras dar varios pasos más, veo que a mi derecha se abre otro pasillo, éste más oscuro, más polvoriento, más crudo. La termocerámica da paso al hormigón, un hormigón rugoso y teñido de tonos azules y blancos. La presencia de luces pálidas, así como de pallets vacíos y apilados, me hace decidirme por este camino; resulta mucho más cómodo a la hora de ocultarse, y la brisa tibia con aroma a neumático quemado que me acaricia los pómulos me resulta más familiar. El problema es que, aquí, las cámaras de vigilancia no se ocultan, y puedo ver una cada quince metros.

Me muevo rápido, escurriéndome entre las sombras y los muros improvisados, la mayoría formados por estanterías de metal llenas de arquetas y cofres de plástico. No me detengo a ver qué hay dentro. El zumbido que regurgitan las cámaras de seguridad tiene un patrón, un patrón que conozco bastante bien. Un patrón que se corresponde con un sistema de detección de movimientos y fotocaptura. No están grabando continuamente, sino que lo

hacen únicamente cuando detectan algo distinto en su área de visionado. El resto del tiempo se dedican, simplemente, a congelar fotogramas, fotogramas que se almacenan en alguna red interna. Pura rutina. Además, resulta más económico.

La reverberación del suelo ha pasado a convertirse en un temblor que me agarra los músculos y tira de ellos. En algún punto indeterminado escucho el eco de unas voces ahogadas tras capas de cemento y metal, así que mi estado de alerta sube dos peldaños más dentro de mi cabeza. Miro a mi alrededor. No hay despachos. No hay salas de servidores. O, al menos, no están donde deberían estar. No quiero pensarlo mucho, pero esto apesta a mercado ilegal y a tráfico de alguna mierda con la que no querría encontrarme.

Si, definitivamente, el tipo al que le sacaron la información les engañó

Una vez pasados tres pequeños depósitos, el pasillo se expande, convirtiéndose en un tubo cilíndrico atestado de lonas de PVC, contenedores de residuos biológicos y cajas de material quirúrgico vacías. No me gusta. No me gusta nada. Me estoy metiendo en la cueva del tigre, un tigre que está loco, tiene una clínica pirata y sujeta un arma de calibre 50.

Junto a un arcón frigorífico abierto (y, menos mal, sin nada amputado ni muerto en su interior), veo una palanca tirada en el suelo; la agarro y me la guardo junto a la inútil pistola de descargas que me han dado los Ludd. Las voces, algo más nítidas, se siguen diluyendo entre capas y capas de ruido de motor, entre el traqueteo incesante de algún tipo de maquinaria industrial. Debería darme media vuelta y salir corriendo. Coger a Kalea de la mano, decirle que sí, que tiene razón, que se largue lejos, lo más lejos que pueda, y hacer yo lo mismo.

Pero no hago nada de eso. Me limito a caminar hasta llegar a una esquina, mientras el temblor del suelo me masajea los pies con saña y el, hasta ahora, murmullo sofocado, se va convirtiendo en una amalgama de gritos descompuestos - ¿en qué maldito idioma hablan? - y sonidos mecánicos.

Giro una esquina. Frente a mí, una puerta cortafuegos cerrada me cierra el paso y me sonríe con sorna y desprecio. O esa es la impresión que me da. Ese pedazo de acero galvanizado me mira sabiendo que voy a ser tan inconsciente - tan idiota - como para cruzar el umbral y encontrarme con lo que haya al otro lado. Y ambas sabemos, la puerta y yo, que lo que me espera al otro lado no me va a preguntar amablemente si me he perdido ni me va a recibir con flores y dulces.

(*Querías largarte de esta ciudad. Mirar atrás y ver la Cúpula en la distancia. Dijiste que harías lo que fuera. Pues aquí lo tienes. Disfrútalo. Cortesía de la Pasarela*)

Abro, lentamente, evitando que nadie ni nada note mi presencia. Una masa de aire caliente me golpea, al tiempo que una horda de voces ininteligibles se me clava en el cerebro. Humo. Chasquidos. Pasos rápidos. El sonido de unas botas militares firmes subiendo y bajando por unas escalerillas metálicas. Dióxido de carbono. Azufre. Benceno. La culata de unos fusiles pesados chocando entre sí. El lugar está envuelto por una inmensa sombra opaca, apenas iluminada por cuatro o cinco focos led.

Tardo casi cinco segundos en acostumbrar mis pupilas a la atmósfera pesada y estancada. Cinco segundos eternos.

(*¿Qué coñ…?)*

Ya no estoy en un pasillo estrecho. Ni en un casino para gente con muchos ceros en su cuenta bancaria. No. Por alguna razón, he llegado hasta el interior de una nave industrial. Una maldita nave industrial.

Una maldita nave industrial absurdamente grande y muy, muy jodida.

Apenas necesito un vistazo rápido para distinguir siete furgones de amplia capacidad, cuatro grúas, dos brazos robóticos y varias patrullas formadas por tipos con la cabeza afeitada y armas de largo alcance. Un vistazo rápido para ver muchas - demasiadas - bolsas para cadáveres, la mitad llenas y la mitad vacías. Un vistazo rápido para reconocer la forma de, al menos, veinte biotanques esterilizados, preparados para el transporte de órganos.

Un vistazo rápido para que mi cerebro me chille y me obligue a buscar un lugar en el que esconderme.

De un salto, me deslizo varios metros hasta el interior de una arcada formada por una serie de columnas de cemento que sirven como vaciadero de basura improvisado. Me oculto tras una montaña de chapas corrugadas y bolsas de plástico llenas de algo que apesta, y mi cabeza comienza una de sus habituales cuentas atrás. No creo que pueda permanecer demasiado tiempo en ningún lugar, por lo que necesito escoger si regreso por donde he venido o si, por el contrario, decido continuar y averiguar qué lugar es este, qué está pasando aquí y como puedo usar esa información para ganarme - definitiva y eternamente - el favor de los Ludd.

Como mi cerebro está lleno de líquido anticongelante y malas decisiones, opto por seguir hacia delante. Además, llevo aquí casi un minuto - cincuenta segundos - y, en cualquier momento, alguien aparecerá y todos nos reiremos hasta vomitar sangre, por lo que temo que mi mejor opción es lanzarme a la aventura.

O al suicidio.

Mientras sopeso las opciones, noto bastante movimiento a mi izquierda, por lo que decido asomarme. Un grupo de soldados con el rostro cubierto escoltan una hilera de camillas, algunas de ellas vacías, otras llenas de cuerpos fríos y sin vida que nadie se ha preocupado por tapar ni ocultar. Los estudio atentamente, y me doy cuenta de que se trata de cadáveres recientes. Cadáveres blandos, con la piel lívida, ligeramente teñida de tonos grisáceos y salpicada por infinidad de pequeñas motas oscuras, como manchas de carbón. Me fijo aún más atentamente y descubro que la mayoría están mutilados o marcados por una red de cicatrices y cortes que abarcan desde la ingle hasta la tráquea. Todos ellos etiquetados con signos similares a los que adornaban las salas que me he encontrado de camino, en el pasillo de luces blancas y asépticas.

- *(...)artiyu!*

Los gritos, casi guturales, rebotan por toda la nave, mezclándose con los rugidos mecánicos, los taladros y el siempre agradable sonido de sierras circulares histéricas; sigo sin comprender lo que dicen, pero sus tonos de voz - o, quizás, sus acentos - me resultan levemente familiares.

Miro a mi derecha y un pequeño milagro se abre ante mi. Al final de la arcada veo un estrecho pasillo lateral del cual emerge una luz brillante y limpia. Sin pensármelo dos veces, me muevo en esa dirección, completamente agachada y evitando los focos, mientras calculo mentalmente la posición de cada trabajador, soldado y máquina que me rodea. Una parte de mi cerebro me anima, me recuerda que he salido de situaciones peores, me susurra que siga. El resto de mi cabeza insiste en decirme que soy gilipollas y que no dejo de tentar a la suerte. Decido no escuchar ni a una ni a otra.

Me desplazo, silenciosa, entre las columnas, evitando llamar la atención de nada ni de nadie. Al llegar junto a una torre de pallets envueltos en plástico, me doy cuenta de que la barrera de escombros ya no continúa más, obligándome a atravesar un pequeño espacio vacío y muy expuesto justo antes de alcanzar el pequeño corredor iluminado. No pasa nada, nadie me ha visto aún. Me levanto y, sin apenas rozar el suelo, me preparo para saltar por encima de lo que parece ser una alfombra de botiquines vacíos, tratando de llegar de un solo impulso hasta la esquina del pasillo. Un pasillo que - espero - conduzca hasta alguna salida.

Y entonces, antes tan siquiera de moverme, me giro. Y lo veo. El tatuaje.

O, mejor dicho, los tatuajes. Los tatuajes que cubren por completo los brazos del guardia encargado de vigilar una de las escaleras laterales. Al principio creo distinguir un shinigami (*¿o es Saja?*) sujetando un bastón, pero, al fijarme bien, me doy cuenta de que tiene algo distinto. No es un dios. No es una criatura sobrenatural. Este dibujo no ha salido del Museo de la Sagrada Historia. Bajo una capucha negra, un cráneo desnudo y limpio sonríe sarcásticamente. Sus manos, formadas únicamente por huesos, no sujetan un bastón, si no una guadaña. Y, junto a esa parca ligeramente borrosa, parece asomarse la silueta de un templo.

No. Espera.

Eso no es un templo. No, al menos, como los que adornan las calles de la ciudad. No es una pagoda, ni un altar de los que presiden las entradas de las casas.

(*¿Qué coño…?*)

Cruces. Cruces de ocho brazos. Cruces de ocho brazos sobre una cúpula en forma de bulbo.

Es una iglesia. O algo así, creo recordar. Yaropolk me habló alguna vez de ese tipo de edificios. Por lo visto, sus abuelos iban bastante cuando eran jóvenes, hasta que las prohibieron cuando la familia Wian quiso recuperar el espíritu de la Coalición del Pacífico y, para ello, le aplicó a la Pasarela un bello y agresivo enema de tradición y costumbres.

(¿Quién cojones son estos tipos?)

Evitando asomarme demasiado, trato de fijarme bien en los rasgos del paramilitar cuyos antebrazos exhiben esos sacros tatuajes de aspecto carcelario.

No me gusta lo que veo.

Ojos azules. Pequeños. Redondos. Una cabeza rasurada que deja entrever las raíces de un cabello cobrizo y brillante. Mandíbula recta, absurdamente cuadrada. Piel cuarteada y blanquecina, ligeramente rosácea. Más tatuajes, la mayoría alrededor de los ojos y en la frente.

Es un dorado. Pero no cualquier tipo de dorado.

Mierda.

La Muerte. La guadaña. La iglesia. Las cruces. Ya sé quienes son. Todos en la Familia hemos visto alguna vez esos símbolos, casi siempre grabados a fuego o escarificados sobre el cadáver de alguno de los nuestros.

Todo encaja.

Mierda. Mierda. Mierda.

Ese tío es un Hijo de Riúrik. Estoy metida en el corazón de un asqueroso almacén ilegal plagado de cadáveres. Y, lo que es peor, un asqueroso almacén ilegal plagado de cadáveres y dirigido por los Hijos de Riúrik. El tumor más peligroso y agresivo de toda la ciudad. Y yo que creía que tirarme de un vigésimo piso mientras unos Hana-bi me disparaban era lo peor que me podía pasar este mes.

Mierda. Mierda. Estoy muerta. Joder.

Una sacudida me zarandea los pensamientos dentro del cerebro, a modo de descarga eléctrica. Las piezas comienzan a encajar. Cuerpos. Órganos. Salas cerradas herméticamente. Hijos se Riúrik.

Entonces lo entiendo.

Están traficando con CIRs.

No. Joder.

(*No pasa nada, Midori. No te han visto. Céntrate. Deja que tus tripas lleven el control. Respira. Respira profundamente*)

No. No puedo. Una avalancha de miedo y ansiedad se apodera de mí, como un enjambre de insectos asustados y hambrientos. Y nada tiene sentido. Años sin saber de estos cabrones, salvo para recibir la noticia de que han degollado a alguno de nuestros hermanos, y en menos de veinticuatro horas, poco después de que el Comandante los mencione, me los cruzo. No puede ser casualidad. Imposible. Esa maldita rata tenía claro que aquí abajo había algo raro y me ha usado para averiguarlo.

(*Respira, estúpida. Respira*)

Seis metros y podré colarme en el pequeño pasillo lateral. Seis metros. Solo seis metros. El estruendo de un brazo mecánico dejando caer una caja sobre el suelo de cemento desvía la atención de todo el mundo. Perfecto. Varias personas gritan, muy probablemente cabreadas. No reconozco su idioma.

(*'Los descendientes directos de una antigua nación llamada la República Roja', dijo Seon. ¿Es por eso que no les entiendo? ¿Porque hablan en el idioma que se usaba en esa… República Roja, fuera lo que fuera ese sitio?*)

(*Qué más da. Yo solo quiero largarme de aquí, del modo más rápido y más indoloro posible*)

(Respira, Midori. Coge fuerzas. No te han visto)

(¿Es que no sabéis decir otra cosa?)

Salgo de mi escondite. Seis metros. Tres metros. Uno. Treinta centímetros. Lo consigo. Cruzo la esquina, y, por suerte, nadie parece estar vigilando esa diminuta galería. Bien. Tal vez pueda salir de aquí ilesa.

O no. Joder.

No. No. No. Que asco.

Estoy en un callejón sin salida, uno que únicamente conduce hasta un pequeño despacho. Sin levantarme, apoyándome en la pared hasta prácticamente fundirme con ella, cierro los ojos con fuerza y suspiro. Estoy cansada, muy cansada. Pienso en Kalea, esperándome. Esperando un, muy probablemente, futuro cadáver desfigurado. Pienso en mi acuerdo con el Comandante, un acuerdo que comienza a evaporarse como sangre sobre un wok caliente. Pienso en sí mi tío me echará de menos cuando se entere de que los Hijos me han convertido en pulpa, o si simplemente se sentirá decepcionado, como siempre. Y, sobre todo, pienso en ese montón de paramilitares con los bíceps del tamaño de una tubería de gas que, a menos de cincuenta metros de mí, no dejan de mover cuerpos inertes como si se tratase de kimchi enlatado - *¿kimchi enlatado? Lo odio. Sin embargo, Kailani lo adora. ¿Es así como me acuerdo de ella ahora mismo? ¿a través de unos botes en conserva?* -.

Y, de repente, como un último suspiro, como un último latigazo, pienso también en Yaropolk.

Yaropolk.

Vale. Sí. Ahora todo tiene sentido. Por eso me resulta tan familiar este maldito acento que no deja de rebotar entre las paredes de la nave industrial. Me recuerda a él.

Me recuerda a Yaropolk

(*Pero… ¿Él? ¿El Carnicero? ¿Es un Hijo de Riúrik? ¿Tiene acaso puto sentido? Claro que, si eso fuera cierto, encajarían muchas cosas. Los cortes, las mutilaciones, el agujero en la cara, los silencios, los secretos. Pero… no…*)

(*Céntrate, Midori, cariño. Sigues de una sola pieza, intenta mantenerte así*)

Sigo caminando. Corriendo, más bien. Cruzo la puerta del pequeño despacho, y, sin cerrarla completamente, me sitúo tras la única mesa que veo; me quito la balaclava y comienzo a sacar todo mi - absurdamente caro - arsenal tecnológico, así como las armas (*'armas'*, con muchas comillas. Poco puedo hacer con una palanca y una pistola de descarga aquí abajo), rezando para no necesitar una conexión flotante cuando me enlace. No sé qué voy a hacer, ni qué voy a conseguir, pero me da la impresión de que este terminal está conectado a una red privada, y no a la Net.

- *Lectores de DataP… tarjetas de interfaz universal…*

En un acto de despersonalización absurdo, escucho mi propia voz susurrando, enumerando los objetos que voy depositando sobre la madera arañada que tapiza la parte superior del escritorio. A mi alrededor, una aglomeración de dispositivos de almacenamiento anticuados se amontona en las estanterías, junto a docenas de archivadores de plástico. Se me pasa por la cabeza que puedan estar llenos de papel, pero un cuaderno reciclado es más caro que un mes de alquiler de mi asqueroso cubículo, así que no tiene sentido. Alzo la mirada. En una pared lateral veo un cuadro (*¿PVC? ¿Impresión 2D en goma?*) qué muestra una figura de aspecto solemne y pulcro, ataviada con un uniforme militar y un sombrero de plato, como los que llevaban los viejos generales que muestran en los hologramas del Museo de Sagrada Historia.

Pero este es un dorado. Un dorado de aspecto casi gélido, mirada penetrante y barba perfilada.

- *Kto vy…?!*

Una voz ladra en el umbral de la puerta. Giro la cabeza de golpe, con tanta fuerza que estoy a punto de quebrarme una vértebra. Una figura corpulenta y confusa me mira desde la entrada. Una figura vestida con ropa de camuflaje y un chaleco de kevlar. Una figura que sujeta un fusil de apuntado automático.

CAPÍTULO 21

De golpe, todo se va por el desagüe. El acuerdo con los Ludd, el hackeo del terminal, mis posibilidades de salir de esta ciudad viva.

Todo.

Veo como el soldado levanta el arma. Mis músculos se tensan. Un segundo y medio y estaré muerta. Estiro el brazo y, sin pararme a pensar, agarro la consola portátil. Un segundo. Medio segundo. Casi puedo escuchar su dedo enguantado apretando el gatillo. Le lanzo el aparato de plástico y aluminio a la cara, al tiempo que empujo la mesa y me abalanzo sobre él con toda mi fuerza.

(*O él o yo. O él o yo. O él o yo*)

Una lluvia de sangre caliente vuela en mí dirección. Dos dientes saltan por los aires y pasan junto a mi mejilla, acompañados de un grito - más bien, un gruñido sordo - y un (sospecho) insulto que no logro entender.

He ganado tiempo.

(*Qué nadie haya escuchado el ruido, por favor. Qué nadie haya escuchado el maldito ruido*)

Dejo de tener dominio sobre mi cuerpo, sobre mis movimientos. Una jauría de animales excitados y rabiosos controlan mis terminaciones nerviosas, y yo lo agradezco.

O él o yo.

Le empujo contra una pared, al tiempo que le agarro los dedos índice y corazón de su mano derecha, retorciéndoselos hasta que escucho el crujido de sus falanges astillándose. El arma se le cae. Tengo el control. Abre los labios y vomita un grito. Pierdo el control.

(*No, ni se te ocurra. No quiero que nadie más venga a estropearme el día*)

Logro empotrar mi antebrazo contra su boca, en un intento de taponar ese orificio repleto de saliva, aroma a licor y coágulos. Noto cómo presiona la mandíbula y sus incisivos agujerean los polímeros del vestido, atravesando parte de mi piel. Ahogo un chillido. La punzada de dolor llega hasta mis tendones, como un latigazo caliente y afilado.

O él o yo.

Que sea él.

Le suelto los dedos y comienzo a golpearle el tabique nasal hasta que se lo hundo dos centímetros. Los nudillos me arden, pero consigo que afloje la mandíbula. Aprovecho que tengo ambas manos libres para cogerle de las solapas del chaleco y - no sé cómo - lanzarle al interior del despacho, usando la inercia de mi propio peso.

(*Mis ligamentos son láminas de carbono y odio. Mis tripas me dicen qué hacer, y cómo hacerlo. Ellas me dirigen, es todo lo que necesito. Yo simplemente obedezco*)

Nos precipitamos sobre uno de los archivadores, que se le clava en la espalda justo antes de que toquemos el suelo; afortunadamente, yo me desplomo encima de su cuerpo pesado y compacto. Puedo oír como su hueso occipital impacta contra el cemento - pura música celestial para mis oídos -, así que, aprovechando que ahora mismo su cerebro es una pasta grumosa y desorientada, me incorporo de un salto y me situo encima de su esternón. Apoyo mi rodilla izquierda sobre su laringe, al tiempo que desplazo la mirada por los alrededores, en busca de algo con lo que finalizar esta hermosa cita.

Apenas necesito un segundo para descubrir una pequeña caja de seguridad portátil tirada justo a mi lado. Probablemente estaba oculta bajo la mesa y, gracias a nuestra pelea, ha salido volando. La cojo - *pesa, joder, pesa bastante* - y la sitúo por encima del cráneo magullado del soldado, quién, durante un breve instante, me mira con algo parecido al pánico.

Y me gusta. No debería, pero me gusta.

Joder, me encanta.

O él o yo.

La caja de acero sube y baja sobre su cabeza hasta que el suelo es poco más que pulpa y pedacitos de cráneo. Una y otra vez. Una y otra vez. Una y otra vez. El ruido del metal húmedo chapoteando sobre el suelo me envuelve, me abraza, me alimenta. Probablemente he alertado a unos cuantos cabrones más, pero soy incapaz de controlar los espasmos nerviosos que atraviesan cada músculo de mi cuerpo. Hay demasiadas ratas cabreadas en mi cabeza.

Una y otra vez. Una y otra vez.

Y, por fin, me detengo.

Intento aspirar todo el aire que puedo, pese a que el olor a melaza y metal tibio se me clava en las fosas nasales. Me mareo. El mundo da vueltas a mi alrededor como una bola de insectos muertos encajados entre las ruedas de un camión. Trato de frenar una oleada de náuseas, pero lo único que consigo es vomitar estúpidamente sobre el pecho del hijo de Riúrik, ahora convertido en un maniquí flácido, ridículo. Grotesco. Quiero aullar. Quiero llorar. Una avalancha - en parte risa nerviosa, en parte frustración - asciende a lo largo de mi estómago. A duras penas la controlo.

Me levanto, permitiéndome un breve momento de silencio. A lo lejos, más voces. Los susurros me avisan: en apenas medio minuto tendré al resto de sus amigos entrando por la puerta.

- *Gracias*.

Mi voz, áspera y pastosa, sale de mi boca como una pequeña oración memorizada. Como si fuera consciente de que nada de esto, nada de lo que sé, de lo que veo, de lo que estoy haciendo, podría lograrlo sola.

- *Ahora, a por los demás.*

Un año. Un año desde la última vez que quité una vida, y me prometí no volver a hacerlo mientras pudiera. Demasiada culpa. Demasiadas noches despertándome de golpe, temblando, con la ropa empapada en sudor agridulce.

Sudor como el que me cubre ahora mismo.

Me levanto de un salto y, rápidamente, agarro el subfusil de apuntado automático que el paramilitar ha soltado.

O ellos o yo.

Arrastro la mesa, escupiendo espuma espesa y rojiza - ¿he mencionado ya el desequilibrado estado de éxtasis en el que he entrado? - y me parapeto detrás, encañonando el arma en dirección a la salida. Si algo entra, sea lo que sea, disparo.

(*Tengo que salir de aquí. Tengo que salir de aquí. Tengo que salir de aquí. Si existís, malditos dioses ingratos, más os vale demostrarlo ahora*)

Una manada de botas con las suelas antideslizantes y las punteras reforzadas se acerca corriendo. No sólo las escucho, también puedo notarlas a través de las vibraciones del suelo. Me seco las gotas acumuladas en las cejas y en el interior de los lagrimales. El mundo se desenfoca, y siento que estoy mirando a través de las aguas turbias de un acuario que ya nadie limpia. Aprieto los párpados con fuerza, tratando de aclarar mis globos oculares, y en mitad de esa breve oscuridad, veo cuatro figuras marciales, casi robóticas. Cuatro figuras en estado de alerta, armadas. Tres de ellas llevan balaclavas oscuras. La cuarta no. La cuarta va con el rostro descubierto.

Son los paramilitares que vienen en mi busca, aunque aún no saben que soy yo lo que les espera en este despacho. Intentaré que les agrade mi presentación.

Abro los ojos y acaricio el gatillo. Hace demasiado tiempo que no uso un arma de fuego, pero no se me daba mal. Rezo para seguir siendo tan malnacida como siempre. Lo necesito.

Gritos.

Voces que braman, que preguntan por una persona que ya no tiene forma de responderles. Ni órganos para hacerlo.

(Joder, como odio no entender ni una palabra)

Contengo todo el oxígeno que puedo en los pulmones, soltándolo muy lentamente mientras apunto y - una vez más - comienzo a contar los segundos uno a uno. Me ayuda a concentrarme. Me ayuda a no perder del todo la cabeza. Me ayuda a no chillar.

(*Más arriba*)

(...)

(*Midori, más arriba*)

(Vale)

Elevo el fusil diez centímetros y espero. Golpes. Rugidos. Zancadas veloces y hostiles. La larga espera. El diminuto descanso antes de que estalle otro puto apocalipsis. Tengo la piel pegajosa y una incipiente migraña. Estoy segura de que alguien ha volcado ácido para baterías en mis sienes.

Y entonces, casi a cámara lenta, veo una uva grande y oscura asomándose. Aprieto el dedo índice. La uva estalla, acompañada de una nube de vapor carmesí y un reguero de sangre que salpica con violencia el marco de la puerta y parte del muro del pasillo. Más gritos. Gritos sorprendidos. Gritos extremadamente alterados.

O ellos o yo.

Fijo la mirada en el Hijo de Riúrik que acabo de ejecutar, tirado en el suelo, con su pasamontañas agujereado, y me doy cuenta de que el disparo ha debido revelar mi posición exacta. Ahora saben que algo les está matando.

Ahora saben exactamente dónde atacar.

Mierda.

Me arrastro con toda la velocidad que me permiten mis articulaciones dañadas, mientras una tormenta de proyectiles y fragmentos de madera estalla a mi alrededor, demostrándome que de poco me habría servido la mesa como barricada. Me acurruco en una esquina, bajo unos estantes de aluminio; el polvo de cemento se acumula en mis bronquios, pero no tengo tiempo para toser o para compadecerme de mí misma. Sujeto el K9 modificado entre mis manos y, prácticamente a ciegas, palpo la empuñadura hasta que noto el selector bajo la yema de mi dedo anular. Instintivamente cambio a modo ráfaga y dirijo el cañón en dirección al pequeño hueco situado entre la puerta y la zona central del despacho.

Si piensan que han neutralizado a la amenaza, jugaré con ventaja. Si siguen disparando como monos en medio de un ataque de pánico, quizás no tenga tanta suerte.

(*¿Animales, Midori? ¿Ahora? ¿Realmente es un buen momento para recordar los viejos hologramas que tenías en casa? ¿Qué será lo próximo, hablar otra vez de tus amadas hienas? Céntrate o acabarás tan muerta como todas ellas*)

Entre las nubes de serrín y yeso, veo como dos sombras corpulentas entran en la habitación. Una de ellas - más alta, más enfadada - se tapa la boca con el antebrazo. No lleva nada cubriéndole el rostro, un rostro que parece haber sido tallado con prisa y sin cariño. Un rostro lleno de marcas de viruela y quemaduras.

- *Lo siento*

No me escuchan. No pueden. Mi voz queda eclipsada por los crujidos de una habitación convertida en zona de guerra, así como por el retumbar de maquinaria industrial, acompañado de las voces de quienes aún siguen trabajando, ignorantes (espero) de que al otro lado del almacén nos estamos matando estúpida y asquerosamente.

No me escuchan.

No pueden.

Y aún así, se giran. Ligeramente.

Evitando que sus armas lleguen a apuntar en mi dirección, lanzo una descarga interminable - o eso me parece a mi - sobre los dos paramilitares, que apenas tienen tiempo para ladrar, para insultarme o para protegerse. El que lleva la cabeza cubierta comienza a bailar epilépticamente ante la tormenta de balas que le golpea. El pecho, cubierto por un chaleco de kevlar, logra parar las detonaciones, pero varios - muchos - impactos atraviesan su garganta, su cabeza y sus extremidades superiores.

Un chillido. Un chillido rabioso y primitivo. Alguien está dejando escapar toda la hiel y la cólera a través de sus cuerdas vocales.

Me doy cuenta de que soy yo. Los chillidos rabiosos y primitivos son míos.

La otra silueta, ahora convertida en pura supervivencia, se cubre con el cuerpo de su compañero, a la vez que se lanza al suelo. No necesito que el tiempo se ralentice para darme cuenta de que le he agujereado en las caderas y en el brazo izquierdo. Y apostaría lo que fuera a que le he arrancado la oreja y se ha desencajado un hombro con la caída.

Sigo aullando. Evito pensar en las docenas de tipos armados que me han oído y vienen hacía aquí. Evito pensar en que todos los planes en los que me meto acaban siendo poco más que caos, sangre y huidas hacia delante. Evito pensar en si les ha dado tiempo a dispararme y yo ni me he dado cuenta. Evito pensar en nada. Los fogonazos del subfusil de apuntado automático ya lo hacen por mí.

Claro que todo lo bueno se acaba. Y lo malo. Todo acaba, siempre.

El apagallamas del arma se calla, escupiendo una hilera de humo grisáceo y silencioso. Dejo de gritar. Aprieto los dientes. Ahora la rabia se ha filtrado entre mis órganos internos, y, aunque me sigue costando respirar, lo único que realmente me importa es no salir de aquí troceada y repartida en bolsas.

Aunque dudo que lo consiga.

Escucho un gemido gutural, seguido de una tos seca y brusca. Sigue vivo. El cabrón afortunado sigue vivo. Sin apenas alzarme, me precipito en su dirección, utilizando mis rodillas - amoratadas, probablemente con los ligamentos desgarrados - para desplazarme. La verdad, todo sería mucho más sencillo si me volasen la cabeza. No más agonía. No más ansiedad. No más cansancio.

(*tú sabes que no vas a dejar de pelear, y que tus últimas palabras serán un mordisco y un chiste malo. No intentes convencerte de lo contrario*)

(*vale, si. Y no puedo dejar que este maldito idiota con la cara picada se levante*)

- *¿¡Artem…?!*

Cierto. Eran cuatro. Cuatro más. Faltaba uno por llegar. Y este también lleva un pedazo de poliéster sintético cubriéndole la cara, así que no logro distinguir si su gesto es de confusión, de alerta o de amenaza. Probablemente, si no hubiera exclamado el - imagino - nombre de su compañero, no habría notado su presencia hasta después de haber recibido la descarga. Gracias.

(Apesta a gas metano y hamburguesas de pollo sintéticas. No sé por qué eso me llama poderosamente la atención)

Paro en seco. Necesito tomar una decisión, y necesito tomarla rápido, antes de que el simpático paramilitar use su pistola; lo cual me da un margen de, aproximadamente, tres o cuatro décimas de segundo.

(*¿Pistola? ¿No lleva fusil? ¿Realmente está sujetando una maldita LEBEDEV 9 mm. Parabellum sin modificar? Dejaron de importarse cuando la Pasarela aún no estaba cubierta por una cúpula. ¿De dónde coño sale esta gente?*)

De nuevo, dejo que sean mis reflejos los que resuelvan la situación. Y mis reflejos escogen apostarse mi vida al todo o nada, utilizando mis manos para impulsarse en dirección a los tres cuerpos - dos muertos, uno parcialmente vivo - tirados en el suelo. Con lo que no cuentan mis reflejos es con la alfombra de vidrio provocada por la caída del cuadro que colgaba de la pared. Un trozo de cristal asquerosamente grande y asquerosamente afilado se me hunde en la palma, atravesándome la carne y el músculo; únicamente la adrenalina que corre por mis terminaciones nerviosas me impide frenar en seco y aullar de dolor.

(*El tipo grande y robusto está intentando sacar su brazo de debajo del cadáver acribillado. No le dejes*.)

Cruzo lo que me queda de despacho, y me doy cuenta de que me estoy moviendo absurdamente rápido, como si alguien hubiera sustituido mis arterias por cables de alta intensidad y mis glóbulos rojos se estuvieran bañando en corrientes eléctricas. A mi izquierda escucho una detonación. Dos. Tres. Agarro con fuerza al soldado moribundo y me atrinchero detrás suyo, al tiempo que noto como la hemorragia de su estómago me llena la mano de sangre tibia y pegajosa. Se contorsiona, y no me queda claro si está intentando girarse para atacarme, o si se agita por los impactos de las balas de su compañero. Me cuesta respirar, me escuece el brazo y el humo no deja de escarbar en mis retinas.

Realmente está siendo un día espantoso.

Con un movimiento rápido y un grito, extraigo el vidrio de mi mano derecha y, tratando de ignorar el hilo de líquido caliente y rojizo que desciende a lo largo de mi brazo, comienzo a acuchillar con rabia el rostro de mi acompañante. Cierro los párpados con fuerza, pero aún así puedo notar como las gotas me salpican mientras convierto su cara en tofu picado.

(*Vale, si consigo salir de este lugar, tengo claro que no voy a poder conciliar el sueño en meses. O en años. O el resto de mi puta vida*)

(*No pienses, Midori. No pienses. Solo sigue adelante*)

Otro disparo. Algo me perfora el hombro, y una punzada de dolor intenso y helado me paraliza durante un instante. Los murmullos de mi cabeza se elevan hasta convertirse en un muro impenetrable de sonidos - sonidos chirriantes, profundos, enfurecidos, como un bosque al que están talando -, y puedo sentir como me empujan. Como me zarandean. Como me mantienen en alerta, incluso cuando mi ritmo cardíaco quiere rendirse. Me muerdo el labio superior con tanta energía que casi me arranco un pedazo de carne.

Nadie, absolutamente nadie, me dispara y sale indemne.

Joder.

Estiro el brazo alrededor del tipo que me está sirviendo como escudo humano, tratando de asomarme lo menos posible, y presiono el gatillo del arma que aún lleva enganchada al cuello con una correa; una caótica tormenta de balas se dispersa por toda la sala, repartiéndose entre el cemento del suelo, el yeso amarillento de la pared y el resto de cadáveres; finalmente, consigo que un par de proyectiles alcancen la rodilla y el fémur del último Hijo de Riúrik que queda en pie.

Sigo sin creerme que toda esta locura aún no me haya llevado por delante.

Empujo el cuerpo inerte del soldado - incluso con el uniforme, pesa demasiado como para ser todo orgánico. No descarto que tenga parte del esqueleto modificado - y me abalanzo sobre el pedazo de mierda que me ha astillado el hueso del hombro; mientras salto, aprovecho para coger los restos de uno de los archivadores despedazados que cubren el suelo y lanzárselo. Al hacerlo, levanto una pequeña nube de hormigón en polvo. No me vas a ver llegar, cabrón.

Éste, con su rodilla sana apoyada en el pavimento, alza sus diminutos ojillos enrojecidos y trata de levantar de nuevo su arcaico pedazo de metal, el mismo que ha usado para agujerearme el hombro. De una patada, le fracturo la muñeca. Levanta la cabeza. Creo que quiere aullar, o avisar a sus compañeros, o simplemente su cuerpo ya no sabe qué posición adoptar. Me da igual. Estoy cabreada. Cabreada y cansada. Tengo demasiados órganos pidiéndome tregua, y no me apetece aguantar más insultos en un idioma que no entiendo, así que opto por apretar los nudillos y golpearle en la traquea hasta hundírsela. Su cuerpo es goma dúctil que puedo manipular a mi antojo. Sus palabras no son más que gorgojeos ahogados. Estertores.

Estoy harta. Le veo caer al suelo, patéticamente, mientras se agarra la garganta con las manos. Pienso en rematarlo, pero opto por apoyarme sobre su cuerpo rígido y retorcido. Un colchón de carne desgarrada en el que apoyar mis piernas cansadas.

Estoy harta. Agotada. Quiero llorar. Quiero seguir rompiendo huesos.

(*No. Respira. Respira profundamente*)

(Luego. Ahora no tengo tiempo)

(*Respira. Lo necesitas. Tus pulmones son poco más que bolsas de basura arrugadas. Vas a perder el control*)

Me levanto y me doy la vuelta, rehuyendo de mis pensamientos. Rehuyendo de las arcadas nerviosas, del dolor de estómago, de los temblores. Rehuyendo de esos pequeños demonios, esos putos oni, que juguetean conmigo, haciéndome sentir miserable, enseñándome en un espejo el monstruo en el que me estoy convirtiendo, si es que no lo soy ya.

(*Respira, Midori. Aún tienes qu…*)

Dos ganchos rígidos y compactos me sujetan de los hombros, inmovilizándome. Antes de que me dé tiempo a girarme - *¿girarme? imposible, estoy atenazada* -, me lanzan contra una de las paredes laterales, provocando que varias de mis costillas crujan peligrosamente.

(*¿Qué coño ha sido eso?*)

Una figura enorme, vestida con un - *¿por qué?* - traje elegante de corte militar se acerca en mi dirección, con la tranquilidad de quien sabe que puede masticarte los huesos y partir una tubería usando únicamente sus manos. Es un dorado, si, pero uno que destaca entre los demás. Su pelo, de un amarillo casi tóxico, cae sobre sus hombros y se funde con una larga

- y poco habitual en esta ciudad - barba, y sus músculos, probablemente sometidos a una cantidad enfermiza de implantes y años de entrenamiento, se marcan bajo la ropa como placas de metal corrugado bajo una sábana de seda. Al observarle, tengo claro que podría arrancarme sin dificultad los intestinos y beber de ellos, y a nadie le sorprendería.

Estoy frente a una bestia. Una bestia absurdamente bien vestida. Una bestia con los ojos fabricados con titanio y hielo azul.

De repente, me acuerdo del Comandante Seon, hablándome de los últimos habitantes de la República Roja, y las piezas comienzan a encajar dentro de mi cabeza. Este tío no es solo un soldado. Es un puto dios venido de otra era.

Estoy jodida.

(*Levántate, estúpida, levántate*)

La mitad izquierda de mi torso está completamente entumecido, y la bala alojada en mi hombro - no, no me atravesó. Preveo una recuperación más lenta y una posible infección - baila en el interior de mi músculo, extendiendo la onda de dolor a lo largo y ancho de mi tórax y parte de mi cuello. Además, tengo la nuca agarrotada y me cuesta tragar aire.

Y, por si fuera poco, el microhub que me dieron los Ludd se ha debido caer de mi oído en algún momento, por lo que - salvo que este traje lleve rastreadores - ahora sí que estoy definitivamente aislada.

(¡levántate!)

Apoyo la frente en el suelo y arqueo el cuerpo, tratando de usar cualquier parte de mi - averiada - anatomía para ponerme en pie, pero el maldito coloso ya está a mi lado.

- *V.vaya, tú… tú eres mucho más grandote que tus amigos. Seguro que tus papis te daban más… aerosoles nutricionales que al resto de niños, ¿no?*

(Bravo. Seguro que ahora no me golpea con más fuerza. Soy una tía lista, desde luego)

Me responde con una sucesión de patadas en el estómago que revuelven todos mis órganos, convirtiéndome en poco más que un saco de hemorragias internas.

Dejo de respirar durante unos interminables cuarenta segundos. El dolor, caliente y pastoso, se extiende desde los dedos de mis pies hasta mi mandíbula. Abro los ojos, pero el pasillo no deja de dar vueltas a mi alrededor, perdiendo su forma y su color; alguien ha volcado una botella de licor de arroz doblemente destilado dentro de mis córneas, impidiéndome distinguir las formas.

Estoy mareada. Muy mareada.

Y necesito oxígeno.

Necesito.

Oxígeno.

Ya.

(*Levántate. No estás sola, recuérdalo. Levántate*)

(*Cierra la boca, o las bocas, o lo que coño uséis para hablarme. Estoy sola. Sola y muerta*)

Un calambre recorre mi columna vertebral. El paladar me sabe a metal oxidado y puedo escuchar los latidos histéricos de mi corazón rebotando entre mis sienes.

(Vale, creo que ya puedo respir…)

Con una sola de sus garras, me coge, me apoya contra una pared y me levanta casi un palmo y medio por encima del suelo. Soy alta, bastante alta, y aún así la punta de mis deportivas flotan sin llegar a tocar el cemento. Bajo la manga de su chaqueta distingo una serie de hendiduras cromadas, como pequeños canales tallados en su antebrazo. Mierda tecnomilitar. Implantes absurdamente caros reservados únicamente para hana-bi de nivel Uno o para asquerosos dioses arcanos con mucho dinero y muchos contactos. Dioses arcanos como el que va a acabar conmigo. Este cabrón ha pagado para poder insertarse un cañón perforador en el brazo si se aburre.

Comienza a apretar los dedos. Mi cuello pasa a convertirse en una manguera de goma que se comprime más y más, y yo noto cómo toda mi cabeza se hincha, mis arterias suplican y dos lágrimas saladas se deslizan por mis mejillas. Y, sin embargo, lo que más me preocupa es lo que pueda llegar a hacerme con el otro brazo, el que descansa apoyado relajadamente junto a su inmenso torso.

Inesperadamente, un chispazo ilumina las pocas neuronas que siguen vivas dentro de mi cabeza. Gracias a un vistazo rápido, me doy cuenta de que a la altura de su cuello se asoma un diminuto tatuaje translúcido, probablemente un bionodo. O, lo que es lo mismo, un maravilloso - y apenas visible - puerto de entrada, el cual dudo que utilice precisamente para mejorar la velocidad de su conexión a la Net. Recuerdo que, si algo me enseñó Ki-Sung, es que cualquier orificio orgánico por el que se introduzca un cable es siempre, *siempre*, una zona sensible.

(*No te desmayes, estúpida. Ni se te ocurra desmayarte. No ahora. No aún*)

Con mi pierna derecha, trato de patearle las costillas. Obviamente me lo impide, pero así logro mi objetivo: mantener ocupada su otra mano. Sé que, si quisiera - y estoy segura de que quiere - podría dislocarme la rótula con un solo movimiento, pero decido arriesgarme, utilizando las escasas décimas de segundo que me quedan antes de perder el conocimiento (o la extremidad inferior) para clavarle las uñas en ese diminuto agujero situado bajo su oreja, con la rabia de quien quiere arrancarle la piel a tiras a otro ser humano y luego escupir sobre su cadáver. Soy consciente de que, tal vez, con esto solo consiga enfadarle más y me acabe quebrando el cuello. O me retuerza el fémur hasta que éste se asome a través de mi carne. Pero necesito sobrevivir, y pienso hacerlo como sea.

(*púdrete, cabrón elegante*)

Un aullido propio de una bestia herida se escapa a través de sus labios y, casi sin darme cuenta, me sorprendo cayendo (libre, magullada, rota) sobre el suelo de cemento. El mundo continúa siendo una sopa turbia y borrosa, una pantalla glitcheada, empantanada en parpadeos y nebulosas que apenas puedo distinguir, pero al menos me ha soltado. Creo - *creo* - que una sombra se acerca, pero no estoy segura de si estoy teniendo visiones provocadas por la falta de oxígeno en mi cerebro, o si realmente alguien viene a nuestro encuentro. No me paro a pensar, y antes de que la montaña de esteroides, anabolizantes y mejoras bioquímicas me aplaste el cráneo, decido concentrar toda la - poca, ridícula y gastada - fuerza que me queda para golpearle con mi puño derecho en la ingle.

Otro grito. Este, seguido de una frase en su maldito idioma. Apenas puedo notar mis terminaciones nerviosas en dos tercios de mi cuerpo, y probablemente tenga demasiados traumatismos internos como para mantenerme en pie mucho más tiempo, pero logro sonreir y, lo que es más importante, regalarle un tercer puñetazo. Mis nudillos, más carne cruda que otra cosa, parecen estar cubiertos de pequeñas hebras fibrosas que escupen destellos eléctricos y calambres. Probablemente - muy, muy probablemente - esté alucinando, pero me anima saber que no soy tan fácil de matar.

(*Y, ahora, corre. Corre todo lo que puedas*)

Los murmullos - ¿míos? ¿soy yo? ¿o son *Ellas*? qué más da, mi cabeza es pulpa y hematomas - parecen estar masajeándome todas las zonas entumecidas del cuerpo. Cuidándolas. Protegiéndolas. Inyectándoles una vida que apenas tienen. Doy un salto, tratando de no tropezarme con mis propios tobillos debilitados, y comienzo a caminar con la maravillosa y saludable intención de salir de aquí. ¿Me acribillarán al llegar al almacén? Seguramente. ¿Tengo otra alternativa? No.

Apoyo una mano sobre la pared y la otra en el pavimento, incapaz de distinguir el norte del sur, el frío del calor o lo real de lo irreal, y a duras penas logro levantarme. Lo único que tengo que hacer es ser rápida. Muy rápida. Sé que puedo. Sé que los reflejos aún siguen ahí, latentes, inamovibles. Sé que soy capaz de lograrlo.

O no.

Un martillo me golpea la espalda. Apenas tengo fuerza para aguantar el golpe, así que me derrumbo, aceptando que lo siguiente que notaré será una bota del tamaño de un taladro industrial aplastándome la columna.

Supongo que era de prever que acabaría así. Tengo miedo, mucho miedo, pero, bien visto, quizás no sea tan mala forma de morir.

- *¡Yakov! ¡Basta! La necesitamos viva. Viva y, a ser posible, consciente.*

La sombra se sitúa a mi lado y se agacha. Las líneas comienzan a definirse, y lo primero que consigo ver es un rostro absurdamente bello y gélido observándome. Observándome como únicamente una hermosa y perfecta Yuki-onna puede hacerlo. Casi puedo percibir el frío de la nieve acariciándome las mejillas y sus copos cubriéndome los dedos.

Eso, o he perdido demasiada sangre.

- *En menos de veinticuatro horas tiene que estar más que preparada, y así no nos vale.*
- *Se recuperará* - el dios dorado tiene voz. Una voz grave y carbonizada. Y puedo entenderla. ¿Están hablando en mi idioma, o la contusión me está haciendo comprenderles? - *tú lo dijiste, su cuerpo se cura mucho más rápido que el de los demás, ¿no?*

Sus palabras son desafiantes. Soy un juguete, y nadie le dice como estrujarme. Cada una de sus frases se arrastra entre sus dientes, saliendo al exterior con esfuerzo.

- *Si, se recupera rápido, pero no tan rápido, maldito estúpido*.

El gesto del titán se tuerce. Su rabia arcana parece contenerse, incapaz de hacer nada ante los insultos de la mujer, del mismo modo que un animal adiestrado no puede morder la mano de su dueño, aunque éste le humille. O eso dicen. En realidad no sé cómo se comportaban la mayoría de animales antes de que se extinguieran. Y nunca he visto uno de los clonados, esos están todos en la Torre.

- *Anda, cógela y sígueme.*

Antes de que sus dedos firmes y toscos me rocen el cuerpo, una espiral de odio y orgullo - por primera vez, útil - me impulsan, obligándome a incorporarme. Le agarro la muñeca con fuerza

- *Si me vuelves a tocar, te arranco lo que tengas entre las piernas, sea biónico o no.*

Su boca fabrica una sonrisa salvaje e infantil. Puedo ver sus dientes, la mayoría bañados en oro y platino. Escupe una risa gutural.

- *¡Ja! Vaya, la niña especial no es tan débil como parecía. Habla como como un pequeño osezno enfadado.*

No respondo. Me cuesta abrir del todo el ojo derecho, un par de dientes me bailan cada vez que los rozo con la lengua, el hígado me funciona a ratos y tengo que hacer un esfuerzo asquerosamente sobrehumano para mantenerme erguida.

La mujer se alza, y me habla mientras se gira. No necesita elevar la voz. No necesita repetir las palabras. Sabe que todo lo que dice tiene un efecto poderoso, casi sedante, en los demás.

- *Ven. Acompáñame.*

Sin dejar de sentir punzadas que suben y bajan en bucle dentro de mi esternón, sigo a la mujer. Su rostro ofrece un aspecto mucho más joven y refinado de lo que realmente esconden sus pupilas. Unas pupilas que parecen estar pulidas, como un espejo que únicamente reflecta una imagen muerta del mundo. Es tan alta como yo, y no puedo dejar de mirar su pelo oscuro. Un pelo azabache que parece absorber todo el brillo que existe a su alrededor.

- *Tienes que perdonar a mi hermano, es algo brusco con las visitas. Además, no le gusta que husmeen en nuestros negocios, tienes que entenderlo.*

La voz de Yakov - *¿Así le ha llamado? Joder, nunca me quedo con los nombres. Aunque ahora tengo excusa. Mi cerebro está más muerto que vivo* - resuena detrás de mí, a modo de gruñido biomecánico. Cada uno de sus movimientos parece agitar el aire a su alrededor.

- *Esta maldita suka ha matado a cinco de mis hombres* - sus palabras destilan un desprecio casi primitivo hacia mi persona. Me da un empujón que me mueve un metro y medio hacia delante. Y sospecho que ni tan siquiera ha intentado darme con fuerza - *debería partirla por la mitad ahora mismo.*
- *Tiene menos de veinte años y lo ha hecho sin ir armada. Tal vez deberías entrenar mejor a tus hombres.*

Esbozo una sonrisa. Me esfuerzo poderosamente por no cojear, y aunque soy consciente de que para mis dos anfitriones soy poco más que un charco de aguas fecales bajo la suela de sus botas, una pequeña, casi invisible, esfera cálida y acogedora se acopla en mi pecho. Miles de diminutos tallos porosos y suaves me arrullan por dentro, atendiendo y desinfectando mis heridas internas. Algo me está curando. Algo me está cuidando. Tal vez - tal vez, y no lo repetiré mucho - las Voces tenían razón, y no estoy sola.

Llegamos hasta la zona central del almacén. Un área que ha pasado de ser un hervidero de trabajadores apáticos, paramilitares cabreados y cadáveres flácidos metidos en bolsas, a un pelotón de ejecución. Diez hijos de Riùrik rodean una mesa con - *¿Qué? ¿Y esto?* - una taza, un azucarero y una jarra. Todo con aspecto de haber salido de un museo.

La mujer señala una silla, la única que hay.

- *Siéntate.*
- *No, gracias. Que no te engañen los cortes y la cojera, no estoy cansada.*

Las piernas me tiemblan, y lo único que deseo ahora mismo es que me lancen a un hoyo y se olviden de mí.

- *Siéntate*.

Su voz, afilada, va acompañada de la mano de su hermano, que con un leve movimiento sobre mi hombro logra empujarme hasta que apoyo el trasero en el asiento. Con una serie de movimientos perfectamente controlados, la dorada - ¿tiene sentido llamarla así? El Comandante me dijo que a los Hijos de Riúrik no les gustaba que les considerasen dorados. Empiezo a entender el por qué, la verdad - me sirve un líquido caliente y ámbar. Huele a té blanco. Té blanco real. Té blanco que únicamente he podido saborear dos veces en mi vida, las dos veces con mi tío, las dos veces frente a algunos de sus mejores clientes. Viejos consejeros delegados de empresas de la Torre que necesitaban pagar a alguien para que hiciera su trabajo sucio, y que no dejaban de mirarme con aspecto de querer preguntar el precio por pasar una hora conmigo en un hotel cápsula anónimo.

(¿Qué está pasando aquí? ¿Estoy soñando? Seguro que estoy tirada en el interior de algún contenedor de reciclado, esperando a la cremación de residuos automatizada, mientras deliro y balbuceo. Esta situación no puede ser real)

- *Tengo que decir que ha sido… interesante ver cómo habéis colapsado la red interna de la casa de apuestas. Habíamos rebajado algo la seguridad, para no ponértelo muy difícil, pero eso nos ha pillado de sorpresa. Igual que tu bajada aquí. No contábamos contigo hasta más tarde, y creíamos que ibas a llegar por la entrada de servicio.*

La entrada de servicio. Existe una entrada de servicio. Por supuesto. Soy excesivamente estúpida, y los Ludd son unos consejeros de mierda. Esto no hace más que mejorar.

Tras coger la taza con cuidado - en algún momento, alguien me ha pisado el dedo índice, y me duele horrores - bebo a pequeños sorbos. Se me pasa por la cabeza que el té esté envenenado. Decido seguir disfrutándolo.

- *Bueno, me imagino que tendrás curiosidad por saber por qué aún sigues viva.*
- *Pues, la verd…*
- *Querida, antes de que gastes uno de tus comentarios graciosos, debo decirte que tenemos algo de prisa. Y no me gusta tener prisa.*

Me clava sus pupilas teñidas de azul y esmeralda, y puedo notar como es capaz de hurgar entre los pedazos pastosos de mi cerebro.

- *Sinceramente, esta es la peor entrevista de trabajo a la que he acudido nunca* - con un movimiento elegante, alzo la bebida, emulando a todos los tipos ricos a los que espiaba una y otra vez en sus restaurantes de lujo - *aunque es cierto que el té está muy sabroso.*

La mujer aprieta sutilmente los labios y contiene un suspiro. Alza la mirada en dirección a mi querido amigo Yakov, quien me sujeta con fuerza de la nuca, al tiempo que introduce con la menor delicadeza posible sus dedos en el agujero de mi hombro. Ahogo un grito. Un grito muerto y silencioso que me rasga la garganta por dentro. Aún con más de medio cuerpo entumecido, el aguijonazo me cruza completamente el brazo y se me hunde entre las vértebras.

Durante diez espantosos segundos, sus yemas ásperas y frías revuelven mis músculos por dentro, hasta que, de golpe, salen, sujetando la bala que tenía alojada desde hacía quince minutos. Una oleada de aire tibio y polvoriento me llena los pulmones, y un cosquilleo comienza a ir y venir a lo largo de mi herida.

Hacía mucho que no sudaba tanto.

- *Voy a dejarte una cosa clara: no he permitido que te maten porque no me gusta que rompan mis herramientas de trabajo. Y eso es lo que eres ahora mismo. Si te apetece seguir haciendo el estúpido, yo misma me encargaré de abrirte las tripas con unas tijeras para cortar pescado. ¿Entiendes lo que quiero decir?*

Giro el cuello, regalándole una mueca burlona (aunque no demasiado) a la montaña de hormonas y titanio.

- *Muchas gracias. Se me curan más rápido las heridas cuando no tengo pedazos de metal o chatarra taponándome las arterias. Te debo una* - sin dar tiempo a que mi bella interlocutora se enfade aún más, volteo la cabeza y le dedico una mirada indiferente - *¿sabes? me importa una mierda que tengas prisa. Adelante, cuéntame lo que tengas que contarme, y acabemos ya con esto. Porque está claro que no voy a salir viva de aquí.*

Lentamente, muy lentamente, mi anfitriona se apoya en la mesa, dejando entrever un dispositivo elegante que sobresale de su muñeca. Su voz, menos afilada y más pectoral, repta a través del aire hasta pegarse a mi piel como pegamento rápido.

(Vamos. Cabréate. Enséñame cómo eres. Quién eres)

- *En esta ciudad sois todos iguales, siempre lo habéis sido. Tan encantados con vuestros propios culos, con vuestra propia historia sagrada, que no podéis distinguir cuándo tenéis el control de cuando no* - entre sus labios finos se asoma una pequeña hilera de dientes perfectos, anacarados - *Neocoreanos, unionistas libres de Yangtsé, los de la República de Japón del Norte, los de la puta Confederación del Mekong… para mí sois todos iguales. Aburridos, orgullosos y frágiles trocitos de carne ahumada.*

Como un chispazo provocado por un cortocircuito, algo estalla en mi cabeza, que de golpe se llena de imágenes, palabras y frases entrecortadas. Por alguna razón, comienzo a pensar en una chica. Una chica que fue pareja de Ki-Sung durante varios meses, y que siempre llevaba colgada al cuello una bala herrumbrosa, de la cual no se separaba nunca. Una y otra vez repetía que ese pedazo de metal estuvo durante años metido en el pecho de un antepasado suyo, uno que luchó en la guerra civil. Nunca quise preguntarle a cuál de todas las guerras civiles se refería. Una noche, entre cervezas, dentro de un local que no escaneaba los IDs de nadie ni miraba si tenías aspecto de menor, mencionó a la Unión de Pueblos Libres de Yangtsé. Aunque creo que ella los llamó Unión de Pueblos de la China Libre. Nunca entendí por qué, ni tampoco quise preguntar. La Historia siempre fue cosa de Kalea. Pero me llamó la atención lo dolida que parecía, como si ella misma hubiera combatido en esa misma guerra. No le hicimos mucho caso. Un día desapareció, y a nadie pareció importarle.

Durante bastante tiempo me pregunté qué habría sido de ella. En cierto modo, sentí que nos estaba pidiendo ayuda, y que nosotras estábamos tan preocupadas por quemar la ciudad o por demostrarle a la Familia lo buenas que éramos robando información, que no supimos - o no quisimos - escucharla.

Me duele la cabeza. Me duele muchísimo.

(*Midori, cielo, ¿Realmente ahora es el mejor momento para acordarte de todo esto?*)

(*Ahora mismo no es un buen momento para nada que no sea ahogarse en bilis y aguantar el siguiente golpe*)

La mujer camina a mi alrededor. Parece tener todo el numerito ensayado, como un clip pregrabado y emitido en bucle, y aún así, su naturalidad psicótica me alarma.

-*... así que, mi querida Midori, esta es la situación: vas a escuchar lo que necesitamos de ti, vas a asentir en silencio y sin hacer chistes, y todo el mundo va a salir de aquí contento y con sus putos órganos en su sitio.*

Sus cuerdas vocales comienzan a traquetear, y cuanto más habla, más reconozco parte del acento del Carnicero en ella.

Me aburro. El pánico - hasta ahora, controlado, reprimido y censurado - está mutando en apatía. Quiero que el techo se caiga y nos lleve a todas por delante. Ya no puedo más. Me duele el hígado, y mis tripas siguen palpitando como gusanos agonizantes.

- *¿Y si digo que no? ¿Qué harás? ¿Dejar que tu hermano me parta en dos con sus propias manos?*

Me observa. Esboza una sonrisa, lo cual no me gusta nada. Alza la mano, al tiempo que uno de los soldados le apoya en la palma un micropad. Lo reconozco, es un sistema autónomo de vigilancia. Un pequeño dispositivo virtual con el que controlar a tiempo real cualquier cámara de seguridad.

Mal rollo.

Pulsa la pantalla dos veces, pinzando en su interior para ampliar la imagen. Me lo da. Un escalofrío se acopla cómodamente en mi estómago, apretando desde dentro. Miro, con pánico a ver lo que sé que voy a ver.

Kalea.

Kalea, sentada junto a una de las barras del casino. Bebiendo algún cóctel de diseño. Inquieta. Nerviosa. Puedo reconocer detrás de ella la silueta de dos guardias con el cráneo afeitado y la barba milimétricamente recortada. Dos guardias el doble de altos y el triple de ancho que ella. Dos guardias con, probablemente, armas ocultas bajo sus elegantes trajes de diseño.

- *Si te niegas, tu dulce ptichka se vendrá con nosotros y servirá los próximos dos años de su vida como pozo de fluidos para un montón de sararīmans estresados, antes de que la matemos a golpes en un callejón. Tú eliges.*

No.

No.

Kalea no.

CAPÍTULO 22

- *Entonces, tenemos un trato, ¿no?*

Los soldados han dejado de ser soldados. Ya no hay individuos separados, ni cabezas unidas a cuellos. Lo único que veo es una gran y apestosa criatura irreal, un demonio con mil bocas llenas de dientes, con mil pasamontañas empapados en sudor, con mil fusiles asomando desde su torso viscoso, como espinas venenosas.

Una criatura que me tiene exactamente dónde me quiere tener. Pero… ¿por qué yo?

(*¿Por qué tú? Ya sabes por qué. No sé trata sólo de ti. Se trata de todas nosotras. Ella lo sabe. Sabe que hay algo que no encaja, y lo quiere*)

Un pensamiento fugaz cruza mi cabeza. Necesito preguntarlo, aunque sé - como siempre - que mis queridas Voces no me van a responder.

(¿Y es por eso mismo por lo que me intentaron matar los Jumong? ¿Por vosotras? ¿Fueron también los Hijos? ¿Me tienen ya donde quieren?)

Si recibo una réplica, apenas la logro escuchar detrás del muro de murmullos que inunda mi masa encefálica. El sentido común me dice que no sería lógico contratar a unos sicarios y ahora, tras haber acabado con cinco de los suyos, dejarme vivir. No. Estos cabrones quieren otra cosa. Por otro lado, el sentido común hace mucho que se fue por el desagüe, así que todo es posible ahora mismo. Además, no logro quitarme de las retinas la imagen de Kalea en el punto de mira de dos matones armados, sin tan siquiera saberlo

(Ka…)

Un ataque de pánico comienza a apoderarse de mi entumecido cerebro. Ahora mismo soy únicamente hueso y cartílago; ni tan siquiera el carburante con el que mi instinto se alimenta logra hacer que mis músculos despierten. Pienso en saltar por encima de la mesa y, con la única ayuda de mis dientes - los pocos sanos que me empiezan a quedar -, dentellear a cada persona que se interponga en mi camino hasta lograr salir de aquí.

Pero no puedo. No puedo.

(No. Así no. Por favor, Midori, así no. Coge aire. Piensa con calma. Aún estás… aún estoy a tiempo de ser la única que acabe muerta. Aún estoy a tiempo de salvarla. De conseguir que salga de aquí ilesa y que pueda cumplir su promesa de alejarse todo lo posible)

(Ka. Joder. Lo siento)

Sé que no soy yo quien tiene la yema del dedo acariciando el gatillo. Sé que yo no soy quien ha montado una fábrica de cuerpos flácidos y muertos bajo los pilares de una casa de apuestas. Se que nada de esto es - realmente - mi culpa. Y, sin embargo, así es como me siento. Como un trozo de carroña que ha sido pisado en demasiadas ocasiones. Como si cada paso que diese fuera otra mala decisión que esparce basura a mi alrededor, manchando a la gente que me rodea.

(Kalea, perdóname)

- *¿Hola? ¿Piensas responder en algún momento?* - la mujer agita la mano derecha delante de mí rostro, pero yo únicamente veo manchas borrosas que flotan a mi alrededor *- Joder, Yakov, la has destrozado. Así no nos va a servir.*

Sus dedos, duros y gélidos, me sujetan con fuerza de la barbilla. Pero yo no estoy aquí. Ya no. Yo estoy lejos, muy lejos.

- *Tú* - señala a uno de los paramilitares que me vigilan, el cual parece sentirse temeroso ante la mirada de su jefa - *avisa al doctor, dile que tengo a una estropeada, y que nos vendría bien un poco de Gracia de Dios.*

Puedo escuchar los pasos marciales y obedientes del hijo de Riúrik, que se alejan en la distancia. Mi corazón bombea la sangre sin ganas, y ahora mismo mi lengua es poco más que una esponja seca y arrugada. Trago saliva, lo cual me provoca una ráfaga de dolor que me sacude la garganta y el pecho.

- *¿Cómo te llamas?*

Mi anfitriona parece tan sorprendida por escuchar mi pregunta como yo por lanzarla.

- *¿Yo?* - me mira con una sonrisa sutil. Sabe que ha ganado el juego, así que no tiene necesidad de hundirme más - *Sveta. Sveta Riúrik, aunque mi apellido ya te lo imaginabas, ¿no?*

Sigo sin poder abrir del todo el ojo derecho, pero aún así clavo mis pupilas en su rostro mecánico y frío, un rostro que no deja de estudiarme, del mismo modo que un mecánico estudia a todos y cada uno de sus drones rotos, tratando de averiguar qué partes puede aprovechar y qué partes van a ir al vertedero.

- *Y dime, Sveta Riúrik, ¿Qué coño quieres de mi? No tengo nada que pueda interesarte. No soy nadie.*

Sus párpados se cierran con tedio, mientras deja escapar un suspiro agotado. Cada uno de sus movimientos parece estar calculado y, sin embargo, actúa con la naturalidad de quien sabe que es intocable.

- *No sé qué odio más, si a los que fingen humildad o a los idiotas. Y tú no eres una idiota, ¿verdad?*

Se acerca hasta ponerse a mi lado. Su cuerpo, absurdamente perfecto, me asusta. No es real. Sus caderas huelen a tabaco y miel, y la piel de sus brazos parece brillar bajo la pálida luz de los leds. Por alguna razón, siento una profunda repulsión ante su cercanía, pero soy incapaz de girar la cabeza.

- *Claro que no eres nadie. Otras dos tetas desechables en esta ciudad de adictos y niñatos. Pero tú* - se agacha ligeramente. Su aliento, cálido, me embriaga con un intenso aroma a licor dulce y hielo seco - *tú no piensas eso, ¿verdad? Tú no te crees una más. Las dos lo sabemos.*

Estoy cansada. El entumecimiento de mi cuerpo va dando paso a un baño de aguijonazos - casi - insoportables. No, no soy como las demás. Pero tampoco sé cómo son exactamente las demás. Y a duras penas sé cómo mierdas soy yo. Corro más rápido, escucho unas voces que nadie más puede escuchar, salto absurdamente alto y me odio a mi misma con más gracia. Ya está.

Estoy agotada. Solo quiero que todo acabe.

- *Vale, haré lo que tú quieras. Tenemos un trato. Pero deja en paz a Kalea* - la voz se me quiebra. Demasiadas horas sin dormir. Demasiados golpes recibidos. Demasiado miedo contenido a base de cabezazos contra la pared - *deja que se vaya. Echadla, decirle que estoy muerta, me da igual. Pero no le hagáis daño. Por favor.*

Ya está. He firmado un trato con mis propios verdugos. Con las entrañas de la Pasarela. Con esa parte viscosa y fea y cruel que nunca te muestran. Esa parte que se olvidan de mencionar cuando un Neuro con implantes por valor de sesenta mil putos kwŏks te dice que, si él lo ha logrado, tú también puedes. Que eres tan poderoso como quieras ser. Que no hay nada imposible si lo intentas con fuerza.

Esa parte que se alimenta de sobras humanas, ansiedad y carne podrida.

Sveta se ríe. Una risa genuina, provocada por la vulnerabilidad de mis palabras. Un pequeño fragmento de mi cabeza quiere desencajarle la mandíbula de un puñetazo. Pero el resto, el resto está demasiado agotado. Necesito que esta semana termine, y me da igual si me lleva a mí por delante.

- *No me imaginé que pudieras ser tan adorable* - le lanza una mirada neurótica a su hermano, que también excreta una risotada, salida de lo más profundo de sus tripas - *anda, bratishka, dile a tus hombres que despidan amablemente al amorcito de nuestra querida invitada*. *Que le digan que ya no es bienvenida en ninguno de los locales de los Ikigai. Y que si vuelve a hackear un solo sistema de seguridad en cualquier casino de la ciudad, le partiremos el cuello.*

Aprieto la mandíbula con fuerza. Mis arterias se endurecen, y un caldo tibio y espeso chapotea en todos y cada uno de mis vasos sanguíneos dañados.

(Kalea, perdóname. De verdad. Perdóname)

Los ojos de la matriarca Riúrik - ¿matriarca? Imposible. Muy joven. Su apellido debe ser únicamente un símbolo. Una medalla ganada tras haber acabado con todos los que aspiraban al trono en el que ella se sienta ahora mismo - se giran en mi dirección. Ásperos, duros. Sus labios se constriñen.

- *Que intenten no hacerle daño, ¿vale? Y, por dios, que alguien quite ya los cuerpos del despacho y limpie un poco, que puedo oler la sangre desde aquí.*

Te mataré. Antes o después. Lo juro.

(*Mantén la calma. Coge aire. Déjanos cuidar de ti. Ya habrá tiempo para que caiga; y tú estarás ahí. Todas estaremos ahí*)

El sonido de metales golpeando entre sí y cristales rotos rebota en la atmósfera. Trago saliva. Poco a poco, una serie de pequeñas vibraciones recorren mis órganos internos, especialmente aquellos que apenas se mantienen despiertos. Estoy recuperándome. Lo noto. Estoy cerrando heridas, cicatrizando tejidos. Aún tardaré unos días en dejar de dar asco, pero el proceso ha comenzado.

- *Aquí lo tiene, señora.*

El soldado aparece, sosteniendo una pistola inyectora forrada en plástico azul verdoso. Sveta la coge y se me acerca, con la aguja apuntando a mi arteria carótida y una mueca de absoluta indiferencia.

(No. Más aguijonazos no. Se acabaron las heridas por hoy)

Le agarro con fuerza de la muñeca, inmovilizándola; automáticamente, todos sus queridos subordinados levantan los fusiles de golpe, encañonándome. Gritándome. Al mismo tiempo, Yakov me pasa el brazo alrededor del cuello, mientras vomita algún término - claramente

despectivo - en su idioma. Únicamente necesita un pequeño movimiento para dejarme tetrapléjica.

- *¿En serio vamos a pasar por esto cada vez que me acerque a ti? Haznos un favor a todos y olvídate de tu orgullo. Ya no tiene sentido.*

Me mira, dejándome claro con una simple mueca que le daría igual dispararme en la cara. Que si quisiera hacerme daño, mucho daño, ya me lo habría hecho. Libero poco a poco su muñeca, mientras noto cómo la presión sobre mi tráquea se reduce. A lo lejos, alguien arrastra unos cubos de basura en dirección a los cadáveres que he ido dejando a mi paso. Parecen tratar mejor la mercancía de venta que a sus propios hombres. Una bocanada de aire agrio me contamina el paladar, y una vocecilla aguda me chilla al oído que estoy atrapada.

Completamente atrapada.

(*No entres en pánico. No entres en pánico. No entres en pánico. No entres en pánico.*)

(No. Entres. En. Pánico)

(...)

(*Necesito salir de aquí. Necesito salir de aquí. Por favor. Necesito salir de aquí ya*)

Noto un pinchazo frío cerca de mi nuca, seguido de una bocanada de adrenalina que crece dentro de mí como una tormenta de arena. Una tormenta de arena que centrifuga cada milímetro de mi organismo. Quiero levantarme y correr. Quiero flotar. Quiero reír. Quiero dormir.

Me van a estallar los pulmones. Me tiemblan las piernas.

Joder. Joder. Joder.

- *Cytotril puro. Gracia de Dios, si preguntas por aquí. Esto no lo vas a encontrar en ninguna farmacia, hospital patrocinado o taller para cromados que esté fuera de los muros de la Torre* - sus uñas palpan con suavidad la zona en la que me ha inyectado el medicamento - *ni siquiera los inútiles pretenciosos que viven en los apartamentos de la Sección -1, creyéndose los reyes de la ciudad, saben de su existencia. Y si lo supieran, no podrían pagarlo. Pero tú, Midori, acabas de disfrutar de un chute completamente gratis. Disfrútalo.*

Se sienta frente a mí, observándome. Estudiándome. Analizándome.

Disfrutando de su victoria.

Y entonces llega una segunda, y más intensa, ola de calor. Esta vez el éxtasis ha sido sustituido por un vasto abrazo cálido y sereno, acompañado de un hormigueo que provoca que todas mis terminaciones nerviosas, mis lesiones internas y mi agotamiento floten en un océano de paz y líquido amniótico.

Cierro los ojos con fuerza y, sin querer, suelto una carcajada nerviosa mientras dejo escapar un par de lágrimas. Los sutiles gestos de la matriarca revelan una profunda satisfacción. Una satisfacción gélida, casi clínica. Me coge el dedo índice de la mano derecha, cuyos cardenales y cortes han comenzado a diluirse, y lo observa detenidamente.

- *Me lo imaginaba. Tu capacidad para regenerarte más rápido de lo normal potencia el efecto del cytotril* - por alguna razón, su acento se ha suavizado levemente, lo cual, de alguna forma, me inquieta aún más - *si no tuviésemos otros planes para ti, me encantaría abrirte en canal y ver cómo demonios eres por dentro, querida.*

Súbitamente, la luz parece ser más clara, más nítida. Los aromas, más intensos. Los sonidos, más insoportables. Algo eclosiona dentro de mi lóbulo frontal, y mi cabeza comienza a llenarse de imágenes, sensaciones y datos.

- *Dasha, Koroleva, Evgeny…* - como un vendaval de barro, comienzan a llegarme a la cabeza los nombres de todos los hijos de Riùrik que me rodean. Siento que podría meter mis manos en su carne y extirpar sus secretos. Y ni siquiera puedo controlarlo - *Natalia, Arkady… creo que me dejo alguno…*

Los rifles se agitan. Murmullos. Movimientos inquietos. El titán de carne y metal que me vigila por detrás lanza una sarta de acusaciones y amenazas contra mi - de niñata estúpida he pasado a espía peligrosa. Lo que sea con tal de tener una razón para partirme las costillas, supongo -. Los ojos de Sveta se abren, ligeramente sorprendidos.

- *Así que no solo eres una cara bonita que se cura más rápido y pega más fuerte que los demás* - con un movimiento firme de su dedo índice, logra que todos sus títeres con chalecos de kevlar bajen las armas y se callen. incluyendo Yakov - *el bastardo de Lubomir tenía razón. Vas a ser jodidamente útil, dorogaya.*

Entrecierro los párpados. Necesito descansar la vista. La sobreexposición de estímulos resulta abrumadora.

- *¿Lubomir? ¿Otro de tus hermanos?*

Desvía la mirada unos milímetros, al tiempo que se coloca el traje con elegancia. De nuevo, cada uno de sus movimientos desprende indiferencia; ha regresado al interior de su coraza.

- *Si. Es el más simpático de los tres, te caerá especialmente bien. Debo confesar que fue él precisamente quien se encaprichó de ti, por lo que en parte sigues viva gracias a su insistencia en lo útil que podrías resultarnos.*

Se pone en pie, activando así los resortes de todos los soldados que nos rodean. Yakov me coge del brazo y me levanta con fuerza. Quiero gritarle, pero mi absurda recuperación me ha dejado tan sorprendida que no puedo ni reaccionar.

Caminamos con paso firme bajo los focos ambarinos del almacén, sin que nadie diga nada. Sospecho que nadie se atreve a abrir la boca. Cruzamos por una zona situada bajo una escalinata metálica, una zona que yo no había visto antes, y llegamos hasta un estrecho pasillo engalanado con docenas de tuberías de gas. Apesta a amoniaco, y las luces son o demasiado intensas o demasiado débiles.

O tal vez sea solo cosa mía.

Tras recorrer casi cincuenta metros, nos detenemos frente a una puerta de rejilla grande y áspera.

- *Por cierto, ¿alguien me va a decir qué voy a tener que hacer para vosotros? ¿O es un secreto de familia?*

Sigo teniendo miedo. Sigo sabiendo que soy, prácticamente, un trozo de carne picada en manos de unos maníacos. Pero, al menos, mi cabeza vuelve a recuperar su gusto por los comentarios estúpidos y los chistes suicidas.

Estoy viva. He vuelto.

Un embrión de sonrisa se asoma entre las muelas de Sveta. No me gusta. No me gusta nada.

- *Paciencia, querida. En seguida te contaremos todo lo que necesitas saber.*
- *¿Y por qué no me lo cuentas ahora?*

No responde. El sonido de un montacargas me interrumpe, y uno de los paramilitares abre la puerta, indicándonos que pasemos.

Permanezco quieta.

- *En serio, quiero saberlo, y quiero saberlo ya.*

Puedo notar como mi hermosa anfitriona aprieta los labios con fuerza. No se voltea - no lo necesita -, y al hablar sus palabras reptan entre sus dientes lenta y visceralmente.

- *Entra en el puto ascensor. Ya tendrás respuestas cuando yo quiera darte respuestas* - su voz es cruda. Cruda y supurante - *y si sigues insistiendo, tendré que pedirle a mi hermano que te saque las muelas con sus propias manos. Y, créeme, se le da muy bien hacerlo.*

Decido hacer caso, tratando de evitar la ira, la ansiedad y las arcadas que me asaltan con cada frase que Sveta me lanza a la cara. Nos subimos en el montacargas, el cual resuena como las tripas de un bebé hambriento; el ruido de las cadenas oxidadas me recuerdan, por alguna razón, a la ciudad que se alza por encima de nosotras. Una ciudad plagada de neones, barro y códigos de escaneo para acumular ofertas en tu Pastilla intracraneal.

Pasados cuarenta segundos, llegamos al exterior y salimos directamente a un callejón sorprendentemente limpio. Un callejón atestado de farolillos chōchin de plástico reciclado y pequeños santuarios que aún conservan sus ofrendas. Un coche azul oscuro nos espera al final de la calle; dos de los cuatro soldados que nos han acompañado nos siguen hasta el vehículo. Los otros dos se quedan con Yakov.

Me subo. Una vez dentro, y tras un pequeño intercambio de palabras que no logro entender, comenzamos a movernos. Apoyo mi frente en una ventanilla tintada de negro, observando las luces púrpuras y azules que se reflejan sobre las docenas de carteles publicitarios que

embadurnan las calles. Ha comenzado a anochecer, y el mundo parece brillar como si estuviera cubierto por una capa de rocío tóxico. Resulta, a su manera, hermoso.

Me miro las manos, cuyos moratones y cortes fingen no estar. Sé que aún tardarán en cicatrizar, pero no puedo evitar preguntarme qué está sucediendo en el interior de mi cuerpo. Qué me han inyectado. Y, sobre todo, qué mierdas tengo dentro para ser como soy. Aprieto los puños. Mis voces se han diluido entre los rincones de mi cabeza, como una capa de pintura que ha sido bañada en disolvente, y ahora únicamente escucho un ronroneo suave y sedante.

(*¿Quiénes sois? ¿Quién soy yo?*)

Evito mirar directamente a Sveta. Caigo en la cuenta de que no tengo ganas de saber qué va a ser de mi. Me da igual si me llevan a un laboratorio subterráneo para fabricar drogas o si voy a acabar la semana en algún circuito de peleas ilegales. Lo único que quiero es tener diez minutos de tranquilidad.

Diez malditos minutos.

- *Vamos a recoger a mi hermano, y ya tendrás tus ansiadas respuestas.*

Asiento con un pequeño gesto de la barbilla, sin girarme.Ya no hay desafío. Ya no hay odio. Ni rabia. Únicamente quiero que me dejen respirar un poco antes de lanzarme al fango. Cierro los párpados y me concentro en el sonido repetitivo y analgésico que me inunda las neuronas. Respiro profundamente. Noto cómo mi acompañante me mira, y, por primera vez, no parece observarme como si yo fuese un jarrón valioso que acaba de robar.

- *No vamos a matarte. No sé quién mandó a esos dos inútiles cromados a por tí, pero no fuimos nosotros. Sé que llevas pensándolo desde que has llegado aquí. Y, para tu tranquilidad, ya hemos dado órdenes de buscarlos y acabar con ellos. No nos gusta que se interpongan en nuestro camino. Aunque debo reconocer que debe haberlo contratado alguien con bastante poder, porque llevamos rastreándolos bastante tiempo y siempre se nos escapaban.*

Una leve inflexión en su voz me deja entrever que, pese a tratarme como mercancía, está tratando ser amable. Un pánico terrible se hace con el control de mis tripas. Si, ahora sé que los Hijos no están detrás de los dos sicarios, pero me acaban de dejar claro que vigilan cada uno de mis pasos. Saben a dónde voy, de donde vengo. Saben quién está detrás de mí, apuntándome, incluso mejor que yo. Debería tranquilizarme la idea de que los dos Jumong, probablemente, acabarán muertos. Sin embargo, estar presa de la misma gente capaz de eliminarlos me asusta muchísimo más.

Y sigo sin tener ni idea de quién se gastó un dineral para hacerme desaparecer.

- *Gracias.*

No escupo las palabras, ni las suelto cubiertas de ácido o ironía. Simplemente dejo que caigan sobre la atmósfera. Estoy cansada. Cansada y triste y asustada. Y no quiero dejar que esa marea de mierda me hunda ahora mismo.

Fuera, las calles se llenan de vapor y humedad. Cientos de personas se acumulan en las aceras o junto a los puestos de comida, chocando entre sí, con las miradas cubiertas de ceniza. Dentro de poco es la Lotería, y supongo que por eso todas las tiendas de biotecnología, todos los comercios de mejoras para CIRs y todas las sedes de las compañías que dan acceso a la Net están teñidas de docenas y docenas de hologramas, carteles y pantallas publicitarias anunciándolo. Otro año más. Otra edición más. De nuevo, la oportunidad para que entre uno y tres de los cien anónimos ciudadanos seleccionados puedan convertirse en parte de la casta de los Neuros. Cien trozos de carne picada enfrentándose entre sí para lograr que sus canales acumulen la mayor cantidad de puntos de Rep, tratando de convertirse en ganadores. En triunfadores. Joder, esta ciudad ama esa maldita palabra.

La única oportunidad - eso dicen - para formar parte de esta hermosa cadena alimenticia a la que todas admiramos. El puto gran sueño, atiborrado a base de desesperación y algoritmos.

Estoy realmente agotada.

Sveta traga saliva. Puedo escucharlo, al igual que puedo escuchar como su sangre bombea desde su corazón, o como los poros de su frente excretan diminutas gotas de sudor. O como sus pulmones tratan de contener una angustia que nunca reconocería. Mi cabeza es un escáner que absorbe toda la información que gira a mi alrededor, por pequeña o invisible que sea, y la regurgita convertida en esporas y electricidad estática. Kalea siempre me decía que, si yo estaba triste, todos a mi alrededor lo estaban. Quizás por eso mi querida acompañante está nerviosa ahora mismo. Quizás por eso siente como una pequeña parte de ella está tratando de salir del cascarón frío e impersonal que le muestra a todo el mundo. Lástima que esa persona oculta en lo más profundo de sí misma sea también un pedazo de basura.

Sus ojos, clavados en las luces del exterior, parecen observar con desgana los anuncios histéricos y ruidosos que envuelven los interminables rascacielos.

Sin girarse, emite un - casi imperceptible - suspiro. Un suspiro de lástima y desgana.

- *Te vamos a meter en la Lotería. Vas a trabajar para nosotros como Neuro. ¿Vale? Y, ahora, ni una puta pregunta más.*

CAPÍTULO 23

El mundo se detiene de golpe.

No sé si me sorprende más su arrebato de humilde sinceridad - *probablemente inoculada, no sé cómo, por mi estado emocional* - o la propia información que acabo de recibir. Ninguna de las dos cosas tiene sentido. Y lo primero podría explicarse con mi empatía vírica, esa que, cuando estoy ante una situación de mucho estrés, contagia - a veces, y nunca bajo mi control - a quienes me rodean con mi propio estado mental. Pero lo segundo no tiene el más mínimo sentido. Yo no puedo ser Neuro. Ni siquiera tengo CIR.

- *Mi hermano se enfadará bastante por habértelo dicho. Quería ser él quien te diera toda la información* - puedo percibir el chirrido de sus muelas friccionando entre sí. Soy capaz de oír la aceleración de su frecuencia cardiaca, las contracciones de sus músculos. Su rostro puede ocultarse. Su organismo no. Ni ella misma sabe por qué me lo ha contado - *claro que ese bastardo se pasa la vida tirándose a cualquier cosa que se le ponga por delante o esnifando todo lo que le quepa por la nariz, así que… qué más da.*

Intento mantener la calma. Debería ser feliz, sabiendo que no pretenden venderme como kisaeng para algún millonario de la Torre, pero llevo demasiadas horas sin echarme una

cabezada y recibiendo golpes como para que nada me importe una mierda, así que opto por no tomarme muy en serio sus palabras.

- *No tengo Pastilla. Y los resultados de la Lotería aún no han salido. No veo cómo voy a lograr que me escojan, ni por qué me queréis a mí para algo así.*

No responde. Apoya sus dedos sobre sus labios perfilados y perfectos. Me pregunto si sabe que puedo leer su anatomía como si fuese un holograma recién programado.

(*Lo sabe. Y también sabe cómo blindarse. De alguna forma extraña y enfermiza, los recovecos de su cerebro podrido están llenos de cortafuegos y muros de metal. Nos está costando comprender qué oculta tras todas esas capas*)

(Gracias, Midori)

(Nada nada, Midori)

Durante media hora, el vehículo da vueltas a través de un extenso manglar de bloques de viviendas, karaokes, hoteles, restaurantes y docenas de desfiladeros de vidrio y hormigón - *¿antiguos canales?* - reconvertidos en diminutos shōtengai, en los que los puestos comerciales pelean con uñas y dientes por llamar la atención de los transeúntes. Largas avenidas plagadas de locales de copas que compiten lumínicamente contra supermercados abiertos las veinticuatro horas. Oficinas atestadas de tipos con los ojos irritados y la ropa arrugada, tipos que llevan casi una semana sin pasar por su casa. Playas artificiales cerradas. Templos olvidados, transformados en refugios para indigentes. Por algún motivo, siento que me están regalando un tour insípido y silencioso por la Pasarela, sin saber realmente hacia dónde nos dirigimos. Lo único que tengo claro es que vamos en busca de su hermano, el tercer líder Riúrik al que voy a conocer hoy. Y al que, por lo visto, más le debo estar metida en ese pozo infecto.

Pienso en lo que me ha dicho de él, y decido romper la capa de escarcha que se ha creado entre nosotras durante todo el trayecto.

- *No parece que te caiga muy bien tu hermano.*

Sin girarse, saca un pequeño dispositivo de un bolsillo y teclea algo sobre su pantalla táctil. Lo guarda de nuevo, mientras deja caer sus palabras como napalm sobre una ciudad de casas de madera. Creo que no le ha gustado mi intento de retomar la conversación.

- *¿Te estás intentando hacer la lista conmigo, pequeña rata amarilla? ¿Es que ahora somos mejores amigas?* - vuelve a mirar al exterior. De golpe, me doy cuenta de que algo ha cambiado; las calles han abandonado parte de su iluminación, y ahora nos movemos entre bombillas pálidas, marañas de cables y almacenes mudos. Me recuerda a la Sección -3, pero no creo que hayamos llegado tan lejos. Hay algo húmedo, oscuro y feo en toda esta zona. Algo que resuena en mi cabeza, pero que no logro descifrar - *mejor cállate, das menos pena. Y no trates de usar conmigo tus… lo que sea que tienes en la cabeza.*

Ignoro sus insultos y su desprecio. Algo en el exterior ha llamado mi atención, algo que no querría ver, que no querría imaginarme, pero que aquí está.

El Almacén Rojo. El maldito Almacén Rojo.

Mierda.

No me gusta. No me gusta nada. Kailani siempre decía que este lugar está tan lleno de almas corrompidas y torturadas que no puedes dar más de dos pasos sin ahogarte en sufrimiento y desesperación. Yo prefiero decir que aquí es donde incluso la Pasarela se avergüenza de sí misma y decide mirar hacia otro lado, mientras los cuerpos de los niños que ya no pueden soportar más abusos se apilan junto a los casquillos de balas y las colillas de cigarrillos de lujo.

Me olvido de las calles empapadas en neones. Me olvido de la noticia que acabo de recibir. Me importa una mierda entrar o no en la Torre. Me importa una mierda ser o no una Neuro, o trabajar para unos mafiosos como su recadera grabando clips estúpidos.

Me olvido de todo lo que no sea ese pedazo de tela teñida de sangre seca que acabo de ver tirada junto a un contenedor. Un pedazo de tela con la forma de unos pequeños pantalones azules y amarillos, rasgados, sucios.

Me tiemblan las manos. Algo muy feo y muy cabreado sube imparable por mis tripas. La temperatura del vehículo parece haber ascendido casi diez grados, y noto como la matriarca de los Riúrik se tensa, al tiempo que se gira en mi dirección. Quiere pegarme un puñetazo en la nariz y decirme que me relaje. Quiere amenazarme, otra vez. Puedo sentirlo. Puedo leerlo.

Pero opta por no hacer nada.

- *Veo que ya sabes donde estamos.*

(No. Ni se te ocurra. No hables. No digas ni una sola palabra)

Permanezco en silencio, tratando de controlar mi respiración. La imagen de cientos de personas yendo de compras a apenas unos kilómetros de esos pantalones desgarrados no se aparta de mi cabeza. Me duele la nuca, y noto un pinchazo en las sienes. Ni siquiera mis voces se atreven a calmarme. Saben que no es ni el momento ni el lugar.

El vehículo se detiene, y todo se confirma. En un momento determinado, y quizás a sabiendas de que hay una bomba de relojería que está a punto de estallar dentro de mi pecho, Sveta ha sacado un arma. Una pequeña pistola limpia y plateada. Los dos soldados que han montado con nosotras - y que, durante todo el trayecto, han estado en absoluto silencio - salen y golpean una puerta. Una puerta metálica, pintada en tonos carmesí.

La puerta del Almacén Rojo.

(Esto no puede ser real. No. Acabaré con todos vosotros. Tenéis mi palabra)

- *Tu hermano está ahí dentro.*

No pregunto. No quiero tener respuestas. No quiero escuchar nada que no sea el gorgoteo de una garganta sajada.

(Respira, Midori. Respira. No arreglas nada dejando que te peguen un tiro dentro de un coche caro en un sitio como este. Respira. Sígueles el juego. No mires a la calle. No mires el polvo y el plástico que llena las aceras. No mires los charcos de gasolina llenos de pelos y latas de cerveza vacías)

La entrada del infierno se abre, y de ella emerge una silueta. Un hombre. Es alto, calvo y delgado, con una pequeña barba fina dibujada en su mentón y bajo su nariz. Otro dorado.

Va completamente desnudo.

- *Joder…*

Sveta lanza un suspiro. El suspiro de alguien que una y otra vez tiene que enfrentarse a la misma situación. La figura se sitúa junto a la puerta del vehículo y la abre.

- *Lubomir, maldito cerdo perturbado, no vas a entrar así en mi coche.*

El tipo, tras regalarnos una carcajada explosiva, sube y se sienta frente a mí. Su rostro, bastante elegante y proporcionado, está sumido en un caos de gestos erráticos, sudor y unas profundas y oscuras bolsas situadas bajo unos ojos azules capaces de taladrarte hasta que te sientas como una bolsa de basura llena de desperdicios.

Apesta a licor de fresas, lubricante y perfume de yuzu. El mismo perfume que usaba yo cuando tenía nueve años.

Quiero vomitar.

- *Vaya, vaya, veo que me has traído una sorpresa.*

La piel de su cuerpo brilla bajo la luz azulada del vehículo, como si fuesen las escamas de un lagarto. Tiene el pecho cubierto de una fina pelusa amarilla. Evito mirarle directamente. Evito pensar que aún está ligeramente erecto.

Si, voy a vomitar.

- *¿Te ha tratado bien mi hermanita?* - con un movimiento errático, golpea el hombro de su hermana, para acto seguido acariciarlo lenta y pegajósamente - *oye, hoy estás muy guapa. Cualquiera diría que eres una cuarentona operada pretendiendo seguir siendo joven y hermosa.*

Empiezo a sospechar que el arma que ha sacado la matriarca no ha sido únicamente por mi.

- *Midori, este es mi hermano Lubomir.*
- *'Midori, este es mi hermano Lubomir'... joder, Svy, cuanta formalidad. ¡Si ya prácticamente nos conocemos!* - el sonido de sus muslos húmedos arrastrándose por el cuero sintético del asiento me produce náuseas. Se acomoda, acercándose a mi. Me apoya la mano en la rodilla - *la verdad, sé tanto de ti que para mí es un honor tenerte aquí y que vayamos a trabajar juntos, preciosa.*

Le agarro los dedos con fuerza y se los coloco en su propia pierna. Dudo que nadie más, aparte de él, vaya a tratar de impedírmelo.

- *Juntos no. Para ti. A mi pesar* - centro toda mi atención en su rostro, evitando darle la satisfacción de desviar la mirada en dirección al resto de su cuerpo desnudo - *y dime…*

(No le llames 'pedazo de mierda'. No le llames 'pedazo de mierda'. No ahora)

- *...pedazo de mierda, ¿cómo es que sabes tanto de mi? ¿y qué es exactamente eso que dices saber?*

Lentamente, veo como sus ojos y su boca se abren de par en par, adoptando una sonrisa casi caricaturesca. Comienza a reírse compulsivamente.

- *¡Ja! ¡Me encanta! Eres tal y como te imaginaba.*
- *Lubomir, no hemos venido hasta aquí para oler tu aroma a oso muerto ni a escuchar tus estupideces de yonki pedófilo.*

Sin abandonar su inquietante sonrisa, el recién llegado se gira casi por completo, situándose frente a la matriarca de los Riúrik. Sus pupilas se congelan y su gesto se endurece. De repente, como si de un espasmo - casi - involuntario se tratase, agarra a su hermana de la mandíbula y comienza a apretar.

- *No. Habéis venido aquí porque yo he querido que vengáis. Porque si yo digo que os quitéis los pantalones y saquéis el culo por la ventanilla para que toda la maldita ciudad os los vea, lo hacéis* - su boca comienza a retorcerse hasta transformarse en una mueca amenazante y neurótica - *evita creerte tan importante, sestrenka. El idiota de Yakov y tú estáis donde estáis gracias a mi, nunca te olvides de eso. Los Hijos son míos, no tuyos.*

Un sonido metálico interrumpe el discurso de Lubomir. Los ojos de Sveta, llenos de desprecio, se hunden en los de su hermano, que miran en dirección a su entrepierna, donde una pequeña pistola roza la piel de sus genitales. La voz de ella suena afilada y seca, como un cuchillo recién extraído de su funda.

- *Suéltame, o perderás la única parte de tu cuerpo que te sirve para algo.*

Con un gruñido sordo, libera los dedos de la cara de su hermana, y tal y como la tormenta ha llegado, se va. De nuevo, una mueca afable e inestable domina su rostro.

- *Bueno, quizás me he dejado llevar un poco por las emociones. ¡Ya me conoces, a veces no puedo evitar ser algo impulsivo! Pero aquí todos nos llevamos bien, ¿verdad?*

Vale. Estoy jodida. Estoy muerta. Casi instintivamente, mi cabeza comienza a trazar planes para lograr alejarme de esta familia de desquiciados lo antes posible.

Lo cuál, de momento, parece imposible.

- *Aunque, sinceramente, hermanita, he visto niños en coma que se toman las bromas menos en serio* - al hablar, su mandíbula se mueve como si masticara arena y piedras. Se gira en mi dirección - *dime, ¿por dónde íbamos?*

Decido actuar con naturalidad, olvidándome de que estoy a merced de un violador paranoico que me puede matar a golpes dentro de un vehículo, mientras lo último que veo antes de perder la conciencia son unos genitales enrojecidos y arrugados.

- *Me ibais a contar de una puta vez qué queréis de mí. Tengo entendido que me vais a meter en la Lotería, o algo así.*
- *¡Ah, si, eso!*

Con un movimiento torpe, casi ortopédico, se levanta y le da un toque suave en la espalda a uno de los paramilitares que nos acompañan, mientras con la otra mano le hace señas. Le está pidiendo tabaco. El soldado, con un gesto imperturbable, saca un paquete - barato, reciclado - y se lo cede. El líder de los Riúrik lo mira con los ojos semicerrados y, con una mueca de desprecio, lo coge, junto a un mechero que también le regala el soldado.

- *Verás, déjame contarte una historia, una historia sobre…* - la matriarca pone los ojos en blanco y escupe un bufido cansado, ante la indiferencia de Lubomir -*... una chica, una muy parecida a ti. Guapa, alta, estúpida. Demasiado mayor para mí gusto, al igual que tú, pero con una encantadora adicción a los moduladores sinápticos…*

Me observa. Aún no ha encendido el pitillo, pero lo usa como una pequeña batuta con la que dirigir su propia conversación.

- *Pensaba que los habían prohibido después de que unos niños pijos, hasta las cejas de mods, se disparasen en la cabeza convencidos de que eran inmortales*
- *Cariño* - enciende el cigarro. El coche se llena de humo con aroma a excrementos de rata secos - *en esta ciudad nada está prohibido mientras puedas pagarlo. Y esta chica, llamémosla Park Nari, esta chica podía pagar lo que fuera. Bueno, ella no, su padre.*

(No me llames cariño. No. Ni en broma)

- *Su padre, si, su padre…* - mi asqueroso interlocutor no deja de acompañar sus palabras con pausas incómodas y silencios pastosos - *trabajaba para mí.*

Me señala con el cigarro, dejando caer ceniza caliente sobre el suelo tapizado. Sveta se lo arranca de la mano y lo tira por la ventanilla, mientras le - imagino - insulta en su idioma. Sin embargo, esto no parece interrumpir la historia de su hermano.

- *Como tú bien has dicho antes, trabajaba 'para mi', no conmigo. Sinceramente, no era más que otro ridículo mudjak. Otra de esas ratas endogámicas y podridas de dinero que dirigen, o creen dirigir, esta ciudad* - una y otra vez evitar decir el nombre de la Pasarela. La odia. La odia porque, aunque la tiene sujeta entre sus dedos, no puede moldearla a su antojo. La odia porque da igual a cuantas juntas directivas de grandes corporaciones controle, a cuanta gente tenga comprada, siempre estará a la sombra de la Torre - *otra de esas ratas descerebradas que les regalan empresas a*

los estúpidos de sus hijos para que dejen de molestar. Ratas tan inútiles que no son capaces ni de hacerse una paja sin llorar.

Sus ojos, borrosos, no se apartan de mi. Ha sacado otro cigarro de la cajetilla, pero este lo ha aplastado con su mano derecha. Cada uno de sus pequeños espasmos destila resentimiento.

- *Créeme, los conozco bien. Todos vienen al Almacén antes o después. Todos gritan el nombre de su madre cuando eyaculan, y todos se sienten culpables cuando terminan y miran los pequeños cuerpos tumbados frente a ellos. Pero todos repiten. Siempre.*

Quiere provocarme. Quiere romperme las defensas mostrándome los intestinos de la ciudad. Unos intestinos feos, crueles y sucios con los que él se siente cómodo, en los que él se puede revolcar. Quiere que me tambalee, que vomite pensando en esas manos limpias y arregladas pagando en efectivo para pasar un rato con algún niño con neumonía, recién extirpado de la Picadora.

Pero aguanto. No sé si lo que me atenaza es el miedo, el asco o la prudencia, pero tengo claro que, ahora mismo, yo tengo las peores cartas, así que necesito esperar.

- *Me estabas hablando de Park Nari. Y no has respondido a ninguna de mis preguntas.*
- *Si, cierto, Park Nari* - se rasca las cejas, al tiempo que cierra los párpados suavemente y respira profundamente - *la conocí en una fiesta, en la Torre. Estuvo tonteando conmigo, creo que para cabrear a su padre. O para llamar su atención, yo que sé. Sabía que él trabajaba para mí y que me despreciaba, así que imagino que le pareció una buena idea, pero a la muy estúpida no le sirvió para nada. Sinceramente, él ni siquiera sabía que su hija ya había salido de detox, y cuando le comenté alegremente que su pequeña había querido… ya sabes* - las manos de Lubomir bailan junto a su boca, dibujando un gesto grotesco y asqueroso. Pienso en partirle la tráquea de una patada, pero opto por ignorarle - *¿sabes qué me respondió?*

(Creo que me está subiendo la fiebre. La vista se me nubla, tengo la piel pegajosa y me estoy mareando. Necesito dormir.)

- *¡Me invitó a la copa más cara del local y me propuso cenar juntos al día siguiente* - se muerde el labio inferior. El odio ha dado paso al éxtasis, y ahora está disfrutando como un niño pequeño. Gozando de cada segundo de atención - *Al muy estúpido le habían pillado vendiendo información privilegiada de quién no debía y necesitaba ayuda. En serio, no sé qué le pasa a tu raza de mierda, pero parece que os educan para ser obedientes o estúpidos.*

Fuera, los rikshas triruedas nos rodean. Hemos entrado en un nudo urbano en el que las titánicas torres de oficinas y los destartalados bloques de viviendas cohabitan en - más o menos - armonía. Bajo la sombra de un banco de crédito, un vehículo insultantemente caro se detiene frente a un puesto de brochetas de *odeng* atendido por una anciana con la mandíbula llena de implantes oxidados. Las luces parpadeantes rebotan sobre las

superficies pulidas de los drones y los mosquitos de publicidad que sobrevuelan la atmósfera. Gritos. Ruido de motores. Chillidos de ambulancias.

Dejo que mis palabras goteen lentamente, salpicando sus oídos. Calculo cada letra, cada silencio y cada inflexión de mi voz.

- *Y, sin embargo, es mi raza de mierda la que puso una cúpula sobre tu cabeza y la que dirige la Pasarela.*

La matriarca me mira con desdén; creo que he tocado la fibra sensible de ambos. Se gira hacia su hermano, que actúa como si yo no hubiera dicho nada. Sin embargo, puedo percibir como me mira. Soy un insecto desagradable al que quiere pisar, pero aún no puede.

La voz de Sveta corta el silencio como un bisturí electrónico sobre carne putrefacta.

- *¿Quieres acabar ya con tus putas divagaciones? Sinceramente, creo que he tenido paciencia de sobra con tus jueguecitos, los cuales nos han hecho perder un tiempo muy valioso, pero ya va siendo hora de que me dejes hacer mi trabajo* - se da la vuelta, con su atención puesta en el conductor, al que le grita con arrogancia - *¡Y tú, si no llegamos a la Casa en menos de quince minutos, me encargaré personalmente de que no puedas volver a usar las manos el resto de tu vida!*

Está perdiendo las formas. Y las formas son lo único que frenan al monstruo que lleva dentro.

- *¡Vale, vale! Ya veo que aquí nadie sabe apreciar una conversación agradable entre amigos…* - Lubomir alza la mano izquierda y arquea las cejas, molesto ante las prisas de su hermana. Lentamente, coge el último cigarro y lo enciende, sin dirigirnos la mirada; su esternón se dilata y se contrae con fuerza, y no tengo claro si está molesto o si absolutamente todo le da igual. Gira la cabeza y, con una pose teatral, me lanza el humo a la cara - *pues nada, resumiendo mi historia, y antes de que mi querida hermanita se enfade más… le maté. Le abrí la cabeza a golpes en el baño privado que tenía en su despacho.*

Una sonrisa caricaturesca aparece en su rostro. Claramente, le divierte ver cómo el mundo reacciona a sus actos, a sus frases. Da la impresión de ser un bebé caprichoso que está convencido de haber hecho algo muy divertido, y que quiere compartirlo con los demás. Un bebé peligroso y paranoico.

Lo cual me aterra.

No sé cuánto tiempo más podré seguir aguantando esto.

- *Perfecto, pero… ¿todo esto qué tiene que ver conmigo?*

Una parte de mi se arrepiente de cada frase que le lanzo, de cada pregunta que formulo. Temo demasiado sus respuestas.

- *Cariño, tiene que ver porque, a partir de mañana por la mañana, todo rastro de Midori desaparecerá y pasarás a ser Park Nari.*

(¿Qué?)

- *Perdona… ¿qué? ¿Cómo que 'pasaré a ser Park Nari'? ¿De qué mierdas hablas?*
- *Verás* - el tono de su voz fluctúa caóticamente. Su cuerpo se llena de pequeños tics nerviosos, como pequeñas bombas explotando bajo la piel - *se me ha olvidado comentarte un pequeño detalle: hace un par de días maté a Park Nari. La estrangulé, y… no, un momento, ¿fue hace un par de días? ¿O lo hice ayer? N… no estoy seguro. Mierda. El puto Umal me está licuando el cerebro, ya casi no me acuerdo de nada. Que asco. En serio, si te metes algo por el lacrimal, procura que sea bueno, y no esa basura barata y sintética.*

Cada sentencia que me lanza debería alterarme, pero llevo tanto rato tratando de no hundirme, de no envenenarme más de lo que ya estoy.

- *Park Nari iba a ser una ganadora de la Lotería. O, mejor dicho, ya lo es. Otro regalo de su padre, el último que le hizo.*

Harta de los desvaríos de su hermano, la voz de su Sveta se impone a las nuestras, clara y concisa.

- *Espera, per…*
- *No tiene más familia, su madre murió. Su apellido no es popular entre el gran público; de hecho, a nadie le suena. Hemos revisado sus transcripciones y MDs, y sus amigos únicamente aparecen cuando hay polvo de Shin-jo de por medio o cuando les hace algún favor. Está sola* - sonríe. No me está hablando de una persona, me está hablando de un producto - *Y tiene un CIR ganador, lo cual es algo que, aunque te sorprenda, ni siquiera nosotros podemos falsificar. Es perfecta.*
- *Vale, y ent…*

Me vuelve a interrumpir. Odio cuando lo hacen una vez. Y más aún cuando lo hacen dos. Siento que la cabeza me da demasiadas vueltas, así que opto por callarme.

- *Por lo que vamos a insertarte su pastilla y vas a convertirte en ella. Vas a hacer todo lo que te digamos sin abrir la puta boca, y vas a utilizar todas tus habilidades sobrenaturales para pisar las cabezas que hagan falta y para meterte en el cerebro de quien sea necesario hasta convertirte en una Neuro, una que la gente admire más que a su propia vida. Pero, sobre todo y mucho más importante, una que capte la atención de la familia Wian. Y, cuando eso suceda, que sucederá, vas hacer lo que sea necesario para que tu nombre resuene como la próxima Embajadora de la Torre* - durante unas décimas de segundo se me nubla la vista y creo escuchar un pitido agudo resonando dentro de mis conductos auditivos. Aprieto los puños con fuerza, tratando de controlar mi cuerpo - *Por supuesto, si nos fallas, o si simplemente vemos que nos la estás jugando, entonces tanto a ti como a tu querida novia manca os cortaremos en pedazos. ¿Te parece bien?*

Me cuesta respirar, me tiemblan las piernas y tengo el paladar seco y áspero. Giro la vista en dirección al exterior por pura inercia, tratando de centrar mi atención en el mundo que me rodea. En algo que no sea este pequeño cubículo asfixiante en el que estoy atrapada.

Pero es imposible. Necesito mirar a mis enemigos a la cara.

- *¿Por qué yo?*

Las palabras de Lubomir - que no dejaba de masajearse a sí mismo los hombros y las piernas mientras su hermana hablaba - son ahora las de un niño aburrido al que ya no le apetece seguir corriendo ni jugando, pero que no sabe qué hacer para seguir divirtiéndose.

- *Midori, la chica sin cicatrices. Midori, la chica que salta más alto y pega más fuerte que cualquier hana-bi. Midori, la chica que te lee la mente, que te hace pensar o sentir lo que ella quiere* - cada una de sus palabras está macerada en resentimiento. Resentimiento y algo parecido a admiración - *llevo meses siguiendo tus pasos. Observándote. No sé si eres consciente de ello, pero eres famosa entre, digamos, ciertos círculos. Y, lo más importante, tienes unas habilidades de las que no dispone ninguno de los idiotas que hemos metido ya en la Net.*

Pienso en los Jumong. En la persona para la cual mi existencia es un estorbo. Pienso en el Comandante. En sus palabras. Por lo visto demasiada gente me conoce, y yo me estoy enterando de eso en las últimas veinticuatro horas. Por pura supervivencia, centro mi atención en el exterior. Observo como un grupo de estudiantes, aún con el uniforme de su escuela privada, entran en una tienda de recuerdos virtuales, una diseñada con el aspecto de una pagoda, pero con la paredes hasta arriba de hileras de pequeñas cápsulas multicolor. Me duele la cabeza. Nada de esto tiene sentido. Es extraño ver a gente en esta zona, ya que estamos en un área bastante alejada, pero caigo en la cuenta de que algunas tiendas situadas fuera de las principales arterias comerciales venden injertos neuronales que muchos locales del centro no se atreven, así que supongo que eso es lo que andan buscando esos adolescentes con dinero de sobra.

- *Controlamos a treinta o cuarenta Neuros, pero la mayoría son demasiado mediocres. Si, nos permiten tener la mano metida en el hermoso y apretado culo de esta ciudad, pero no nos sirven para lo que necesitamos ahora. Y nuestro mejor canal es el de los hermanos Sokolov, el cual es extremadamente popular, pero… esos idiotas apenas tienen neuronas. Y las pocas que les quedan las usan para torturar a gente a cambio de visualizaciones. Nos hace falta alguien más hábil, más sutil, más creativo. Además, los Wian desprecian a cualquier Neuro que no tenga los ojos rasgados. Es un puto milagro que una de las tres Embajadoras que hay sea una blanca… o una dorada, como los llamáis vosotros. Pero a esa zorra estupida le quedan los días contados* - su dedo anular me da un toquecito en la pierna, a medio camino entre lo paternal y lo incómodo - *y puede ser una buena oportunidad para que una nueva niña mona y hábil como tú coja su lugar.*

Como un enjambre de insectos asustados, las gotas de saliva se escapan entre sus dientes. Un par de contracciones en su ojo izquierdo, y toda una hilera de espasmos en su plexo

solar, me hacen ver que ni él mismo tiene control sobre las detonaciones que se están sucediendo dentro de su cerebro.

- *Y vuestra mejor opción es una ladrona de datos sin ninguna experiencia con la Net que ni siquiera tiene CIR. Me da la impresión de que no lo habéis pensado bien.*
- *En esta ciudad sobran los críos aburridos que llevan toda su vida soñando con tener su propio canal oficial. No es eso lo que buscamos, no para la idea que tenemos en mente. Además, llevas veinte minutos dentro de este coche conmigo y no estás ni sangrando ni desnuda* - Algún día le haré tragar sus propios dientes. Lo prometo - *así que, créeme: si no estuviera seguro de que eres la adecuada para conseguir lo que queremos, no estarías viva. Ni tú ni tu ridículo grupito de amigas dirigidas por el patético de tu tío. Y, desde luego, no habríais sobrevivido después de haber intentado robarle información a uno de nuestros contactos en el edificio Noboru.*

(De golpe, me quedo en silencio, conteniendo la respiración. Sin chistes malos, sin insultos reprimidos, sin temblores. Únicamente silencio)

(Mierda)

(El Edificio Noboru. Un escalofrío me atraviesa los intestinos, y creo sentir como mis heridas vuelven a reabrirse un poco)

- *Si, los hana-bi eran de los nuestros. Sabíamos que queríais robar algo que, digamos, nos pertenece a nosotros, así que les dimos la orden a esos descerebrados con implantes de que matasen a cualquier Kurai que llegase al edificio. Pero me enteré de que te habían mandado a ti, y quise ponerte a prueba, por lo que… bueno, os facilitamos un poco las cosas. ¿O realmente te creíste que todo aquello salió como salió por casualidad?*
- *Vosotros* - la voz se me quiebra. Me imaginaba que nos la habían jugado y, sin embargo, ahora que realmente lo sé, únicamente quiero romper la ventana con el puño y hundirme las esquirlas de cristal en lo más profundo de la carne - *¿fuisteis vosotros?*
- *Por supuesto. Tu tío lleva demasiado tiempo molestando, y parece ser que haberle mandado las extremidades de sus queridos soldaditos de juguete no es suficiente mensaje para él. Pero, cariño, alégrate: ¡nadie murió aquel día gracias a ti!*

(No. Me. Llames. Cariño.)

- *N…nos caímos de un vigésimo piso. Kailani está* - ¿está? ¿sigue así? joder, ahora me doy cuenta de que no sé si algún día volveré a verla - *en coma biomecánico. ¿Y todo por vuestra puta culpa?*

Su cuerpo se retuerce como el de una araña hinchada y moribunda que ha ingerido demasiado insecticida. Frunce el ceño, y abre la boca como si quisiera morderme.

- *Eh, eh, cielo, si fuisteis tan estúpidas como para saltar por una ventana, a mi no me señales con el dedo* - desde hace un rato, Sveta no aparta su mirada del dispositivo que sujeta con fuerza. Sin embargo, por primera vez me da la impresión de que tiene las pupilas empañadas, lo cual confirma que, efectivamente, tiene un CIR

implantado. Algo que, ahora mismo, me importa una mierda, pero necesito desviar mi atención, o empezaré a golpear a alguien hasta que me sangren los nudillos *- y, bueno, te reconozco que los hana-bi del edificio no eran de los mejores que tenemos en nómina. ¡Pero eso no es cosa mía! Esos… animales sin cerebro son parte del pequeño ejército de mi hermano Yakov. A mi me aburre tratar con gente tan simple. Nunca he entendido el placer de acabar con alguien usando únicamente una bala, cuando puedes follártelo mientras lo troceas.*

El vehículo se detiene, interrumpiendo una conversación en la que, antes o después, alguien iba a recibir un puñetazo húmedo en el tabique nasal. Con toda probabilidad, yo. Miro a través de la ventanilla, y me doy cuenta de que estamos aparcados frente a un gigantesco cubo de piedra, cemento y metal. Un palacio - más bunker que castillo - monolítico y majestuoso, sin más adornos que una serie de símbolos gigantescos labrados en los muros frontales.

- *Hemos llegado. Dos de nuestros hombres te acompañarán dentro, donde te arreglaremos hasta que dejes de parecer una lesbiana barata con un traje robado y tengas el aspecto de alguien decente* - la matriarca me mira de arriba a abajo, mientras guarda el dispositivo en el bolsillo de su chaqueta y abre la puerta - *Al menos eres guapa.*
- *Vete a la mierda.*
- *Veo que ya ni siquiera se te ocurren respuestas graciosas* - chasquea los dedos, haciendo que un par de soldados gigantescos se situen junto a mi lado del vehículo - *después, te operaremos para meterte el CIR*

Una ráfaga de olor agrio me golpea el rostro. El sudor seco que recorre el cuerpo desnudo de Lubomir ha comenzado a fermentar, provocando que su pecho deje de brillar como una gelatina y se convierta en algo más parecido a un filete de carne cruda que ha comenzado a pudrirse. El pequeño y estrecho espacio cerrado que compartimos es, más que nunca, una insoportable cámara de gas fétido. Abro la puerta, y una oleada de aire tibio me acaricia la frente.

Miro a mi alrededor. La Pasarela ha mutado.

A nuestro alrededor, una red de edificios perfectamente delineados se extiende como un inmenso ejército de gigantes silenciosos. Las viviendas - bloques rectangulares, titánicos, salpicados por cientos de persianas diminutas, por miles de respiraderos de metal - se yerguen a modo de muro de cemento. Todo es sobrio. Todo es marcial. Todo es extrañamente uniforme. La noche ha comenzado a engullir la ciudad, aunque aún conserva parte de su tono gris y plomizo, y dado que no estamos en una zona especialmente iluminada, me veo envuelta en un manto monocromo y sombrío. Sin embargo, al fijarme más atentamente, empiezo a distinguir docenas de tiendas incrustadas entre los portales de los edificios, como una erupción epidémica que ha sustituido los leds fluorescentes y los anuncios chillones por llamativas pinturas de colores sobrios y planos, carteles escritos con símbolos y palabras que no comprendo y hordas de retratos colgados, muy similares al que vi en el despacho donde acabé con la vida de los cinco paramilitares. Retratos solemnes de dorados - casi todos, militares - con aspecto antiguo, prácticamente irreal.

Retratos acompañados de muchos, muchísimos, símbolos de los Hijos de Riùrik.

Durante un pequeño instante dudo de si sigo en la misma ciudad empantanada en neones en la que estaba hace apenas una hora. Y, entonces, entiendo totalmente las palabras del Comandante Seon: esta ciudad no es una ciudad. Esta ciudad son varias, y todas ellas están a punto de colapsar.

Lubomir, ahora envuelto en una elegante bata azul y blanca, se acerca a la comitiva que nos ha recibido y comienza a hablar en su idioma, mientras me señala.

(Espera. ¿Han dicho '*después te operaremos'*?)

(Mierda)

(Mierda. Mierda. Mierda)

Como un torrente, me llegan a la mente las miles de ocasiones en las que discutía con Bushida porque se negaba a explicarme por qué yo no tenía una Pastilla metida en la cabeza. Las miles de ocasiones en las que se negaba a dejar que nadie me tocase, que nadie me abriese la carne, a excepción del Carnicero.

(Mierda. Mierda. Mierda. Mierda)

No. No puedo dejar que unos mafiosos psicóticos me taladren el cráneo. No. Imposible. Si alguien tiene que hacerlo, ese debería ser Yaropolk. No sé por qué. No sé si es este pensamiento es estúpido, absurdo o ilógico, pero algo me dice que, si no lo hace él, todo saldrá mal.

O, mejor dicho, saldrá peor de lo que ya sé que va a salir.

Me acerco corriendo a Sveta mientras mis dos nuevos guardaespaldas tratan de retenerme y, con un gesto brusco, le agarro del brazo, sin darle tiempo a reaccionar. Le hablo precipitadamente, sin tratar siquiera de disimular mi preocupación.

- *No podéis abrirme la cabeza. Vosotros no. Sé que suena raro, pero es muy, muy importante que me inserte el CIR el cirujano de los Kurai. Solo dejaré que lo haga él.*

Me mira fijamente, desviando sus pupilas únicamente para indicarle a sus matones que dejen de apuntarme con sus armas.

- *No sé que te ha hecho creer que tu opinión importa lo más mínimo ahora mismo. Además, nadie externo entra en la Casa, no sin mi permiso, y menos aún un Charcutero de la -3. Lo hará nuestro equipo. Y no vuelvas a tocarme.*

Con un gesto sutil se desembaraza de mi mano, mientras continúa caminando en dirección a la vasta entrada, entrada coronada con lo que parece ser la silueta de dos fusiles que se cruzan entre sí. Entonces, caigo en la cuenta de algo. Algo que, con toda probabilidad, no debería decir en voz alta, pero que grito igualmente. Llevo demasiadas horas en la cuerda floja.

- *Mi nikuya se llama Yaropolk. Seguro que le conocéis* - si no tengo razón, todo esto es absurdo y voy a terminar muerta encima de una camilla. Si tengo razón, ahora

mismo le acabo de destrozar la vida a una de las pocas personas que se ha preocupado alguna vez por mi. Doy asco, si, pero estoy desesperada - *es de los vuestros, un descendiente de la República Roja.*

La matriarca se para en seco. En la distancia, veo como Lubomir alza la cabeza y sonríe, como una alimaña que ha captado un apetecible olor de la sangre; probablemente me haya escuchado, y me aterra pensar que mis palabras son las que le hacen tan feliz. Se acerca en nuestra dirección dando zancadas, y aparta con un empujón a uno de los soldados, que permanece rígido a mi lado.

- *¿Has dicho Yaropolk?*

Ambos hermanos me observan fijamente, y noto cómo él deja escapar una pequeña risa infantil. Ella me habla sin apenas alterar su rostro.

- *Dime, a tu cirujano… ¿le falta la nariz y habla de un modo extraño?*

Mierda. He acertado.

- *Si. Tiene un hueco en medio de la cara y…*

Una carcajada histérica se escapa a través de los dientes afilados y amarillentos de Lubomir.

- *¡El cerdo traidor de Myasnik sigue vivo! Deberíamos invitarle a nuestro humilde hogar, tengo ganas de ver si sigue tan bello como siempre.*

Sveta no se mueve, pero me regala una sonrisa - demasiado - sincera. Una pesada bola de metal y hielo se me aloja en la boca del estómago.

- *Vale, llámale. Que te opere él* - con un movimiento elegante, extrae un pequeño comunicador del bolsillo de uno de los soldados y me lo da - *pero si no está aquí en una hora, te abriremos nosotros la cabeza. Y si eso implica matarte, que así sea.*

Me da la espalda, caminando de nuevo con paso firme. El soldado que me ha cedido el terminal me empuja en dirección a la puerta. Sin girarse, la líder de los Hijos me lanza una última advertencia.

- *Por cierto, si no hace bien su trabajo le abriremos el cráneo también a él* - noto como la atmósfera está cargada de vapores tóxicos procedentes de las charcas de deshechos y los vaciaderos de los alrededores. Unas escasas gotas de lluvia ácida me lamen la frente, mientras trato de evitar que el temblor de mis dedos deje caer el comunicador al suelo - *y no te olvides de mandarle saludos de mi parte. Dile que le echamos de menos.*

Una losa cae sobre mi cabeza. Una losa que no ha dejado de sobrevolar por encima de mí en ningún momento. Ignoro el picor en la piel y me meto directamente en las fauces del inmenso monolito gris, que me traga sin más ruido que el del agua marrón golpeando el cemento y la piedra.

CAPÍTULO 24

(...)

(Necesito dormir)

(Necesito que alguien me saque de aquí)

(Necesito que alguien me abra el cráneo y todo se acabe ya)

(...)

(¿Cuánto tiempo ha pasado?)

(...)

(*¿No estaba en la puerta de la… Casa? ¿Lo han llamado así? ¿La Casa de qué? ¿Solo la Casa?)*

(Sí. Estaba ahí. Después he entrado. Y he ido a una sala. Y luego a otra. Y luego a otra. Y el tiempo ha desaparecido. Y podía verme a mí misma desde fuera, como una muñeca de plástico dando vueltas de mano en mano. Pero no era yo. Dejé de ser yo en algún momento. ¿Me desmayé? ¿Me durmieron? No, aún no me han operado, no fue la anestesia)

(...)

(¿Ha sido un episodio? ¿Otro? Hacía mucho que no tenía uno. Y, desde luego, nunca he vivido una ausencia tan larga. ¿Ha sido cosa vuestra?)

…

No reconozco a la persona que me observa desde el otro lado del espejo.

No reconozco la heterocromía púrpura y azul de sus ojos. No reconozco su melena corta y rosácea. No reconozco los tatuajes que recorren su brazo derecho y su pierna izquierda. Ni los implantes decorativos en sus clavículas. Pero si reconozco su mirada perdida, sanguínea y cabreada.

Es la mía.

Soy yo. Y me doy asco.

Como un eco, la voz de Yaropolk sigue rebotando dentro de mi cabeza. O, más bien, su silencio. Su silencio asustado y tembloroso cuando le he llamado y he mencionado a los Hijos de Riùrik. Su silencio ahogado al decirle dónde estaba, y que si no venía corriendo, venderían mi cuerpo, entero o a pedazos.

El silencio ahogado de alguien que acaba de ser atropellado por un camión de recogida de residuos.

(*Os echo de menos. ¿Dónde estáis? ¿Por qué, de repente, os quedáis calladas?*)

Sobre mi cabeza se eleva, o más bien se sostiene, una extraña estructura metálica en tonos dorados, una estructura compuesta por volutas, lágrimas de cristal y velas de parafina. Sospecho que es algún tipo de lámpara. Los hilos de cera fundida, ahora rígidos y congelados, adoptan la forma de gotas gruesas y flácidas. Pero todo esto, toda la habitación, no es más que un trampantojo. Uno que intenta olvidar el mundo en el que realmente vive, recreando artificialmente otro lugar y otra época, más antigua y olvidada. Cuadros impresos que fingen estar pintados, vasijas modeladas en PVC indistinguibles de las de cerámica y alfombras espesas que cubren las paredes. La auténtica luz no procede de los cirios, si no de unos focos led ocultos bajo un falso techo, y las paredes están forradas de azulejos inteligentes que emulan la textura y el olor de la vieja madera. Aquí dentro todo está disfrazado. Aquí dentro todo parece avergonzarse de sí mismo, mientras te mira con orgullo y desdén.

Alguien llama a la puerta con fuerza, y uno de los guardias que me vigilan abre, utilizando un pequeño escáner oculto bajo unas molduras que (de nuevo) fingen ser algo que no son. Otra mentira. La silueta de Sveta se asoma y, tras mirarme desde el otro lado de la sala, la atraviesa con paso firme.

- *Vaya, así que debajo de la ropa barata y de ese aspecto de perhot' podzalupnaya había algo… decente* - gira a mi alrededor, observándome como si yo fuera un nuevo aparato de aire acondicionado de segunda mano que acaba de comprar. Frunce levemente los labios, y adopta un gesto condescendiente - *no está mal. No te vendería por más de diez o veinte mil Kwŏks, pero ya es más de que cuestan la mayoría de niñas presumidas de la -2.*
- *¿Recuerdas que te dije en el coche que te fueras a la mierda?*

Sus manos se apoyan en mis hombros y sitúa su boca muy cerca de mi oreja. Huele a pólvora y flores frescas, y un pequeño temblor me sacude la columna vertebral cuando me susurra al oído. Quiero apartarla de un empujón, pero todo mi cuerpo está congelado.

- *Eres mi pequeño juguete. Tu vida está ahora en mis manos, así que acostúmbrate a ello.*

Me suelta, no sin antes colocarme con brusquedad el vestido color lima que me han dado, el cual por fin empieza a adaptarse a la forma de mi cuerpo estrecho y espigado.

- *Eres la primera…* - omite el insulto, aunque no necesita expresarlo con palabras. Lo escupe con su mirada - *de los tuyos que entra aquí en mucho tiempo. Viva, me refiero. Y no solo eso, además te vamos a convertir en una maldita estrella. Las adolescentes usarán tu imagen como avatar, y sus padres se imaginarán tu cara cuando follen con sus mujeres. Esta ciudad te amará. Así que sonríe y muestra un poco de gratitud.*
- *Ya… gracias por esa imagen mental. Ha sido muy inspiradora* - de nuevo, me miro en el espejo. Tras diez minutos bajo un láser de alta precisión, ahora tengo un elaborado tatuaje biomecánico cubriéndome desde el hombro hasta la muñeca, así como un montón de crisantemos tapizándome toda la pierna izquierda. Evito mirar en el rostro afilado y perfecto de la matriarca, que me estudia a través del reflejo situado frente a nosotras. Mi reflejo - *no soy tan estúpida como para pensar que mi cara bonita y mi capacidad para escuchar voces van a garantizarme millones de puntos de rep y una legión de admiradores. Y tampoco soy tan estúpida como para pensar que lo único que buscas es un canal que funcione mejor que los que tenéis ahora. Pero ya me han amenazado suficientes veces hoy como para seguir preguntando qué pasa aquí realmente, así que me limitaré a no pensar mucho y sobrevivir.*

Me doy la vuelta y me siento en un cómodo sofá de cuero - en teoría - natural. Sveta, con una pequeña seña, me hace ver que nos vamos, así que me limito a colocarme lo mejor posible los botines que me han dado.

Si, botines. Preciosos, caros y que me quedan la mitad de bien de lo que le quedan a Kalea.

(Joder, Ka, te echo de menos. Prométeme que sigues viva y que no vas a hacer ninguna estupidez, como buscarme. Por favor, prométemelo. Por favor)

- *Vamos. Nuestro querido amigo en común acaba de llegar y te está esperando. Ahora mismo mi hermano le está conduciendo hasta nuestro centro de cirugía*

mientras se ponen al día. Hacía mucho que no veíamos a nuestro camarada - ¿camarada? ¿Aquí también usan ese término? ¿Me estoy perdiendo algo? - *fue Lubomir quien le dejó tan bello como es hoy en día, así que imagino que tendrán mucho de qué hablar.*

De nuevo, me siento despreciable. Yo le he traído aquí. Y da igual lo mucho que me repita que no es mi culpa que un montón de desquiciados controlen el corazón de la Pasarela, no puedo dejar de pensar que se me da demasiado bien destruir a las personas. Mientras salimos de la sala y recorremos una galería de pasillos adornados con bustos majestuosos de animales extintos y decoración extirpada directamente de algún museo de Sagrada Historia - aunque, claramente, no de la nuestra -, pienso en mis últimos diez días. En la caída desde el vigésimo piso. En la clínica de Yaropolk (o Myasnik, ya no sé qué pensar). En las idas y venidas a través de las calles de una ciudad que te sonríe, te dice que te ama porque eres especial, te anima a sacar la mejor versión de ti misma - *¿que coño significa eso?* -, y cuando tu carne ya está lo suficientemente macerada, te devora. Pienso en la persecución. En los Jumong. En los Ludd y su ciudad subterránea, en la pelea con el vigilante de la Taba que quiso denunciarme, y en la noche maravillosa con Ka. Pienso en lo errático, absurdo e incoherente que ha sido todo. Yo no debería estar aquí. No sé siquiera si debería estar viva. Siento que he ido dando tumbos sin ningún orden ni lógica, buscando y huyendo al mismo tiempo; sin embargo, una vocecita en mi cabeza - una puramente mía, una que no forma parte de, bueno, 'Ellas', sean quienes sean - me recuerda que toda mi vida ha sido siempre así.

Tras bajar a través de unas escaleras de piedra y atravesar un sótano con excesivo aroma a sangre seca y desinfectante, llegamos hasta una sólida compuerta metálica. Me tiemblan las piernas, y no por el miedo a estar bajo tierra - de nuevo - con unos sociópatas peligrosos, ni por estar a punto de meterme un CIR en el cráneo. Me tiemblan las piernas por encontrarme cara a cara con el Carnicero y ver en sus ojos el pánico y la tristeza que yo misma le he vuelto a traer.

Nos paramos de golpe. Puedo escuchar como Sveta suspira. De nuevo. Un suspiro extrañamente natural, casi humano, similar al que dejó escapar justo antes de contarme que iban a convertirme en Neuro. Me recuerda a una válvula a punto de estallar. Cada vez que libera aire, quiere decir que está descomprimiendo su cerebro.

Se gira hacia mí, al tiempo que le ordena a sus paramilitares que se alejen.

- *Queremos la cabeza de los Wian. Queremos llegar hasta donde no hemos sido capaces de llegar aún* - le duele decir esta frase en voz alta, y aún así la regurgita con esfuerzo. Me gustaría pensar que ha decidido compartirla conmigo por algo parecido a la confianza, pero sé que lo hace por necesidad; incluso los Hijos de Riúrik a veces están lo suficientemente desesperados como para tener que depender de otras personas. Así que no, no le importo más que hace diez minutos, sencillamente está siendo práctica - *no hay empresario, líder hana-bi o miembro influyente de la Torre a quien no tengamos agarrado por sus pequeñas y operadas pelotas… excepto los miembros de esa asquerosa familia. La Casa Wian es demasiado paranoica y esquiva como para dejarse atrapar.*

- *Tiene sentido. Supongo que llevar generaciones dirigiendo este desguace humano en el que vivimos te enseña lo suficiente como para saber cómo evitar que te maten por la espalda.*

(No te fíes. No te fíes lo más mínimo. Si hay algo más peligroso que un psicópata armado que te miente o te oculta información, es un psicópata armado que te dice la verdad. Lo repetía siempre tu querido tío, y es insoportable, ególatra y ruin, pero conoce bien a esta gente: si son sinceros contigo, quiere decir que estás totalmente en deuda con ellos. Quiere decir que les perteneces)

- *Y la maldita Net es su mejor arma* - no me escucha. Sospecho que ahora mismo únicamente soy un receptáculo en el que está excretando su frustración. Alguien que debe callarse y escuchar sus órdenes - *Sin ella, está ciudad sería cenizas y humo. Pero la Net… la Net mantiene a la gente justo donde debe estar. Da igual que seas el bastardo más importante con la empresa más en alza del mercado, siempre necesitarás que un Neuro te apoye, te promocione, y, sobre todo, no decida hundirte. Nadie es nada en este estercolero si no tiene una legión hambrienta pendiente las veinticuatro horas de lo que hace, lo que dice y lo que compra. Tenemos en el bolsillo a los líderes de la ciudad, pero necesitamos hacernos con el control de sus dioses, y esos son los Neuros. Algo que los Wian tienen muy claro.*

Me duele la cabeza. Y a estas alturas ya me da igual el por qué estoy aquí. Pero ya empiezo a entender lo que necesitan de mí, así que le digo lo que quiere oir.

- *Ya, y supongo que necesitáis una espía, básicamente. Ser una Neuro es únicamente la forma de llegar hasta la Casa Wian, y que así vosotros podáis pegarles un tiro en la nuca cuando llegue el momento adecuado. Y supongo que os renta más cogerme a mí y convertirme en Embajadora que intentar que un Neuro cualquiera aprenda a infiltrarse, robar información y matar a quien se le ponga por delante. Por no hablar de toda esa mierda que tengo dentro de la cabeza, esa que no se puede enseñar y que me convierte en una máquina de hundir personas y romper huesos perfecta.*

Cojo aire. No me reconozco a mi misma cuando me describo así. Cuando menciono lo que todo el mundo insiste en decir de mi. Cuando asumo que soy una criatura inhumana con la cabeza rota que ha asesinado y golpeado más de lo que le gustaría reconocer. Y lo ha hecho absurdamente bien, incluso en su espiral de caos y malas decisiones.

(Me viene a la mente, de golpe y sin avisar, la imagen del paramilitar tratando de gritar mientras mi puño reventaba a golpes su tráquea, en el pequeño despacho situado bajo la casa de apuestas. Aún puedo sentir el cartílago hundiéndose bajo mis nudillos, sus ojos vidriosos asustados y enfurecidos. Debería alegrarme por seguir viva, pero lo único que siento es asco y rabia. Yo no pedí esto. Yo no pedí ser así)

(Volvamos al mundo real. Ya tendré tiempo para el estrés postraumático y las pesadillas cuando salga de esta, si es que salgo)

- *Claro que me sigue pareciendo un plan de mierda. Y claramente me sobrevaloráis.*

Me mira. Me estudia. Quizás insinuar que pretenden dar un golpe de Estado en la Pasarela ha sido presuponer demasiado, o quizás es el tipo de sinceridad que espera encontrar por mi parte. Me da igual, ahora mismo yo solo quiero ingerir tantas benzodiacepinas como pueda hasta caer en coma y no despertar en días.

Soñar es gratis.

- *Eres lista. Menos de lo que crees, pero lo suficiente* - valoro la capacidad de algunas personas para halagarme e insultarme a la vez - *algunos líderes de los Hijos son, o más bien eran, reacios a usar estrategias que consideraban indignas y ridículas; además, odiaban todo lo que tuviera que ver con la Net, los microclips, los tags y toda esa mierda. Decían que era cosa de niñatos ridículos que nunca habían tenido sangre de verdad en sus manos. Así que optaron por chantajear a los directivos de las grandes empresas y matar a todos aquellos que se interpusieran en su… nuestro camino. Digamos que eran más tradicionales. Y aunque respeto profundamente su obra, la verdad es que eso nos limitó demasiado.*

Por primera vez desde que entramos a la Casa - *en serio, ¿Casa? ¿Solo Casa? Es un nombre muy soso para su centro de operaciones* -, dirijo mis pupilas directamente en dirección a las suyas, sin miedo. O, al menos, con el miedo lo suficientemente anestesiado.

- *¿Por qué me cuentas todo esto de repente?* - estoy cansada. Me pesan los músculos y he dejado de ser la persona que era hace una hora. Ahora soy una postadolescente rica y muerta con un corte de pelo de diseño y un vestido ajustado. Y esto es solo el principio - *No has dejado de amenazarme cada vez que te preguntaba cualquier cosa, cada vez que quería saber en qué consistía nuestro… 'trato', si es que quieres llamarlo así. Y ahora, de golpe, me lanzas toda la información a la cara, como si yo fuese una más de los vuestros. Como si hubiera escogido algo de esto. No lo entiendo. Vale, si, te agradezco que por fin me expliques qué coño tengo que hacer, pero no soy ni tu socia, ni tu amiga, ni tu maldita…* - deja de hablar, estúpida. Traga oxígeno, cállate, y reza para que el monstruo siga contenido en su caparazón y tus palabras no lo hayan alterado - *no sé, no me hagas caso.*

Sveta vuelve a endurecer el gesto, pero lo acompaña de un esbozo de sonrisa que, si bien debería relajarme, provoca que me vuelva a convertir en una niña asustada. Sospecho que se debate entre aceptar mi falta de respeto como si fuese, simplemente, un desliz estúpido provocado por el cansancio, o aplastarme la nariz contra la pared.

Opta por lo primero. Tiene demasiada prisa como para que me tengan que operar el tabique nasal ahora mismo.

(Os echo de menos. Poder tocar el tiempo. Leer los segundos. Escanear los cerebros sin saber cómo, mientras me adelanto a los golpes y el mundo es un mapa dentro de mi cabeza. Sentirme conectada a todo a mi alrededor. ¿Dónde os habéis metido?)

- *Tendrás apenas un par de semanas para convencer a millones de personas de que eres la mejor Neuro que han visto en su vida. Si lo consigues, tú saldrás ganando, nosotros saldremos ganando, y tú novia, su hermana* - conocen también a Kailani. No me extraña, pero no puedo evitar que un escalofrío me recorra la columna - *y tu querido cirujano seguirán vivos y con sus extremidades intactas.*

Llama a la puerta. Al otro lado, el sonido de pasos marciales y frases cortas y secas reaccionando a nuestra llegada atraviesa el metal. La matriarca retoma su papel de escultura pulcra, gélida e intocable. Me da la espalda, pero sigue hablando.

- *Nuestras granjas de reps y clicks te darán suficiente empuje en un principio, y tenemos influencia de sobra como para que puedas llegar arriba antes que el resto. Pero, a partir de ahí, es cosa tuya.*

No me da tiempo a reaccionar. No me da tiempo, ni siquiera, a decirle que incluso yo sé que hace décadas que nadie utiliza el término '*click*'. No me da tiempo a nada, ya que, al abrir, aparece frente a mí la silueta de Yaropolk, rodeado por tres tipos mucho más altos que él, mucho más fuertes que él y mucho más armados que él. Se gira, y me doy cuenta de que la habitual figura torpe, extraña - adorablemente extraña, diría - y pensativa es ahora poco más que un espectro. Una diminuta mancha frágil, asustada. Decepcionada. Rabiosa.

Su mirada oscila entre la desconfianza y la ternura. Durante unas décimas de segundo no ha parecido reconocerme - yo sigo sin lograrlo, la verdad -, pero en cuanto lo hace, su rostro desfigurado parece calmarse un poco.

- *Ojos… ¿verdes? ¿Tú?*
- *Si, Yarop, soy yo.*

Hunde su mirada en mis recién estrenadas pupilas de colores, en silencio. No parece saber qué decir. Yo tampoco. Somos dos pequeños insectos atrapados dentro de un bote de cristal, esperando a que nos echen algún mutágeno, a que experimenten con nosotras. Se me pasa por la cabeza abrazarle, pedirle perdón, prometerle que pienso arreglar esto, darle mi palabra de que no va a quedar ni un solo Hijo de Riúrik en pie cuando recupere mis fuerzas.

Pero ni digo ni hago nada de eso. Simplemente me quedo quieta del modo más estúpido del mundo.

- *¿Qué te hacen, tú, mi pequeña?*
- *Estoy bien. De verdad, estoy bien. Tranquilo.*

Ni uno. No dejaré ni uno vivo.

(*Si esto es un juego, no me divierte. Sé que muchas veces os he pedido que cerréis la boca, o lo que sea que tengáis, pero ahora mismo necesito más que nunca vuestros chasquidos, vuestros crujidos, vuestras palabras*)

- *Cuanto tiempo, Myasnik.*

- *No suficiente, veo.*

La voz del Carnicero, aún marcada por su profundo acento, parece ser más árida, más dura. La matriarca sigue hablando, consciente de que tiene el control absoluto de la situación. Sin embargo, no parece disfrutarlo, no realmente; para ella, todo esto no es más que un trámite, un proceso. Una responsabilidad. Y nosotras no somos más que herramientas, herramientas que debe vigilar, controlar y manipular.

- *Bueno, tengo entendido que conoces a nuestra nueva socia* - volteo levemente el cuello en su dirección, entornando los párpados y apretando los labios. No soy su maldita socia. Soy su juguete - *así que evitaré las presentaciones e iré directa al grano… ¡Yorik!*

Uno de sus hombres, tan alto y robusto como los paramilitares que nos vigilan, pero vestido con un sobrio y elegante conjunto negro, se acerca, sujetando un diminuto maletín cromado. Sveta lo agarra con suavidad, mostrándole el cariño que, dudo, le tenga a ningún ser humano.

- *Aquí dentro hay un Códice de Identidad y Registro extremadamente valioso. Uno que no pondría en tus manos de traidor si no fuera porque mi querida amiga Midori me ha insistido en que necesitamos tu ayuda.*

(Pedazo de basura humana. Te encanta tener a Yaropolk entre tus dedos. Es la única razón por la que has accedido. No soy tu amiga)

No soy capaz de articular palabras. Estoy demasiado agotada. Frunzo el ceño, mientras noto cómo mi mandíbula está a punto de saltar por los aires como un muelle al que han tensado demasiado. Quiero hacerle tragar toda su cínica cortesía, pero los ojos del Carnicero me dejan claro que no se cree nada de lo que vomita la matriarca, y que es mejor que, de momento, le sigamos el juego.

(*Necesito oxígeno*)

(*¿Dónde coño estáis?*)

- *Un CIR. Yo conozco, Sveta. ¿Tú sigues traficando pastillas de muertos? Yo creía que, ya sabes tú, el dinero vendiendo niños para que viejos ricos violen antes de sacar órganos era suficiente para tú y estúpidos de tus hermanos.*

Vale. Joder.

Contengo la respiración, esperando instintivamente el sonido de una detonación, de un grito o de un zarpazo en la cara. Sin embargo, lo único que escucho es el ronroneo de las tuberías y la respiración pausada de Sveta, la cual levanta lentamente la barbilla y comienza sonreír, mostrando sus dientes, que brillan como diminutas y perfectas joyas recién pulidas.

- *¿Ha sido Lubomir quién te ha acompañado hasta aquí, no?*

No. Eso no.

Eso no.

- *Hacía tiempo que no os veíais, creo. Desde que, ya sabes* - le señala el agujero del rostro con el dedo índice - *te mejoró esa cara de mierda que tenías. ¿Cómo te lo hizo? ¿Con un picahielos? Si, fue con un maldito picahielos usado.*

Yo no quería esto. Me arde la piel. La boca me sabe a jugos gástricos.

(*¿He hecho algo? ¿Algo que os ha molestado? ¿O es que sois tan miserables que os largáis cuando más os necesito?*)

- *¿Le has contado a tus nuevos amiguitos que mi hermano también te arrancó los testículos mientras tú gritabas como un cerdo?*
- *Basta* - un gemido rabioso se me escapa a través de los labios - *esto no es necesario. Ha venido aquí a operarme y después largarse. Y punto.*

Sveta me lanza una mirada despectiva de reojo, dejándome claro que no solo me desprecia, si no que además no tendría problema en estropear todo su plan si le compensase más usarme como moneda de cambio con alguno de sus clientes más sádicos y hambrientos. Acto seguido, vuelve a clavar sus pupilas en el Carnicero.

- *Oh, perdona, Myasnik. ¿Era un secreto? Que bocazas soy. No me acordaba que a ti no te gusta hablar de tu maldita polla delante de las niñas. Tú, que siempre has sido un maldito santo. ¡El puto San Myasnik, patrón de los estúpidos, los fracasados y los desfigurados! siempre mirándonos a los demás por encima del hombro.*

Noto como los dos soldados situados en la puerta se han ido acercando. El aire apesta a detergente y cables calientes, lo cual, en cierto modo, me incomoda y, al mismo tiempo, me tranquiliza. No sé por qué. De golpe, y tras los gritos, un silencio espeso, como arena sucia y compacta, llena la estancia.

- *¿Operar?* - los ojos de Yaropolk se giran en mi dirección, alarmados. Parece haber ignorado los insultos de la matriarca, centrándose únicamente en mi voz - *¿por qué te opero, Ojos… Verdes?*
- *No te preocupes, no me pasa nada, Simpl…*
- *Le vas a meter este CIR en el cráneo, y lo vas a hacer en dos horas como máximo. Mañana por la mañana necesito que Midori esté trabajando para nosotros* - deja el maletín encima de una mesa de lo que parece ser mármol, cerca de unas lámparas quirúrgicas que rodean una mesa de operaciones - *si la matas durante el proceso, o si, simplemente, estropeas su nuevo peinado, te enterraré vivo.*

Sin disimular ni su orgullo ni su aversión hacia nosotras, nuestra anfitriona se voltea y abandona la sala de operaciones, elevando más y más la voz con cada paso que da.

- *Querías tener a tu propio nikuya durante el proceso. Disfrútalo.*

Apoya su mano en el brazo compacto (y probablemente metálico) de uno de los soldados que custodian la puerta, mientras le susurra algo en su idioma. Sospecho que le ha dicho que nos vigile. O que nos dispare si las cosas no salen como deberían.

El portón se cierra y nos quedamos en silencio, bajo la atenta mirada de los dos paramilitares armados y del tipo bien vestido, el cual parece tener mucho menos interés en nosotros del que tiene su jefa. Yaropolk y yo nos miramos fijamente durante unos segundos, hasta que me descubro a mi misma lanzándome a su torso hinchado - y, sin embargo, huesudo - y abrazándole. Dentro de mi cabeza, una maraña de frases inconexas y disculpas desordenadas dan vueltas caóticamente. Quiero explicarle lo del trato con los Ludd, lo del casino, la asquerosa pelea con los Hijos y como mis manos ahora están más llenas de sangre y culpa. Quiero pedir perdón por hacerle daño, por traerle aquí, por mi constante esfuerzo para destruir mi relación con Kalea, por contaminar todo lo que toco. Quiero explicarle que necesito salir de esta ciudad. Que eso no justifica nada de lo que he hecho, pero que apenas duermo, que apenas como, que lo único que hago es lanzarme con los dientes por delante contra cualquier forma de autodestrucción estúpida que encuentro. Quiero hablarle de las Voces, del miedo, de la furia. Quiero prometerle que nadie le hará daño.

Pero no digo nada de eso.

El sonido metálico de un arma modificada golpeando la pared me obliga a soltar al Carnicero. Uno de los soldados nos observa, y con un gesto nos está diciendo que nos separemos, así que doy un par de pasos hacia atrás.

- *¿Qué… qué tal está Kailani?*

Yaropolk apenas varía su gesto. Sin embargo, la silueta frágil con la que me he encontrado hace unos minutos parece haber mutado en una criatura fuerte y desconfiada. Alerta. Una criatura que vigila y observa el mundo que nos rodea.

- *Kailania es fuerte. Aun sigue en cama rota, pero ahora a veces despierta, quejando mucho y comiendo como animal gordo. Baatar cuida bien, cuida demasiado bien* - no sé si dice la verdad o miente para tranquilizarme. Decido creerle. Mientras habla se acerca a la mesa de operaciones, y comienza a inspeccionar el equipo quirúrgico, estudiando cada herramienta, cada pequeña cánula, cada escáner - *ve a cambiar ropa y luego tumbar boca abajo.*

Me acerco a él, pero no se gira. Me ignora. De golpe, soy un (otro) paciente más al que operar a contrarreloj. Así que me hundo un poco más. Sé que su actitud es la sensata y la mía - como siempre, distante en los momentos emotivos, sentimental en los peligrosos e inadecuados - es la que nos puede traer problemas. Sin embargo, me siento sola. Sola y echando estúpidamente de menos mi pelo largo y oscuro, mis ojos verdes y mi cuerpo sin tinta ni metal.

Oculta tras un biombo ocre con un horrible dibujo de un fusilamiento - *¿en serio? ¿era la mejor opción para adornar una mampara?* - comienzo a desnudarme, observando la bata fea e impersonal que han dejado para mí. No es necesario quitarme toda la ropa, pero sé

que por cada mancha de sangre que caiga en el vestido que me han dado, le cortarán un dedo a Yaropolk.

Tengo ganas de gritar, de llorar y de pisar cabezas hasta que mis botines se llenen de masa gris.

(*Te está protegiendo. Sus pensamientos están enclaustrados, y no deja salir el cariño que realmente siente por ti. Te está protegiendo, porque sabe, mejor que tú, lo peligrosos que pueden llegar a ser los Hijos*)

La habitación se desdibuja, y yo me mareo. Una combustión me quema el cerebro. Han vuelto. Las putas Voces han vuelto. Y ahora siento que están más enraizadas que nunca en mi cerebro)

(*¿Dónde coño os hab…*)

(*Sigue cambiándote. Nunca nos hemos ido. Somos parte de ti, y tú eres parte de nosotras. Pero hay algo que necesitas entender. Que necesitas ver. Deja que te lo enseñemos*)

Mientras me cubro con el espantoso pedazo de tela, una riada de espasmos perfora mi cerebro, convirtiendo mi corteza frontal en puré. Como una inyección de lejía. Como un virus capaz de rasgar el velo que separa lo virtual de lo real. Miles de datos e imágenes aparecen frente a mí - o, más bien, *dentro* de mí - flotando a modo de hologramas que únicamente yo puedo percibir. Veo una figura pequeña, torpe, que parece estar jugando con un dispositivo de colores. ¿Es una niña? Apenas la distingo, no deja de parpadear, de glitchearse. A ratos me parece que está riendo, a ratos llorando. A ratos corriendo, a ratos sentada. A ratos está sola, a rato rodeada por un manto de otras figuras más altas, más peligrosas. A ratos está vestida, a ratos está desn…

Mierda. No. No.

(Y ahora no se mueve. ¿Por qué no se mueve?)

No. No. No.

Cierro los ojos. No quiero verlo. Pero da igual lo que haga, no puedo evitarlo. Por suerte, desaparece; de repente, todo ha cambiado. La niña está transformándose. Su piel se retira, deslizándose como caramelo líquido. Su cuerpo se alarga grotescamente. Vale, ya no es ella. Me están enseñando a otra persona. A alguien que conozco, pero no sé de qué. Su mirada, su frente sudorosa, sus manos arañadas. Todo me cuadra, pero hay algo que no logro descifrar. Algo que me falla. Algo que me falta.

No. Algo que me falta no. Algo que me sobra.

Una nariz.

Es Yaropolk, antes de que le desfiguraran. Está sentado en un pequeño catre, llorando. Tiene los ojos hinchados, y aprieta los dientes con fuerza, mientras - creo - sujeta un

dispositivo con una imagen de esa misma niña. Una imagen de ambos juntos. Todo se desenfoca. Me hierven las sienes.

Una explosión - luces estroboscópicas, manchas de color y un ruido ensordecedor, todo dentro de mis neuronas - me trae de regreso a la realidad. No sé cómo, me encuentro de pie frente a la mesa de operaciones, mientras el Carnicero me pide que me tumbe. ¿Cuándo me he movido? ¿Y cómo?

Alzo la vista y clavo mis pupilas en su rostro cansado, un rostro cubierto por una capa de cicatrices y quemaduras, así como por algunos pelos blanquecinos que cruzan su mentón. Debe llevar sin afeitarse desde que me fui de su clínica.

- *L… lo siento. No lo sabía. No sabía que tuviste una hi…*

Me muerdo los labios con fuerza, evitando acabar la frase, y le miro. Él me ignora. Está demasiado absorto, musitando frases apenas perceptibles - ahora ya sé en qué idioma - y reubicando cada instrumento en un lugar distinto. Tiene abierto el maletín, y una diminuta placa redonda y blanca con tres líneas negras se asoma desde una confortable cama de TPU transparente. Un CIR.

'*Así que eso es todo lo que queda de Park Nari*'

Una bola de saliva cuajada se desliza por el interior de mi garganta. Me miro las manos, y siento que ya no me pertenecen; tal vez sea por el temblor de mis dedos, o quizás se trate únicamente de sueño acumulado. O, posiblemente, se deba a que, ahora mismo, dentro de esta espiral de mierda que está calcinando mi vida, ya no sé distinguir la realidad de la ficción.

Me tumbo y cojo aire.

- *Yo ahora te duermo. Cuando despiertes, tendrás el CIR, ¿entiendes, niña?*

Está preocupado. Y, sin embargo, no todo se debe al lugar en el que estamos. Está preocupado por abrirme. Puedo notarlo. Leerlo entre sus palabras, en su respiración. Es extraño. Parece no saber qué hacer exactamente, pese a que ha injertado decenas de pastillas. Su voz se está quebrando como la de un estudiante que va a abrir por primera vez una cabeza.

- *Yarop, todo saldrá bien, estoy segura.*
- *Si, todo bien, todo bien, claro. ¡Todo putamente bien, si!*

Me levanto y me doy la vuelta, evitando cualquier movimiento brusco que alerte a los vigilantes. Noto, de nuevo, que soy capaz de absorber cada pequeño detalle de la sala. Lentamente, como un murmullo lejano, llega hasta mis oídos el riego sanguíneo de cada arteria que me rodea. El crepitar de la electricidad. El movimiento del aire atrapado en los pulmones de cada Hijo de Riúrik que hay a mi alrededor. La transpiración, a través de los poros de la piel, del Carnicero, que ahora mismo bucea en pánico. Las nubes de motas de polvo invisibles que flotan en la atmósfera.

Vuelvo a ser yo. O algo parecido.

Y, entonces, la cría asustada que llevaba horas dentro de mi pecho, tratando de salir al exterior, se escapa aprovechando mi vulnerabilidad. Mi maldita, asquerosa e inevitable vulnerabilidad. Un torrente de lágrimas comienzan a desbordarse, y yo aprieto la mandíbula y cierro los párpados, luchando conmigo misma para controlar el miedo, la ansiedad y la frustración. Pero resulta prácticamente imposible frenarlo.

Por suerte, no he tenido un ataque de pánico. No esta vez. No aún.

- *Por favor, no le cuentes nada de esto a Bushida, ni a Kailani, ni… ni a Kalea. A nadie, por favor. Por favor, Yaropolk* - vomito las palabras sin saber con qué forma, color o sabor saldrán de mi garganta. Unas migrañas insoportables, acompañadas de náuseas y mareos, se me clavan en la frente, mientras mi nariz se llena de mocos. Que asco - *Saben donde viven, tienen controlado a todo el mundo, y si no hago lo que me piden os matarán, os matarán a todos. Por favor, Yaropok, no di…*
- *Tranquila, Ojos Verdes, tranquila.*

Por primera vez desde que nos hemos reencontrado, veo al mismo Carnicero que, una y otra vez, me cosía las heridas mientras me echaba broncas estúpidas y divertidas en su pequeña y sucia clínica de la -3. Apoya su mano llena de cicatrices en mi mejilla y me acaricia con esa brusquedad tan propia de él. Me doy cuenta de lo mucho que le echaré de menos.

- *Ya no soy Ojos Verdes.*
- *Tú siempre Ojos Verdes.*

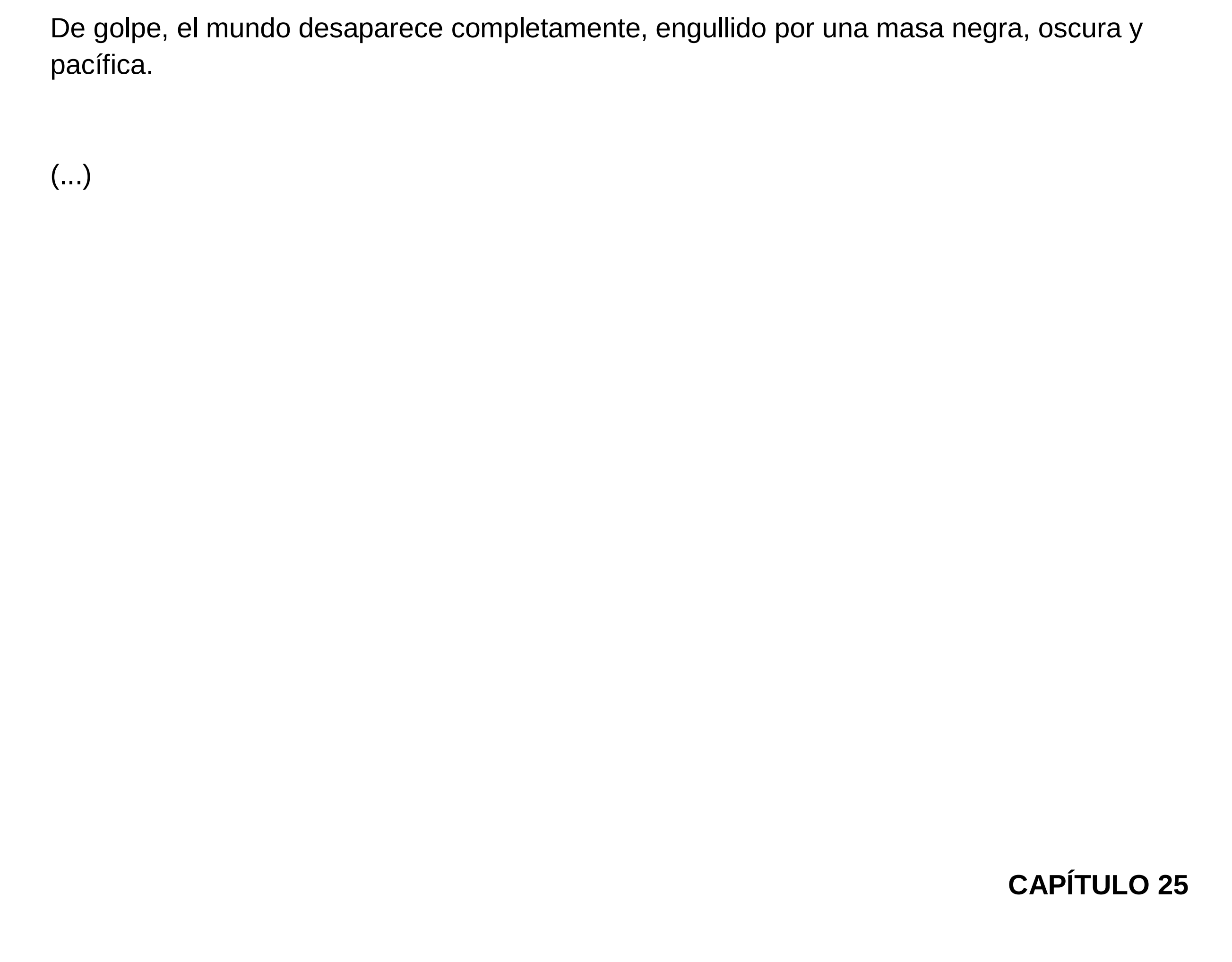
Sonrío, mientras trato de esnifar las secreciones saladas que me llegan hasta los labios. Ag. Lentamente, me doy la vuelta de nuevo y me tumbo, mientras trato de contener el hipo nervioso que me agita el diafragma y pienso en lo mucho que me alegra que Kalea no me vea en estos momentos.

Apoyo la frente en la mesa de operaciones, introduciendo el rostro en el pequeño hueco, y clavo la vista en el suelo de vinilo antideslizante de la sala. Poco a poco logro relajar mis músculos. Mis pulmones aún parecen dos bolsas de plástico llenas de insectos histéricos, pero estoy consiguiendo calmarme.

- *Ahora, pinchazo. No dolerá.*

Noto una punzada fría en la zona superior de la columna. Instintivamente, comienzo a contar hacía atrás desde el número diez. O lo intento.

Sin embargo, antes de alcanzar el siete, la habitación comienza a diluirse. Los estímulos, las imágenes, los sonidos, todo pasa a formar parte de una pasta indefinida y bulbosa que se derrite delante de mis propias narices. A lo lejos, escucho un rumor, como de pequeñas raíces reptando entre la tierra, o de óxido crujiendo bajo una tormenta de microplásticos. Creo que son mis Voces, pero no distingo lo que dicen.



De golpe, el mundo desaparece completamente, engullido por una masa negra, oscura y pacífica.

(...)

CAPÍTULO 25

¡Enhorabuena!

Lo has logrado, Park Nari.

Desde este momento, has dejado de ser espectadora y te has convertido en #tendencia.

Desde este momento, vas a poder demostrarle a millones de personas que el éxito no es una simple casualidad, si no una decisión que se elige y no se suelta.

Desde este momento vas a dejar claro que el futuro pertenece a quienes se atreven.

Desde este momento, *eres una NeuroRep****.***

Bienvenida a #LaLotería

#BienvenidaALaNet #EligeSerGrande #SeleccionadosLoteria #Éxito

(*¡¿Qué coño…?!*)

Algo estalla dentro de mis conductos auditivos. O fuera. O en los dos sitios a la vez. Me despierto de golpe, probablemente chillando y - como cada vez que tengo pesadillas - golpeando aquello que se encuentra más cerca de mí. Me duelen los nudillos. ¿Me dolían ya? ¿He pegado algún puñetazo sin querer? ¿A qué? ¿A quién?

Voces. Muchas voces. Voces de plástico y goma y purpurina. Pero no son las de siempre, no. Estas no son mías. Estas suenan como si unas cuerdas vocales pixeladas estuvieran masticándome la cara mientras alguien ha puesto de fondo música prefabricada dentro de una trituradora de basura.

(*¿Dónde estoy? ¿qué pasa?)*

(...)

(*¡¿Dónde estoy?!*)

Mi corazón late deprisa. Demasiado deprisa. De hecho, creo que está tratando de atravesarme el esternón y agujerearme el pecho desde dentro. Quiere sobrevivir.

Y yo necesito respirar.

Necesito respirar ya.

- *¡Sujetadla!*

Vale, ese tono si lo reconozco. Parece más tangible, más sólido. Más cercano. Y con un acento que, ahora mismo, no me apetece escuchar en absoluto.

- *Quieta… quieta ¡Quieta he dicho, joder! ¡No pasa nada…! Chyórt pabyerí… ¡Deja moverte!*

Veo paredes oscuras y plateadas. Cristales. Metal cromado. Estoy - estamos - en el interior de un cubo. O de una habitación. O de un ataúd. Y absolutamente todo está desenfocado, plagado de ruido.

Necesito. Respirar. YA.

[Tienes sesenta y tres (63) notificaciones nuevas]
[Tienes SEIS AVISOS (6) de Wiannet]
*[**(...)e comunicamos que su enlazamiento lleva veintiséis (26) horas en estado de reposo. La legislación vigente permite únicamente diez (10),*

salvo en situaciones de excepción sanitaria, en cuyo caso deberá avisar a las autor(...)]

Varias figuras se contorsionan a mi alrededor, como medusas muertas o gelatina en mal estado. Distingo brazos. Y piernas. Y torsos. La mayoría, acolchados bajo capas de kevlar.

Kevlar. Y armas. Distingo armas. Mal rollo.

Estoy ciega, o casi. Algo me impide percibir bien las cosas. Mi entorno. ¿Qué…?

(*¡Estoy ciega, joder!*)

Mi cabeza es poco más que un tumor disforme y caliente que no deja de latir, de palpitar. Me duelen las encías y detrás de los ojos. Y, sobre todo, me duele la nuca. Intento tragar oxígeno, pero no puedo. Creo.

Distingo manos, dedos y bocas. Alguien se cubre el tabique nasal con un guante, mientras grita y me apunta con una pistola. Creo ver sangre, sangre igual que una pantalla de alta definición. Igual que un glitch que ha estallado en miles de colores artificiales y relucientes.

Y, por encima de todo, distingo alaridos. Alaridos guturales, casi todos en un idioma que no conozco, pero qué ya creo saber cual es.

No veo una mierda. ¿Qué tengo delante? ¿Qué es esto? ¿Qué son todos estos muros de vidrio? ¿Son pantallas?

[¡Enhorabuena! Tu Códice se ha visto upgradeado. Selecciona en tu tablero de ajustes el modo 'NR+' para vincularte con el Canal @LaLoteriaDirect(...)]
[Tienes cuarenta y dos (42) reels sin actualizar]
[Una nueva /geolocalización se ha vinculado a tu Códice. Selecciona 'Aceptar' par(...)]

Basta.

Basta. Basta. BASTA.

Seis o siete rectángulos translúcidos parecen flotar a mi alrededor, hundiéndose en mis retinas, persiguiéndome, vertiendo estallidos de colores y pequeños sonidos agudos sobre mi, ya bastante atrofiado, lóbulo frontal - *¿campanas? ¿un bebé riéndose? ¿pequeños golpes metálicos?* -. Me recuerda a las plagas de estímulos que me invaden cada vez que las Voces se hacen con el control de mi cuerpo. Los torrentes de datos e imágenes, de aromas, de pensamientos, de emociones descontroladas. Sin embargo, esta masa histérica que se agita a mi alrededor ahora mismo resulta mucho más sintética, más aleatoria. Más explosiva. Más errática.

(BASTA)

Unas manos me agarran con fuerza de los biceps. Reconozco ese olor, esa peste a flores frescas y tabaco caro. Y no me inspira nada de confianza. ¿Estoy muerta? ¿Llevo muerta todo este tiempo?

(*¿Por qué, de repente, el mundo se ve más borroso? ¿De quienes son todos esos rostros sonrientes, todos esos logotipos que insisten en no desaparecer?*)

No puedo moverme, algo o alguien me está reteniendo. Noto una punzada tibia en mi cuello y una pequeña riada, espesa como el mercurio, repta a través de mi arteria carótida. Poco a poco, todo comienza a adoptar una forma más reconfortante - dentro de lo reconfortante que es estar rodeada de paramilitares y mercenarios -, y comienzo a distinguir las formas. Las maravillosas y dulces formas de un mundo que, ahora sí, comprendo.

- *Respira, chica. Respira. Coge aire, no pasa nada, estás bien. Te hemos puesto un inhibidor digital. Bloqueará la señal durante un rato.*

No reconozco esa voz. Sea quien sea, deposita las palabras en la atmósfera como si las estuviera dictando para un examen, pero su tono resulta extrañamente reconfortante. Entorno los párpados, y veo al tipo que estaba con nosotras en la sala de operaciones - el del maletín. En serio, *¿quién es?* -, mirándome atentamente. Me está sujetando el rostro con firmeza, desplazándome la cabeza de izquierda a derecha, estudiándome. A su lado, Sveta, ligeramente alterada, apoya su palma derecha sobre el cuerpo de un soldado; éste aferra con rabia una Glock 19 mientras sostiene un pañuelo sobre su cara. Un pañuelo manchado con un delgado hilo de sangre. ¿He sido yo? ¿Esto ha sido cosa mía? ¿Ha sido su tabique lo que he golpeado con mi codo?

- *A veces, la reacción de los desconectados a su primer CIR suele ser de pánico, alteración o, incluso, de rechazo neurológico.*

No habla conmigo. Si bien toda su atención parece estar centrada en mí, realmente se dirige a la líder de los Hijos de Riúrik. Me suelta el mentón y se aleja, acomodándose en el asiento de un vehículo.

Un vehículo. Vale. Si. Estamos en el interior de un aerodeslizador. Todo empieza a tener sentido.

Progresivamente voy recuperando la visión; los rectángulos semitransparentes prácticamente se han evaporado, y la maraña de frases, ventanas emergentes y capturas visuales ya no son más que ecos dentro de mi cráneo.

Ventanas emergentes. Capturas visuales.

El CIR.

- *Esto… era…*
- *Si. Bienvenida a tu primer enlazamiento con la Net, Park Nari.*

Mis músculos se relajan, y con una mirada de reojo le hago comprender a los soldados que ya no necesitan sujetarme. Éstos, tras recibir confirmación por parte de su jefa, regresan a los asientos traseros, donde se acomodan.

- *Normalmente, este proceso no suele ser especialmente traumático. Pero en tu caso parece que has tenido algún tipo de reacción.* - por alguna razón, Sveta apenas habla, y deja que todo el diálogo lo mantenga su acompañante, que parece ser quién entiende mejor esta situación. Ella no deja de ojear, nerviosa, a través de la ventanilla - *Yaropolk, como tú le conoces, ha asegurado que todo ha salido bien, pero aún así has tardado más de lo normal en despertarte. Es por eso que hemos tenido que, bueno, adelantar el trabajo nosotros.*

(Yaropolk. ¿Sigue vivo? ¿Entero? ¿Ha podido regresar a su clínica?)

(Espera)

(...)

(Espera…)

(... ¿Todo el trabajo? ¿Quién me ha vestido? ¿Quién me ha metido en el aerodeslizador? ¿A dónde estamos yendo?)

Intento expresar alguna frase que esté formada por más de tres sílabas, pero mis labios ahora mismo son, básicamente, goma flácida, y mi garganta continúa sedada. Los colores del mundo real siguen pareciendo más tenues y apagados de lo normal, y unas hermosas arcadas suben y bajan a través de mi esófago, así que me agacho y apoyo la frente sobre mis rodillas. Mis rodillas desnudas y frías, enmarcadas por un vestido color lima y unos botines.

Joder, como odio estos botines.

- *¿… a dónde vamos?*

Ahora sí, Sveta gira el rostro y me mira. Con desprecio e indiferencia, como siempre.

- *A la Torre. O, más exactamente, a la Puerta de Min Kwŏk, a los pies de la Torre. Es donde se citan cada año a todos los concursantes de la Lotería* - entre frases, parece murmurar maldiciones en su idioma, mientras trata de mantener la compostura, adoptando su habitual actitud distante y déspota - *Y vamos justos de tiempo, joder. Probablemente los bastardos que dirigen Control Demográfico ya estarán al tanto de que Park Nari no ha respondido a la solicitud y que lleva demasiado tiempo sin realizar interacciones.*

Ignorándome por completo, lanza una mirada de desafío en dirección al asiento delantero, donde está situado el conductor junto a una figura adormilada. Acto seguido retoma de nuevo su actual silencio críptico, lo cual contrasta bastante con el extraño amago de confianza que tuvo conmigo justo antes de entrar en la sala de operaciones.

Claro que, con el dolor de cabeza que tengo ahora mismo, prefiero su ceño fruncido y sus aspavientos antes que sus largos diálogos de empresaria consternada y eficiente, fingiendo que soy algo más que su diminuta mascota atrapada en un laberinto.

- *Estamos llegando.*

Los Racimos, la mayoría de veinte o treinta pisos de altura - *¿aquí los llaman también así? Apenas distingo las viviendas de lujo de los bloques de oficinas* - se diseminan a lo largo y ancho de Seonghwa, un barrio tan exclusivo, tan cercano a la Torre, que sus habitantes alimentan a sus mascotas biomodificadas - o, directamente, réplicas de animales extintos creadas en laboratorios - con carne de granja, no sintética. Nuestro vehículo, sin apenas hacer ruido, circula entre las impolutas avenidas de colores pastel, todas ellas plagadas de parques con pequeños santuarios y cafeterías de arquitectura hanok, todas ellas bañadas por la luz del amanecer. En esta zona, la obsesión de la Casa Wian por la tradición realmente parece tener un peso que, en otras áreas de la Pasarela hace mucho que se perdió.

- *Tengo que reconocer que a veces los putos uzkoglazyye tenéis gusto para montar buenos sitios en los que presumir de vuestro dinero. Demasiado aburrido y limpio para mi gusto, con todo este rollo zen tan insoportable, pero tiene su encanto. Claro que si yo viviese aquí se me marchitarían los huevos y me moriría de asco.*

La sombra agazapada en el asiento delantero se asoma a través de su pequeño montículo de seda y me mira con sorna. Es Lubomir. Su rostro agotado, y el hecho de estar utilizando la zona posterior del aerodeslizador como cama, deja claro que los estimulantes que le mantenían en pie hace unas horas están perdiendo su efecto. Debería odiar su presencia aquí y ahora. Debería sentir náuseas.

Y si, las siento, pero tengo cosas más importantes en las que pensar.

La figura seria e inexpresiva sentada a mi lado - sigo sin saber quien es - me alarga un par de viales y un pequeño inyector.

- *El efecto de la dosis que te hemos dado se te pasará en media hora, y entonces volverás a estar conectada a la Net. He recibido autorización para ofrecerte dos dosis más, por si las necesitas a lo largo del día de hoy. Tienes hasta las…* - sus pupilas parecen deslizarse levemente hacia la izquierda, como si ojease algo en el vacío -… *diez u once de la mañana para acostumbrarte al uso de la Net. A partir de ese momento los Embajadores os darán pleno acceso al modo NeuroRep, y la interfaz de tu feed cambiará.*

Tengo hambre. Y sigo con sueño. Y me apetece pasear, a solas, fabricando montañas dentro de mi cabeza. Quiero ver a Ka y que me hable de cada dato que ha leído hasta memorizarlo, de cada libro virtual que ha conseguido piratear y de cada pequeño proyecto que tiene en mente y que, algún día, con el suficiente dinero ahorrado, llevará a cabo. O lo intentará.

Sin embargo, aquí estoy. Preparándome a punta de pistola para convertirme en la estrella con la que todas - dicen - soñamos, mientras trato de evitar que me maten a mi o a las pocas personas que me importan.

Mi cerebro no deja de chillar. Desde luego, la vida es todo un regalo.

- *Pero no te agobies* - joder, sigue hablando - *es todo bastante intuitivo. Cuando estés en modo Neuro, la mayoría de paneles que verás servirán, básicamente, para introducir filtros, añadir tags, vincular cuentas, mejorar la grabación, todo eso. Hay opciones para la edición de clips pero… ya casi nadie usa el diferido, hoy en día es todo en directo. La mayor parte de Neuros tiran por el modo POV, que básicamente retransmite desde sus pupilas y permite que los usuarios vean lo que ellos ven, y sobre el directo van añadiendo textos, efectos y…*
- *Santo Dios bendito, ¡Yorik, puto montón de estiercol de vaca, me estás aburriendo y agobiando incluso a mi! Si no llevaras quince años como asesor de los Hijos, te echaría fuera del coche a patadas.*

Con un par de aspavientos erráticos y torpes, Lubomir se incorpora en su asiento, mientras le lanza un grito ronco al tipo serio que no deja de volcar instrucciones sobre mis oídos. Su hermana gira el cuello con brusquedad, pero no dice nada.

- *Aquí nuestra futura estrellita no debe de estar enterándose de nada… ¡si hasta hace dos días no era más que una puta ilegal sin CIR!* - sus palabras, aún desagradables, aparentan estar parcialmente de mi lado; sin embargo, su actitud denota que, realmente, lo único que busca es poder insultar a alguien gratuitamente y, de paso, recorrer mis pechos con la mirada - *por cierto, con este nuevo estilo te pareces muchísimo a Park Nari. Sigo sin querer follarte, pero ahora no me daría asco hacerlo. El pelo corto y rosa te quita un par de años de encima, algo que agradezco.*
- *Cierra la puta boca, Lubomir.*

Su hermana le escupe a la cara la frase que yo misma he pensado. Él sonríe, al tiempo que deja escapar una carcajada nerviosa y cansada, y vuelve a su posición. Noto cómo el aerodeslizador está disminuyendo su velocidad. La matriarca se gira y me observa.

- *¿Sabes? Cualquier niñata de tu edad soñaría con tener este trato con nosotros. Así que no intentes ir de rebelde o graciosa, porque no soporto a los miserables desagradecidos.*
- *Estoy aquí para evitar que mateis a Kalea o a Yaropolk, y punto. Sé que en cuanto no os valga una mierda, o me salga del guión, o cambiéis de planes porque la cosa no está funcionando, acabaré metida en un compactador de basura o subida en uno de los trenes de convictos que van directos al centro Gamsa. Así que no te preocupes, el acuerdo sigue en pie. Pero métete tus intentos de hacerme sentir culpable por el culo.*

Su mano, rígida y tersa como la de un maniquí, se lanza sobre mi cuello con tanta velocidad que apenas me da tiempo a moverme. Aprieta los labios, adoptando la misma mueca que alguien que ha pisado una mierda fresca, mientras hunde sus pupilas en mi.

- *Me encantaría partirte el cuello, así que no me obligues a arrepentirme por no hacerlo, puta cría ingrata.*

El vehículo frena junto a una masa de hana-bi que, con sus escudos antidisturbios a modo de muro, impiden el paso a todas aquellas personas ajenas a la Lotería. Pese a la presión que siento en la tráquea, provocada por los dedos de la matriarca, y mi deseo de rompérselos uno a uno, no puedo evitar que mi atención se desvíe en dirección al exterior, atraída por la estampa que se expone ante nosotras. La estampa de un extenso jardín de color esmeralda, bañado por la luz de un sol intenso, casi cegador, salpicado por docenas de pequeñas esculturas y templos elaborados en madera y piedra.

La Puerta de Min Kwŏk.

Cientos de cerezos en flor (*¿es temporada? ¿Los mantienen artificialmente así? En la -2 únicamente veo árboles holográficos, la mitad de ellos glitcheados*), crecen junto a falsos riachuelos que brotan de fuentes coronadas por figuras de dragones, guerreros y dioses - o eso creo, nunca he ido mucho a los santuarios, ni siquiera a los automatizados -, mientras todo el conjunto es atravesado por una amplia avenida empedrada que conduce directamente hasta un gigantesco y elegante torii de metal, fibra de carbono y vidrio: la entrada a la Torre.

Sveta, notando como mis ojos recorren fascinados todo el conjunto que nos rodea, decide soltar mi garganta, y me limpia con el dedo el maquillaje de las comisuras. Si no fuese por los seis paramilitares y el aerodeslizador blindado, pensaría que está intentando crear algún tipo de despedida íntima y enfermiza. Probablemente, y pese a su desprecio, sabe lo relevante que es está misión para ellos. De lo contrario, no habría venido personalmente.

- *Estaremos en contacto. Tu CIR está modificado, ya que antes de metértelo en el cráneo le añadimos un servidor privado con doble encriptado, para poder comunicarnos contigo sin que el servicio de ciberseguridad de la Torre lo note. Además* - mientras habla, le da instrucciones con la mano a su asesor para que salga y hable con la recepcionista que está recibiendo a los seleccionados - *será una buena forma de tenerte controlada.*

El tipo, tras intercambiar una serie de frases con una chica impecablemente vestida y ataviada con un implante que rodea su ojo derecho, vuelve hacia el vehículo y se asoma por la ventanilla, sin abandonar ni su inexpresividad ni su serenidad.

- *La coordinadora dice que te estaban esperando. Ya no queda ningún otro seleccionado por llegar.*

Abro la puerta con un extraño optimismo, sin saber si esto se debe más a poder salir por fin de aquí, o al hecho de empezar de una vez por todas esta farsa en la que finjo ser una persona sociable, popular y sin ningún tipo de trauma adherido a mis entrañas. Justo antes de apoyar mis botines caros sobre el asfalto, escucho la voz de Lubomir, áspera y amenazante.

- *Te recomiendo que, cuando tengas un rato, te empapes bien de tu nueva vida, así te puedes ir olvidando de la anterior. Además, si en algún momento se te pasa por esa cabecita extraña tuya el traicionarnos, te recomiendo que veas el último video que he dejado guardado en el tablero personal de tu nuevo CIR. Yo me lo he descargado para verlo desde mi propia pastilla. Es una puta maravilla.*

Sin mirarle, saco todo mi cuerpo de la lata metálica con aroma a tabaco y respiro el aire, probablemente el más puro que se puede respirar en toda la Pasarela. Me agacho levemente, introduciendo de nuevo la cabeza en el aerodeslizador, y miro al psicótico líder de los Hijos.

- *Creo que se dice 'clip', no vídeo. Y no te preocupes, no pienso ser tan gilipollas como para arriesgarme de ese modo. Pero reza para que este acuerdo no se acabe nunca, porque en cuanto sea libre pienso ir a por ti.*

No debería haber dicho eso. Y la risa maníaca e infantil de Lubomir me confirma que acabo de escupir sobre la misma pistola que me apunta a la nuca.

Con paso firme, me dirijo hacia la hermosa recepcionista de piel aterciopelada, la cual parece estar esperándome con un lector de CIR en la mano y tres hana-bi de élite bañados en prótesis tecnomilitares escoltándola.

Trago saliva.

Empieza el espectáculo, supongo.